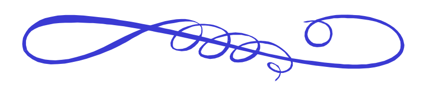
Dom Vital Lehodey

# El Santo Abandono



# Índice

# 1. Naturaleza del Santo Abandono

## 1. La voluntad de Dios, regla suprema

Queremos salvar nuestra alma y tender a la perfección de la vida espiritual, es decir, purificarnos de veras, progresar en todas las virtudes, llegar a la unión de amor con Dios, y por este medio transformarnos cada vez más en El; he aquí la única obra a la que hemos consagrado nuestra vida: obra de una grandeza incomparable y de un trabajo casi sin límites; que nos proporciona la libertad, la paz, el gozo, la unción del Espíritu Santo, y exige a su vez sacrificios sin número, una paciente labor de toda la vida. Esta obra gigantesca no seria tan sólo difícil, sino absolutamente imposible si contásemos sólo con nuestras fuerzas, pues es de orden absolutamente sobrenatural.

«Todo lo puedo en Aquel que me conforta»; sin Dios sólo queda la absoluta impotencia, por nosotros nada podemos hacer: ni pensar en el bien, ni desearlo, ni cumplirlo. Y no hablemos de la enmienda de nuestros vicios, de la perfecta adquisición de las virtudes, de la vida de intimidad con Dios que representan un cúmulo enorme de impotencias humanas y de intervenciones divinas. El hombre es, pues, un organismo maravilloso, por cuanto es capaz con la ayuda de Dios de llevar a cabo las obras más santas; pero es a la vez lo más pobre y necesitado que hay, ya que sin e! auxilio divino no puede concebir siquiera el pensamiento de lo bueno. Por dicha nuestra, Dios ha querido salir fiador de nuestra

salvación, por lo que jamás podremos bendecirle como se merece, pero no quiere salvarnos sin nosotros y, por consiguiente, debemos unir nuestra acción a la suya con celo tanto mayor cuanto sin El nada podemos.

Nuestra santificación, nuestra salvación misma es, pues, obra de entrambos: para ella se precisan necesariamente la acción de Dios y nuestra cooperación, el acuerdo incesante de la voluntad divina y de la nuestra. El que trabaja con Dios aprovecha a cada instante; quien prescinde de El cae, o se fatiga en estéril agitación. Es, pues, de importancia suma no obrar sino unidos con Dios y esto todos los días y a cada momento, así en nuestras menores acciones como en cualquier circunstancia. porque sin esta íntima colaboración se pierde trabajo y tiempo. ¡Cuántas obras, llenas en apariencia, quedarán vacías por sólo este motivo! Por no haberlas hecho en unión con Dios, a pesar del trabajo que nos costaron, se desvanecerán ante la luz de la eternidad como sueño que se nos va así que despertamos.

Ahora bien, si Dios trabaja con nosotros en nuestra santificación, justo es que El lleve la dirección de la obra: nada se deberá hacer que no sea conforme a sus planes, bajo sus órdenes y a impulsos de su gracia. El es el primer principio y último fin; nosotros hemos nacido para obedecer a sus determinaciones. Nos llama «a la escuela del servicio divino», para ser El nuestro maestro; nos coloca en «el taller del Monasterio», para dirigir allí nuestro trabajo; «nos alista bajo su bandera» para conducirnos El mismo al combate. Al Soberano Dueño pertenece mandar, a la suma sabiduría combinar todas las cosas; la criatura no puede colaborar sino en segundo término con su Creador.

Esta continua dependencia de Dios nos impondrá innumerables actos de abnegación, y no pocas veces tendremos que sacrificar nuestras miras limitadas y nuestros caprichosos deseos con las consiguientes quejas de la naturaleza; mas guardémonos bien de escucharla. ¿Podrá cabemos mayor fortuna que tener por guía la divina sabiduría de Dios, y por ayuda la divina omnipotencia, y ser los socios de Dios en la obra de nuestra salvación; sobre todo si se tiene en cuenta que la empresa realizada en común sólo tiende a

nuestro personal provecho? Dios no reclama para sí sino su gloria y hacernos bien, dejándonos todo el beneficio. El perfecciona la naturaleza, nos eleva a una vida superior, nos procura la verdadera dicha de este mundo y la bienaventuranza en germen. ¡Ah, si comprendiéramos los designios de Dios y nuestros verdaderos intereses! Seguro que no tendríamos otro deseo que obedecerle con todo esmero, ni otro temor que no obedecerle lo bastante; le suplicaríamos e insistiríamos para que hiciera su voluntad y no la nuestra. Porque abandonar su sabia y poderosa mano para seguir nuestras pobres luces y vivir a merced de nuestra fantasía, es verdadera locura y supremo infortunio.

Una consideración más nos mostrará «que en temer a Dios y hacer lo que El quiere consiste todo el hombre»; y es que la voluntad divina, tomada en general, constituye la regla suprema del bien, «la única regla de lo justo y lo perfecto»; y que la medida de su cumplimiento es también la medida de nuestro progreso.

«Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». No basta pues, decir: ¡Señor, Señor!, para ser admitido en el reino de los cielos; es necesario hacer la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos. «El que mantiene unida su voluntad a la de Dios, vive y se salva: el que de ella se aparta muere y se pierde». «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, ven y sígueme». Es decir, haz mejor la voluntad de Dios, añade a la observancia de los preceptos la de los consejos.

Si quieres subir hasta la cumbre de la perfección, cumple la voluntad de Dios cada día más y mejor. Te irás elevando a medida que tu obediencia venga la ser más universal en su objetivo, más exacta en su ejecución, más sobrenatural en sus motivos, más perfecta en las disposiciones de tu voluntad. Consulta los libros santos, pregunta a la vida y a la doctrina de nuestro Señor y verás que no se pide sino la fe que se afirma con las obras, el amor que guarda fielmente la palabra de Dios. Seremos perfectos en la medida que hagamos la voluntad de Dios.

Este punto es de tal importancia que nos ha parecido conveniente apoyarlo con algunas citas autorizadas.

«Toda la pretensión de quien comienza oración-y no se olvide esto, que importa mucho-, ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias puedan hacer que su voluntad se conforme con la de Dios; y, como diré después, en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. No penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien». La conformidad ha de entenderse aquí en su más alto sentido.

«Cada cual -explica San Francisco de Sales- se forja la perfección a su modo: unos la ponen en la austeridad de los vestidos: otros, en la de los manjares, en la limosna, en la frecuencia de los Sacramentos, en la oración, en una no sé qué contemplación pasiva y supereminente: otros, en aquéllas gracias que se llaman dones gratuitos: y se engañan tomando los efectos por la causa, lo accesorio por lo principal. y con frecuencia la sombra por el cuerpo... En cuanto a mi yo no se ni conozco otra perfección sino amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a nosotros mismos». Y completa el pensamiento en otra parte, cuando dice que «la devoción (o la perfección) sólo añade al fuego de la caridad la llama que la hace pronta, activa y diligente, no sólo en la guarda de los mandamientos de Dios, sino también en la práctica de los consejos e inspiraciones celestiales» . Así como el amor de Dios es la forma más elevada y más perfecta de la virtud, una sumisión perfecta a la voluntad divina es la expresión más sublime y más pura, la flor más exquisita de este amor... Por otra parte, ¿no es evidente que, no existiendo nada tan bueno y tan perfecto como la voluntad de Dios, se llegará a ser más santo y más virtuoso, cuanto más perfectamente nos conformemos con esta voluntad?

Un discípulo de San Alfonso ha resumido su doctrina diciendo que personas que hacen consistir su santidad en practicar muchas penitencias, comuniones, oraciones vocales, viven evidentemente en la ilusión. Todas estas cosas no son buenas sino en cuanto Dios las quiere, de otra suerte, en vez de aceptarlas las detesta, pues tan sólo sirven de medios para unirnos a la voluntad divina.

Tenemos verdadera satisfacción en repetirlo: toda la

perfección, toda la santidad consiste en ejecutar lo que Dios quiere de nosotros; en una palabra, la voluntad divina es regla de toda bondad y de toda virtud; por ser santa lo santifica todo. aun las acciones indiferentes, cuando se ejecutan con el fin de agradar a Dios... Si queremos santificación, debemos aplicarnos únicamente a no seguir jamás nuestra propia voluntad, sino siempre la de Dios porque todos los preceptos y todos los consejos divinos se reducen en sustancia a hacer y a sufrir cuanto Dios quiere y como Dios lo quiere. De ahí que toda la perfección se puede resumir y expresar en estos términos: «Hacer lo que Dios quiere, querer lo que Dios hace».

«Toda nuestra perfección -dice San Alfonso- consiste en el amor de nuestro Dios infinitamente amable; y toda la perfección del amor divino consiste a su vez en la unión de nuestra voluntad con la suya... Si deseamos, pues, agradar y complacer al corazón de Dios, tratemos no sólo de *conformarnos* en todo a su santa voluntad, sino de *unificarnos* con ella (si así puedo expresarme), de suerte que de dos voluntades no vengamos a formar sino una sola... Los santos jamás se han propuesto otro objeto sino hacer la voluntad de Dios, persuadidos de que en esto consiste toda la perfección de un alma. El Señor llama a David hombre según su corazón, porque este gran rey estaba siempre dispuesto a seguir la voluntad divina; y Maria, la divina Madre, no ha sido la más perfecta entre todos los santos, sino por haber estado de continuo más perfectamente unida a la voluntad de Dios.» Y el Dios de sus amores, Jesús, el Santo por excelencia, el modelo de toda perfección, ¿ha sido jamás otra cosa que el amor y la obediencia personificados?... Por la abnegación que profesa a su Padre y a las almas, sustituye a los holocaustos estériles y se hace la Víctima universal. La voluntad de su Padre le conducirá por toda suerte de sufrimientos y humillaciones, hasta la muerte y muerte de cruz. Jesús lo sabe; pero precisamente para esto bajó del cielo, para cumplir esa voluntad, que a trueque de crucificarle, se convertiría en fuente de vida. Desde su entrada en el mundo declara al Padre que ha puesto su voluntad en medio de su corazón para amarla, y en sus manos para ejecutarla fielmente. Esta

amorosa obediencia será su alimento, resumirá su vida oculta, inspirará su vida pública hasta el punto de poder decir: «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre»; y en el momento de la muerte lanzará bien alto su triunfante «Consummatum est»: Padre mío, os he amado hasta el último límite, he terminado mi obra de la Redención, porque he hecho vuestra voluntad, sin omitir un solo ápice.

«Uniformar nuestra voluntad con la de Dios, he ahí la cumbre de la perfección -dice San Alfonso-, a eso debemos aspirar de continuo, ése debe ser el fin de nuestras obras, de todos nuestros deseos, de todas nuestras meditaciones, de nuestros ruegos.» A ejemplo de nuestro amado Jesús, no veamos sino la voluntad de su Padre en todas las cosas; que nuestra única ocupación sea cumplirla con fidelidad siempre creciente e infatigable generosidad y por motivos totalmente sobrenaturales. Este es el medio de seguir a Nuestro Señor a grandes pasos y subir junto a El en la gloria. «Un día fue conducida al cielo en visión la Beata Estefanía Soncino, dominica, donde vio cómo muchos que ella había conocido en vida estaban levantados a la misma jerarquía de los Serafines; y tuvo revelación de que habían sido sublimados a tan alto grado de gloria por la perfecta unión de voluntad con que anduvieron unidos a la de Dios acá en la tierra.»

### 2. La voluntad divina significada y la voluntad de beneplacito

La **voluntad divina** se muestra para nosotros reguladora y operadora. Como reguladora, es la regla suprema del bien, significada de diversas maneras; y que debemos seguir por la razón de que todo lo que ella quiere es bueno, y porque nada puede ser bueno sino lo que ella quiere. Como operadora, es el principio universal del ser, de la vida, de la acción; todo se hace como quiere, y no sucede cosa que no quiera, ni hay efecto que no venga de esta primera causa, ni movimiento que no se remonte a este primer motor, ni por tanto hay acontecimiento, pequeño o grande, que no nos revele una voluntad del divino beneplácito. A esta voluntad es deber nuestro someternos, ya que Dios tiene absoluto derecho de disponer de nosotros como le parece. Dios nos hace, pues,

conocer su voluntad por las reglas que nos ha señalado, o por los acontecimientos que nos envía. He ahí la voluntad de Dios significada y su voluntad de beneplácito.

**La primera**, «nos propone previa y claramente las verdades que Dios quiere que creamos, los bienes que esperemos, las penas que temamos, las cosas que amemos, los mandamientos que observemos y los consejos que sigamos. A esto llamamos voluntad significada, porque nos ha significado y manifestado cuanto Dios quiere y se propone que creamos, esperemos, temamos, amemos y practiquemos. La conformidad de nuestro corazón con la voluntad significada consiste en que queramos todo cuanto la divina Bondad nos manifiesta ser de su intención; creyendo según su doctrina, esperando según sus promesas, temiendo según sus amenazas, amando y viviendo según sus mandatos y advertencias»

La voluntad significada abraza cuatro partes, que son: los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, los consejos, las inspiraciones, las Reglas y las Constituciones.

Es necesario que cada cual obedezca a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, porque es la voluntad de Dios absoluta que quiere que los obedezcamos, si deseamos salvarnos.

Es también voluntad suya, no imperativa y absoluta, sino de sólo deseo, que guardemos sus consejos; por lo cual, aun cuando sin menosprecio los dejamos de cumplir por no creernos con valor para emprender la obediencia a los mismos, no por eso perdemos la caridad ni nos separamos de Dios; además de que ni siquiera debemos acometer la práctica de todos ellos, habiéndolos como los hay entre sí opuestos, sino tan sólo los que fueren más conformes a nuestra vocación... Hay que seguir, pues, concluye el santo, los consejos que Dios quiere sigamos. No a todos conviene la observancia de todos los consejos. Dados como están para favorecer la caridad, ésta es la que ha de regular y medir su ejecución... Los que tenemos que practicar los religiosos, son los comprendidos en nuestras Reglas. Y a la verdad, nuestros votos, nuestras leyes monásticas, las órdenes y consejos de nuestros Superiores constituyen para nosotros la expresión de la voluntad divina y el código de nuestros deberes de estado.

Poderosa razón tenemos para bendecir al divino Maestro, pues ha tenido la amorosa solicitud de trazarnos hasta en los más minuciosos detalles su voluntad acerca de la Comunidad y sus miembros.

En las inspiraciones nos indica sus voluntades sobre cada uno de nosotros más personalmente. « Santa María Egipciaca se sintió inspirada al contemplar una imagen de nuestra Señora; San Antonio, al oír el evangelio de la Misa; San Agustín, al escuchar la vida de San Antonio; el duque de Gandía, ante el cadáver de la emperatriz; San Pacomio, viendo un ejemplo de caridad; San Ignacio de Loyola, leyendo la vida de los santos»; en una palabra, las inspiraciones nos vienen por los más diversos medios. Unas sólo son ordinarias en cuanto nos conducen a los ejercicios acostumbrados con fervor no común; otras «se llaman extraordinarias porque incitan a acciones contrarias a las leyes, reglas y costumbres de la Santa Iglesia, por lo que son más admirables que imitables.» El piadoso Obispo de Ginebra indica con qué señales se pueden discernir las inspiraciones divinas y la manera de entenderlas, terminando con estas palabras: «Dios nos significa su voluntad por sus inspiraciones. No quiere, sin embargo, que distingamos por nosotros mismos sí lo que nos ha inspirado es o no voluntad suya, menos aún que sigamos sus inspiraciones sin discernimiento. No esperemos que El nos manifieste por Sí mismo sus voluntades, o que envíe ángeles para que nos las enseñen, sino que quiere que en las cosas dudosas y de importancia recurramos a los que ha puesto sobre nosotros para guiamos» .

Añadamos, por último, que los ejemplos de Nuestro Señor y de los santos, la doctrina y la práctica de las virtudes pertenecen a la voluntad de Dios significada; si bien es fácil referirlas a una u otra de las cuatro señales que acabamos de indicar.

«He ahí, pues, cómo nos manifiesta Dios sus voluntades que nosotros llamamos *voluntad significada*. Hay además la ***voluntad de beneplácito*** de Dios, la que hemos de considerar en todos los acontecimientos, quiero decir, en todo lo que nos sucede; en la enfermedad y en la muerte, en la aflicción y en la consolación, en la adversidad y en la

prosperidad, en una palabra, en todas las cosas que no son previstas.» La voluntad de Dios se ve sin dificultad en los acontecimientos que tienen a Dios directamente por autor; y lo mismo en los que vienen de las criaturas no libres, porque si obran es por la acción que reciben de Dios a quien sin resistencia obedecen. Donde hay que ver la voluntad de Dios es principalmente en las tribulaciones, que por más que El no las ame por sí mismas, las quiere emplear, y efectivamente las emplea, como excelente recurso para satisfacer el orden, reparar nuestras faltas, curar y santificar las almas. Más aún, hay que verla incluso en nuestros pecados y en los del prójimo: voluntad permisiva, pero incontestable. Dios no concurre a la forma del pecado que es lo que constituye su malicia: lo aborrece infinitamente y hace cuanto está de su parte para apartarnos de él; lo reprueba y lo castigará. Mas, para no privarnos prácticamente de la libertad que nos ha concedido, como nosotros nada podemos hacer sin su concurso, lo da en cuanto a lo material del acto, que por lo demás no es sino el ejercicio natural de nuestras facultades. Por otra parte, El quiere sacar bien del mal, y para ello hace que nuestras faltas y las del prójimo sirvan a la santificación de las almas por la penitencia, la paciencia, la humildad, la mutua tolerancia, etc. Quiere también que, aun cumpliendo el deber de la corrección fraterna, soportemos al prójimo, que le obedezcamos conforme a nuestras Reglas, viendo hasta en sus exigencias y en sus sinrazones los instrumentos de que Dios se sirve para ejercitamos en la virtud. Por esta razón, no temía decir San Francisco de Sales que por medio de nuestro prójimo es como especialmente Dios nos manifiesta lo que desea de nosotros.

Existen profundas **diferencias** entre la voluntad de Dios significada y la de beneplácito.

1º La voluntad significada nos es conocida de antemano, y por lo general, de manera clarísima mediante los signos del pensamiento, a saber: la palabra y la escritura. De esta manera conocemos el Evangelio, las leyes de la Iglesia, nuestras santas Reglas; donde sin esfuerzo y a nuestro gusto podemos leer la voluntad de Dios, confiaría a nuestra memoria y meditarla. Las inspiraciones divinas y las órdenes de

nuestros Superiores sólo en apariencia son excepciones, pues ellas tienen por objeto la ley escrita, cristiana o monástica. Al contrario, «casi no se conoce el beneplácito divino más que por los acontecimientos.» Decimos casi, porque hay excepciones; lo que Dios hará más tarde, podemos conocerlo de antemano, si a El le place decirlo; también se puede presentir, conjeturar, adivinar, ya por el rumbo actual de los hechos, ya por las sabias disposiciones tomadas y las imprudencias cometidas. Mas, en general, el beneplácito divino se descubre a medida que los acontecimientos se van desarrollando, los cuales están ordinariamente por encima de nuestra previsión. Aun en el propio momento en que se verifican, la voluntad de Dios permanece muy oscura: nos envía, por ejemplo, la enfermedad, las sequedades interiores u otras pruebas; en verdad que éste es actualmente su beneplácito, mas ¿será durable? ¿Cuál será su desenlace? Lo ignoramos.

2º De nosotros depende siempre o el conformarnos por la obediencia a la voluntad de Dios significada o el sustraernos a ella por la desobediencia. Y es que Dios, queriendo poner en nuestras manos la vida o la muerte, nos deja la elección de obedecer a su ley o de quebrantarla hasta el día de su justicia. Por su voluntad de beneplácito, al contrario, dispone de nosotros como Soberano; sin consultarnos, y a las veces aun contra nuestros deseos, nos coloca en la situación que nos ha preparado, y nos propone en ella el cumplimiento de los deberes. Queda en nuestro poder cumplir o no estos deberes, someternos al beneplácito o portarnos como rebeldes; mas es preciso aguantar los acontecimientos, queramos o no, no habiendo poder en el mundo que pueda detener su curso. Por ese camino, como gobernador y juez supremo, Dios restablece el orden y castiga el pecado; como Padre y Salvador, nos recuerda nuestra dependencia y trata de hacernos entrar en los senderos del deber, cuando nos hemos emancipado y extraviado.

3º Esto supuesto, Dios nos pide la obediencia a su voluntad significada como un efecto de nuestra elección y de nuestra propia determinación. Para seguir un precepto o un punto de regla, para producir los actos de las virtudes

teologales o morales, nos es preciso sin duda una gracia secreta que nos previene y nos ayuda, gracia que nosotros podemos alcanzar siempre por medio de la oración y de la fidelidad. Pero aun cuando la voluntad de Dios nos sea claramente significada, puestos en trance de cumplirla, lo hacemos por nuestra propia determinación; no necesitamos esperar un movimiento sensible de la gracia, una moción especial del Espíritu Santo, digan lo que quieran los semiquietistas antiguos y modernos. Por el contrario, si se trata de la voluntad del beneplácito divino, es necesario esperar a que Dios la declare mediante los acontecimientos: sin esa declaración no sabemos lo que El espera de nosotros; con ella, conocemos lo que desea de nosotros, primero, la sumisión a su voluntad, después, el cumplimiento de los deberes peculiares a tal o cual situación que El nos ha deparado.

San Francisco de Sales hace, a este propósito, una observación muy atinada: «Hay cosas en que es preciso juntar la voluntad de Dios significada a la de beneplácito» . Y cita como ejemplo el caso de enfermedad. Además de la sumisión a la Providencia divina será preciso llenar los deberes de un buen enfermo, como la paciencia y abnegación, y permanecer manteniéndose fiel a todas las prescripciones de la voluntad significada, salvo las excepciones y dispensas que puede legitimar la enfermedad. Insiste mucho el santo Doctor sobre que en esta concurrencia de voluntades «mientras el beneplácito divino nos sea desconocido, es necesario adherirnos lo más fuertemente posible a la voluntad de Dios que nos es significada, cumpliendo cuidadosamente cuando a ella se refiere; mas tan pronto como el beneplácito de su divina Majestad se manifieste, es preciso rendirse amorosamente a su obediencia, dispuestos siempre a someternos así en las cosas desagradables como agradables, en la muerte como en la vida, en fin, en todo cuanto no sea manifiestamente contra la voluntad de Dios significada, pues ésta es ante todo». Estas nociones son algo áridas, pero importa entenderlas bien y no olvidarlas, por la mucha luz que derraman sobre las cuestiones siguientes.

### 3. Obediencia a la voluntad de Dios significada

Dejamos ya establecido que la voluntad de Dios, tomada en general, es la sola regla suprema, y que se avanzará en perfección a medida que el alma se conforme con ella. Bajo cualquier forma en que llegue hasta nosotros, sea como voluntad significada o de beneplácito, es siempre la voluntad de Dios, igualmente santa y adorable. La obra, pues, de nuestra santificación implica la fidelidad a una y a otra. Sin embargo, dejando por el momento a un lado el beneplácito divino, querríamos hacer resaltar la importancia y necesidad de adherirnos de todo corazón y durante toda nuestra existencia a la voluntad significada, haciendo de ella el fondo mismo de nuestro trabajo. Al fin de este capítulo daremos la razón de nuestra insistencia sobre una verdad que parece evidente.

La voluntad de Dios significada entraña, en primer lugar, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y nuestros deberes de estado. Estos deben ser, ante todo, el objeto de nuestra continua y vigilante fidelidad, pues son la base de la vida espiritual; quitadla y veréis desplomarse todo el edificio. «Teme a Dios -dice el Sabio-, y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre». Podrá alguien figurarse que las obras que sobrepasan el deber santifican más que las de obligación, pero nada más falso. Santo Tomás enseña que la perfección consiste, ante todo, en el fiel cumplimiento de la ley. Por otra parte, Dios no podría aceptar favorablemente nuestras obras supererogatorias, ejecutadas con detrimento del deber, es decir, sustituyendo su voluntad por la nuestra.

La voluntad significada abraza, en segundo lugar, los consejos. Cuando más los sigamos en conformidad con nuestra vocación y nuestra condición, más semejantes nos harán a nuestro divino Maestro, que es ahora nuestro amigo y el Esposo de nuestras almas y que ha de ser un día nuestro Soberano Juez. Ellos nos harán practicar las virtudes más agradables a su divino corazón, tales como la dulzura, y la humildad, la obediencia de espíritu y de voluntad, la castidad virginal, la pobreza voluntaria, el perfecto desasimiento, la abnegación llevada hasta el sacrificio y olvido de nosotros mismos; en ellos también encontraremos el consiguiente

tesoro de méritos y santidad. Observándolos con fidelidad apartaremos los principales obstáculos al fervor de la caridad, los peligros que amenazan su existencia; en una palabra, los consejos son el antemural de los preceptos. Según la expresión original de José de Maistre: «Lo que basta no basta. El que quiere hacer todo lo permitido, hará bien pronto lo que no lo está; el que no hace sino lo estrictamente obligatorio, bien pronto no lo hará completamente.»

La voluntad significada abraza por último las inspiraciones de la gracia. «Estas inspiraciones son rayos divinos que proyectan en las almas luz y calor para mostrarles el bien y animarlas a practicarlo; son prendas de la divina predilección con infinita variedad de formas; son sucesivamente y según las circunstancias, atractivos, impulsos, reprensiones, remordimientos, temores saludables, suavidades celestiales, arranques del corazón, dulces y fuertes invitaciones al ejercicio de alguna virtud. Las almas puras e interiores reciben con frecuencia estas divinas inspiraciones, y conviene mucho que las sigan con reconocimiento y fidelidad.» ¡ Es tan valioso el apoyo que nos prestan! ¡Con cuánta razón decía el Apóstol: «No extingáis el espíritu» , es decir, no rechacéis los piadosos movimientos que la gracia imprime a vuestro corazón!

¿Necesitaremos añadir que la voluntad significada nos mandará, nos aconsejará, nos inspirará durante todo el curso de nuestra vida? Siempre tendremos que respetar la autoridad de Dios, pues nunca seremos tan ricos que podamos creernos con derecho a desechar los tesoros que su voluntad nos haya de proporcionar. Guardar con fidelidad la voluntad significada es nuestro medio ordinario de reprimir la naturaleza y cultivar las virtudes; por que la naturaleza nunca muere, y nuestras virtudes pueden acrecentarse sin cesar. Aunque mil años viviéramos y todos ellos los pasáramos en una labor asidua, nunca llegaríamos a parecernos en todo a Nuestro Señor y ser perfectos como nuestro Padre celestial.

No debemos omitir que para un religioso sus votos, sus Reglas y la acción de los Superiores constituyen la principal expresión de la voluntad significada, el deber de toda la vida y el camino de la santidad.

Nuestras Reglas son guía absolutamente segura. La vida

religiosa «es una escuela del servicio divino», escuela incomparable en la que Dios mismo, haciéndose nuestro Maestro, nos instruye, nos modela, nos manifiesta su voluntad para cada instante, nos explica hasta los menores detalles de su servicio. El es quien nos asigna nuestras obras de penitencia, nuestros ejercicios de contemplación, las mil observancias con que quiere practiquemos la religión, la humildad, la caridad fraterna y demás virtudes; nos indica hasta las disposiciones íntimas que harán nuestra obediencia dulce a Dios, fructuosa para nosotros. Esto supuesto, ¿qué necesidad tenemos -dice San Francisco de Sales- que Dios nos revele su voluntad por secretas inspiraciones, por visiones y éxtasis? Tenemos una luz mucho más segura, «el amable y común camino de una santa sumisión a la dirección así de las Reglas como de los Superiores. »«En verdad que sois dichosas, hijas mías -dice en otra parte-, en comparación con los que estamos en el mundo. Cuando nosotros preguntamos por el camino, quién nos dice: a la derecha; quién, a la izquierda; y, en definitiva, muchas veces nos engañan. En cambio vosotras no tenéis sino dejaros conducir, permaneciendo tranquilamente en la barca. Vais por buen derrotero; no hayáis miedo. La divina brújula es Nuestro Señor; la barca son vuestras Reglas; los que la conducen son los Superiores que, casi siempre, os dicen: Caminad por la perpetua observancia de vuestras Reglas y llegaréis felizmente a Dios. Bueno es, me diréis, caminar por las Reglas; pero es camino general y Dios nos llama mediante atractivos particulares; que no todas somos conducidas por el mismo camino. -Tenéis razón al explicaros así; pero también es cierto que, si este atractivo viene de Dios, os ha de conducir a la obediencia» .

Nuestras Reglas son el medio principal y ordinario de nuestra purificación. La obediencia, en efecto, nos despega y purifica por las mil renuncias que impone y más aún por la abnegación del juicio y de la voluntad propia que, según San Alfonso, son la ruina de las virtudes, la fuente de todos los males, la única puerta del pecado y de la imperfección, un demonio de la peor ralea, el arma favorita del tentador contra los religiosos, el verdugo de sus esclavos, un infierno

anticipado. Toda la perfección del religioso consiste, según San Buenaventura, en la renuncia de la propia voluntad; que es de tal valor y mérito, que se equipara al martirio; pues si el hacha del verdugo hace rodar por tierra la cabeza de la víctima, la espada de la obediencia inmola a Dios la voluntad que es la cabeza del alma.»

Nuestras Reglas son mina inagotable para el cielo, y verdadera riqueza de la vida religiosa. Contra la obediencia, en efecto, no hay sino pecado e imperfección; sin ella, los actos más excelentes desmerecen; con ella lo que no está prohibido llega a ser virtud, lo bueno se hace mejor. «Introduce en el alma todas las virtudes, y una vez introducidas las conserva», multiplica los actos del espíritu, santificando todos los momentos de nuestra vida; nada deja a la naturaleza, sino todo lo da a Dios. El divino Maestro, según la bella expresión de San Bernardo, «ha hecho tan gran estima de esta virtud, que se hizo obediente hasta la muerte, queriendo antes perder la vida que la obediencia». Por eso todos los santos la han ensalzado a porfía y han cultivado con ardiente celo esta preciosa virtud tan amada de Nuestro Señor. El Abad Juan podía decir, momentos antes de presentarse a Dios, que él jamás había hecho la voluntad propia. San Dositeo, que no podía practicar las duras abstinencias del desierto, fue con todo elevado a un muy alto grado de gloria después de solos cinco años de perfecta obediencia. San José de Calasanz llamaba a la religiosa obediente, piedra preciosa del Monasterio. La obediencia regular era para Santa María Magdalena de Pazzis el camino más recto de la salvación eterna y de la santidad. San Alfonso añade: «Es el único camino que existe en la religión para llegar a la salvación y a la santidad, y tan único, que no hay otro que pueda conducir a ese término... Lo que diferencia a las religiosas perfectas de las imperfectas, es sobre todo la obediencia.» Y según San Doroteo, «cuando viereis un solitario que se aparta de su estado y cae en faltas considerables, persuadíos de que semejante desgracia le acontece por haberse constituido guía de sí mismo. Nada, en efecto, hay tan perjudicial y peligroso como seguir el propio parecer y conducirse por propias luces» .

«La suma perfección -dice Santa Teresa- claro es que no está en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad y tan alegremente tomemos lo amargo como lo sabroso, entendiendo que lo quiere su Majestad.» De ello ofrece la santa diversas razones; después añade: «Yo creo que, como el demonio ve que no hay camino que más presto llegue a la suma perfección que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades debajo de color de bien.» La santa conoció personas sobrecargadas por la obediencia de multitud de ocupaciones y asuntos, y, volviéndolas a ver después de muchos años, las hallaba tan adelantadas en los caminos de Dios que quedaba maravillada. « ¡ Oh dichosa obediencia y distracción por ella, que tanto pudo alcanzar!» .

San Francisco de Sales abunda en el mismo sentir: «En cuanto a las almas que, ardientemente ganosas de su adelantamiento, quisieran aventajar a todas las demás en la virtud, harían mucho mejor con sólo seguir a la comunidad y observar bien sus Reglas; pues no hay otro camino para llegar a Dios.» Era Santa Gertrudis de complexión débil y enfermiza, por lo que su superiora la trataba con mayor suavidad que a las demás, no permitiéndole las austeridades regulares. «¿Qué diréis que hacía la pobrecita para llegar a ser santa? Someterse humildemente a su Madre, nada más; y por más que su fervor la impulsase a desear todo cuanto las otras hacían, ninguna muestra daba, sin embargo, de tener tales deseos. Cuando le mandaban retirarse a descansar, hacíalo sencillamente y sin replicar; bien segura de que tan bien gozaría de la presencia de su Esposo en la celda como si se encontrara en el coro con sus compañeras. Jesucristo reveló a Santa Matilde que si le querían hallar en esta vida le buscasen primero en el Augusto Sacramento del Altar, después en el corazón de Gertrudis.» Cita el piadoso doctor otros ejemplos y luego añade: «Necesario es imitar a estos santos religiosos, aplicándonos humilde y fervorosamente a lo que Dios pide de nosotros y conforme a nuestra vocación, y no juzgando poder encontrar otro medio de perfección mejor que éste» .

«Y a la verdad, siendo Dios mismo quien nos ha escogido nuestro estado de vida y los medios de santificarnos, nada puede ser mejor ni aun bueno para nosotros, fuera de esta elección suya. Santa fue por cierto la ocupación de Marta, dice un ilustre Fundador; santa también la contemplación de Magdalena, no menos que la penitencia y las lágrimas con que lavó los pies del Salvador; empero todas estas acciones, para ser meritorias, hubieron de ejecutarse en Betania, es decir, en la casa de la obediencia, según la etimología de esta palabra; como si Nuestro Señor, según observa San Bernardo, hubiera querido enseñarnos con esto que, ni el celo de las buenas obras, ni la dulzura en la contemplación de las cosas divinas, ni las lágrimas de la penitencia le hubiesen podido ser agradables fuera de Betania» .

La obediencia a la voluntad de Dios significada es, por consiguiente, el medio normal para llegar a la perfección. Y no es que queramos desestimar, ni mucho menos, la sumisión a la voluntad de beneplácito, antes proclamamos su alta importancia y su influencia decisiva. Pues Dios con esa su voluntad nos depara y escoge los acontecimientos en vista de nuestras particulares necesidades, prestando de esta manera a la acción benéfica de nuestras reglas un apoyo siempre utilísimo y a veces un complemento necesario; apoyo y complemento tanto más precioso cuanto nos es más personal, al contrario de las prescripciones de nuestras reglas, que por fuerza han de ser generales. Sin embargo, no es menos cierto que la obediencia a la voluntad significada sigue siendo, en medio de los sucesos accidentales y variables, el medio fijo y regular, la tarea de todos los días y de cada instante. Por ella es preciso comenzar, por ella continuar y por ella concluir.

Hemos juzgado conveniente recordar esta verdad capital al principio de nuestro estudio, a fin de que los justos elogios que han de tributarse al Santo Abandono no exciten a nadie a seguirle con celo exclusivo, como si él fuera la vía única y completa. Forma, a no dudarlo, una parte importante del camino, pero jamás podrá constituir la totalidad. De otra suerte, ¿para qué guardamos la obediencia? Al descuidaría nos perjudicaríamos enormemente, sobre todo si se atiende a que durante todo el día, desde que el religioso se levanta

hasta que se acuesta, casi no hay momento en que le deje de la mano y en que no lo dirija con alguna prescripción de regla; además, que la voluntad de Dios sea significada de antemano o declarada en el curso de los acontecimientos, siempre tiene la obediencia los mismos derechos e impone los mismos deberes y no nos es dado escoger entre ella y el abandono; ambos deben ir de acuerdo y en unión estrechísima.

Ofrécese la oportunidad de señalar aquí ciertas expresiones peligrosas. Decir, por ejemplo, que Dios «nos lleva en brazos» o que nos hace adelantar «a largos pasos» en el abandono, y al revés que nosotros damos «nuestros cortos pasos» en la obediencia, ¿no es acaso rebajar el precio de ésta y encarecer con exceso el valor del primero?

Si sólo se considera su objeto, la obediencia, es cierto, nos invita por lo regular a dar pasos cortitos; mas, pudiéndose contar éstos por cientos y por miles al día, su misma multiplicidad y continuidad nos hacen ya adelantar muchísimo. La constante fidelidad en las cosas pequeñas está muy lejos de ser una virtud mediocre; antes bien, es un poderoso medio de morir a sí mismo y de entregarse todo a Dios; es, llamémosle con su verdadero nombre, el heroísmo oculto. Por lo demás, ¿qué impide que nuestros pasos sean siempre largos y aun más largos? Para ello no es necesario que el objeto de la obediencia sea difícil o elevado, basta que las intenciones sean puras y las disposiciones santas. La Santísima Virgen ejecutaba acciones en apariencia vulgarísimas, mas ponía en ellas toda su alma, comunicándoles así un valor incomparable. ¿No podríamos, en la debida proporción, hacer nosotros otro tanto?

El abandono a su vez se ejercitará más frecuentemente en cosas menudas que en pruebas fuertes. Además, no es cierto que Dios por su voluntad de beneplácito nos «lleve en brazos» y nos haga avanzar sin trabajo alguno de nuestra parte. Ordinariamente al menos, pide activa cooperación y personal esfuerzo del alma, cuyo espiritual aprovechamiento guarda relación con esa su buena voluntad. Y al revés, ocasiones habrá en que por desgracia contrariemos la acción de Dios, enorgulleciéndonos en 1a prosperidad, rebelándonos en la adversidad; en cuyo caso también caminaremos a largos

pasos, pero hacia atrás.

Dos cosas dejamos, pues, asentadas: primera, que debemos respetar ambas voluntades divinas, esto es, obedecer generosamente a la voluntad significada y abandonarnos con confianza a la de beneplácito; y segunda, que así en la obediencia como en el abandono Dios no quiere en general santificarnos sin nosotros; siendo, por tanto, necesario que nuestra acción concurra con la divina, y ello en tal forma que la buena voluntad venga a ser la indicadora de nuestro mayor o menor progreso.

### 4. Conformidad con la voluntad de beneplácito

Al reservar el nombre de obediencia para indicar el cumplimiento de la voluntad significada, y el de la conformidad para indicar la sumisión al beneplácito divino, hemos creído seguir el uso más generalizado; con todo, preciso es reconocer que reina una gran divergencia sobre este punto. San Alfonso en particular expresa frecuentemente las dos cosas bajo el nombre de conformidad. Será, pues, necesario atender al contexto para ver en qué sentido toman los autores estos términos.

Como todas las demás virtudes, la conformidad con la Providencia, o la sumisión al beneplácito de Dios, abarca muchos grados de perfección, ora se mire la acción más o menos generosa de la voluntad, ora se considere el motivo más o menos elevado de esta adhesión.

1º Tomando por base de esta clasificación la generosidad con que adaptamos nuestro querer al de Dios, el P. Rodríguez reduce estos grados a tres:

«El primero es cuando las cosas de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye, pero quiere sufrirías antes que hacer cosa alguna de pecado por huirías. Este es el grado más ínfimo y de precepto; de manera que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que le suceden, y aunque gima cuando está enfermo y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios.

»El segundo grado es cuando el hombre, aunque no desea

los males que le suceden, ni los elige, pero después de venidos los acepta de buena gana por ser aquélla la voluntad y el beneplácito de Dios: de manera que añade este grado al primero, tener alguna buena voluntad y algún amor a la pena por Dios, y el quererla sufrir no solamente mientras está de precepto obligado a sufrirla, sino también mientras el sufrirla fuera más agradable a Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia; este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad.

»El tercero es cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envía, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquélla la voluntad de Dios». Así es como los Apóstoles se regocijaban de haber sido juzgados dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús, y San Pablo rebosaba de gozo en medio de sus tribulaciones.

¿Nos será permitido observar que el amor de donde procede el segundo grado puede muy bien ser el amor de esperanza, y que la diferencia entre este segundo grado y el tercero tal vez estuviera declarada mejor de otro modo?

Esta clasificación es comúnmente admitida, de suerte que aun variando los detalles, según los autores, el fondo es el mismo. La encontramos ya en nuestro Padre San Bernardo, y hasta nos parece que nadie ha estado tan acertado como él, ni en precisar los grados ni en señalar los motivos. Recuerda las tres vías clásicas de los principiantes, de los proficientes y de los perfectos, asignándoles por móviles respectivos, el temor, la esperanza y el amor; y luego añade: «El principiante, impulsado por el temor, sufre la cruz de Cristo con paciencia; el proficiente, impulsado por la esperanza, la lleva con gusto; el que está consumado en la caridad la abraza ya con amor».

2º Atendiendo al motivo de nuestra conformidad con el beneplácito de Dios, distinguiremos la que proviene de puro amor, y la que procede de cualquier otra causa sobrenatural.

En opinión de San Bernardo, a los principiantes que no poseen por lo general sino la simple resignación, esta conformidad les viene del temor; los proficientes, en cambio, llevan la cruz con gusto, y su conformidad es más elevada que la anterior y tiene por causante la esperanza; los perfectos

abrazan la cruz con ardor, y esta perfecta conformidad es el fruto del amor divino.

Entiéndese fácilmente que el temor basta para producir la simple resignación; mas para que la sumisión crezca en generosidad, para que suba hasta el gozo menester es suponer un desasimiento más completo, una fe más viva, una confianza en Dios más firme. Con todo no es necesariamente hija del puro amor, ya que a tales alturas puede muy bien elevarnos el deseo de los bienes eternos. Un alma ansiosa del cielo tendrá por gran dicha las pequeñas pruebas y aun las grandes tribulaciones, según se hallare de penetrada por las seductoras promesas del Apóstol. «No son de comparar los sufrimientos de la vida presente con la futura gloria que se ha de manifestar en nosotros. Nuestras tribulaciones tan breves y ligeras nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria».

Hay, en fin, la conformidad por puro amor, que es en sí la más perfecta, porque nada hay tan elevado, delicado, generoso y perseverante como el amor sobrenatural. Ahora bien, puesto que la caridad es para todos un mandamiento, no hay al parecer, un solo fiel que no pueda emitir, al menos de cuando en cuando, actos de conformidad por amor, actos que él producirá mejor y con más gusto, conforme fuere creciendo en caridad. Y aun día vendrá cuando, viviendo principalmente por puro amor, también por puro amor se conforme con las disposiciones de la Providencia, por lo menos de una manera habitual. Mas también, así como el alma adelantada puede elevarse de continuo en el amor santo, así igualmente podrá crecer sin cesar en la conformidad que nace del amor.

Esto supuesto, ¿qué lugar ocupa el Santo Abandono entre los mencionados grados de espiritual conformidad? Indudablemente, el más encumbrado, y eso ya se mire a la generosidad de la sumisión, ya al móvil de la misma.

Si se atiende a la generosidad, el Santo Abandono sólo parece hallarse satisfecho en el grado superior; no así el primer grado, es decir, en resignación, que no sube tan alto, y que basta para la simple vida cristiana, pero no para la vida perfecta, eso fuera de que no implica el total desasimiento y la total entrega de la voluntad que es inherente al abandono; y lo

mismo se diga de lo que hemos llamado segundo grado, que con ser más generoso que el anterior aún carece del completo desapego, sin el cual no podría el alma mostrarse indiferente a todo y poner enteramente su voluntad en manos de la Providencia.

Si se considera el motivo determinante, el abandono es una conformidad por amor, con particulares matices que le dan un carácter acentuado de confianza filial y de total donación. En una palabra, y como se verá mejor más adelante, es la cumbre del amor y de la conformidad.

No sólo no quisiéramos restar méritos a la simple resignación, como tampoco a la conformidad que no nace del puro amor; al contrario, nos felicitaríamos de hacer resaltar su valor e importancia. Pero nuestro designio es tratar explícitamente tan sólo del Santo Abandono, y así comenzaremos a describirle de manera clara y minuciosa según la doctrina de San Francisco de Sales; esperando, sin embargo, que las almas menos adelantadas en la conformidad podrán seguir con provecho el desarrollo de nuestro trabajo, y, habida la conveniente proporción, aplicarse muchas cosas.

### 5. Noción del abandono

Ante todo, ¿por qué la palabra abandono? Monseñor Gay va a darnos la respuesta en página luminosa harto conocida: « Hablamos de abandono -dice-, no hablamos de obediencia... La obediencia se refiere a la virtud cardinal de la justicia, en tanto que el abandono entronca en la virtud teologal de la caridad. Tampoco decimos resignación; pues aunque la resignación mira naturalmente a la voluntad divina, y no la mira sino para someterse a ella, pero sólo entrega, por decirlo así, a Dios una voluntad vencida, una voluntad, por consiguiente, que no se ha rendido al instante y que no cede sino sobreponiéndose a sí misma. El abandono va mucho más lejos. El término aceptación tampoco sería adecuado; porque la voluntad del hombre que acepta la de Dios... parece no subordinársele sino después de haber comprobado sus derechos. De manera que no nos conduce a donde queremos ir. La aquiescencia casi, casi, nos conduciría... pero, ¿quién no ve que semejante acto implica todavía una ligera discusión

interior, y que la voluntad asustada primero ante el poder divino sólo se aquieta y se deja manejar después de tal discusión y desconfianza? Hubiéramos podido emplear la palabra conformidad, que es convenientísima y, si cabe, la consagrada para la materia, como lo hiciera el P. Rodríguez, que con este título compuso un excelente tratado en su libro tan recomendable: De la Perfección y Virtudes cristianas. Sin embargo, este vocablo refleja mejor un estado que un acto; estado que por lo demás parece presuponer una especie de ajuste asaz laborioso y paciente. Al pronunciarla surge la idea de un modelo que un artista se hubiese esforzado por imitar después de contemplarlo y admirarlo. Y aun cuando la conformidad se lograra sin trabajo, siempre quedaría algo, un no pequeño resabio de frialdad... ¿Nos hubiéramos expresado con más acierto de habernos servido de la palabra indiferencia (palabra mágica en los ejercicios de San Ignacio), la cual es muy usual y también muy exacta por cuanto expresa el estado de un alma que rinde a la voluntad de Dios el perfecto homenaje de que pretendemos hablar...? Es palabra negativa, pero el amor se sirve de ella tan sólo como de escabel, siendo cierto que nada hay en definitiva tan real como el amor. La palabra más indicada en nuestro caso era, por tanto, abandono».

Y en verdad, no hay otra que así describa el movimiento amoroso y confiado con que nos echamos en manos de la Providencia, al igual que un niño en los brazos de su madre. Es cierto que esta expresión estuvo arrinconada largo tiempo en atención al abuso que de ella hicieron los quietistas, pero recobró ya el derecho de ciudadanía y hoy la emplean todos de un modo corriente; nosotros haremos lo mismo, después de precisar su sentido.

«Abandonar nuestra alma y dejarnos a nosotros mismos -dice el piadoso Obispo de Ginebra-, no es otra cosa que despojarnos de nuestra propia voluntad para dársela a Dios.» En este movimiento de amor, que es el acto mismo del abandono, hay, por consiguiente, un punto de partida y otro de término; porque es preciso que la voluntad salga de sí misma para entregarse toda a Dios. Síguese, pues, que el abandono contiene dos elementos que hemos de estudiar: la santa

indiferencia y el entregamiento completo de nuestra voluntad en manos de la Providencia; el primero es condición necesaria, y elemento constitutivo el segundo.

### 1º La santa indiferencia

Sin la santa indiferencia el abandono resultará imposible. Nada es en sí tan amable como la voluntad de Dios. Significada de antemano o manifestada por los acontecimientos, a nada tiende si no es a conducirnos a la vida eterna, a enriquecernos desde ahora con un aumento de fe, de caridad y de buenas obras. Dios mismo es quien viene a nosotros como Padre y Salvador, con el corazón rebosante de ternura y las manos llenas de beneficios. Mas con ser tan amable y todo, ésta su voluntad halla en nosotros no pocos obstáculos. En efecto, la ley divina, nuestras Reglas, las inspiraciones de la gracia, la práctica esmerada de las virtudes, todo cuanto pertenece a la voluntad significada, nos impone mil sacrificios diarios; eso sin contar otra porción de dificultades imprevistas y añadidas con frecuencia por el divino beneplácito a las cruces de antemano conocidas. La mayor dificultad, sin embargo, viene del pecado original, que nos deja llenos de orgullo y sensualidad e infestados de la triple concupiscencia: la humillación, la privación, el dolor, aun los más imprescindibles, nos repugnan; el placer lícito o ilícito, la gloria y los falsos bienes nos fascinan; el demonio, el mundo, los objetos creados, los acontecimientos, todo conspira a despertar en nosotros estos gustos y estas repugnancias. Son harto numerosos los motivos por los cuales corremos frecuentes riesgos de rechazar la voluntad divina, e incluso de no verla.

¿Quién nos abrirá los ojos del espíritu? ¿Quién desembarazará nuestra voluntad de tantos estorbos si no es la mortificación cristiana en todas sus formas? De ella hemos menester no pequeña dosis para asegurar la simple resignación; y el no tenerla así es causa de que haya tantos rebeldes, quejumbrosos, descontentos, tan pocos enteramente sumisos y por lo mismo tantísimos desgraciados, y tan poquitas almas de verdad felices. Y, sin embargo, aún se

precisa mucho más para hacer posible el abandono, por lo menos el abandono habitual. ¿Podrá elevarse hacia Dios la voluntad ligada a la tierra por el cable del pecado, o por los lazos de mil aficioncillas? ¿Se pondrá en manos de Dios, como un niño en los brazos de su madre, dispuesta a todas sus determinaciones, aun las más mortificantes, si no ha adquirido la firmeza que da el espíritu de sacrificio, si no ha disciplinado las pasiones, si no se ha vuelto indiferente a todo lo que no es Dios y su voluntad santísima? La voluntad humana debe, pues, ante todo acostumbrarse y disponerse (cosa que generalmente no conseguirá sin paciencia y prolongado trabajo) a sentir privaciones y soportar quebrantos, a no hacer caso del placer ni del dolor; en una palabra, debe aprender lo que los santos llamaban perfecto desasimiento y santa indiferencia.

Por lo menos necesitará la indiferencia de apreciación y de voluntad. Una vez así dispuesta y hondamente convencida de que Dios lo es todo, y que las criaturas nada son o nada significan, ya nada querrá ver ni desear en las cosas temporales, sino sólo a Dios, a quien ama y por quien anhela, y a su santísima voluntad, guía único que la podrá conducir a su propio fin. ¡ Ojalá haya adquirido también en gran cantidad la indiferencia de gusto, de suerte que el mundo y sus pasatiempos, los bienes y honores de acá abajo, todo cuanto pueda alejarla de Dios le inspire disgusto, todo cuanto la lleve a Dios, aunque sea el padecimiento, le agrade, cual acontece a las almas que tienen hambre y sed de Dios! ¡ Cuán facilitada encontraría así el alma la práctica del Santo Abandono!

Esta indiferencia no es insensibilidad enfermiza, ni cobarde y perezosa apatía, ni mucho menos el orgulloso desdén estoico que decía al dolor: «Tú no eres sino una yana palabra.» Es la energía singular de una voluntad que, vivamente esclarecida por la razón y la fe desprendida de todas las cosas, dueña por completo de sí misma, en la plenitud de su libre albedrío, aúna todas sus fuerzas para concentrarías en Dios, y en su santísima voluntad: merced

a esta apreciación, ya de ninguna criatura se deja mover por atractiva o repulsiva que se la suponga, fija siempre en conservarse pronta a cualquier acontecimiento, lo mismo a

obrar que a estar parada, esperando que la Providencia declare su beneplácito.

Un alma santamente indiferente se parece a una balanza en equilibrio, dispuesta a ladearse a la parte que quiera la voluntad divina; a una materia prima igualmente preparada para recibir cualquiera forma o a una hoja de papel en blanco sobre la cual Dios puede escribir a su gusto. La comparan también « a un licor que, no teniendo por si propio forma, adopta la del vaso que lo contiene. Ponedlo en diez vasos diferentes y lo veréis tomar diez formas diferentes, y tomarlas así que es vertido en ellos». Esta alma es flexible y tratable, como «una bola de cera en las manos de Dios, para recibir igualmente todas las impresiones del eterno beneplácito» o como «un niño que aún no dispone de voluntad, para querer ni amar cosa alguna», o, en fin, «permanece en la presencia de Dios como una bestia de carga». «Una bestia de carga jamás anda con preferencias ni distingos en el servicio de su dueño:

ni en cuanto al tiempo, ni en cuanto al lugar, ni en cuanto a la persona, ni en cuanto a la carga; os prestará servicio en la ciudad y en el campo, en las montañas y en los valles; la podéis conducir a derecha e izquierda, e irá a donde quisiereis; a todas horas estará aparejada, por la mañana, a la tarde, de día, de noche; con la misma facilidad se dejará guiar de un niño que de un adulto, y tan holgada y contenta se mostrará acarreando estiércol como tisúes, diamantes y rubíes.»

Por lo mismo que el alma se halla así dispuesta, «toda manifestación de la voluntad divina, cualquiera que fuere, la encuentra libre y se la apropia como terreno que a nadie pertenece. Todo le parece igualmente bueno: ser mucho, ser poco, no ser nada; mandar, obedecer a éste y al de más allá; ser humillada, ser tenida en olvido; padecer necesidad o estar bien provista; disponer de mucho tiempo o estar abrumada de trabajo; estar sola o acompañada y en aquella compañía que uno desea; contemplar extenso camino ante sí o no ver sino lo preciso del suelo para poner el pie; sentir consuelos o sequedades y en tales sequedades ser tentada; disfrutar de salud o llevar una vida enfermiza, arrastrada y lánguida por tiempo indeterminado; estar imposibilitada y convertirse en

carga molesta para la Comunidad a la que se había venido a servir; vivir largo tiempo, morir pronto, morir ahora mismo; todo le agrada. Lo quiere todo por lo mismo que no quiere nada, y no quiere nada por lo mismo que lo quiere todo».

### 2º El entregamiento completo

La santa indiferencia ha hecho posible el entregamiento completo de nosotros mismos en las manos de Dios. Añadamos ahora que esta entrega amorosa, confiada y filial es elemento positivo del abandono y su principio constitutivo. Para precisar bien su significado y extensión, se han de considerar dos momentos psicológicos, según que los hechos estén aún por suceder o hayan sucedido.

Antes de suceder, con previsión o sin ella, esa entrega es, según la doctrina de San Francisco de Sales, «una simple y general espera», una disposición filial para recibir cuanto quiera Dios enviar, con la dulce tranquilidad de un niño en los brazos de su madre. En tal estado, ¿tendremos obligación de adoptar prudentes providencias y el derecho a querer y elegir? Es cosa que hemos de averiguar en los capítulos siguientes. En todo caso, la actitud preferida de un alma indiferente a las cosas de aquí abajo, plenamente desconfiada de su propio parecer y amorosamente confiada en Dios solo, es, según la doctrina del mismo santo Doctor, «no entretenerse en desear y querer las cosas (cuya decisión se ha reservado Dios para sí), sino dejarle que las quiera y las haga por nosotros conforme le agradare».

Después de suceder los hechos y cuando ya han declarado el beneplácito divino, «esta simple espera se convierte en consentimiento o aquiescencia». «Desde el momento en que una cosa se le presenta así divinamente esclarecida y consagrada, el alma se entrega con celo y con pasión se adhiere a ella; porque el amor es el fondo de su estado y el secreto de su aparente indiferencia, siendo su vida tan intensa precisamente porque abstraída de todo lo demás, en él se halla reconcentrada por completo. Por donde, siempre que la voluntad divina pide algo que a esta alma se refiera, y cuando todos la notarían de insensible y fría, la vemos

conmoverse en sus mismas entrañas. A semejanza de un niño dormido a quien no pudiera despertar su madre sin que la tendiese sus bracitos, así sonríe ella a todas las muestras del querer divino, que abraza con piadosa ternura. Su docilidad es activa y su indiferencia amorosa. No es para Dios más que un si viviente. Cada suspiro que exhala y cada paso que da es un amén ardiente que va a juntarse con aquel otro amén del cielo con el cual concuerda.»

San Francisco de Sales llama a este abandono «el tránsito o muerte de la voluntad», en el sentido de que «nuestra voluntad traspasa los límites de su vida ordinaria para vivir toda en la voluntad divina; cosa que ocurre cuando no sabe ni desea ya querer nada, si no es abandonarse sin reservas a la Providencia, mezclándose y anegándose de tal suerte en el beneplácito divino que no aparezca más por ninguna parte». Venturosa muerte, por la cual se eleva uno a superior vida, «como se eleva todas las mañanas la claridad de las estrellas y se cambia con la luz esplendorosa del sol, al aparecer éste trayendo el día».

Dos grados hay, según el piadoso Doctor, en este traspaso de nuestra voluntad a la de Dios: en el primero el alma aún presta atención a los acontecimientos, pero bendice en ellos a la Providencia. El autor de la Imitación hácelo en estos términos: «Señor: esté mi voluntad firme y recta contigo, y haz de mí lo que te agradare... Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas, y si quieres que esté en luz, también seas bendito; si te dignares consolarme, bendito seas; y si me quieres atribular, también seas bendito para siempre». En el segundo grado, el alma ni siquiera presta atención a los acontecimientos; y por más que los sienta, aparta de ellos su corazón aplicándole a «la dulzura y Bondad divinas, que bendice no ya en sus efectos ni en los sucesos que ordena, sino en sí misma y en su propia excelencia... lo que sin duda constituye un ejercicio mucho más eminente».

Para mejor dar a entender y gustar la santa indiferencia o el amoroso abandono de nuestro querer en las manos de Dios, el piadoso Obispo de Ginebra nos propone magníficos ejemplos y deliciosísimas comparaciones. En la imposibilidad de citarlos aquí, rogamos a nuestros lectores que consulten el

texto mismo. Propone como modelos a Santa María Magdalena, a la suegra de San Pedro, a Margarita de Provenza, esposa de San Luis. ¿Quién no conoce los apólogos tan ingeniosos y tan suaves de la estatua en su nicho, del músico que se queda sordo y de la hija del cirujano? Se leerán y releerán veinte veces con tanto gusto como edificación. El piadoso autor muestra marcada preferencia por determinados símiles y comparaciones; y así dice: un criado en seguimiento de su señor no se dirige a ninguna parte por propia voluntad, sino por la de su amo; un viajero, embarcado en la nave de la divina Providencia, se deja mover según el movimiento del barco, y no debe tener otro querer sino el de dejarse llevar por el querer de Dios; el niño que aún no dispone de su voluntad, deja a su madre el cuidado de ir, hacer y querer lo que creyere mejor para él. Ved sobre todo al dulcísimo Niño Jesús en los brazos de la Santísima Virgen, cómo su buena Madre anda por El y quiere por El; Jesús la deja el cuidado de querer y andar por El, sin inquirir adonde va, ni si camina de prisa o despacio; bástale permanecer en los brazos de su dulcísima Madre.

Una vez descrito el abandono en sus líneas más generales, vamos a ver ahora en sendos capítulos cómo no excluye ni la prudencia ni la oración, ni los deseos, ni los esfuerzos personales ni el sentimiento de las penas.

### 6. Abandono y prudencia

Por perfectas que sean nuestra confianza en Dios y nuestra total entrega en manos de la Providencia para cuanto sea de su agrado, jamás quedaremos dispensados de seguir las reglas de la prudencia. La práctica de esta virtud, natural y sobrenatural, pertenece a la voluntad significada: es ley estable y de todos los días. Dios quiere ayudarnos, pero a condición de que hagamos lo que de nosotros depende: «A Dios rogando y con el mazo dando», dice el refrán, obrar de otra manera es tentar a Dios y perturbar el orden por El establecido. A todos predica Nuestro Señor la confianza, pero a nadie autoriza la imprevisión y la pereza. No exige que los lirios hilen, ni que las aves cosechen; mas a los hombres nos ha dotado de inteligencia, previsión y libertad, y de ellas quiere

que nos valgamos. Abandonarse a Dios sin reserva y sin poner cuanto estuviere de nuestra parte sería descuido y negligencia culpables. Mejor calificación merece la piedad de David, el cual, aunque espera resignado cuanto Dios tuviere a bien disponer respecto de su reino y de su persona durante el levantamiento de Absalón, no por eso deja de dar inmediatamente a las tropas y a sus consejeros y principales confidentes las órdenes necesarias para procurarse un lugar retirado y seguro, y para restablecer su posición política. «Dios lo quiere...», así hablaba Bossuet a los quietistas de su tiempo, que so pretexto de dejar obrar a Dios, echaban a un lado la previsión y solicitud moderadas. Y añade: «Ved ahí en qué consiste, según la doctrina apostólica, el abandono del cristiano, el cual bien a las claras se ve que presupone dos fundamentos: primero, creer que Dios cuida de nosotros; y segundo, convencerse de que no son menos necesarias la acción y la previsión personales; lo demás seria tentar a Dios».

Porque si hay sucesos que escapan a nuestra previsión y que dependen únicamente del beneplácito divino, como lo son respecto a nosotros las calamidades públicas o los casos de fuerza mayor, hay otros en que la prudencia tiene que desempeñar un papel importante, ya para prevenir eventualidades molestas, ya para atenuar sus consecuencias, ya también para sacar siempre de ellos nuestro provecho espiritual. Citemos sólo algunos ejemplos. Con absoluta confianza debemos creer que Dios no ha de permitir seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, fiel como es a sus promesas; mas esto a condición de que «quien piensa que está firme, mire no caiga», y de que cada uno «vele y ore para no caer en la tentación». En las consolaciones y sequedades, en las luces y oscuridades, en la calma y tempestad, en medio de estas u otras vicisitudes que agitan la vida espiritual, habremos de comenzar por suprimir, si de ello hubiere necesidad, la negligencia, la disipación, los apegos, cuantas causas voluntarias se opongan a la gracia; procurando al mismo tiempo permanecer constantes en nuestro deber en contra de tantas variaciones. Sólo así tendremos derecho de abandonarnos con amor y confianza al beneplácito divino.

Lo propio deberán hacer las personas que desempeñen cargos cuando pasen por alternativas de acierto y de fracaso; las cuales, ora se les ponga el cielo claro y sereno, ora encapotado, siempre tendrán el deber y habrán de sentir la necesidad de confiarse a la divina Providencia; empero «no conviene que el superior, so pretexto de vivir abandonado a Dios y de reposar en su seno, descuide las enseñanzas propias de su cargo», y deje de cumplir sus obligaciones. Y lo mismo en lo concerniente a lo temporal; sea cual fuere el abandono en Dios, es de necesidad que uno siembre y coseche y que otro confeccione los vestidos, que éste prepare la comida y así en todo lo demás. Otro tanto ha de decirse en cuanto a la salud y la enfermedad. Nadie tiene derecho a comprometer su vida por culpables imprudencias, debiendo cada cual tener un cuidado razonable de su salud; y si es del agrado de Dios que uno caiga enfermo, «quiere El por voluntad declarada que se empleen los remedios convenientes para la curación; un seglar llamará al médico y adoptará los remedios comunes y ordinarios; un religioso hablará con los superiores y se atendrá a lo que éstos dispusieren». Así han obrado siempre los santos, y si a veces los vemos abandonar las vías de la prudencia ordinaria, hacíanlo para conducirse por principios de una prudencia superior.

El abandono no dispensa, pues, de la prudencia, pero destierra la inquietud. Nuestro Señor condena con insistencia la solicitud exagerada, en lo que se refiere al alimento, a la bebida, al vestido, porque, ¿cómo podrá el Padre celestial desamparar a sus hijos de la tierra, cuando proporciona la ración ordinaria a las avecillas del cielo que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y cuando a los lirios del campo, que no tejen ni hilan, los viste con galas que envidiaría el rey Salomón? San Pedro nos invita también a depositar en Dios todos nuestros cuidados, todas nuestras preocupaciones porque el Señor vela por nosotros. Habíalo ya dicho el Salmista: «Arroja en el seno de Dios todas tus necesidades y El te sostendrá: no dejará al justo en agitación perpetua».

En parecidos términos se expresa San Francisco de Sales hablando de la prudencia unida al abandono; quiere el santo

que ante todo cumplamos la voluntad significada; que guardemos nuestros votos, nuestras Reglas, la obediencia a los superiores, pues no hay camino más seguro para nosotros; que asimismo hagamos la voluntad de Dios declarada en la enfermedad, en las consolaciones, en las sequedades y en otros sucesos semejantes; en una palabra, que pongamos todo el cuidado que Dios quiere en nuestra perfección. Hecho esto, el santo pide que «desechemos todo cuidado superfluo e inquieto que de ordinario tenemos acerca de nosotros mismos y de nuestra perfección aplicándonos sencillamente a nuestra labor y abandonándonos sin reserva en manos de la divina Bondad, por lo que mira a las cosas temporales, pero sobre todo en lo que se refiere a nuestra vida espiritual y a nuestra perfección». Porque «estas inquietudes provienen de deseos que el amor propio nos sugiere y del cariño que en nosotros y para nosotros nos tenemos».

Esta unión moderada de la prudencia con el abandono es doctrina constante en el Santo Doctor. Cierto que en alguna parte al alma de veras confiada la invita a «embarcarse en el mar de la divina Providencia sin provisiones, ni remos, ni virador, sin velas, sin ninguna suerte de provisiones… no cuidándose de cosa alguna, ni aun del propio cuerpo o de la propia alma.., pues Nuestro Señor mirará suficientemente por quien se entregó del todo en sus manos». Mas el piadoso Doctor estaba hablando de la huida a Egipto, es decir, de uno de esos trances en que siendo imposible al hombre prever ni proveerse, no le queda más remedio que entregarse y confiarse de todo en todo a la divina Providencia.

### 7. Los deseos y peticiones en el abandono

No hablamos aquí de los gustos y repugnancias comoquiera, sino de los deseos voluntariamente formados y adrede proseguidos, de esos deseos que se convierten en resoluciones, en peticiones y esfuerzos. ¿Son compatibles o no con el Santo Abandono?

Que lo sean con la simple resignación, nadie lo duda, «pues aunque la resignación -dice San Francisco de Sales- prefiere la voluntad de Dios a todas las cosas, mas no por eso deja de amar otras muchas además de la voluntad de Dios»; y

aduciendo el ejemplo de un moribundo, añade: «Preferiría vivir en lugar de morir, pero en vista de que el beneplácito de Dios es que muera..., acepta de buena gana la muerte por más que continuaría viviendo aún con mayor gusto.» ¿Sucede lo propio con la perfecta indiferencia y el santo abandono? ¿Es ir contra la perfección del abandono desear y pedir que tal o cual acontecimiento feliz se realice y perdure, que tal prueba espiritual o temporal no se presente o acabe?

En general, y salvo posibles excepciones, se pueden formar deseos y peticiones de este género, pero no hay obligación.

Hay derecho de hacerlo. Pues Molinos fue condenado por haber sostenido la proposición siguiente: «No conviene que quien se ha resignado a la voluntad de Dios le haga ninguna súplica; porque, siendo ésta un acto de voluntad y elección propias, y pretendiéndose con ellas que la voluntad divina se amolde a la nuestra, vendría a resultar una verdadera imperfección. Las palabras evangélicas "pedid y recibiréis no las dijo Jesucristo para las almas interiores que no quieren poseer voluntad propia. Es más, estas almas llegan a no poder dirigir a Dios una petición.»

«No temáis, pues -dice el Padre Baltasar Álvarez-, desear y pedir la salud, si estáis decididos a emplearla puramente en servicio de Dios: tal deseo, en vez de ofenderle, le agradará. En apoyo de mi aserto puedo citar su propio testimonio: Mi amor a las almas es tan grande, decía El a Santa Gertrudis, que me fuerza a secundar los deseos de los justos, siempre que estén inspirados en un celo puro y humanamente desinteresado. ¿Hay enfermos que desean de veras la salud para servirme mejor?, que me la pidan con toda confianza. Más aún: si la desean para merecer mayor galardón, me dejaré doblegar, pues les amo hasta el extremo de asemejar sus intereses a los míos.»

En idéntico sentido se expresa San Alfonso: «Cuando las enfermedades nos aflijan con toda su agudeza, no será falta darlas a conocer a nuestros amigos, ni aun pedir al Señor que nos libre de ellas. No hablo sino de los grandes padecimientos.» La misma doctrina enseña a propósito de las arideces y de las tentaciones, apoyándola en dos ejemplos

entre todos memorables; el primero es el del Apóstol, el cual, abofeteado por Satanás, no creía faltar al perfecto abandono, rogando por tres veces al Señor que apartase de él el espíritu impuro; mas en habiéndole Dios respondido «Bástate mi gracia», San Pablo acepta humildemente la necesidad de combatir, y yendo más lejos, se complace en su debilidad, porque en la aflicción es cuando se siente fuerte, merced a la virtud de Cristo.

El segundo ejemplo es aún más augusto, y ofrece una prueba sin réplica. El mismo Jesucristo en el momento de su Pasión, descubrió a sus apóstoles la extrema aflicción de su alma, y rogó hasta tres veces a su Padre le librase de ella. Mas este divino Salvador nos enseñó al propio tiempo con su ejemplo lo que hemos de hacer después de semejantes peticiones: resignarnos inmediatamente a la voluntad de Dios, añadiendo con El: «Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.»

Inútil es añadir nada para dar a entender lo que no es permitido en parecidas circunstancias. San Francisco de Sales señala, sin embargo, una excepción: «Si el beneplácito divino nos fuera declarado antes de su realización como lo fue a San Pedro el género de su muerte, a San Pablo las cadenas y la cárcel, a Jeremías la destrucción de su amada Jerusalén, a David la muerte de su hijo; en tal caso deberíamos unir al instante nuestra voluntad a la de Dios.» Esto en la suposición de que el beneplácito divino aparezca absoluto e irrevocable; de no ser así, conservamos el derecho de formular deseos y peticiones.

Pero, por lo general, no estamos obligados a ello, pues los sucesos de que se trata dependen del beneplácito de Dios, a quien toca decidir, no a nosotros. Y una vez que se haya hecho cuanto la prudencia exige, ¿por qué no nos será permitido decir a nuestro Padre celestial: «Vos sabéis cuánto ansío crecer en virtud y amaros cada vez más? ¿Qué me conviene para conseguirlo? ¿La salud o la enfermedad, las consolaciones o la aridez, la paz o la guerra, los empleos o la total carencia de ellos? Yo no lo sé, pero Vos lo sabéis perfectamente. Ya que permitís que exponga mis deseos, yo prefiero confiarme a Vos, que sois la misma Sabiduría y

Bondad; haced de mí lo que os plazca. Otorgadme tan sólo la gracia de someterme con entera voluntad a cuanto decidiereis.» Parécenos que ningún deseo, ninguna petición puede testimoniar mayor confianza en Dios que esta actitud, ni mostrar más abnegación, obediencia y generosidad de nuestra parte.

Tal es el sentir de San Alfonso. Establece el santo tres grados en la buena intención: «1º Puédese proponer la consecución de bienes temporales, por ejemplo, mandando celebrar una misa o ayunando para que cese tal enfermedad, tal calumnia, tal contrariedad temporal. Esta intención es buena, supuesta la resignación, pero es la menos perfecta de las tres, porque su objeto no se levanta de lo terreno. 2º Puédese proponer la satisfacción a la justicia divina o conseguir bienes espirituales: como virtudes, méritos, aumento de gloria en el cielo. Esta segunda intención vale más que la primera. 3º Puédese no desear sino el beneplácito de Dios, el cumplimiento de la divina voluntad. He aquí la más perfecta de las tres intenciones y la más meritoria.» «Cuando estamos enfermos, dice en otra parte, lo mejor es no pedir enfermedad ni salud, sino abandonarnos a la voluntad de Dios, para que El disponga de nosotros como le plazca.» San Francisco de Sales es aún más claro y explícito. Nos enseña a inclinarnos siempre hacia donde más se distinga la voluntad de Dios y a no tener más deseos que éste. «Aunque el Salvador de nuestras almas y el glorioso San Juan, su Precursor, gozasen de propia voluntad para querer y no querer las cosas, sin embargo, en lo exterior dejaron a sus madres al cuidado de querer hacer por ellos lo que era de necesidad.» Nos exhorta a «hacernos plegables y manejables al beneplácito divino como si fuéramos de cera, no entreteniéndonos en querer y en desear las cosas; antes dejando que Dios las quiera y haga como le agradare». Propone después por modelo a la hija de un cirujano que decía a su amiga: «Estoy padeciendo muchísimo y, sin embargo, ningún remedio se me ocurre, pues no sé cuál sea el más acertado, y pudiera suceder que deseando una cosa me fuera necesaria otra. ¿No será mejor descargar todo este cuidado en mi padre que sabe, puede y quiere por mi cuanto

requiere la cura? Esperaré a que él quiera lo que juzgare conveniente y no me aplicaré sino a mirarle, a darle a conocer mi amor filial e ilimitada confianza. ¿No testimonió esta hija un amor más firme hacia su padre que si hubiera andado pidiéndole remedios para su dolencia o que se hubiera entretenido en mirar cómo le abría las venas y corría la sangre?»

¿Quién no conoce la célebre máxima: «Nada desear, nada pedir, nada rehusar»? San Francisco de Sales, cuya es la fórmula, declara expresamente que ella no se refiere a la práctica de las virtudes; y personalmente la aplica con especial insistencia a los cargos y empleos de la Comunidad, sin dejar de proponerla también para el tiempo de enfermedad, de consolación, de aflicción, de contrariedad, en una palabra, para todas las cosas de la tierra y todas las disposiciones de la Providencia, «sea por lo que mira al exterior, sea por lo que respecta al interior. Siente un extremado deseo de grabarla en las almas, por considerarla de excepcional importancia».

Preguntaron al Santo Doctor si no podía uno desear los «empleos humildes» movidos por la generosidad. «No, respondió el Santo; por causa de humildad.» «Hijas mías, este deseo no implica nada de malo, sin embargo, es muy sospechoso y pudiera ser un pensamiento puramente humano. En efecto, ¿qué sabéis vosotras si habiendo anhelado estos empleos bajos, tendréis el valor de aceptar las humillaciones, las abyecciones y las amarguras con que habéis de topar en ellos y si lo tendréis siempre? Hay que considerar, por tanto, el deseo de cualquier género de cargos, bajos u honrosos, como una verdadera tentación; y lo mejor será no desear nunca nada, sino vivir siempre dispuesto a hacer cuanto de nosotros exigiere la obediencia.»

En resumen, para cuanto se refiere al beneplácito de Dios, en tanto su voluntad no parezca absoluta e irrevocable, podemos formular deseos y peticiones, por más que a ello no estemos obligados, y aún es más perfecto entregarse en todo esto a la Providencia. Existen, sin embargo, casos en que sería obligatorio solicitar el fin de una prueba, por ejemplo, si para ello se recibe la orden del superior. Si viera uno que

desmaya por falta de fuerzas y de ánimos, bastaríale orar en esta forma: Dios mío, dignaos de aliviar la carga o aumentar mis fuerzas; alejad la tentación o concededme la gracia de vencerla.

En cuanto al tenor de estas oraciones, se pedirán de un modo absoluto los bienes espirituales absolutamente necesarios; los que no constituyen sino un medio de tantos hanse de pedir a condición de que tal sea el divino beneplácito, haciendo con mayor razón la misma salvedad con respecto a los bienes temporales. Lo que es preciso desear sobre todo es santificar la prosperidad y la adversidad, «buscando el reino de Dios y su justicia: lo restante nos será dado por añadidura». A los que invierten este orden y buscan principalmente el fin de las pruebas, el Padre de la Colombière dirige el siguiente párrafo eminentemente sobrenatural: «Mucho me temo que estéis orando y haciendo orar en vano. Lo mejor hubiera sido mandar decir esas misas y hacer voto de estos ayunos en orden a alcanzar de Dios una radical enmienda, la paciencia, el desprecio del mundo, el desasimiento de las criaturas. Cumplido esto, hubierais podido hacer peticiones para la recuperación de vuestra salud y prosperidad de vuestros negocios; Dios las hubiera oído con gusto o más bien las hubiera prevenido, bastándole conocer vuestros deseos para satisfacerlos».

Esta doctrina es conforme a la práctica de las almas santas, pues si a veces piden el fin de una prueba, más frecuentemente es verlas inclinadas hacia el deseo del padecimiento al cual se ofrecen cuando sólo escuchan la voz de su generosidad; mas cuando la humildad les habla con mayor elocuencia que el espíritu de sacrificio, entonces ya no piden nada y se remiten a los cuidados de la Providencia. Finalmente, lo que domina y prevalece en estas almas es el amor de Dios junto con la obediencia y el abandono a todas sus determinaciones.

Así vemos que Santa Teresa del Niño Jesús, después de haber estado llamando largo tiempo al dolor y a la muerte como mensajeros de gozo, llega un día en que, a pesar de apreciarlos, ya no los desea; porque sólo necesita amor, y únicamente se aficiona a «la vida de la infancia espiritual, al

camino de la confianza y del total abandono. Mi Esposo, dice, me concede a cada instante lo que puedo soportar, nada más; y si al poco rato aumenta mi padecer, también acrecienta mis fuerzas. Sin embargo, jamás pediría yo sufrimientos mayores; que soy harto pequeñita. No deseo más vivir que morir; de manera que si el Señor me diese a escoger, nada escogería; sólo quiero lo que El quiere; sólo me gusta lo que El hace».

Otra alma generosa «tampoco pedía a Dios la librara de sus penas; pedíale, sí, la gracia de no ofenderle, de crecer en su amor, de llegar a ser más pura. Dios mío, ¿queréis que yo sufra? Sea enhorabuena, yo quiero sufrir. ¿Queréis que sufra mucho?, quiero sufrir mucho. ¿Queréis que sufra sin consuelo?, pues quiero sufrir sin consuelo. Todas las cruces de vuestra elección lo serán de la mía. Empero, si yo os he de ofender, os lo suplico, sacadme de este estado; si yo os he de glorificar, dejadme sufrir todo el tiempo que os plaza».

Gemma Galgani tenía una sed asombrosa de inmolación. Y a pesar de todo, aunque en medio de un diluvio de males y persecuciones, se portó con tanto heroísmo, implora una pequeña tregua, quejándose amorosamente en medio de sus penas interiores: «Decidme, Madre mía, adónde se ha ido Jesús; Dios mío, no tengo sino a Vos y Vos os escondéis.» Pero llega a decir con un perfecto abandono: «Si os agrada martirizarme con la privación de vuestra amable presencia, me es igual siempre que os tenga contento.»

### 8. Los esfuerzos en el abandono

Fuera craso error práctico considerar el abandono como una virtud puramente pasiva y creer que el alma no ha de hacer otra cosa que echarse a dormir en los brazos divinos que la llevan. Sería olvidar este principio de León XIII, «no existe ni puede existir virtud puramente pasiva». Además de que implicaría un falso concepto del divino beneplácito.

Como toma una madre a su pequeñito y después de colocarlo donde quiere, éste se ve puesto allí sin haber hecho de su parte más que dejarse manejar; así pudiera seguramente haberse Dios con nosotros; podría levantarnos al grado de virtud que le agradase, enmendar súbitamente un

vicio obstinado y rebelde, preservarnos para siempre de ciertas tentaciones, etc.; y a las veces lo hace; pues al fin esas elevaciones súbitas y esas transformaciones repentinas no son cosas que excedan su poder. Sin embargo, continuarán siendo la excepción, por cuanto desordenarían sus sabios planes si fueran demasiado frecuentes. Bien está que a un niño haya que traerle en brazos, porque no puede andar; empero Dios nos ha dotado del libre albedrío y no quiere santificarnos sin nosotros. Por lo que de tal suerte templará su acción que nuestros progresos sean justamente obra de su gracia y de nuestra libre cooperación. Según esto, en los sucesos que declaran el divino beneplácito, la intervención de Dios se limitará de ordinario a tomarnos de su mano soberana y a colocarnos en la situación que El mismo nos haya deparado, sin consultar para nada nuestras pretensiones y gustos y aun contrariándolos no pocas veces; nos pondrá en la salud o en la enfermedad, en consuelos o en penas interiores, en la paz o en el combate, en la calma o en la agitación, etc. Veces habrá en que para dicha o desdicha nuestra nosotros mismos nos hemos ido preparando estos estados, y muchísimas otras ninguna parte tendremos en ello; mas como quiera que fuere, lo cierto es que Dios es quien dispone de nosotros y que por lo mismo, una vez puestos en tales situaciones, habrá que cumplir con nuestro deber contando con la gracia de Dios; deber, por cierto, bien complejo.

Para hacer posible el abandono, ha debido el alma establecerse con antelación en la santa indiferencia; le queda persistir en ella mediante la práctica ardua de la mortificación cristiana, que es trabajo de toda la vida.

Antes de los sucesos el alma se pone en manos de Dios por una simple y general expectación, sin que excluya la prudencia; por esta causa, ¡cuánto hay que hacer, por ejemplo, en la dirección de una casa; en el desempeño de un cargo para evitar sorpresas y desengaños; en el gobierno de nuestra alma para prevenir las faltas, la tentación, las arideces! Todas estas providencias pertenecen a la voluntad de Dios significada y no se deben omitir so pretexto de abandono, pues no podemos dejar a Dios el cuidado de hacer

lo que nos ha ordenado cumplir por nosotros mismos.

Durante los sucesos es necesario ante todo someterse. En el Santo Abandono llámase esta adhesión confiada y filial y amorosa al beneplácito de Dios. Quizá haya que luchar un tanto para elevarse a esta altura y mantenerse en ella; mas, aun cuando la sumisión fuese tan pronta y fácil como plena y afectuosa, y por sencillamente que nuestra voluntad se someta a la de Dios, siempre hay en esto un acto o disposición voluntaria. En el Santo Abandono la caridad es la que está en ejercicio y la que pone en juego otras virtudes. Y así dice Bossuet: «Es una mezcla y un compuesto de actos de fe perfectísima, de esperanza entera y confiada, de amor purísimo y fidelísimo». Si aun después de someterse a la decisión final, se juzga oportuno pedir a Dios desde el principio que aleje este cáliz, como hay derecho a hacerlo, esto constituye de la misma manera un acto o una serie de actos.

Después de los sucesos se pueden temer consecuencias desagradables para los demás o para nosotros mismos en lo temporal o en lo espiritual, como sucede en las calamidades públicas, en la persecución, en la ruina de la fortuna, en las calumnias, etc. Si está en nuestra mano apartar estas eventualidades o atenuarías, haremos lo que de nosotros dependa, sin aguardar una acción directa de la Providencia, porque Dios habitualmente se reserva obrar por estas causas segundas, y puede ser que precisamente cuente con nosotros en esta circunstancia, lo que con frecuencia nos impondrá deberes que cumplir.

Después de los sucesos, por ser manifestaciones del beneplácito divino, hay que hacer brotar también de ellos los frutos que Dios mismo espera para su gloria y para bien nuestro: si acontecimientos felices, el agradecimiento, la confianza, el amor; si desgraciados, la penitencia, la paciencia, la abnegación, la humildad, etc.; cualquiera que sea el resultado, un acrecentamiento en la vida de la gracia, y por consiguiente un aumento de la gloria eterna.

La voluntad de Dios significada no pierde por esto sus derechos, y salvo las excepciones y legítimas dispensas, es necesario continuar guardándola; los deberes que ella nos

impone forman la trama de nuestra vida espiritual, el fondo sobre el que el santo abandono viene a aplicar la riqueza y variedad de sus bordados. Además esta amorosa y filial conformidad no impide la iniciativa para la práctica de las virtudes: las Reglas y la Providencia le ofrecen de suyo cada día mil ocasiones; y, ¿quién nos impide provocar otras muchas, sobre todo en nuestro trato íntimo con Dios? A la verdad que no somos sobradamente ricos para desdeñar este medio de subir de virtud en virtud: el salario de nuestra tarea ordinaria, por opulento que se le suponga, no debe hacernos despreciar el magnífico acrecentamiento de beneficios que puede merecernos dicha actitud.

Henos así bien lejos de una pura pasividad, en que Dios lo haría todo y el alma se limitaría a recibir. En otra parte diremos que esta pasividad se encuentra en diverso grado en las vías místicas, en cuyo caso es preciso secundar la acción divina y guardarse de ir en contra. Pero aun en estos caminos místicos la mera pasividad es excepción muy rara. Por poco que se haya entendido la economía del plan divino y por poca experiencia que se tenga de las almas, se ha de convenir en que el abandono no es una espera ociosa, ni un olvido de la prudencia, ni una perezosa inercia. El alma conserva en él plena actividad para cuanto se refiere a la voluntad de Dios significada; y en cuanto a los acontecimientos que dependen del divino beneplácito, prevé todo cuanto puede prever, hace cuanto de ella depende. Mas, en los cuidados que ella toma, confórmase con la voluntad de Dios, se adapta a los movimientos de la gracia, obra bajo la dependencia y sumisión a la Providencia. Siendo Dios dueño de conceder el éxito o de rehusarlo, el alma acepta previa y amorosamente cuanto El decida, y por lo mismo se mantiene gozosa y tranquila antes y después del suceso. Fuera, pues, la indolente pasividad de los quietistas, que desdeña los esfuerzos metódicos, aminora el espíritu de iniciativa y debilita la santa energía del alma.

Los quietistas pretenden apoyarse en San Francisco de Sales, pero falsamente. Preciso fuera para eso, entrecortar acá y allá en los escritos del piadoso Doctor palabras y frases, aislarlas del contexto y alterar su sentido.

No podemos citarlo íntegramente. Nos compara a la

Santísima Virgen, dirigiéndose al templo unas veces en los brazos de sus padres, otras andando por sus propios pies: «Así -dice-, la divina bondad quiere conducirnos por nuestro camino, pero quiere que también nosotros demos nuestros pasos, es decir, que hagamos de nuestra parte lo que podamos con su gracia». Como rompe a andar un niño cuando su madre le pone en el suelo para que camine, y se deja llevar cuando lo quiere traer en sus brazos, «no de otra manera el alma que ama el divino beneplácito se deja llevar y, sin embargo, camina haciendo con mucho cuidado cuanto se refiere a la voluntad de Dios significada». Este hombre tan lleno del santo abandono escribía a Santa Juana de Chantal, que no lo estaba menos: «Nuestra Señora no ama sino los lugares ahondados por la humildad, ennoblecidos por la simplicidad, dilatados por la caridad; estáse muy a gusto al pie del pesebre y de la cruz... Caminemos por estos hondos valles de las humildes y pequeñas virtudes; allí veremos la caridad que brilla entre los afectos, entre los lirios de la pureza y entre las violetas de la mortificación. De mí sé decir que amo sobre manera estas tres virtudes: la dulzura de corazón, la pobreza del espíritu, la sencillez de la vida... No estamos en este mundo sino para recibir y llevar al dulce Jesús, en la lengua, anunciándolo al mundo; en los brazos, practicando buenas obras; sobre las espaldas, soportando su yugo, sus sequedades, sus esterilidades.» ¿Es éste el lenguaje de una indolente pasividad? ¿No es más bien la plena actividad espiritual?

«Yo -decía Santa Teresa del Niño Jesús- desearía un ascensor que me elevase hasta Jesús; pues soy muy pequeñita para trepar por la ruda escalera de la perfección. El ascensor que ha de levantarme hasta el cielo son vuestros brazos, ¡oh Jesús! »

Mas no se apresuren los quietistas a celebrar su triunfo. Expresión es ésta de amor, de confianza y sobre todo de humildad, pues la santa no se propone en manera alguna permanecer en una indolente pasividad, hasta que el Señor venga a tomarla y conducirla en sus brazos; antes bien, trabaja con una grande actividad. «Por eso -añade- no tengo yo necesidad de crecer, es necesario que permanezca y me

haga cada vez más pequeña.» Y de hecho ella se labrará con la gracia una humildad que se desconoce en medio de los dones, una obediencia de niño, un abandono maravilloso en medio de las pruebas, la caridad de un ángel de paz y como remate de todo, un amor incomparable para Dios, pero un amor «que sabe sacar partido de todo», un amor que, creyendo por su humildad no poder hacer nada grande, no quiere «dejar escapar ningún sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, y quiere aprovecharse de las menores acciones y hacerlas por amor padecer por amor y hasta alegrarse por amor».

¿Habrá necesidad de añadir que todas las almas verdaderamente santas, en vez de esperar que Dios las lleve y cargue con ellas y con su tarea, se dan mil mañas para aumentar su actividad espiritual y sacar de todos los acontecimientos su propia ganancia? Ejemplo palpable y evidente de esto lo tenemos en la vida de Sor Isabel de la Trinidad.

### 9. La sensación del sufrimiento en el abandono

La sensación de las penas y sufrimientos es cosa que, más o menos, forzosamente ha de existir en la simple resignación y aun en el perfecto abandono. En efecto, nuestras facultades orgánicas no pueden dejar de ser impresionadas del mal sensible, como tampoco se quedarán nuestras facultades superiores sin su parte de fatiga, que de gana o por fuerza habrán de padecer y sentir. Porque es cierto que estamos en un estado de decadencia donde coexisten el atractivo del fruto prohibido y la aversión al deber penoso, y como consecuencia, la tirantez y el dolor de la lucha. Supongamos que nos exige Dios el sacrificio de un gusto o el padecimiento de una tribulación por amor suyo; en seguida se verá que, no obstante la adhesión total y resuelta de nuestra voluntad al querer divino, es muy posible que la parte inferior sienta las amarguras del sacrificio. Lo cual ha de ocurrir a cada paso; pues Dios, ocupado por completo en purificarnos, en despegarnos y enriquecernos quiere en especial curar nuestro orgullo por las humillaciones y nuestra sensualidad por las privaciones y el dolor; y, pues el mal es tenaz, el remedio

habrá de aplicársenos por mucho tiempo y a menudo.

Es cierto que podremos contar con la unción de la gracia y con la virtud adquirida, las cuales suavizarán y reforzarán, respectivamente, el dolor y la voluntad, como con razón lo proclama San Agustín cuando dice que «donde reina el amor no hay dolor, y que de haberlo, se ama». Cabe, pues, que subsista al trabajo en la sensibilidad: a pesar de las más altas disposiciones de la voluntad. Empero, no hay regla fija, y tan pronto nos embriagará la abundancia de los consuelos y nos transportará la fuerza del amor y se perderá entre las alegrías la sensibilidad del dolor, como se velará y empañará el gozo, y se desvanecerá la paz al retirarse a la parte superior del alma la generosidad, indicio del verdadero amor: con lo que el desasosiego, el tedio, el hastío invadirán el alma y la reducirán a mortal tristeza. A veces también, después de sobrellevar las más rudas pruebas con serenidad admirable, túrbase uno de buenas a primeras por un quítame allá esas pajas. ¿Cómo así? Era que estaba la copa rebosante y una sola gotita bastó para hacerla desbordar, o bien que Dios, deseoso de conservarnos humildes cuando hemos conseguido importantes victorias, hace que conozcamos luego nuestra flaqueza en una simple escaramuza. Como quiera que sea, el acatamiento filial es fruto de la virtud, no de la insensibilidad; toda vez que el paraíso no puede ser permanente aquí abajo, ni aun para los santos.

Asimismo decía el piadoso Obispo de Ginebra a sus hijas: «No reparemos en lo que sentimos o dejamos de sentir, como tampoco creamos que en lo tocante a las virtudes de indiferencia y abandono no vamos a tener nunca deseos contrarios a los de la voluntad de Dios, o que nuestra naturaleza jamás va a experimentar repugnancias en los sucesos del divino beneplácito; porque es cosa que muy bien pudiera acontecer. Dichas virtudes tienen su asiento en la región superior del alma y por lo regular, nada entiende en ellas la inferior; por lo que no hay que andarse en contemplaciones, y sin atender a lo que quiere hemos de abrazarnos y unirnos a la voluntad divina, mal que nos pese.» Por otra parte, el piadoso Doctor ha considerado siempre como una quimera la imaginaria insensibilidad de los que no

quieren sufrir el ser hombres; preciso es pagar primero tributo a esta parte inferior y después dar lo que se le debe a la superior, donde asienta como en su trono el espíritu de fe, que nos ha de consolar en nuestras aflicciones y por nuestras aflicciones.

Así lo practicaba él mismo: «Me encamino -escribía- a esta bendita visita, en la que veo a cada instante cruces de todo género.

»Mi carne se estremece, pero mi corazón las adora... Sí, yo os saludo, grandes y pequeñas cruces, y beso vuestros pies, como indigno de ser honrado con vuestra sombra». A la muerte de su madre y de su joven hermana experimenta, según él mismo confiesa, «un grandísimo sentimiento por la separación, mas un sentimiento, al par que vivo, tranquilo...; el beneplácito divino -añade- es siempre santo y las disposiciones suyas amabilísimas»; en fin, el Santo Doctor abrazará sin cesar el partido de la divina Providencia. Pero, si en sus grandes pruebas ha reportado brillantes victorias, en cambio, un asunto sin importancia le hizo perder el sosiego hasta el punto de pasar dos horas de insomnio; reíase de su debilidad, y no dejaba de ver que era una inquietud pueril y, con todo, le era imposible desentenderse de ella. «Dios quería -dice- darme a entender que si los grandes embates no me turban, no soy yo quien esto hace, sino la gracia de mi Salvador.»

Juana de Chantal es una santa que sobresale por su energía de espíritu y por el santo abandono, y no obstante, necesita que su piadoso director la sostenga sin cesar y la conforte repetidas veces en medio de sus penas interiores. Muestra a la muerte de los suyos el más intenso dolor. Cuando pierde a su hija mayor, tiene el valor de asistirla piadosamente hasta el último suspiro; después desmaya y, vuelta en sí, permanece largas horas aplanada. A la muerte de San Francisco de Sales no cesa de llorar hasta el día siguiente; sin embargo, «si supiera que sus lágrimas habían de ser desagradables a Dios, no derramaría ni una sola». Hacíase violencia hasta el extremo de enfermar, por detenerlas; y por obediencia dejábalas correr de nuevo. « ¡Recio es el golpe! -dice-, mas ¡ qué dulce y qué paternal la

mano que lo ha dado!; la beso y la quiero con toda mi alma, inclinando la cabeza y rindiendo todo mi corazón bajo su santísima voluntad que adoro y reverencio con todas mis fuerzas.»

Así pudiéramos ir citando multitud de ejemplos, mas dejemos a los servidores y vengamos al Maestro.

Desde su entrada en el mundo, Nuestro Señor se ofrece a su eterno Padre para ser la víctima universal. Su vida entera será cruz y martirio. Apenas aparecen en El lágrimas suficientes para mostrar la ternura de su corazón, indignación suficiente para inspirar a los culpables un temor saludable. Por lo demás, siempre conserva una maravillosa serenidad, ansía el bautismo de sangre en que ha de lavar al mundo. Mas he aquí que ha llegado el momento y relegando las alegrías de la visión beatífica a la parte superior de su alma, entrega voluntariamente a todas sus facultades, su cuerpo mismo a la más terrible agonía, y por libre elección, se abandona al miedo, al tedio, al disgusto; su alma está triste hasta la muerte. Contempla la montaña de nuestros pecados, a su Padre indignamente desconocido, a las almas que corren al abismo, las torturas e ingratitud que le esperan, y queda sumergido en un océano de amargura. Por tres veces implora la compasión de su Padre. «Si es posible, pase de mí este cáliz.» Acepta que un ángel del cielo venga a confortarle, un sudor de sangre le inunda, y entonces ora con más intensidad: «Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya.»

Ante tan inaudito espectáculo, el hombre de fe tímida quédase turbado y perplejo, pero el verdadero fiel adora, admira, agradece. Nuestro Señor, en efecto, ¿podrá hacer nada más útil a las almas, a título de Salvador, de Consolador y de Maestro?

Como Salvador, convenía que tomara todas nuestras debilidades y hasta nuestros mayores abatimientos, a excepción del pecado. Ahora bien, ¿podía haber para todo un Dios humillación comparable a ésta? Por eso la eligió con entera voluntad.

Como Consolador, era bueno que conociese todos nuestros dolores. Si se hubiera manifestado inaccesible al temor, a la repugnancia, a nuestros disgustos, ¿hubiéramos

osado manifestarle nuestras miserias? Se hizo voluntariamente semejante a nosotros, como un padre se hace niño con sus hijos. Esta humilde condescendencia nos afirma, nos anima y pone el bálsamo sobre nuestras llagas. Al mismo tiempo, el exceso de su dolor y de sus abatimientos voluntarios traspasa al alma generosa y hace nacer en ella el deseo, y por decirlo así, la necesidad de devolver sufrimiento por sufrimiento a este incomparable Amigo. «Una noche -decía sor Isabel de la Trinidad- mis dolores eran abrumadores, sentí que la naturaleza me dominaba, pero mirando a Jesús en la agonía, le ofrecía aquellos dolores para consolarle y me sentí fortificada. Así lo hago siempre en mi vida; a cada prueba, grande o pequeña, miro lo que Nuestro Señor ha sufrido de análogo, a fin de perder mi sufrimiento en el suyo y perderme yo misma en El.» Santa Teresa del Niño Jesús dice a su vez: «Cuando el divino Salvador pide el sacrificio de todo cuanto hay en el mundo de más amado, es imposible, sin una muy particular gracia, no exclamar junto con El en el huerto de la Agonía: "Padre mío, aleja de mí este cáliz." Pero añadamos en seguida: "Que se haga tu voluntad y no la mía. Muy consolador es pensar que Jesús, el Dios Fuerte, ha pasado por todas nuestras debilidades, que ha temblado a la vista de ese cáliz amargo que en otro tiempo había deseado con tanto ardor». Siempre habrán horas de turbación, entonces diremos también nosotros, me esforzaré por imitar la generosidad de Nuestro Señor, repitiendo: «Padre, líbrame de esta hora terrible» y sobreponiéndonos en seguida a este momentáneo temor, volveremos a decir: «Mas no,. que para esto he venido al mundo.»

Como Maestro, Nuestro Señor nos ofrece aquí tres preciosas enseñanzas: 1ª No es falta, ni siquiera imperfección, experimentar el sentimiento del padecer, el tedio, las repugnancias y los disgustos, con tal que no cesemos de decir con voluntad resuelta: Que se haga, no como yo quiera, sino como Vos queréis. Nuestro Señor no es ni menos perfecto ni menos grande en el Huerto de Getsemaní que sobre el Tabor, o a la derecha de su Padre; pensar de otra manera sería una blasfemia; por lo mismo, no es cosa sin importancia que el alma, desprovista de todo socorro sensible, en medio de la

turbación y de las contrariedades, permanezca tan constantemente fiel a la voluntad de Dios.

2ª No es falta ni siquiera imperfección quejarse a Dios con amorosa sumisión, a la manera que un niño lastimado se refugia junto a su madre y le muestra su herida y su pena. «El amor permite quejarse y decir todas las lamentaciones de Job y de Jeremías, mas a condición de que la santa aquiescencia se conserve siempre en el fondo del alma, en la parte superior del alma.» Así se expresa el dulce Obispo de Ginebra, mas nos condena también cuando no cesamos de lamentamos, ni hallamos, al parecer, personas a quienes quejamos y contar por menudo nuestros dolores. No de otra manera habla San Alfonso: «sin duda es más perfecto en las enfermedades no quejarse de los dolores que se experimentan; sin embargo, cuando nos afligen con vehemencia no es falta comunicarlos a nuestros amigos, ni aun pedir a Nuestro Señor que nos libre de ellos. No trato aquí sino de grandes dolores, pues de lo contrario hacen muy mal esas personas que se lamentan cada vez que sienten alguna pena o la más leve molestia». Estos Santos Doctores admiten, pues, como legítimas, las quejas moderadas y sumisas; sólo condenan el exceso.

3ª No es falta, ni siquiera imperfección, pedir a Dios en las grandes pruebas que, si es posible, aleje de nosotros el cáliz del sufrimiento y hasta pedírselo con cierta insistencia, puesto que lo ha hecho Nuestro Señor; mas, «después que hayáis suplicado al Padre que os consuele, si a El no le place hacerlo, dirigid vuestros esfuerzos a realizar la obra de vuestra salvación sobre la cruz, como si jamás hubierais de descender de ella. Contemplad a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos después de haber pedido a su Padre el consuelo y conociendo que no se lo quería conceder, no piensa ya en él, ni se inquieta, no lo busca ya más, como si nunca lo hubiera procurado, y valerosamente ejecuta la obra de la Redención». Esta es la dirección que San Francisco de Sales daba a Santa Juana de Chantal.

### 10. El abandono y el voto de víctima

Antes de comparar estas dos cosas, conviene repetir en pocas palabras la idea del Santo Abandono. Es una

conformidad con el beneplácito divino, pero una conformidad nacida del amor y llevada a un alto grado. No por insensibilidad, sino por virtud el alma se establece en una santa indiferencia para todo lo que no es Dios y su adorable voluntad. Antes del acontecimiento que ha de mostrar al divino beneplácito mantiénese en simple y general espera, cumpliendo fielmente la voluntad de Dios significada. Condúcese con prudencia en las cosas en que le pertenece decidir, pero en las que dependen del divino beneplácito, por más que tenga derecho a formular deseos y peticiones, prefiere en general dejar a su Padre celestial el cuidado de querer y de disponerlo todo a su gusto; ¡ tan grande es la confianza que en El tiene y tan grandes las ansias de no hacer sino la voluntad divina! Apenas le ha manifestado por un acontecimiento esta voluntad, confórmase con amor, no al modo de una máquina que se deja mover, sino empleando cuanto tiene de inteligencia y de voluntad para adaptarse y uniformarse con el divino beneplácito y sacar de él todo el provecho posible. Su amor y la sinceridad del abandono no la impiden sentir las penas, pero no se agita por eso; bástale poder cumplir la voluntad de Dios. He aquí, en conjunto, el santo abandono tal cual lo hemos descrito siguiendo la doctrina de San Francisco de Sales, que podría resumirse en la fórmula siguiente: «Dios mío, no quiero en el mundo otra cosa que a Vos y a vuestra santísima voluntad. Mi mayor deseo es crecer en amor y en todas las virtudes, y por eso deseo cumplir fielmente vuestra santa voluntad significada. Para cuanto de Vos depende y no de mí, me pongo confiado en vuestras manos y dispuesto estaré a cuanto queráis en simple y filial espera. Nada deseo, nada os pido y nada rehúso. No temo al dolor, puesto que Vos lo acondicionaréis a mi debilidad; la única cosa que deseo es dejarme conducir a vuestro gusto y conformarme con amor a vuestro beneplácito.»

Es evidente que esta manera de considerar el abandono no ofrece peligro alguno y nada tiene de presumida, ya que no es otra cosa que una sumisión filial, llena de confianza y de amor; y bien se podría aconsejar como ideal a toda alma adelantada.

¿No parecerá en nuestros días demasiado pasiva esta simple actitud, a un mundo apasionado por la actividad y por las obras de abnegación cristiana? Lo cierto es que se propaga la práctica de ir más lejos en el abandono. En lugar de dejar a Dios el cuidado de todas las cosas, y sin esperar en paz que El escoja a su gusto, las almas toman la iniciativa, se ofrecen, se consagran y se entregan. Algunos no quieren entender el abandono si no es con estos arranques. Pero estos ofrecimientos deben ser examinados más de cerca. Supongamos que un alma se dirige sencillamente a Dios, y sin pedirle el sufrimiento, le dice que está dispuesta con su gracia a todo lo que El quiera y que lo abrazará con gusto. Esto casi se acerca al abandono, tal como lo hemos descrito, y se podría aconsejar a toda alma adelantada, como nota distintiva de humildad. Mas supongamos también que esa misma alma dice a Dios: «no temáis enviarme el dolor, lo deseo, casi lo pido, Vos colmaréis mis votos secretos otorgándomelo». Esta oblación, si ya no es la ofrenda como víctima, se le acerca mucho, empero nunca será el abandono de San Francisco de Sales. No se puede permitir sino con prudencia, es decir, a las almas que han hecho suficientemente sus pruebas. No se la puede aconsejar a todas, diremos al tratar de las víctimas. Se ha de convencer a los confiados de sí mismos y no sólidamente formados, que antes de dirigir tan altos sus deseos, deben ejercitarse en hacer bien la voluntad de Dios significada y en santificar sus cruces diarias. San Pedro se ofreció a sufrir y aun morir con su Maestro; y aunque su amor y su sinceridad eran indudables, no por eso dejó de ser presuntuoso, como bien claramente lo probaron los hechos.

Tenemos, por último, la ofrenda de sí mismo como víctima, o sea, el voto de víctima. Como no tenemos el designio de hacer aquí la exposición completa, doctrinal y práctica de esta materia tan compleja y delicada, diremos tan sólo lo suficiente para mostrar de una manera precisa en dónde termina el abandono y cuándo empieza otro camino. Los lectores deseosos de conocer más a fondo esta materia, podrán consultar los autores que de la misma tratan ex profeso, especialmente M. Ch. Sauvé, en su excelente opúsculo, quizá un tanto severo en sus restricciones, acerca de la noción,

estado y voto de víctimas.

La ofrenda puede hacerse con intenciones y bajo diversas formas. Gemma Galgani y Sor Isabel de la Trinidad se ofrecieron como víctimas por los pecadores. Santa Teresa del Niño Jesús, como víctima de holocausto al amor misericordioso; otras se ofrecen a la justicia, a la santidad, al amor de Dios, y con frecuencia lo hacen como víctima de expiación, para reparar la gloria divina ultrajada, para librar las almas del Purgatorio, para atraer la misericordia divina sobre la Santa Iglesia, sobre la patria, sobre el sacerdocio y comunidades religiosas, sobre una familia o sobre un alma.

El fundamento de esta ofrenda es la Comunión de los Santos, especialmente la reversibilidad de las satisfacciones del justo en provecho del culpable. Es también el misterio de la redención por medio del sufrimiento, pues habiendo escogido Nuestro Señor este camino para salvar al mundo, continúa escogiéndolo para hacer llegar a nosotros el precio de su Sangre. Por su infinita bondad, se digna de asociar almas escogidas a su obra de salvación, y no pudiendo sufrir en su humanidad glorificada, se asocia, valga la palabra, «humanidades de añadidura», en las cuales pueda continuar salvando a las almas por el sufrimiento.

En el transcurso de los siglos, particularmente en horas turbulentas, no han faltado las victimas. En nuestra desdichada época en que la inmoralidad se desborda cual ola de inmundicia, y en que la impiedad sube como una noche sombría, hemos visto multiplicarse las víctimas y aun las fundadoras de comunidades de víctimas. Si hemos de dar crédito a las revelaciones privadas, Nuestro Señor tiene necesidad de víctimas y de víctimas esforzadas, busca almas que expíen con sus sufrimientos y tribulaciones por los pecadores y los ingratos... «El está padeciendo y no encuentra bastantes almas que quieran seguirle generosamente por la vía del padecimiento.» Estas revelaciones son indudablemente respetables y llenas de verosimilitud. Pero lo que constituye una garantía más fuerte y fuera de toda duda es la palabra del Vicario de Jesucristo. Pío IX sugería a un Superior General de Orden la idea de invitar a las almas generosas a ofrecerse a Dios como víctimas de expiación.

León XIII, en Encíclica dirigida a Francia en 1874, exhorta «sobre todo a los fieles que viven en los Monasterios a esforzarse por apaciguar la ira de Dios, por medio de la oración humilde, de la penitencia voluntaria y de la ofrenda de sí mismos». San Pío X alabó muy mucho «la Asociación Sacerdotal», pues vio con satisfacción que «muchos de sus miembros se ofrecen a Dios secretamente para ser inmolados como víctimas de expiación, especialmente por las almas consagradas, en estos desdichados tiempos en que la penitencia es tan necesaria»; y enriqueció con numerosas indulgencias «este importante oficio de la piedad cristiana».

Es, en efecto, un modo eficacísimo de ejercitar el santo amor de Dios y del prójimo.

Mas, según la expresión de San Pío X, es esto «obra muy grande y empresa bien ardua» No queremos con ello desanimar las voluntades generosas, cuando el Soberano Pontífice las invita; tan sólo es nuestro intento prevenir la indiscreción. Las almas que hacen profesión en una Comunidad de Víctimas no han de temer al menos la imprudencia o la sorpresa: la Regla ha debido precisar los límites de su ofrenda, y ellas mismas han ensayado sus fuerzas durante el noviciado. Mas cuando tal ofrenda se hace con o sin voto, fuera de la profesión religiosa, y la entrega se hace sin reservas, jamás se sabe de antemano hasta qué punto Dios usará los derechos que se le confieren. Con seguridad que si estos avances se hacen sólo por responder a una vocación debidamente reconocida, Dios, que es el que llama, dispone en consecuencia de las gracias. Así, una religiosa, ocho días antes de su muerte, después de prolongadas y terribles pruebas, podía decir «que no le apenaba el haberse ofrecido como víctima». Santa Teresa del Niño Jesús, el día mismo de su muerte, decía también: «No me arrepiento de haberme entregado al amor.» ¿Sucederá lo mismo cuando uno se decide a la ligera y sin haber orado, reflexionado y consultado y probado? ¿Nos deberá el Señor gracias especiales como precio de nuestra temeridad? Cuanto más nos hayamos apresurado a entregarnos, tanto menos tardaremos quizá en fatigar con nuestras quejas y nuestros desalientos a nuestro director y a cuantos nos rodean. El

verdadero lugar de una víctima está en el Calvario de Jesús y no en las dulzuras del amor... Las almas consoladoras, las almas reparadoras son víctimas con la gran Víctima del Calvario. «Es conveniente que se sepa, porque al ver la facilidad un tanto presuntuosa con que muchos se entregan a los derechos divinos y se le ofrecen como víctimas, se adivina que no sospechan la seriedad con que suele tomar estas cosas Aquel a quien se entregan. Hay determinado número de derechos que Dios ejerce sobre nosotros antes de la autorización que nuestra libertad le da acerca de ellos. ¡Feliz mil veces el que todo lo entrega! Pero que cuente con grandes trabajos y con particulares inmolaciones.» La prueba de este hecho brilla en cada página de la vida de las almas victimas.

Esto supuesto, he aquí las diferencias más salientes entre dicho ofrecimiento y el abandono:

1ª El simple abandono no se adelanta. Para todo cuanto depende de la Providencia y no de nosotros, mantiénese en una santa indiferencia y espera el beneplácito divino, a modo de un niño que se deja llevar con docilidad y con amor. Por el contrario, quien se ofrece, se adelanta. Por el mismo hecho de su oblación, pide implícitamente el padecer, incita a Dios a enviárselo, a veces hasta lo solicita expresamente.

2ª El abandono no entraña ni orgullo, ni temeridad, ni ilusión; rebosa prudencia y humildad, pues deja a Dios el cuidado de regirlo todo y nos reserva tan sólo el de obedecer. Es el simple cumplimiento de la voluntad divina. ¿Puede, sin un llamamiento divino, ser la ofrenda tan humilde, tan exenta de ilusiones y presunción? ¿Deja a Dios la iniciativa para disponer de nosotros?

3ª El alma que se abandona a la acción divina puede contar con la gracia: la que se adelanta, a excepción siempre del divino llamamiento, ¿puede estar tan segura de tener a Dios consigo?

Las almas avanzadas se dirigen como por instinto hacia el abandono, y a todos se puede aconsejar practicarle en espíritu de víctimas. Lo mismo sucede con la obediencia de cada día y la mortificación voluntaria. Esta intención en nada recarga nuestras obligaciones, sino que hace circular por ellas una nueva savia de amor puro que aumenta su mérito y su

fecundidad. Por el contrario, la prudencia y la humildad quieren que no se pidan sufrimientos, a menos de un llamamiento divino, debidamente reconocido. Aun en este caso, no ha de hacerse sin antes haber probado las fuerzas, soportando con paciencia las pruebas ordinarias y dándose a la mortificación voluntaria. Si nosotros tomamos la iniciativa de pedir tal o cual género de sufrimientos, somos nosotros los que disponemos y hemos de seguir en este acto, como en todos los demás, las reglas de la prudencia; ahora bien, la prudencia pide se exceptúen las pruebas que nos pudieran resultar más peligrosas, y la caridad, a su vez, las que serian demasiado molestas a cuantos nos rodean. No parece que haya necesidad de usar de las mismas precauciones cuando se deja a Dios el cuidado de escoger, porque entonces es Dios quien dispone, no nosotros, siempre puede uno adaptarse a lo que dispone la paternal Sabiduría.

Por otra parte, salvo el divino llamamiento, ¿para qué pedir el sufrimiento? Un alma que aspira a las más altas virtudes, ¿tiene necesidad de buscar algo más que la obediencia y abandono perfectos? Los votos, la Regla, las disposiciones de la Providencia es el camino más seguro que lleva a la perfección sin error ni engaño. En él hallarán siempre maravillosos recursos para adquirir la pureza del alma y las perfectas virtudes, y la íntima unión con Dios. Esta transformación progresiva mediante las observancias es ya una ruda labor capaz de colmar una larga vida. Mas si esto no basta a nuestra generosidad, la Regla nos invita, contando con la debida autorización, a hacer más de lo que ella manda, abriendo así al espíritu de sacrificio, horizonte ilimitado casi y tan vasto como nuestros deseos. En cuanto al santo abandono, toda alma interior halla mil ocasiones de ponerlo en práctica; un religioso lo necesitará con frecuencia en la Comunidad, mucho más aún los Superiores en el desempeño de su cargo. Es necesario comenzar por dar buena cogida a las cruces que Dios nos ha elegido y si El ve que no bastan a nuestro ardor de sufrir, sabrá por si mismo aumentar el número y la pesadez.

Por tanto, las almas que desean vivir en espíritu de victimas no tienen necesidad, generalmente hablando, de

solicitar el sufrimiento, pues no dejarán de encontrarlo en la vida interior, las obligaciones diarias, la mortificación voluntaria y las disposiciones de la Providencia. Este camino modesto no tiene el brillo del voto de víctima, pero el espíritu de sacrificio halla en él abundante alimento, mientras que la prudencia y la humildad se encuentran quizá allí con mayor seguridad. Bien entendido que cuando el Espíritu Santo llama por sí mismo a ofrecerse como víctima, con tal que ésta obre con el permiso y bajo la inspección de los representantes de Dios y que ante todo se muestre celosa por sus deberes diarios, no se le puede objetar ni la temeridad ni la ilusión, pues obedece al llamamiento divino. Debe prepararse a difíciles pruebas, en las que tendrá el correspondiente mérito y Dios estará con ella.

El Santo Abandono tiene por fundamento la caridad. No se trata aquí ya de la conformidad con la voluntad divina, como lo es la simple resignación, sino de la entrega amorosa, confiada y filial, de la pérdida completa de nuestra voluntad en la de Dios, pues propio es del amor unir así estrechamente las voluntades. Este grado de conformidad es también un ejercicio muy elevado del puro amor, y no puede hallarse de ordinario sino en las almas avanzadas que viven principalmente de ese puro amor. Mas como exige un perfecto desasimiento, y la caridad necesita hacer aquí un llamamiento del todo particular a la fe y a la confianza en la Providencia, hablaremos en primer lugar del desasimiento, de la fe y de la confianza, terminando por el amor que es principio formal del Santo Abandono.

# 2. Fundamentos del Santo Abandono

### 1. El desasimiento

La condición previa de una perfecta conformidad es el perfecto desasimiento. Porque si nuestra voluntad tiene intensas aficiones, si se encuentra pegada y como clavada, no se dejará cautivar cuando sea preciso hacerlo para unirla a la de Dios. Por poco apegada que esté, pondrá resistencia, habrá violencias y desgarramientos inevitables y estaremos muy distanciados de una conformidad pronta y fácil, y más distanciados aún del perfecto abandono, y esto por dos razones: 1ª El Santo Abandono es una total unión, una especie de conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, hasta el punto de estar nosotros dispuestos de antemano a todo lo que Dios quiera y a recibir con amor todo cuando haga. Antes del acontecimiento es una espera tranquila y confiada; después del acontecimiento es la sumisión amorosa y filial. Por aquí se verá qué profundo desasimiento supone. Y 2ª, este desasimiento ha de ser tan universal como profundo, porque Dios, ¿nos querrá ricos o pobres, enfermos o con buena salud, en las consolaciones o en las pruebas de la piedad, estimados o despreciados, amados u odiados? Siendo Él el Soberano Dueño, tiene absoluto derecho para disponer de nosotros a su gusto. Por su beneplácito podrá probamos en los bienes exteriores, en los del cuerpo, del espíritu, de la opinión, como El quiera, sin consultamos, casi siempre de un modo imprevisto. Es necesario, pues, que nuestra voluntad, si ha de conservarse en disposición de recibir todos los quereres

divinos, esté constantemente desasida de todos estos géneros de bienes, desasida de las riquezas, de los parientes y amigos, desasida de la salud, del reposo, del bienestar, de sus propios quereres, de la ciencia, de las consolaciones, desasida de la estima y del cariño de los demás. En todas estas cosas y otras semejantes necesita estar siempre y por completo desprendida, no buscando sino a Dios y su santísima voluntad.

De esta suerte, el beneplácito divino, que podrá manifestarse hasta de un modo imprevisto y bajo cualquier forma, será recibido sin dificultad y de todo corazón. El que desea llegar al Santo Abandono ha de tener, pues, en grande aprecio la mortificación cristiana, cualquiera que sea su nombre: abnegación, renuncia, espíritu de sacrificio, amor de la cruz. En esto deberá ejercitarse lo más que pueda con perseverancia infatigable, a fin de llegar por este medio al perfecto desasimiento y conservarse en él para siempre. Porque dice con mucha razón el P. Roothaan: «En vano sería sin la mortificación tratar de conseguir la indiferencia, puesto que por la sola mortificación o por la mortificación sobre todo, puede uno llegar a ser y mostrarse indiferente.» Mas con no menos razón añade el P. Le Gaudier: «No es pequeña la dificultad de añadir a la observancia de los preceptos el desprecio voluntario de las riquezas y de los bienes exteriores; aún es más difícil juntar a esto el desprecio de la reputación y toda gloria; mucho más difícil todavía, no hacer caso alguno de la vida, del cuerpo y de la propia voluntad. Empero, lo más dificultoso es subordinar a la sola voluntad y gloria de Dios los dones sobrenaturales, los consuelos, los gustos espirituales, las virtudes, la gracia, en fin, y la gloria.» Así, pues, el camino que conduce al Santo Abandono es largo y muy penoso. He aquí por qué sean tan escasas las almas que llegan a estas alturas y tan numerosas, al contrario, las que se quedan en los grados intermedios de la conformidad, o aun en la simple resignación. Querrían el abandono perfecto, pero sin pagar lo que éste vale. Dios no pide sino que llenemos con sus dones los vasos vacíos, mas por desgracia no se hace bastante el vacío, debido a lo que cuesta, viniendo aquí como de perlas la feliz expresión de Taulero, que tanto gustaba San Francisco

de Sales: «Cuando se le preguntaba dónde había encontrado a Dios, decía allí donde me dejé a mí mismo; y allí donde me encontré a ml mismo, perdí a Dios.»

Mas, entre todas las formas de renunciamiento, séanos permitido señalar dos de las más difíciles, a la vez que de las más indispensables: la obediencia y la humildad. ¿No son el aprecio de nosotros mismos y el apego a nuestra voluntad el postrer refugio de la naturaleza en sus últimas crisis, el supremo obstáculo a los progresos y a la paz del alma? Cuando todo lo demás se ha sacrificado, incluso los bienes exteriores y hasta los del cuerpo, se continúa con harta frecuencia preso con este doble lazo del orgullo y de la voluntad propia. Necesario es, pues, si nuestra libertad ha de ser completa, hacer un llamamiento a la obediencia y a la humildad, dos virtudes hermanas que no quieren estar separadas. ¡Feliz mil veces el que se aplica con celo perseverante a desasirse de su propia voluntad, a obedecer siempre y en todo, a abrazar la paciencia acallando a la naturaleza en las cosas duras, en las contrariedades y humillaciones! Mucho más feliz aún el que se halla satisfecho en cualquier abatimiento y apuro, considerándose en todo cuanto se le ordena como un obrero malo e indigno, y llega hasta llamarse y sinceramente creerse en lo intimo de su corazón el último y más vil de todos.

Las almas bien cimentadas en la obediencia y en la humildad, evitarán por este medio muchos tropiezos que provienen de la falta de virtud. A pesar de todo, el sufrimiento llegará con frecuencia a alcanzarlas y ciertamente no serán insensibles a él, pero estarán dispuestas a dispensarle una buena acogida y su misma humildad las inclinará al perfecto abandono. En el sentimiento siempre vivo de sus pecados como almas humildes y puras, rinden homenaje a la Justicia infinita que reclama lo que se le debe; y aceptan agradecidas el castigo de sus faltas. A cada prueba que se les presenta dicen: Yo debo sufrir para expiar. Gracias, Dios mío, no es aún todo lo que he merecido, y si no temieran su debilidad, añadirán con gusto: «Dadme aún, dadme siempre para que yo satisfaga vuestra Justicia.»

O bien, considerando las malas inclinaciones que les

quedan, y viendo que cosa de tan poca monta basta para turbarías, sienten una urgente necesidad de sufrir y de ser humilladas; acogen como dichosa suerte la ocasión de morir a sí mismas. A veces, olvidando su propia pena y no pensando sino en la que han causado a Dios, le dicen, como Gemma Galgani: « Pobre Jesús, os he ofendido demasiado... sosegaos, sosegaos y volved a mí.» O con otra alma generosa: « Lo que es más penoso que todos los tormentos interiores, lo que es una verdadera tortura, es la ofensa inferida al objeto amado, el dolor que yo le he causado.»

A pesar de su inocencia y de sus virtudes, estas almas, llenas de luz, se consideran muy indignas de comparecer ante la infinita Santidad, y en su ardiente deseo de agradaría aceptan con gusto las purificaciones más dolorosas. De aquí se deduce cuánto facilita la humildad la sumisión, y dispone al Santo Abandono; al contrario, un alma imperfecta en la obediencia y en la humildad, se rodea por esta causa de dificultades sin cuento, y apenas se halla preparada para darles buena acogida. Venga la prueba de Dios o de los hombres, a menos de sentir que la tiene bien merecida y que la necesita el alma, adopta la posición de quien no es comprendido, toma modales de víctima, la rehuye o se enoja, llegando a abusar de los favores divinos como si fuesen pruebas. A este propósito, se podría decir que la humildad es tan necesaria al alma colmada de gracias como el agua lo es a la flor. Para que se desarrolle y se conserve fresca y hermosa... es necesario que esta alma esté embebida en la humildad y que se bañe continuamente en esta agua bienhechora. Si tan sólo tuviera los ardores del sol, pronto se secaría, se marchitaría y caería al fin.

Santa Teresita del Niño Jesús preconiza un camino de infancia espiritual todo amor y confianza, tomando, como no podía menos, por base la humildad. Su práctica y sus lecciones pueden resumirse en estas palabras: amar a Dios y ofrecerle muchos pequeños sacrificios, abandonarse en sus brazos como un niño, y en este obedecer como un niño ser humilde como un niño. Se hace con este fin la sirvienta de sus hermanas, se esfuerza por obedecer a todas sin distinción, y no abriga otro temor que el de conservar su voluntad. Se

propone no elevarse por el orgullo, sino permanecer siempre pequeña por la humildad, tan pequeña que nadie piense en ella, que todas la puedan poner bajo los pies y que el divino Niño la trate como a juguete sin valor. ¡Qué muerte a si misma, qué humildad, sobre todo, se necesita para llegar a esto! No es de extrañar que Dios glorifique a un alma tan humilde y tan generosa, haciéndola la gran taumaturga de nuestros días.

Monseñor Gay, hablando de esta infancia espiritual había dicho: «¡Qué perfecta es! Lo es más que el amor de los sufrimientos, pues nada inmola tanto al hombre como ser sincera y tranquilamente pequeño. El orgullo es el primero de los pecados capitales: es el fondo de toda concupiscencia y la esencia del veneno que la antigua serpiente ha inoculado en el mundo. El espíritu de infancia lo mata más eficazmente que el espíritu de penitencia. El hombre vuelve a hallarse a si mismo fácilmente cuando lucha con el dolor, pudiendo creerse allí grande y admirarse a si mismo; si es verdadera mente niño el amor propio se desespera... Prensad este fruto de la santa infancia, no extraeréis otra cosa que el abandono. Un niño se entrega sin defensa y se abandona sin oponer resistencia. ¿Qué sabe? ¿Qué puede? ¿Qué entiende? ¿Qué pretende saber, entender o poder? Es un ser al que se domina por completo; por eso, ¡con qué precaución se le trata y cuántas y qué caricias se le hacen! ¿Obramos de esta suerte con los que se guían por sus propias luces?»

### 2. La fe en la providencia

«El justo vive de la fe», y para elevarse hasta el Santo Abandono, es necesario que esté penetrado de una fe viva y arraigada. Ahora bien, la fe se clarifica en la medida que el hombre se purifica y crece en virtud. Mas sólo al elevarse el alma a la vida unitiva, a aquel grado de adelantamiento en que, bien limpia y rica ya en virtudes, vive principalmente del amor y de la intimidad con Dios, es cuando llega a ser especialmente luminosa y penetrante. Se hacen entonces las sombras menos densas y a través del velo se transparentan sus claridades; Dios oculto siempre, deja, sin embargo, adivinar su presencia haciendo a las veces sentir con mucha

viveza su amor y sus ternuras; y cual otro Moisés, trata con el Invisible como si le viese cara a cara. Por medio de esta fe viva, el abandono se toma fácil; sin ella no es posible elevarse a él de un modo habitual.

Nada sucede en este mundo sin orden o permisión de Dios; todo cuanto existe ha sido creado por El, y todo lo creado lo conserva y gobierna enderezándolo hacia su fin. En tanto que rige los astros y preside las revoluciones de la tierra, concurre a los trabajos de la hormiga, al menor movimiento de los insectos que pululan en el aire y al de los millones de átomos contenidos en la gota de agua. Ni la hoja del árbol se agita, ni la brizna de hierba muere, ni el grano de arena es transportado por el viento sin su beneplácito. Vela con solicitud sobre las aves del cielo y sobre los lirios del campo, y pues nosotros valemos más que una bandada de pájaros, menos podrá olvidar a sus hijos de la tierra. Al padre de familia, a la vigilante solicitud de las madres pasarán inadvertidos mil detalles; Dios, empero, por su inteligencia infinita, posee el secreto de ordenar los incidentes de poca monta como los acontecimientos de mayor importancia. Y tanto es así, que todos nuestros cabellos están contados y ni uno solo cae de nuestra cabeza sin el permiso de Nuestro Padre que está en los cielos. ¿Cabe imaginar cosa más insignificante que la caída de uno de nuestros cabellos? Dios, sin embargo, piensa en ello. Con cuánta más razón pensará Dios en mí y proveerá a todo, «si tengo hambre, si tengo sed, si emprendo un trabajo, si he de elegir un estado de vida, si en este estado se ofrecen ciertas dificultades, si para resistir a tal tentación o cumplir tal deber necesito su gracia, si en mi camino hacia la eternidad tengo necesidad del pan cotidiano del alma y del cuerpo, si en los últimos momentos me es necesario un acrecentamiento de gracias; si postrado en el lecho de muerte, a punto de exhalar el postrer suspiro y abandonado de todos, me veo perdido.» De suerte que yo, que no soy sino un átomo insignificante del mundo, ocupo día y noche, sin cesar y en todas partes, el pensamiento y el corazón de mi Padre que está en los cielos. ¡Qué verdad más conmovedora y llena de consuelo!

Mas si la Providencia combina por si misma sus designios

sobre mí, confía su ejecución, por lo me nos en gran parte, a las causas segundas. Emplea el sol, el viento, la lluvia; pone en movimiento el cielo y la tierra, los elementos insensibles y las causas inteligentes. Pero como las criaturas no tienen acción sobre mí, sino en cuanto la reciben de El, he de Ver en cada una de ellas un receptáculo de la Providencia y el instrumento de sus designios. Por consiguiente, «en el frío que me encoge yo descubriré la Providencia; en el calor que me dilata, la Providencia; en el viento que sopla y empuja mi navío lejos o cerca del puerto, la Providencia; en el éxito que me anima, la Providencia; en la prueba de la adversidad, la Providencia; en este hombre que me aflige, la Providencia; en este otro que me causa placer, la Providencia; en esta enfermedad, en esta curación, en este curso que toman los negocios públicos, en estas persecuciones, en estos triunfos, la Providencia, siempre la Providencia». Nada más justo que ver así a Dios en todas las cosas, y ¡qué tranquila y santificante es esta manera de pensar y obrar!

Nuestro Padre celestial es en verdad un Dios escondido. Al modo que ha velado su palabra bajo la letra de las Sagradas Escrituras y que Jesucristo oculta su presencia bajo las especies eucarísticas, así Dios, queriendo permanecer invisible para proporcionarnos el mérito de creer, nos oculta su acción bajo las criaturas. «He aquí una enfermedad que nos invade. ¿Cuál es su causa? En apariencia es un capricho del aire, es el rigor de la estación; en realidad es Dios quien ha ordenado a estos elementos que nos pongan enfermos. Aun así Dios persiste entre sombras y nosotros no hemos visto su rostro. Sin embargo, la enfermedad seguirá su curso, unas veces se agravará y otras cederá a los remedios. ¿Quién es el autor de esta agravación o de esta curación? Nosotros decimos que el médico, su habilidad o su imprudencia. ¡Tal vez! Mas lo cierto es que Dios está por encima de las causas segundas, y que El es, en definitiva, el que causa la curación o la muerte. Si, mas nosotros no lo vemos, y ese nuestro Dios continúa sin mostrarse... Y más difícil nos es descubrir al Agente supremo cuanto es mayor la claridad con que se muestran las causas segundas.

Mediante una fe viva, se miran las criaturas no en sí

mismas, sino en la causa primera de la que reciben toda su acción; se adivina cómo «Dios las ordena, las mezcla, las reúne, las pone, las empuja hacia el mismo fin por opuestos caminos». Se entrevé al Espíritu Santo sirviéndose de los hombres y de las cosas para escribir en las almas un Evangelio viviente. Este libro no será del todo comprendido sino en el gran día de la eternidad, lo que nos parece tan confuso, tan ininteligible, nos maravillará entonces; ahora con la firme persuasión de que «todo tiene sus movimientos, sus medidas, sus relaciones en esta divina obra», hemos de inclinarnos con respeto, a la manera que ante la Sagrada Escritura adoramos al Dios oculto y nos abandonamos a su Providencia. Mas si es débil nuestra fe, ¿cómo ver a Dios en las desgracias que nos hieren y principalmente a través de la malicia de los hombres? Todo se atribuye al acaso, a la mala fortuna, y se rechaza.

El acaso no es sino una palabra vacía de sentido, o mejor aún es «la Providencia de incógnito», pero para los corazones maleados que quisieran prescindir de la sumisión de la oración y del reconocimiento, es la laicización de la Providencia. «Nada sucede en nuestra vida por movimientos al acaso, sabedlo bien, todo cuanto acontece contra nuestra voluntad no sucede sino en conformidad con la voluntad de Dios, según su Providencia y el orden que El tenía determinado, el consentimiento que El da y las leyes que ha establecido.» Así habla San Agustín.

«Hay algunos casos fortuitos, accidentes inesperados; mas son fortuitos e inesperados solamente para nosotros..., en realidad son un designio de la Providencia soberana, que ordena y reduce todas las cosas a su servicio.» «Dios, al guiar a sus criaturas, no les manifiesta sus designios; ellas van y vienen cada cual en su camino. La fatalidad quiere que unos encuentren en su camino la ocasión de hacer fortuna y otros causas de pérdidas y de minas; fatalidad es ciertamente para el hombre que no ha visto todas las combinaciones, mas para Dios, que ha determinado hasta ese punto las circunstancias, todo ha sido providencial.»

En las desgracias que nos hieren es preciso ver a Dios. «Yo soy el Señor, nos dice por boca de Isaías, yo soy el Señor

y no hay otro; yo soy el que formó la luz y creó las tinieblas, que hago la paz y creo los males». «Yo soy, había dicho antes por Moisés, yo soy quien hace morir y quien hace vivir, el que hiere y el que sane» «El Señor quita y da la vida, se dice también en el cántico de Ana, madre de Samuel; conduce a la tumba y saca de ella; el Señor hace al pobre y al rico, abate y levanta». ¿Sucederá algún mal -dice Amós- que no venga del Señor?». «Los bienes y los males, asegura el Sabio, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas vienen de Dios»

Yo, podrá decir alguno, admito esto en cuanto a la enfermedad y a la muerte, al frío y al calor y mil parecidos accidentes producidos por causas desprovistas de libertad, pues estas causas obedecen siempre a Dios. El hombre, por el contrario, le resiste; cuando alguien habla mal de mí, me arrebata los bienes, me hiere, me persigue, ¿cómo podré yo ver en ese mal proceder la mano de Dios, puesto que, muy lejos de aprobarlo, lo prohíbe? No puedo, pues, atribuirlo sino a voluntad del hombre, a su ignorancia o a su malicia. En vano se atrincheran tras este razonamiento para no abandonarse a la Providencia, ya que Dios mismo se ha explicado acerca del particular y hemos de creer, fiados de su palabra infalible, que El obra en esta clase de acontecimientos no menos que en los otros; nada sucede en ellos sino por su voluntad.

Cuando quiere castigar a los culpables, escoge los instrumentos que bien le parece, los hombres o los demonios. Peca David, y en la casa del príncipe y entre sus hijos es donde Dios suscitará los instrumentos de su justicia. Cada vez que los israelitas se endurecían en el mal, el Señor les manifestaba que había escogido a los pueblos vecinos, ya al uno, ya al otro, para reducirlos al deber mediante un terrible castigo. Asur, en particular, será la vara del furor divino y su mano el instrumento de la indignación de Dios. Nuestro Señor predice la destrucción de Jerusalén deicida e impenitente: Tito será indudablemente el brazo de Dios para derribarla de arriba abajo y no dejar en ella piedra sobre piedra. Más tarde, Atila podrá llamarse con razón el azote de Dios. Saúl peca con obstinación, el Espíritu de Dios se retira de él y un espíritu malo, enviado por el Señor, le domina y agita.

Para probar a los justos y a los santos, Dios emplea la

malicia del demonio y la perversidad de los malvados. Job pierde hijos y bienes, cae de la opulencia en la miseria y dice: « El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; se ha hecho lo que le era agradable; ¡bendito sea el nombre del Señor! ». No dijo -según acertadamente observa San Agustín-: «El Señor me lo dio y el diablo me lo quitó, sino el Señor me lo dio y el Señor me lo quitó; todo se ha hecho como agrada al Señor y no al demonio. Referid, pues, a Dios todos los golpes que os hieran, porque el diablo mismo nada os puede hacer sin la permisión de Dios» Los hermanos de José, al venderle, cometen la más negra iniquidad; mas él lo atribuye todo a la Providencia, y así lo manifiesta repetidas veces: «Por vuestra salud me ha enviado el Señor ante vosotros a Egipto... Vosotros formasteis malos designios contra mí, mas no me encuentro aquí por vuestra voluntad, sino por la de Dios, a la que no podemos resistir».

Cuando Semeí perseguía con sus maldiciones a David fugitivo y le tiraba piedras, el santo Rey sólo quiso ver en esto la acción de la Providencia, y calma la indignación de sus siervos diciéndoles: «Dejadle; Dios le ha mandado maldecirme», es decir, le ha elegido para castigarme.

En la Pasión del Salvador, los judíos que le acusan, Judas que le entrega, Pilatos que le condena, los verdugos que le atormentan, los demonios que excitan a todos estos desgraciados, son desde luego la causa inmediata de este terrible crimen. Mas, sin ellos sospecharlo, es Dios quien ha combinado todo, no siendo ellos sino los ejecutores de sus designios. Nuestro Señor lo declara formalmente: « Ese cáliz lo ha preparado mi Padre; Pilato no tendría poder alguno si no lo hubiera recibido de lo alto. Mas ha llegado la hora de la Pasión, la hora dada por el cielo al poder de las tinieblas». San Pedro lo afirma con su Maestro: «Herodes y Pilato, los gentiles y el pueblo de Israel se ha coligado en esta ciudad contra Jesús, vuestro santísimo Hijo; mas todo para dar cumplimiento a los decretos de vuestra Sabiduría». Así, pues, la Pasión es obra de Dios y aun su obra maestra. «Imposible dudar; allí está la voluntad de Dios, esa voluntad tan luminosa que se oculta en esta noche profunda; esta voluntad invencible es el alma de esta total derrota; esta voluntad tan

justa, tan buena, tan amante, no deja de ser reina y señora en este castigo sin medida y del todo inmerecido por aquel a quien se inflige; en una palabra, esta voluntad tres veces santa permanece en el fondo de este prodigio de iniquidad. Vivimos en esta creencia..., y después nos parece un exceso reconocer la voluntad de Dios, no digo en los males de la Santa Iglesia o en las calamidades públicas, sino en las pérdidas particulares, en esas humillaciones, esas decepciones, esos contratiempos, esos pequeños males, esas nonadas que llamamos nuestras cruces y que son nuestras pruebas habituales.»

Y, ¿por qué la mano de Dios no andará en todo esto? En el pecado hay dos elementos: material y formal. Lo material no es sino el ejercicio natural de nuestras facultades y Dios concurre a él como a todos nuestros actos. Este concurso es de toda necesidad, pues si Dios nos lo negara, quedaríamos reducidos a la impotencia, y habiéndolo juzgado conveniente otorgarnos la libertad prácticamente nos la quitaría. Empero el mérito o la falta es lo formal del acto; y en el pecado, lo formal es el defecto voluntario de conformidad del acto con la voluntad de Dios. Este defecto no es un acto, es más bien su ausencia. Dios no concurre a él, al contrario, ha señalado preceptos, hecho promesas y amenazas. Ofrece su gracia, solicita al alma para conducirla a su deber; ha hecho, pues, todo para impedir el pecado, pero no quiere llegar al extremo de violentar la libertad. A pesar de todo lo hecho por Dios, el hombre, abusando de su libre albedrío, no ha adaptado su voluntad a la de Dios; Dios, por tanto, no ha prestado su concurso sino a lo material del acto. No hay cooperación al pecado, considerado como tal; lo ha permitido en cuanto que no lo ha impedido por medio de la violencia, sin que esta permisión sea una autorización, pues El detesta la falta y se reserva el castigarla en tiempo oportuno. Mas entretanto, cabe en sus designios hacer servir el mal para el bien de sus elegidos, utilizando para esto la debilidad y la malicia de los hombres, sus faltas hasta las más repugnantes. No de otra suerte se muestra un padre que, queriendo corregir a su hijo, toma la primera vara que le viene a mano y después la arroja al fuego; otro tanto hace un médico que prescribe sanguijuelas

a su enfermo, aquéllas tan sólo pretenden hartarse de sangre y, sin embargo, las sufre con confianza el paciente enfermo, porque el médico ha sabido limitar su número y localizar su acción.

Así, pues, la fe en la Providencia exige que en cualquier ocasión el alma se remonte hacia Dios. «Si el justo es perseguido es porque Dios lo quiere; si un cristiano por seguir su religión empobrece, es porque Dios lo quiere también; si el impío se enriquece en su irreligiosidad, es por permisión divina. ¿Qué me sucederá si soy fiel a mi deber? Lo que Dios quiera.» Nuestras pérdidas, nuestras aflicciones, nuestras humillaciones jamás debemos atribuirlas al demonio ni a los hombres, sino a Dios, como a su verdadero origen. Los hombres pueden ser su causa inmediata, y aunque tal suceda por una falta inexcusable, Dios aborrece la falta, pero quiere la prueba que de ella resulta para nosotros.

« Convengamos que si en medio de tantos accidentes de todo género de que está llena la vida humana, supiéramos reconocer esa voluntad de Dios, no obligaríamos a nuestros ángeles a ver en nosotros tantas admiraciones poco respetuosas, tantos escándalos sin fundamento, tantas iras injustas, tantos descorazonamientos injuriosos a Dios, y desgraciadamente, tantas desesperaciones que a veces nos exponen a perdernos.»

### 3. Confianza en la providencia

«La voluntad del hombre es por extremo suspicaz, de suerte que por regla general sólo se fía de sí mismo y teme siempre, por lo que atañe a si propio, del poder y de la voluntad de otro. Lo que se posee de más precioso, fortuna, honor, reputación, salud, la vida misma jamás se deposita en manos de otro, a menos de tener una gran confianza en él. Para el ejercicio de la caridad y del Santo Abandono, es, pues, necesaria una plena confianza en Dios.» De donde se deduce que no podrá hallarse el perfecto abandono de un modo habitual fuera de la vida unitiva, porque sólo en ella la confianza en Dios llega a su plenitud.

«La sabiduría del hombre es muy limitada en sus horizontes; su voluntad es débil, mudable y sujeta a mil

desfallecimientos y, por consiguiente, en vez de tener confianza en nuestras propias luces y de desconfiar de todos, incluso de Dios, debiéramos suplicarle, importunarle para que se haga su voluntad y no la nuestra, porque su voluntad es buena, buena en sí misma, benéfica para nosotros, buena como lo es Dios y forzosamente benéfica».

¿Quién es aquel que vela sobre nosotros con amor y que dispone de nosotros por su Providencia? Es el Dios bueno. Es bueno de manera tal, que es la bondad por esencia y la caridad misma, y, en este sentido, «nadie es bueno sino Dios». Santos ha habido que han participado maravillosamente de esta bondad divina, y, sin embargo, los mejores de entre los hombres no han tenido sino un riachuelo, un arroyo o a lo más un río de bondad, mientras que Dios es el océano de bondad, una bondad inagotable y sin límites. Después que haya derramado sobre nosotros beneficios casi innumerables, no hemos de suponerle ni fatigado por su expansión ni empobrecido por sus dones; quédale aún bondad hasta lo infinito para poder gastarla. A decir verdad, cuanto más da, más se enriquece, pues consigue ser mejor conocido, amado y servido, al menos por los corazones nobles. Es bueno para todos: «hace brillar su sol sobre los buenos y los malos, hace caer la lluvia sobre los justos y los pecadores». No se cansa de ser bueno, y a la multitud de nuestras faltas opone «la multitud de sus misericordias» para conquistarnos a fuerza de bondades. Es necesario que castigue, porque es infinitamente justo como es infinitamente bueno; mas, «en su misma vida no olvida la misericordia».

Este Dios tan bueno es «nuestro Padre que está en los cielos». Como estima tanto este título de Dios bueno y nos recuerda hasta la saciedad sus misericordias, por lo mismo le gusta proclamarse nuestro Padre. Siendo El tan grande y tan santo y nosotros tan pequeños y pecadores, hubiéramos tenido miedo de El; para ganarse nuestra confianza y nuestro afecto, no cesa de recordarnos en los libros santos, que El es nuestro Padre y el Dios de las misericordias. «De El deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra», y ninguno es padre como nuestro Padre de los Cielos. El es Padre por abnegación, madre por la ternura. En la tierra nada hay

comparable al corazón de una madre por el olvido de sí, el afecto profundo, la misericordia incansable; nada inspira tanta confianza y abandono. Y, sin embargo, Dios sobrepasa infinitamente para nosotros a la mejor de las madres. «¿Puede una madre olvidar a su hijo, y no apiadarse del fruto de sus entrañas?, pues aunque se olvidara, yo no me olvidaré de vosotros» «El que ha amado al mundo hasta el extremo de darle su Hijo unigénito», ¿qué nos podrá negar? Sabe mejor que nosotros lo que necesitamos para el cuerpo y para el alma; quiere ser rogado, tan sólo nos echará en cara el no haber suplicado bastante, y no dará una piedra a su hijo que le pide pan. Si es preciso que se muestre severo para impedir que corramos a nuestra perdición, su corazón es quien arma su brazo; cuenta los golpes y en cuanto lo juzgue oportuno, enjugará nuestras lágrimas y derramará el bálsamo sobre la herida. Creamos en el amor de Dios para con nosotros y no dudemos jamás del corazón de nuestro Padre.

Es nuestro Redentor, que vela sobre nosotros; es más que un hermano, más que un amigo incomparable, es el médico de nuestras almas, nuestro Salvador por voluntad propia. Ha venido a «salvar el mundo de sus pecados», curar las dolencias espirituales, traernos «la vida y una vida más abundante», «encender sobre la tierra el fuego del cielo». Salvarnos, he aquí su misión; salir bien en esta misión, he aquí su gloria y su dicha. ¿Podrá El no sentir interés por nosotros? Su vida de trabajos y humillaciones, su cuerpo surcado de heridas, su alma llena de dolor, el calvario y el altar, todo nos muestra que ha hecho por nosotros locuras de amor. «¡Nos ha adquirido a tan alto precio! » ¿Cómo no le hemos de ser queridos? ¿En quién pudiéramos tener confianza, si no en este dulce Salvador, sin el cual estaríamos perdidos? Por otra parte, ¿no es Él el Esposo de nuestras almas? Abnegado, tierno y misericordioso para con cada una, ama con marcada dilección a aquellas que todo lo han dejado por adherirse sólo a El. Tiene sus delicias en verlas cerca de su tabernáculo y vivir con ellas en la más dulce intimidad.

«Cuando os hallareis en la aflicción -dice el P. de la Colombière-, considerad que el autor de ella es Aquel mismo que ha querido pasar toda su vida en los dolores, para con

ellos poder preservarnos de los eternos; Aquel cuyo ángel está siempre a nuestro lado vigilando por orden suya sobre todos nuestros caminos; Aquel que ruega sin cesar sobre nuestros altares y se sacrifica mil veces al día en favor nuestro; Aquel que viene a nosotros con tanta bondad en el sacramento de la Eucaristía; Aquel para quien no existe otro placer que unirse a nosotros. -Mas me hiere cruelmente, deja caer su pesada mano sobre mí. -¿Qué podéis temer de una mano que ha sido agujereada, que se ha dejado atar a la cruz por nosotros? -Me parece andar por un camino erizado de espinas. -Pero si no hay otro para ir al cielo, ¿preferirías perecer siempre antes que sufrir durante unos momentos? ¿No es éste el mismo camino que El ha seguido antes de vosotros y por vosotros? ¿Podréis encontrar una espina que El no haya enrojecido con su sangre? -Me ofrece un cáliz lleno de amargura. -Sí, pero recordad que es vuestro Redentor quien os lo presenta. Amándoos como os ama, ¿podría resolverse a trataros con rigor, si no hubiera para ello una utilidad extraordinaria o una urgente necesidad?».

Siendo como es bueno y santo, no obra sobre nosotros sino con los fines más nobles y beneficiosos. «Su objeto es y será indefectiblemente uno»: la gloria de Dios. «El Señor ha hecho todas las cosas para sí mismo», nos dice la Escritura, y no hemos de lamentamos por esto, pues esta gloria no es otra cosa que la alegría de darnos la eterna felicidad... Teniendo el universo por fin la glorificación de Dios mediante la beatificación de la criatura racional, síguese que en un plan secundario el fin de todas las cosas, al menos sobre la tierra, es la Iglesia católica, pues ella es la madre de la Salvación. Todas las cosas terrestres, todas, hasta las persecuciones, están hechas o permitidas por Dios para el mayor bien de la Iglesia... Y en la misma Iglesia, todo está ordenado con miras al bien de los elegidos, ya que la gloria de Dios aquí abajo se identifica con la salvación eterna del hombre, de lo cual hemos de concluir que en un tercer plano, el término invariable de las evoluciones y revoluciones de aquí abajo, no es otro que la llegada de los elegidos a su eterno destino; tanto es así, que tal vez nos sea dado ver en el cielo países enteros, removidos por la salvación de un grupo de elegidos... ¿No es cosa loable

ver a Dios gobernar al mundo con el único fin de hacer seres felices y regocijarse en ellos?

La voluntad de Dios es, por tanto, la santificación de las almas.

No existe un solo segundo en que, en un punto cualquiera del universo, se le pueda sorprender ocupado en otra cosa. He aquí la razón de todos estos acontecimientos grandes y pequeños que agitan en diversos sentidos las naciones, las familias. la vida privada. He aquí por qué Dios me quiere hoy enfermo, contradicho, humillado, olvidado, por qué me proporciona este encuentro feliz, me ofrece esta dificultad, me hace chocar contra esta piedra y me entrega a esta tentación. Todos estos procedimientos los determina su amor, su deseo de mi mayor bien. ¿Con qué confianza y docilidad no debiéramos dejarnos hacer y corresponder si comprendiéramos mejor sus misericordiosos caminos? Tanto más, cuanto que sin cesar pone al servicio de su paternal bondad un poder infinito, una sabiduría intachable. Conoce, en efecto, el fin particular de cada alma, el grado de gloria a que la destina en el cielo, la medida de santidad que la tiene preparada. Para llegar al término y a la perfección sabe qué caminos ha de seguir, por cuáles pruebas ha de atravesar, qué humillaciones ha de sufrir. En estos mil acontecimientos de que estará formada la trama de su existencia, la Providencia es la que tiene el hilo y lo dirige todo al fin propuesto. Del lado de Dios que lo dispone nada viene que no sea luz, sabiduría, gracia, amor y salvación. Porque siendo infinitamente poderoso, puede todo cuanto quiere. El es el dueño, tiene en su poder la vida y la muerte, conduce a las puertas del sepulcro y saca de él. Hay en nosotros sombras y claridades, tiempo de paz y tiempo de aflicción; hay bienes y males; todo viene de El, no hay absolutamente nada de que su voluntad no sea dueña soberana. Hace todo según su libre consejo, y si una vez ha decretado salvar a Israel, nadie hay que pueda oponerse a su voluntad, nadie que pueda hacerle variar sus designios; contra el Señor no hay sabiduría, ni prudencia, ni profundidad de consejos.

Bien es verdad que dispone de los seres racionales respetando su libre albedrío. Pueden, pues, oponer su

voluntad a la suya, y parece que la tienen en jaque. Mas en realidad, la resistencia de unos y la obediencia de otros le son conocidas desde toda la eternidad, y las tuvo en cuenta al determinar sus planes; halla en los recursos infinitos de su omnipotente Sabiduría la mayor facilidad para cambiar los obstáculos en medios, a fin de hacer servir a nuestro bien las maquinaciones que el infierno y los hombres traman para perdernos. «Lo que yo he resuelto, dice el Señor en Isaías, permanecerá estable, mi voluntad se cumplirá en todas las cosas». Obrad como queráis, es necesario que la voluntad de Dios se ejecute; os dejará obrar según vuestro libre albedrío, reservándose el dar a cada uno según sus obras; mas todos los medios que podáis emplear para eludir sus designios, El sabrá hacerlos servir para el cumplimiento de estos mismos. «Entonces, ¿qué podemos temer?, ¿qué no debemos esperar siendo hijos de un Padre tan rico en bondad para amarnos y en voluntad para salvarnos, tan sabio para disponer los medios convenientes a este fin y tan moderado para aplicarlos, tan bueno para querer, tan perspicaz para ordenar, tan prudente para ejecutar?»

RESPUESTA A ALGUNAS OBJECIONES

«Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos; tanto como el cielo se eleva sobre la tierra, los caminos del Señor superan a los nuestros». De ahí surgen un sinnúmero de malas inteligencias entre la Providencia y el hombre que no sea muy rico en fe y abnegación. Señalaremos cuatro.

1º La Providencia se mantiene en la sombra para dar lugar a nuestra fe, y nosotros querríamos ver. Dios se oculta tras las causas segundas, y cuanto más se muestran éstas más se oculta El. Sin El nada podrían aquéllas; ni aun existirían; lo sabemos, y con todo, en vez de elevarnos hasta El, cometemos la injusticia de pararnos en el hecho exterior, agradable o molesto, más o menos envuelto en el misterio. Evita manifestarnos el fin particular que persigue, los caminos por donde nos lleva y el trayecto ya recorrido. En lugar de tener una ciega confianza en Dios, querríamos saber, casi osaríamos pedirle explicaciones. ¿Acaso un niño se inquieta

por saber adónde le conduce su madre, por que escoge este camino en vez del otro? Por ventura, ¿no llega el enfermo incluso a confiar su salud, su vida, la integridad de sus miembros al médico, al cirujano? Es un hombre como nosotros y, sin embargo, hay confianza en él a causa de su abnegación, de su ciencia y de su habilidad. ¿No deberíamos tener infinitamente más confianza en Dios, médico omnipotente, Salvador incomparable? Al menos, cuando todo es sombrío en derredor nuestro y ni aun sabemos por dónde andamos, quisiéramos un rayo de luz. ¡Oh, si supiéramos siquiera darnos cuenta que la gracia es quien obra y que todo va bien! Pero ordinariamente no se dará uno cuenta del trabajo del divino decorador antes de que esté terminado. Dios quiere que nos contentemos con la simple fe y que confiemos en El, con corazón tranquilo, en plena oscuridad. ¡Primera causa de la pena!

2º La Providencia tiene distintas miras que nosotros, ya sobre el fin que se propone, ya sobre los medios destinados a su consecución. En tanto no nos hayamos despojado por completo del amor desordenado a las cosas de la tierra, querríamos encontrar el cielo aquí abajo, o por lo menos ir a él por camino de rosas. De ahí ese aficionarse, más de lo que está en razón, a la estima de gentes de bien, al afecto de los suyos, a los consuelos de la piedad, a la tranquilidad interior, etc., y que se saboree tan poco la humillación, las contrariedades, la enfermedad, la prueba en todas sus formas. Las consolaciones y el éxito se nos presentan más o menos como la recompensa de la virtud, la sequedad y la adversidad como el castigo del vicio; nos maravillamos de ver con frecuencia prosperar al malo y sufrir al justo aquí abajo. Dios, por el contrario, no se propone darnos el paraíso en la tierra, sino hacer que lo merezcamos tan perfecto como sea posible. Si el pecador se obstina en perderse, es necesario que reciba en el tiempo la recompensa de lo poquito que hace bien. En cuanto a los elegidos, tendrán su salario en el cielo; lo esencial, mientras aquél llega, es que se purifiquen, que se hagan ricos en méritos. ¡Es tan buena la prueba con este fin! No escuchando sino a su austero y sapientísimo amor, Dios trabajará por reproducir a Jesucristo en nosotros a fin de

hacernos reinar con Jesús glorificado. ¿Quién no conoce por lo demás las bienaventuranzas anunciadas por el divino Maestro? Así, la cruz será el presente que El ofrecerá a sus amigos con más gusto. «Considera mi vida toda llena de sufrimientos -dijo a Santa Teresa-, persuádete que aquel es más amado de mi Padre que recibe mayores cruces; la medida de su amor es también la medida de las cruces que envía. ¿En qué pudiera demostrar mejor mi predilección que deseando para vosotros lo que deseé par mí mismo?» Lenguaje divino y sapientísimo, mas, ¡qué pocos lo entienden! Y ésta es la segunda causa de las equivocaciones.

3º La Providencia sacude recios golpes y la naturaleza se lamenta. Hierven nuestras pasiones, el orgullo nos reduce, nuestra voluntad se deja arrastrar. Profundamente heridos por el pecado, nos parecemos a un enfermo que tiene un miembro gangrenado. Estamos persuadidos de que no hay para nosotros remedio sino en la amputación, mas no tenemos valor para hacerla con nuestras propias manos. Dios, cuyo amor no conoce la debilidad, se presta a hacernos este doloroso servicio. En consecuencia nos enviará contradicciones imprevistas, abandonos, desprecios, humillaciones, la pérdida de nuestros bienes, una enfermedad que nos va minando: son otros tantos instrumentos con los que liga y aprieta el miembro gangrenado, le hiere la parte más conveniente, corta y profundiza bien adentro hasta llegar a lo vivo. La naturaleza lanza gritos; mas Dios no la escucha, porque este rudo tratamiento es la curación, es la vida. Estos males que de fuera nos llegan, son enviados para abatir lo que se subleva dentro, para poner límites a nuestra libertad que se extravía y freno a nuestras pasiones que se desbocan. He aquí por qué permite Dios se levanten por todas partes obstáculos a nuestros designios, por qué nuestros trabajos tendrán tantas espinas, por qué no gozaremos jamás de la tranquilidad tan deseada y nuestros superiores harán con frecuencia todo lo contrario de nuestros deseos. Por esto tiene la naturaleza tantas enfermedades; los negocios, tantos sinsabores; los hombres, injusticias, y su carácter, tantas y tan inoportunas desigualdades. A derecha e izquierda somos acometidos de mil oposiciones diferentes, a fin de que nuestra

voluntad, que es demasiado libre, así probada, estrechada y fatigada por todas partes, se despoje al fin de sí misma y no busque sino la sola voluntad de Dios. Mas ella se resiste a morir, y ésta es la tercera causa de los disgustos.

4º La Providencia emplea a veces medios desconcertantes. « Sus juicios son incomprensibles»; no sabríamos penetrar sus motivos, ni atinar con los caminos que escoge para ponerlos en ejecución. «Dios comienza por reducir a la nada a los que encarga alguna empresa, y la muerte es la vía ordinaria por la que conduce a la vida; nadie sabe por dónde pasa.» Y, por otra parte, ¿cómo su acción va a contribuir al bien de sus fieles? Nosotros no lo vemos y aun frecuentemente creemos ver lo contrario. Mas adoremos la divina Sabiduría que ha combinado perfectamente todas las cosas, estemos bien persuadidos de que los mismos obstáculos le servirán de medios y que llegará siempre a sacar de los males que permite el invariable bien que se propone, es decir, los progresos de la Iglesia y de las almas para la gloria de su Padre.

En consecuencia, si consideramos las cosas a la luz de Dios, llegaremos a la conclusión de que muchas veces los males en este mundo no son males, los bienes no son bienes, hay desgracias que son golpes de la Providencia y éxitos que son un castigo.

Citemos algunos ejemplos entre mil, para poner estas verdades en todo su esplendor. Dios se compromete a hacer de Abraham el padre de un gran pueblo, a bendecir todas las naciones en su raza, y he aquí que le ordena sacrificar al hijo de las promesas. ¿Olvidó acaso la palabra dada? Ciertamente que no: mas quiere probar la fe de su servidor y a su tiempo detendrá el brazo. Se propone someter a José la tierra de los Faraones, y comienza por abandonarle a la malicia de sus hermanos; el pobre joven es arrojado a una cisterna, conducido a Egipto, vendido como esclavo, después pasa en la cárcel años enteros, todo parece perdido, y, sin embargo, por ahí mismo es por donde le conduce Dios a sus gloriosos destinos. Gedeón es milagrosamente elegido para librar a su pueblo del yugo de los madianitas, improvisa soldados que apenas serán uno contra cuatro. En lugar de aumentar su

número, el Señor despide a la mayor parte, no conservando sino trescientos y, armándolos de trompetas, de lámparas, con cántaros de barro, les conduce, ¿a dónde, diremos, a la batalla o al matadero? Y con este inverosímil ejército es pon el que asegura a su pueblo una sorprendente y segura victoria. Mas dejemos el Antiguo Testamento.

Después de las ovaciones y de los ramos, Nuestro Señor es traicionado, prendido, abandonado, negado, juzgado, condenado, abofeteado, azotado, crucificado y pierde su reputación. ¿Es así como asegura Dios Padre a su Hijo la herencia de las naciones? Triunfa el infierno y todo parece perdido, no obstante, por ahí mismo nos viene la salvación. Para confundir lo que es fuerte, Jesús escoge lo que es débil. Con doce pescadores ignorantes y sin prestigio se lanza a la conquista del mundo; nada son, pero El está con ellos. Deja a la persecución campear durante tres siglos, y, según su palabra profética, aquélla apenas ha de cesar; renueva a la Iglesia en lugar de destruirla y la sangre de los mártires es aún hoy día semilla de cristianos. La impiedad de los filósofos, las argucias de los heresiarcas se aprestan al asalto para extinguir las estrellas del cielo; y con eso precisamente se hace la fe más explícita y más luminosa. Los reyes y los pueblos bramarán contra el Señor y contra su Cristo, que es, sin embargo, su verdadero apoyo, mas llegado el momento que El ha escogido, «el Hijo del carpintero, el Galileo», siempre vencedor, encerrará a sus perseguidores en un ataúd y los citará a su tribunal. Mientras la tierra se agita en un sin fin de revoluciones, la cruz se mantiene enhiesta, indestructible y luminosa sobre las ruinas de los tronos y de las nacionalidades.

Quédanle medios propios suyos, medios inverosímiles, que Dios escogerá para salvar a un pueblo, conmover las muchedumbres, instituir familias religiosas.

Hubo un tiempo en que daba pena el reino de Francia; para arrancarlo de una pérdida total e inminente, Dios va a suscitar no poderosas armas, sino una inocente niña, una pobre pastorcilla de ovejas, y con este débil instrumento libra a Orleáns y conduce triunfalmente al Rey a Reims para ser consagrado. En nuestros días conmueve países enteros a la

voz del Cura de Ars, el más humilde sacerdote rural, y a excepción de la santidad, hombre de menguado valer. Dios quería nuestra Orden: suscita tres santos para fundarla y le prepara las más abundantes bendiciones, y, sin embargo, la persecución que se dejó caer sobre nuestros Padres en Molismo los siguió a Cister. Se obliga a San Roberto por obediencia a dejar su obra sin terminar. San Alberico durante su gobierno y San Esteban durante algunos años apenas reciben novicios. La muerte hace sus vacíos y una epidemia arrebata la mitad de la pequeña Comunidad. Los supervivientes se preguntan, no sin ansiedad, si llegarán a tener sucesores o si su obra va a desaparecer con ellos. ¿ Querrá la Providencia divina destruir sus piadosos designios? Todo lo contrario, quiere de este modo asegurarlos, pero a su manera; propónese santificar a los fundadores, pone en vigor todos los puntos de la Regla, establece sólidamente la observancia y la vida interior. Una vez preparada la colmena, atraerá las abejas por enjambres.

Dios revela a la venerable María Postel que ella ha de fundar, en medio de muchas tribulaciones, una Comunidad que será la más numerosa de la diócesis de Coutances. Durante treinta años se la verá conducida por caminos oscuros, sometida a todo género de pruebas, contradicha por los acontecimientos, probada por repetidos fracasos. ¿Olvida acaso el Señor su promesa? Muy al contrario, así es como asegura su perfecto cumplimiento, elevando a la fundadora a la más encumbrada santidad, imprimiendo a la Congregación naciente el espíritu que deberá siempre animarla. San Alfonso de Ligorio, ilustre Fundador de los Redentoristas, se vio en sus últimos años indignamente acusado ante el Sumo Pontífice por dos de los suyos; es condenado, privado de su cargo de Superior General y hasta excluido del Instituto que le debía su existencia. Animábase leyendo la vida de San José de Calasanz, el Fundador de las Escuelas Pías, que fue como él perseguido, expulsado de su Orden y cuyo Instituto fue suprimido, y más tarde restablecido por la Santa Sede. Mas San Alfonso predice: que Dios que ha querido la Congregación en el reino de Nápoles, sabrá mantenerla en él, y que a ejemplo de Lázaro saldrá de la tumba llena de vida, cuando él

ya no exista. «Dios ha permitido la dimisión -decía- para multiplicar las casas en los Estados Pontificios.» Y de hecho, cuando el santo anciano haya apurado hasta las heces el cáliz de las humillaciones y de los dolores, cuando haya sufrido su martirio con la más inalterable paciencia, el cisma, causa de este martirio, cesará como por ensalmo; la Congregación, más floreciente que nunca, extenderá sus ramas por todos los países. Así, aquella horrorosa tempestad que parecía iba a aniquilar el Instituto fue el medio elegido por Dios para propagarlo por el mundo entero, a la vez que consumaba la santidad del Fundador. Y día llegó en que los perseguidores del Santo fueron los más empeñados, según su predicción, en pedir el fin del cisma. ¡Hasta tal punto el éxito momentáneo de sus maquinaciones les embarazaba y llenaba su vida de decepciones y de remordimientos!

Tratándose de la santificación individual, Dios sigue los mismos caminos siempre austeros y a veces desconcertantes.

Nuestro Padre San Bernardo ama con pasión su soledad llena por completo de Dios, «su bienaventurada soledad es su única beatitud». Sólo una cosa pide al Señor: la gracia de pasar allí el resto de sus días, pero la voluntad divina le arranca una y otra vez de los piadosos ejercicios del claustro, lánzale en medio de un mundo que aborrece, en el tráfago de mil asuntos ajenos a su perfección, contrarios a sus gustos de reposo en Dios.

No puede ser todo para su Amado, para su alma, para sus hermanos, y por eso, se inquieta. «Mi vida -dice- es monstruosa y mi conciencia está atormentada. Soy la quimera del siglo, ni vivo como clérigo ni como seglar. Aunque monje por el hábito que llevo, hace ya tiempo que no vivo como tal. ¡Ah, Señor! Más valdría morir, pero entre mis hermanos.»

Dios no le escucha, por lo menos en este sentido, y es preciso bendecirle por ello. Porque el santo «aconseja a los Papas, pacifica a los reyes, convierte a los pueblos, pone fin al cisma, abate la herejía, predica la cruzada». Y en medio de tantos prodigios y triunfos se mantiene humilde, sabe hacerse una soledad interior, conserva todas las virtudes de perfecto monje y no vuelve a su claustro sino acompañado de multitud de discípulos. Es, no la quimera, sino la maravilla de su siglo.

Abrumado por el peso de los negocios, San Pedro Celestino suspira por su amada soledad y abdica al Sumo Pontificado para volverla a hallar. Dios se la concede, mas en forma del todo contraria a la que él había pensado, pues fue puesto en prisión. «Pedro -decíase a sí mismo entonces-, tienes lo que tanto tiempo deseaste, la soledad, el silencio, la celda, la clausura, las tinieblas en esta estrecha y bienaventurada prisión. Bendice a Dios sin cesar, pues ha satisfecho los deseos de tu alma de una manera más segura y agradable a sus ojos que la que tú proyectabas. Quiere Dios ser servido a su modo, no al tuyo.» El caballero de Loyola, herido ante los muros de Pamplona, podía considerar hundido su porvenir, mas allí le esperaba Dios para conducirle por este accidente mil veces feliz a la maravillosa conversión de la que había de nacer la Compañía de Jesús.

¿No es así como día tras día la mano de Dios nos hiere para salvarnos? La muerte deja claros en nuestras filas y nos arrebata las personas con las que contábamos; relaciones inexplicables desnaturalizan nuestras intenciones y nuestros actos; se nos quita por este medio, al menos en parte, la confianza de nuestros superiores, abundan las penas interiores, desaparece nuestra salud, las dificultades se multiplican por dentro y por fuera la amenaza está siempre suspendida sobre nuestras cabezas. Llamamos al Señor, y hacemos bien. Quizá le pedimos que aparte la prueba; y a semejanza de un padre amante y tierno, pero infinitamente más sabio que nosotros, no tiene la cruel compasión de escuchar nuestras súplicas si las halla en desacuerdo con nuestros verdaderos intereses, prefiriendo mantenernos sobre la cruz y ayudarnos a morir más por completo a nosotros mismos, y a tomar de ella una nueva savia de fe, de amor, de abandono; de verdadera santidad.

En resumen, jamás pongamos en duda el amor de Dios para con nosotros. Creamos sin titubear en la sabiduría, en el poder de nuestro Padre que está en los cielos. Por numerosas que sean las dificultades, por amenazadores que puedan presentarse los acontecimientos, oremos, hagamos lo que la Providencia exige, aceptemos de antemano la prueba si Dios la quiere, abandonémonos confiados a nuestro buen Maestro,

y con tal conducta, todo, absolutamente todo, se convertirá en bien de nuestra alma. El obstáculo de los obstáculos, el único que puede hacer fracasar los amorosos designios de Dios sobre nosotros, sería nuestra falta de confianza y de sumisión, porque El no quiere violentar nuestra voluntad. Si nosotros por nuestra resistencia hacemos fracasar sus planes de misericordia, suya será en todo caso la última palabra en el tiempo de su justicia, y finalmente hallará su gloria. En cuanto a nosotros, habremos perdido ese acrecentamiento de bien que El deseaba hacernos.

### 4. Amor de Dios

Siendo el Santo Abandono la conformidad perfecta, amorosa y filial, no puede ser efecto sino de la caridad; es su fruto natural, de suerte que un alma que ha llegado a vivir del amor, vivirá también del abandono. Propio es del amor, en efecto, unir al hombre estrechamente con Dios, la voluntad humana al beneplácito divino. Por otra parte, esta perfección de conformidad supone una plenitud de desprendimiento, de fe, de confianza, y sólo el Santo Abandono nos eleva a tales alturas y nos lleva a ella como naturalmente.

El amor dispone al abandono por un perfecto desasimiento. El ejercicio habitual del abandono requiere una verdadera muerte a nosotros mismos. Podrán comenzarlo otras causas, pero no tendrán la delicadeza ni fuerzas necesarias para llevarlo a término; para lo cual será necesario «un amor fuerte como la muerte». Mas el amor lo conseguirá, por que le es propio olvidarlo todo, darse sin reserva, y no admite división: ni quiere ver sino al Amado, no busca sino al Amado, ama todo cuanto agrada al Amado. «El amor de Jesucristo -dice San Alfonso- nos pone en una indiferencia total; lo dulce, lo amargo, todo viene a ser igual; no se quiere nada de lo que agrada a sí mismo, se quiere todo lo que agrada a Dios; empléase con la misma satisfacción en las cosas pequeñas como en las grandes, en lo que es agradable y en lo que no lo es; pues con tal que agrade a Dios, todo es bueno. Tal es la fuerza del amor cuando es perfecto -dice Santa Teresa-; llega a olvidar toda ventaja y todo placer personal, para no pensar sino en satisfacer a Aquel que se ama.» Y San Francisco de

Sales añade, con su gracioso lenguaje: «Si es únicamente a mi Salvador a quien amo, ¿por qué no he de amar tanto el Calvario como el Tabor, puesto que se halla tan realmente en uno como en otro? Amo al Salvador en Egipto, sin amar el Egipto. ¿Por qué no lo amaré en el convite de Simón el leproso sin amar el convite? Y si le amo entre las blasfemias que lanzaron sobre El, sin amar tales blasfemias, ¿por qué no le amaré perfumado con el ungüento precioso de la Magdalena, sin amar ni el ungüento ni el perfume?» Y como lo decía, así lo practicaba.

El amor dispone al abandono haciendo la fe más viva y la confianza inquebrantable. Ciertamente la fe se esclarece y el corazón se abre a la esperanza, a medida que la niebla de las pasiones se disipa y la virtud crece. Mas cuando llega a la vía unitiva, las convicciones tórnanse más luminosas, las relaciones con Dios se convierten en cordial comunicación llena de confianza e intimidad, sobre todo cuando un alma ha experimentado repetidas veces que es ardientemente amante, y al revés, aún más amada de Dios cuando la ha purificado y afinado en el rudo y saludable crisol de las purificaciones pasivas. Como un niño en brazos de su madre reposa sin inquietud y se abandona con confianza, porque instintivamente siente que su madre le ha dado todo su corazón, así el alma se entrega a la Providencia con entera tranquilidad de espíritu, cuando ha podido llegar a decirse: «Es mi Padre del cielo, es mi Esposo adorado, el Dios de mi corazón que tiene en sus manos mi vida, mi muerte, mi eternidad; no me sucederá sino lo que El quiera, y no quiere sino mi mayor bien para el otro mundo y aun para éste.» Así es como terminando de romper nuestras ligaduras, y dando a nuestra confianza y a nuestra fe su última perfección, el santo amor completa nuestra preparación al abandono. Nos queda por manifestar cómo lo produce directamente. El amor perfecto es el padre del perfecto abandono. « El amor es lazo que une al amante con el amado, y hace de los dos uno, como el odio separa a los que la amistad había unido. La unión que produce el amor, es sobre todo la unión de las voluntades. El amor hace que los que se aman tengan un mismo querer y no querer para todas las cosas que se ofrezcan y no hieran la

virtud; lo mismo que el odio llena el corazón de sentimientos diametralmente opuestos a la persona a la que se tiene aversión, de lo cual hemos de concluir que la unión y la conformidad con la voluntad de Dios se miden por el amor; que poco amor da poca conformidad, y un amor mediano una mediana conformidad, finalmente, un amor completo, una completa conformidad.» Por esto, los principiantes generalmente no pasan de la simple resignación, los proficientes se elevan a una conformidad ya superior; no consiguiéndose la perfecta conformidad sin un amor perfecto, con el cual se llega con seguridad a ella. Insistamos más para declarar mejor nuestro pensamiento.

Nadie ignora que el término a donde tiende el amor es la unión; y según San Juan: «El que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él.» La experiencia nos lo dice al igual que la fe. El movimiento propio del amor es entregarse la criatura a Dios y Dios a la criatura, los lanza el uno hacia el otro; no hay amor de amistad en donde no exista este movimiento de unión. Cuando Dios nos estrecha contra su corazón en amoroso abrazo, nos unimos a El con todas nuestras fuerzas; se le querría estrechar mil veces más, hasta confundirnos con El y formar un solo ser. Cuando Dios se oculta por amoroso artificio, como pala hacerse buscar con más avidez, la pobre alma, temiendo haberle perdido, va preguntando por El por todas parte con amorosa ansiedad; es una necesidad dolorosa, es un hambre insaciable, una sed inextinguible. Siente el vacío de Dios y no podría pasar sin El; nada le puede consolar en ausencia suya, a no ser el pensar que ella le agrada cumpliendo su adorable voluntad, y la esperanza de volverlo a encontrar más perfectamente. Querría poseerle, por decirlo así, infinitamente en el otro mundo para amarle, para alabarle, para unirse a El en la medida de sus deseos. Entre tanto lo busca aquí abajo sin descanso, aspira a una unión de amor cada vez más estrecha, dada por el sentimiento de una posesión sabrosa si Dios quiere, unión en la que dominará con frecuencia la necesidad y el deseo y el esfuerzo laborioso. En el primer caso, el alma está unida a Dios y en el otro, trata de unirse; en ambos es idéntico el movimiento de amor que nos saca fuera de nosotros para

lanzarnos en Dios con ardiente deseo de poseerle. Esta unión de corazones produce la unión de voluntades. Desde que está poseído de un profundo afecto hacia Dios y se ha entregado a El sin reserva ni división, poseyendo nuestro corazón, se adueña también de nuestra voluntad, tanto que nada podríamos negarle.

En el cielo se gusta la unión con Dios en las alegrías del amor beatifico. Aquí abajo se le encuentra más frecuentemente sobre el Calvario que sobre el Tabor; respecto a la unión de gozo, es rara y fugaz, y generalmente el sufrimiento la precede y la sigue. Dios mostró en un éxtasis a Santa Juana de Chantal que «padecer por Él es pasto de su amor en la tierra, como gozar de El lo es en el cielo». Concuerdan con las de su fundadora estas expresiones de Santa Margarita María: «Tanto vale el amor cuanto es lo que se atreve a sufrir. No vive a gusto el amor, si no sufre. Querer amar a Dios sin sufrimiento es ilusión.» Ya que el sufrimiento es necesario para purificar, desprender, y adornar las almas y preparar así su unión a Dios. Es también preciso para alimentar esta unión, para impedir que se debilite y hacerla crecer, pues no bastarían los ardores del amor.

Es porque el amor, en efecto, no vive tan sólo de lo que recibe; vive aún más de lo que da; su mejor alimento será siempre el sacrificio. Así acontece hasta en las cosas humanas: el hijo que ha costado más dolores y lágrimas a su madre, ¿no será por ventura el más amado? De la misma manera el alma se une a Dios en la medida en que sabe abnegarse por El; la unión de corazón y de voluntad, cimentada por el hábito del sacrificio, será siempre la más sólida, y por decirlo así, inquebrantable. Mas, ¿sobreviviría la que ha nacido de las suavidades del amor? Quizá. Pero hay necesidad de que la prueba venga a reforzarla y mostrar lo que vale. Cuando Dios nos prodiga inefables ternuras y nos acaricia amorosamente como un padre que estrecha a su hijo contra su corazón, nuestra alma emocionada, anhelante, enloquecida, sale de si misma, se da por entero y se entrega con sinceridad. Mas el amor propio está muy lejos de morir definitivamente y hasta puede hallar su más delicado alimento en las dulzuras de esas emociones. Para completar la obra de

las divinas ternuras, para robustecer la debilidad de la naturaleza y el reinado de la santa dilección, será, pues, imprescindible la acción lenta y dolorosa de la prueba bien aceptada. Dejémonos crucificar de buena gana: en el Calvario fue dada a luz nuestra alma y en la cruz hallará siempre la vida. El dolor es, pues, el alimento necesario del santo amor y por cierto muy sustancial. Un alma iluminada lo declara así: tanto más experimenta un alma que Dios se le comunica y le abraza, cuanto la favorece más el Señor, permitiendo que sea humillada y que reconozca su incapacidad y que sienta su inutilidad. «El amor divino crece en el dolor. Cuando éste es más punzante, tanto más vivos son los ardores del santo amor. Cuanto más pesa la tristeza sobre un alma, tanto más siente las llamas del divino amor, y su corazón deja escapar palabras de fuego.» Nuestro Señor le pondrá frecuentemente en la imposibilidad de comulgar a causa de enfermedad, pero El compensará esta privación del pan eucarístico, partiendo en mayor abundancia el pan de la tribulación. En una palabra, «el dolor es el pan sustancial de que Jesús quiere alimentarla»; ella lo entiende así y pide tan sólo que no se harte jamás de este manjar divino. Este es el lenguaje de todas las almas grandes, que por alcanzar la unión tan deseada con el Dios de su corazón, atravesarían el fuego y el hielo, sin que esto quiera decir que son insensibles al dolor.

Mas el amor dulcifica el padecimiento, y hasta lo busca y desea. «¡Cuántas crucecitas encuentro cada día!, decía un alma ardiente. Amo esas cruces, aun cuando me causan mucho dolor, porque si no lo sintiera me parecería que no amo. Si no padeciera, amando tantísimo a mi Dios, no sería feliz y me creería juguete del demonio.» La venerable María Magdalena Postel dice: «Cuando se ama, no hay trabajo para el que ama, pues es tanta la dicha que se halla en padecer por el objeto amado.» Y San Francisco de Sales nos revelará el secreto de este heroísmo: Ved las aflicciones en sí mismas, son pavorosas, vedlas en la voluntad divina, son amores y delicias. Si miramos las aflicciones fuera de la voluntad de Dios, tienen su amargura natural; mas considéreselas en este beneplácito eterno y son todo oro, amables y preciosas, mucho más de lo que puede decirse. Las medicinas

desagradables ofrecidas por una mano cariñosa las recibimos con alegría, sobreponiéndose el amor a la repugnancia. La mano del Señor es igualmente amable, ya distribuya aflicciones, ya nos colme de consolaciones. El corazón verdaderamente amante, ama aún más el beneplácito de Dios en la cruz, en las penas y en los trabajos, porque la principal virtud del amor consiste en hacer sufrir al amante por la cosa amada.»

En fin, el amor justifica la Providencia y la aprueba en todos sus caminos. El Hijo de Dios cree a su Padre celestial, le adora, confía en El, pero sobre todo le ama, y amándole tiene gusto para todo cuanto viene de El, aun cuando su divina Providencia fuere en apariencia dura y severa. De esta manera su amor filial recibe con escrupuloso respeto todo cuando es enviado del cielo. San Francisco de Sales no miraba bien que uno se quejase del tiempo: ¡hace mal tiempo, hace mucho frío, qué calor! «semejantes reflexiones -decía- no convienen a un hijo de la Providencia que siempre ha de bendecir la mano de su Padre». El amor divino obra de la misma manera cuando intervienen las causas segundas y la malicia humana: por encima de los hombres y de los acontecimientos ve a su Amado, al Dios de su corazón, y con amor filial, con respecto inalterable besa la mano que le está hiriendo.

### 5. Amor de nuestro Señor

En este camino del amor y del abandono, Nuestro Señor Jesucristo posee singular atractivo para cautivar las voluntades y arrebatar los corazones. Siendo Dios, como el Padre y como el Espíritu Santo, se ha hecho hombre como nosotros; es Dios, que ha llegado a ser nuestro hermano, nuestro amigo, el Esposo de nuestras almas; Dios maravillosamente puesto a nuestro alcance, Dios revestido de incomparable encanto para nosotros. La Santa Humanidad es la puerta que nos convenía para penetrar en los secretos de la Divinidad; y ofrece a nuestro pensamiento un precioso apoyo, a nuestro corazón un delicioso atractivo, a nuestra voluntad un modelo proporcionado. Jesús es el Salvador, a quien todo se lo debemos; Cabeza que nos comunica la vida. Camino que

debemos seguir, y Guía que va delante de nosotros, Viático que sostiene nuestras fuerzas, término que debemos esperar, único galardón a que aspiramos. Es para nosotros alfa y omega, principio y fin.

A excepción de los atractivos de la gracia que siempre hay que respetar, nunca se encomendará bastante a las almas piadosas que nada antepongan a Nuestro Señor en sus devociones. La práctica más recomendada por los Maestros de piedad es la de seguirle principalmente al Calvario y al altar. Muchos, sin embargo, prefieren honrar su Sagrado Corazón o su santísima Infancia. Lo esencial es que se tenga muy a menudo a Jesús a la vista para contemplarle, en el corazón para amarle, en la voluntad para conocerle e imitarle. Después, que cada cual siga su atractivo y busque al buen Maestro allí donde con más facilidad le encuentre. En cualquiera de sus misterios hay todo lo que se precisa para satisfacer las aspiraciones y las necesidades más variadas; es siempre la víctima voluntaria que se dirige al sacrificio, el Esposo que nos invita al sufrimiento, su vida entera no ha sido sino cruz y martirio.

Jesús Niño, por no hablar sino de El, tiene la mano tan fuerte como dulce, y es lo suficiente sabio para no perjudicar a sus amigos. Un día, «durante la Santa Misa, se presenta a una religiosa con una multitud de cruces en sus manos. Las había de todos los tamaños, pero sobre todo pequeñas, y eran tan numerosas que apenas las podía sostener, y la dijo graciosamente: ¿Me quieres con todo mi cortejo? (Su cortejo eran las cruces.) ¡Oh!, sí, amable y gracioso Niño -díjole ella-, os quiero con todo vuestro cortejo. Venid, que os quiero acoger».

Santa Teresita del Niño Jesús se había ofrecido a su dulce Amigo, «para ser no su pequeño juguete de valor que los niños se contentan con mirar, sin atreverse a tocarlo, sino como una pelotita de escaso precio, que pudiera arrojar al suelo, empujar con el pie, rasgar, arrinconar, o bien estrecharla contra su corazón, si tal fuese su gusto». En una palabra, quería divertir al Niño Jesús y entregarse a sus caprichos infantiles. El escuchó su petición y no tardó en romper el pequeño juguete, «queriendo sin duda ver lo que

contenía dentro». Imposible describir en términos más graciosos una ruda crucifixión, una verdadera muerte a sí misma, bastando la dulce mano del Niño Jesús para esta forzada labor.

La Pasión es el atractivo más general; éste fue el de Nuestro Padre San Bernardo. «Desde el principio de mi conversión -dice-, a fin de suplir los méritos que a mí me faltaban, puse sobre mi corazón un hacecito de mirra, formado de todas las ansiedades y amarguras de mi Salvador. En él coloqué las privaciones de su infancia, los trabajos de su predicación, las fatigas de sus viajes, sus vigilias en la oración, sus tentaciones y sus ayunos, sus lágrimas de compasión, los lazos tendidos a sus palabras, las traiciones de los falsos hermanos, los clamores, las bofetadas, los sarcasmos, las injurias, los clavos, todos los tormentos que cuenta el Evangelio y que El padeció en tan crecido número por nuestra salvación... Nadie podrá arrebatarme este hacecito, que siempre conservaré sobre mi corazón. Estoy persuadido de que la sabiduría consiste en meditar estas cosas; y en esto he cifrado la perfección de la justicia, la plenitud de la ciencia, las riquezas de la salvación, la abundancia de los méritos. De ahí me viene la suave unción de la consolación. Esto es lo que me levanta en la adversidad, lo que me sostiene en la prosperidad, lo que en las alegrías y tristezas de la vida me conduce con seguridad por el camino real, y lo que aparta los males que de una y otra parte me amenazan... Por esto, tengo con frecuencia estas cosas en mi boca, y vosotros lo sabéis; Dios sabe que las tengo siempre en mi corazón, es evidente que de ellas están llenos mis escritos. No hay para mí más sublime filosofía aquí abajo que la de conocer a Jesús y a Jesús Crucificado.»

Un día Nuestro Señor muestra a Gemma Galgani sus cinco llagas abiertas, y le dice: «Mira, hija mía, y aprende a amar. ¿Ves esta cruz, estas espinas y estos clavos, estas carnes lívidas y estas heridas y llagas? Todo es obra del amor y de un amor infinito. Hasta este punto te he amado. ¿Quieres tú amarme de verdad? Aprende ante todo a sufrir; es el sufrimiento quien enseña a amar.» Esta vista del Redentor cubierto de llagas y bañado en sangre, encendió en el corazón

de la sierva de Dios el sentimiento del amor hasta el sacrificio, y el vivo deseo de sufrir algo por Aquel que tanto sufrió por ella. Se despojó de todas sus joyas: «Las únicas joyas que embellecen a la esposa de un Rey crucificado son las espinas y la cruz.» Desea sufrir para parecerse a su Amado: «Quiero sufrir con Jesús, exclama, quiero ser semejante a Jesús, sufrir mientras viviere.» Su ángel de la guarda le presenta a su elección una corona de espinas o una de azucenas:

«Quiero la de Jesús, sólo ella me agrada», responde; en seguida, con amorosa impaciencia toma la corona de espinas, la cubre de besos y la estrecha contra su corazón. «No quiero las consolaciones de Jesús; Jesús es el hombre de dolores, quiero ser también la hija de los dolores.» Durante una prolongada tribulación dijo a Nuestro Señor: « ¡Con Vos, sienta bien el sufrir! » Otra alma generosa, Sor Isabel de la Trinidad, declárase «enteramente feliz con poder seguir el camino del Calvario, como una esposa cabe del divino Crucificado.» Una religiosa cree oír a Nuestro Señor que la dice: «¿Quieres amarme en el sufrimiento, en la inmolación, en el desprecio?» Lo acepta con ánimo esforzado, mas cuando el dolor se presenta bajo una u otra forma, el primer movimiento es un movimiento de repulsa, y el divino Maestro añade: «Déjate desollar, inmolar. ., ya que eres esposa de un Dios crucificado, es preciso que tú sufras... Bebamos, hija, en el mismo cáliz la tristeza, la angustia y el dolor.» Después de los más elevados favores, se cree ella aún menos exenta del dolor: «Ahora sí que debemos beber Cristo y yo en el mismo cáliz, recorrer el mismo camino, morir sobre la misma cruz.» Mas el buen Maestro la muestra «que se ama en la medida en que se es generoso», la enseña «a sonreír siempre al dolor»; ella acepta «a no ser consolada, para consolar al divino y gran Afligido». «Quiero amaros, gran Abandonado, pero en el sufrimiento, en el olvido de mí misma y de las criaturas. ¿Cómo pensar aún en mí?» Así, no desea ya gozar cerca del Amado, sino sufrir a fin de que El halle sus delicias con las almas religiosas y sacerdotales, morir para que El viva en todos los corazones.

Jesús es ciertamente el Salvador del mundo. El suscita corazones generosos, a quienes asocia a su obra de

Redención y, por consiguiente, a su sacrificio, encendiendo en ellos un celo ardiente por las almas que se pierden y por el Amado que tan malamente es servido y tan ofendido. Quéjase a Gemma Galgani de la malicia, ingratitud e indiferencia general. Se le olvida como si jamás hubiera amado, ni nunca hubiera sufrido, como si fuese desconocido a todos. Los pecadores se obstinan en el mal, los tibios no se hacen violencia, los afligidos caen en el abatimiento. Se le deja casi solo en las iglesias y su corazón está de continuo rebosante de tristezas. Necesita una expiación inmensa, principalmente por los pecados y sacrilegios con que se ve ultrajado por las almas escogidas entre mil. Gemma acepta con corazón magnánimo su misión de amor y de expiación: «Yo soy la víctima -dice- y Jesús es el sacrificador. Sufrir, sufrir pero sin ningún consuelo, sin el menor alivio, sufrir sólo por amor. Me basta ser víctima de Jesús, para expiar mis innumerables pecados y, si es posible, los del mundo entero.» Así habla esta inocente joven. A todas las grandes almas que la augusta Víctima asocia de un ¡nodo especial a su obra de Redención las marca con el sello de la cruz. Según la feliz expresión de Sor Isabel de la Trinidad, «El se hace en ellas como una humanidad añadida, en la que todavía pueda sufrir por la gloria de su Padre y las necesidades de su Iglesia y perpetuar aquí abajo su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración.» No menos hermosas son las palabras de un alma ardiendo en deseos de ver a Dios: «En el tiempo de la persecución -dice-, a la hora en que las esposas de Jesús son convocadas al Calvario, no es mi ensueño morir, quiero ir al Gólgota con Jesús, quiero sufrir con El y por El, y cuando hubiere llegado la hora de su triunfo, ¡ah!, entonces sí que seré dichosa uniéndome a El. Por Ti, Jesús mío, quiero morir, morir sin consuelo alguno, mas antes quiero por Ti vivir oculta, ignorada y despreciada. Para consolarte, Jesús mío, y para ganarte almas, quiero olvidarme, renunciarme, inmolarme. No amo el sufrimiento, Tú bien lo sabes; cuando se presenta se rebela con frecuencia la naturaleza, pero en el fondo huélgome de poder padecer algo por Ti. ¡Oh, Jesús!, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, dame los corazones de todos los hombres que no te aman que yo los

consagraré al puro amor.»

La angelical Santa Teresa del Niño Jesús hubiera querido ser sacerdote para llevar a Jesús en sus manos, para darlo a las almas; hubiera querido iluminar el mundo; como los doctores anunciar el Evangelio a toda la tierra y en todos los tiempos; hubiera querido sobre todo el martirio, pero el martirio con todo género de suplicios. «Como Vos, Esposo adorado, querría ser azotada, crucificada; querría morir desollada como San Bartolomé; como San Juan querría ser sumergida en aceite hirviendo; deseo, como San Ignacio de Antioquía, ser triturada por los dientes de las fieras, a fin de llegar a ser pan digno de Dios; con Santa Inés y Santa Cecilia, querría ofrecer mi cuello a la espada del verdugo, y como Juana de Arco, sobre una hoguera ardiente pronunciar el dulce nombre de Jesús.» Mas ya que Dios ha dispuesto de ella de otro modo, su vocación será el amor, y lo probará arrojando flores, es decir, que no dejará pasar ningún sacrificio por pequeño que sea, ninguna mirada, ninguna palabra, y aprovechará las menores acciones, para hacerlas por amor, sufrirá y se alegrará, aun por amor.

¡Quiera Dios que tan elevados sentimientos nos guíen siempre en la práctica del Santo Abandono! Las grandes almas que nos complacemos en citar, se habían ofrecido como víctimas y pedían a veces el sufrimiento; manifestado queda ya nuestro pensamiento sobre esta manera de proceder.

### 6. El ejemplo de nuestro Señor

A un alma que se sienta prendada del amor de Dios, nada la lleva tanto al abandono como el ejemplo de su amado Maestro. El agrada soberanamente al alma, y ella a su vez quiere únicamente agradarle, y por lo mismo se esfuerza en imitarle en todas las cosas. Ahora bien, su vida entera no ha sido sino obediencia y abandono.

Hace su entrada en el mundo, y «viene ante todo -dice Monseñor Gay- para su Padre. El, su Padre, es objeto de toda su religión y el término del sacrificio». Le habla y le dice: «He aquí que vengo para hacer vuestra voluntad.» ¡Pues qué! ¿No viene para predicar, trabajar, morir, sufrir, vencer el infierno, y

salvar al mundo con su cruz?

«Esta es su labor, como El muy bien lo sabe, pues sus ojos apenas abiertos ya lo han visto todo y su corazón lo ha abrazado inmediatamente. Quiere cumplir todo, hasta la última tilde, y lo quiere sinceramente y con un querer lleno de amor y de eficacia... mas quiere todo esto, por ser tal la eterna voluntad de su Padre y sólo esta voluntad le conmueve y le decide. Viendo todo lo demás, se fija, sin embargo, en sólo esto; sólo de ella habla y de sólo ella pretende depender. Esta voluntad divina lo es todo: principio, fin, razón, luz, apoyo, mansión, alimento, recompensa. En ella, pues, se apoya, a ella se reduce, en ella se afirma, y ejecutando después tantas cosas, y tan elevadas y tan inauditas y tan sobrehumanas, nunca hará sino esta cosa sencilla, en la que nuestros niños son capaces de imitarle: hará la voluntad de su Padre celestial, y a ella se entregará sin reserva y vivirá por completo abandonado.»

Esta obediencia y este abandono tienen su origen en su amor para con el Padre; es plenitud de abandono, porque es plenitud de amor; amor filial, confiado, desinteresado, generoso, sin reserva; amor rebosando reconocimiento por los bienes que ha recibido en santa Humanidad; amor lleno de celo, de abnegación y de humildad; Víctima cargada con todos los pecados del mundo, estima todos los castigos, ya que ningún sufrimiento es excesivo para reparar la gloria de su Padre y restituirle los hijos alejados y con todo tan tiernamente queridos.

Amor filial, y al mismo tiempo amor de niño. «¿Pues qué otra cosa ha sido -dice Monseñor Gay- Nuestro Señor, Jesús, el Hijo del Eterno Padre, verdadero Dios y verdadero Hombre, según su Humanidad, sino un niño? A nuestros mismos ojos es el estado en que ha querido aparecer; mas para su Padre, a los ojos de la Divinidad, de su propia Divinidad, no ha cesado nunca ni cesará de ser un niño. Esta Humanidad gobierna todos los seres; los Serafines le besan los pies, y el mundo entero con razón la saluda como a su maestra y soberana; súbditos suyos son los reyes; los pueblos, su herencia; los ángeles, sus mensajeros. Es reina a la manera que Dios es Rey, y, sin embargo, os lo repito, no es en

definitiva sino un niño, un niño de un día y de una hora, que no tiene de sí y por sí solo ni pensamiento, ni palabra, ni movimiento, ni vida; un niño pequeño oculto en el seno, llevado en brazos, entregado a los derechos, a las voluntades, al beneplácito, a las costumbres, a las sonrisas infantiles, a las caricias sin igual, al amor infinito de la Divinidad que es su padre y su madre. Todo esto copia el alma abandonada, pues siendo Dios nuestro Padre, ¿qué son respecto a El nuestra edad, nuestra talla y nuestra actitud? Aun cuando fuéramos un San Pedro, o un San Pablo o cualquiera de esos gigantes en la santidad, ¿seríamos alguna vez grandes delante de Dios?»

Si pudiéramos seguir la vida de Nuestro Señor Jesucristo hasta en sus mismos actos, hallaríamos por todas partes el amor, la confianza, la docilidad, el abandono infantil de un niño. Citemos tan sólo algunos ejemplos de San Francisco de Sales.

«Ved al pobre Niño en la cueva, que recibe la pobreza, la desnudez, la compañía de los animales, todas las inclemencias del tiempo, el frío y todo cuanto permite su Padre que le venga. No está escrito que haya extendido sus manos en busca del seno de su Madre, mas no rehúsa los pequeños alivios que Ella le da. Recibe los servicios de San José, las adoraciones de los reyes y de los pastores, y todo con la misma igualdad de ánimo. Así nada debemos nosotros desear ni nada rehusar, sino sufrir y recibir con igualdad de ánimo todo lo que la Providencia permita que nos suceda.»

«Si se hubiera preguntado al dulce Niño Jesús llevado en brazos de su Madre, a dónde iba, ¿no hubiera tenido razón en responder: Yo no voy, es mi Madre la que va por mí?, y a quien le hubiera preguntado: Pero al menos, ¿no vais Vos con vuestra Madre?, hubiera podido con razón decirle: No; yo no voy en manera alguna, o si voy allí donde mi Madre me lleva, no es por mis propios pasos, es por los pasos de mi Madre que voy. A la manera que mi Madre va por mí, así Ella quiere por mí y yo la dejo igualmente el cuidado de ir como el de querer. Su voluntad basta para Ella y para mí, sin que yo tenga querer alguno en lo tocante a ir o venir; no me importa si camina aprisa o despacio, si va por ésta o la otra parte; no me opongo a su deseo de ir acá o allá y me contento con estar

siempre en sus brazos y mantenerme bien unido a su amante cuello. »

En su huida a Egipto, Nuestro Señor, que es la Sabiduría eterna, y que gozaba del perfecto uso de la razón, no advierte a San José o a su dulcísima Madre nada de cuanto había de acontecerles. Nada quiso emprender sino por el encargo del ángel Gabriel que había sido destinado por el Padre para anunciar el misterio de la Encarnación, para ser desde entonces como el ecónomo general de la Sagrada Familia, para cuidar de ella en los diversos acontecimientos. Este Niño Todopoderoso, pero manso y humilde de corazón, se dejaba llevar a donde querían y por quien quería llevarle, se abandonaba dócilmente en manos del ángel por más que éste no tenía ni ciencia, ni sabiduría que pudieran compararse con su divina Majestad.

«Algunos contemplativos han supuesto que Nuestro Señor en Egipto, en el taller de San José y durante los treinta años de su adorable vida oculta, se ocupaba algunas veces en hacer cruces», y las ofrecía a sus amigos -método que no ha variado-. Devorado del celo por la gloria de su Padre, de la Iglesia y por las almas, «tuvo mil amorosos desfallecimientos; veía la hora de ser bautizado con su propia sangre y languidecía suspirando en tanto que esto llegaba, a fin de vernos libres, por su muerte, de la muerte eterna». Y sin embargo, cuando entra en el Huerto de los Olivos, se entrega a los terribles asaltos del temor y de las repugnancias, «sufriéndolos voluntariamente por amor nuestro, pudiéndose librar de ellos. El dolor le causa angustias de muerte, y el amor un ardiente deseo de ella, una cruel agonía entre el deseo y el horror a la muerte, hasta la abundante efusión de su sangre que corre como de una fuente y riega la tierra». Con todo, no cesa de repetir en amoroso abandono: «Padre mío, hágase vuestra voluntad y no la mía». En consecuencia, «déjase prender, maniatar y conducir a gusto de los que quieren crucificarle, con un abandono admirable de su cuerpo y de su vida, poniéndolos en sus manos. De igual modo van a entregarse su alma y voluntad por una perfectísima indiferencia en manos de su Padre Eterno».

Mas antes, un supremo dolor y el más terrible de todos le

espera «sobre la cruz», cuando después de haber dejado todo por el amor y la obediencia de su Padre, fue como dejado y abandonado de El; y empujada su barca a la desolación por el torrente de las pasiones, apenas sentía la brújula de su vida, que, sin embargo, no sólo miraba a su Padre, sino que le estaba inseparablemente unida; cosa que la parte inferior ni sabía ni de ella se apercibía, ensayo que la divina Providencia jamás ha hecho ni hará en ninguna otra alma, pues no lo podría soportar. Para mostrarnos lo que podemos y debemos hacer cuando nuestras penas llegan a su colmo, quejóse filialmente a su Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Mas apresúrase a añadir con todas sus fuerzas y con la más amorosa sumisión: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu», dando así a su Padre y a nosotros el supremo testimonio de su amor, «muriendo en el amor, por el amor, para el amor y de amor». Al mismo tiempo, nos enseña -«cuando nuestros males están en su apogeo, y mientras las convulsiones de las penas espirituales nos quiten cualquiera otro género de alivios y de medios de resistir- a poner nuestro espíritu en manos de Aquel que es nuestro verdadero Padre, y, bajando la cabeza de nuestra aquiescencia a su beneplácito, a entregarle toda nuestra voluntad».

Este continuo abandono de niño pequeño se ha dignado Nuestro Señor extenderlo a toda suerte de peñas y pruebas, pues «fue afligido en su vida civil, condenado como un criminal de lesa majestad divina y humana y atormentado con extraordinaria ignominia; en su vida natural, muriendo entre los más crueles y sensibles tormentos que se pueden imaginar; en su vida espiritual, sufriendo tristezas, temores, espantos, angustias, abandonos y aflicciones interiores, que jamás encontrarán semejante»; y todo con entera y sumisa voluntad. «Pues aunque la parte superior de su alma estuviera soberanamente gozosa de la gloria eterna, el amor impedía a esta gloria difundir sus delicias y sentimientos, tanto en la imaginación, como en la parte inferior, dejando así el corazón a merced de la tristeza y angustia.»

De esta suerte nos da ejemplo para que aceptemos con corazón magnánimo y sin rechazarlas jamás esas mil pruebas

del orden natural o espiritual, de que nos resta hacer una rápida exposición.

# 3. Ejercicio del Santo Abandono

## 1. Objeto del abandono en general

No estará de más recordar la distinción entre la voluntad de Dios significada y su voluntad de beneplácito, ya que en esto está el nudo de la cuestión.

Por la primera, Dios nos significa claramente y manifiesta de antemano y de una vez para siempre, «las verdades que hemos de creer, los bienes que hemos de esperar, las penas que hemos de temer, lo que hemos de amar, los mandamientos que se han de observar y los consejos que se han de seguir». Las señales invariables de su voluntad son los preceptos de Dios y de la Iglesia, los consejos evangélicos, los votos y las Reglas, las inspiraciones de la gracia. A estas cuatro señales puede añadirse la doctrina de las virtudes, los ejemplos de Nuestro Señor y de los Santos.

Ahora bien, el beneplácito de Dios no es conocido de antemano, y por regla general está fuera del dominio de nuestros cálculos, y con frecuencia hasta desconcierta nuestros planes. Solamente nos será manifestado por los acontecimientos, ya que los elementos que constituyen su objeto no dependen de nosotros sino de Dios, que se ha reservado su decisión. Por ejemplo, dentro de cierto tiempo, ¿estaremos sanos o enfermos, en la prosperidad o en la adversidad, en la paz o en el combate, en la sequedad o en la consolación? Es más, ¿quién podrá asegurarnos que viviremos? Sólo conoceremos lo que Dios quiere de nosotros,

a medida que se vayan desarrollando los acontecimientos.

Nada más a propósito para la voluntad del divino beneplácito que el santo abandono, puesto que todo él se funda en una espera dulce y confiada, en tanto que la voluntad de Dios se nos manifiesta, y en una amorosa aquiescencia, desde el momento que aquélla se da a conocer. Supone además, como preliminar condición, la indiferencia por virtud, pues nada tan necesario como esta universal indiferencia, si se quiere estar apercibido para cualquier acontecimiento. Por otra parte, mientras no se declare el divino beneplácito, no cabe sino esperar confiada y filialmente, pues quien ha de disponer de nosotros es Nuestro Padre celestial, la Sabiduría y la Bondad por esencia. Y desde el momento que los acontecimientos no están en nuestro poder, una espera pacífica y sumisa nada tiene de quietista y hasta se Impone, salvo lo que en otra parte hemos dicho acerca de la prudencia, de la oración y de los esfuerzos en el abandono.

Diversa ha de ser nuestra actitud ante la voluntad de Dios significada. Nos ha manifestado con toda claridad «que tales y tales cosas sean creídas, esperadas y temidas, amadas y practicadas». Lo sabemos, y por lo mismo no tenemos ya el derecho de permanecer indiferentes para quererlas o no quererlas. Como de antemano nos ha manifestado su voluntad de una vez para siempre, no hay para qué esperar nos la explique de nuevo en cada caso particular. Las cosas de que se trata dependen de nuestro albedrío, y a nosotros corresponde obrar con la gracia por nuestra propia determinación. Ante la voluntad de Dios significada, no nos queda sino someter nuestro querer al suyo, por lo menos en todo lo que es obligatorio, «creyendo en conformidad con su doctrina, esperando sus promesas, temiendo sus amenazas, amando y viviendo según sus mandatos».

Se darán casos en que los acontecimientos no se sustraigan por completo a nuestra acción, pudiéndose prever y proveer de alguna manera, y en este caso convendrá añadir al abandono la prudencia y los esfuerzos personales, porque en el fondo, tales acontecimientos serán una mezcla de la voluntad de Dios significada y de su beneplácito.

Por consiguiente, no tiene lugar el abandono en lo

concerniente a la salvación o a la condenación, a los medios que nos ha prescrito o aconsejado tomar para asegurar lo uno y lo otro; como son la guarda de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, la huida del pecado, la práctica de las virtudes, la fidelidad a nuestros votos y Reglas, la obediencia a los superiores, la docilidad a las inspiraciones de la gracia. Dios nos ha manifestado su voluntad sobre todas las cosas, y para asegurar su fiel ejecución, ha hecho promesas y lanzado amenazas, ha enviado a su Hijo, establecido la Iglesia, el sacerdocio, los Sacramentos, multiplicado los socorros exteriores, prodigado la gracia interior. Evidentemente la indiferencia no tiene ya razón de ser; la obediencia se requiere en las cosas obligatorias, y en cuanto a las de consejo, es preciso al menos estimarlas y no apartar de ellas a las almas generosas.

«Si la indiferencia cristiana -dice Bossuet- se excluye con relación a las cosas que son objeto de la voluntad significada, es preciso, como lo hace San Francisco de Sales, restringirla a ciertos acontecimientos que están regulados por la voluntad de beneplácito, cuyas órdenes soberanas determinan las cosas que suceden diariamente en el curso de la vida.»

«Ha de practicarse en las cosas que se relacionan con la vida natural: como la salud, la enfermedad, belleza, fealdad, debilidad y la fuerza; en las cosas de la vida civil, acerca de los honores, dignidades, riquezas, en las situaciones de la vida espiritual, como sequedades, consolaciones, gustos, arideces; en las acciones, en los sufrimientos y por fin en todo género de acontecimientos». En lo que atañe al beneplácito divino, esta indiferencia se extiende «al pasado, al presente, al porvenir; al cuerpo y a todos sus estados, al alma y a todas sus miserias y cualidades, a los bienes y a los males, a las vicisitudes del mundo material y a las revoluciones del mundo moral, a la vida y a la muerte, al tiempo y a la eternidad». Mas Dios modifica su acción en conformidad con los sujetos: «Si se trata de los mundanos, les priva de los honores, de los bienes temporales y de las delicias de la vida. Si se trata de los sabios, permite que sea rebajada su erudición, su espíritu, su ciencia, su literatura. En cuanto a los santos, les aflige en lo tocante a su vida espiritual y al ejercicio de las virtudes».

¿Hay necesidad de indicar que, siendo el gozo y la tribulación el objeto del abandono, ofrecerá esta última con más frecuencia la ocasión de ejercitarse? Todos sabemos por dolorosa experiencia, que la tierra es un valle de lágrimas y que nuestras alegrías son raras y fugitivas.

Señalemos aquí dos ilusiones posibles:

1ª Ciertas almas forman grandes proyectos de servir a Dios con acciones y sufrimientos extraordinarios cuya ocasión jamás llega a presentarse, y mientras abrazan con la imaginación cruces que no existen, rechazan con empeño las que la Providencia les envía en el momento presente, y que, sin embargo, son menores. ¿No es una deplorable tentación el ser tan valeroso en espíritu y tan débil en realidad? ¡Líbrenos Dios de estos ardores imaginarios, que fomentan con frecuencia la secreta estima de nosotros mismos! En lugar de alimentarnos de quimeras, permanezcamos en nuestro abandono, poniendo todo nuestro cuidado en santificar plenamente la prueba real, o sea, la del momento presente.

2ª Sería una ilusión muy perjudicial despreciar o tener en poco nuestras cruces diarias, porque son pequeñas. Todas son ciertamente muy insignificantes; mas, como son, por decirlo así, de cada momento, por su mismo número aportan al alma fiel una enorme mina de sacrificios y de méritos. Por una parte, nada impide recibirlas con mucha fe, amor y generosidad; y de esta manera la bondad de nuestras disposiciones les dará un valor inestimable a los ojos de Dios. Cierto que las grandes cruces, llevadas con amor grande también, nos acarrearían más méritos y recompensa, pero son raras. El orgullo y el buscarse a sí mismo se deslizan en ellas más fácilmente y «de ordinario esas acciones eminentes se hacen con menos caridad», mientras que el amor y las otras santas disposiciones son las que «dan precio y valor a todas nuestras obras». Estimemos, pues, las cruces grandes, pero guardémonos de menospreciar las pruebas vulgares y ordinarias, porque de ellas hemos de sacar más provecho. «Practiquemos la conformidad con la voluntad de Dios -dice el P. Dosda- en todos sus pormenores, por ejemplo: a propósito de la humillación ocasionada por un olvido o por una torpeza, a propósito de una mosca inoportuna, de un perro que ladra,

de una luz que se apaga, de un vestido que se rompe.» Practiquémosla sobre todo con las diferencias de carácter, las contrariedades, humillaciones y los mil pequeños incidentes en que abunda la vida de comunidad. Sin parecerlo, es un poderoso medio de morir a sí mismo y de vivir todo para Dios.

Después de haber expuesto con detenimiento la naturaleza, motivos y el objeto en general del Santo Abandono, hubiéramos podido dejar al lector el cuidado de hacer las aplicaciones prácticas. Mas, como las pruebas son muy diversas, hemos creído hacer una obra útil estudiando las principales, a fin de poder, según la naturaleza de cada una, indicar los motivos especiales de paciencia y de sumisión, resolver algunas dificultades, precisar lo que se refiere a la oración, a la prudencia y los esfuerzos personales. Recorreremos sucesivamente las pruebas de orden temporal, las de orden espiritual en sus vías comunes y las de las vías místicas.

### 2. El abandono en las cosas temporales, en general

Hay bienes y males temporales: bienes, como la ciencia, la salud, las riquezas, la prosperidad, los honores; males como la enfermedad, la pobreza, los infortunios. He aquí las cosas que el mundo juzga importantes en primer término y de las que ante todo se preocupa, y por cierto equivocadamente. Las cosas de aquí abajo se deben apreciar a la luz de la eternidad.

El soberano Bien, el único necesario, es Dios, y por consiguiente, según enseña Santo Tomás, los bienes principales supremos para nosotros son la bienaventuranza y lo que nos la ha hecho merecer. No cabe abuso en estos bienes, ni pueden tener mal fin. Por esto los santos los piden de una manera absoluta, conforme a estas palabras del Salmo:

«Muéstranos tu faz, y seremos salvos», he aquí la bienaventuranza; «conducidnos por las sendas de vuestros mandamientos», he aquí el camino que a ella nos conduce. En cuanto a los bienes temporales, añade el Santo Doctor, sucede con demasiada frecuencia que se emplean mal y pueden tener mal resultado: siendo así que la riqueza y los honores han causado la pérdida de gran número de personas.

No son, pues, los bienes temporales principales y definitivos, sino secundarios y pasajeros, socorros que nos ayudan a caminar hacia la bienaventuranza, en cuanto que conservan la vida temporal y nos sirven de instrumentos para practicar la virtud. Con tal que los estimemos como objeto secundario y no como objeto principal de nuestra solicitud, es perfectamente legítimo desearlos, pedirlos en la oración, buscarlos con una moderada aplicación, pensar aun en el porvenir, en la medida de la necesidad y en el tiempo conveniente. Mas nuestra solicitud es excesiva y culpable, si en lugar de usar estos bienes según la necesidad, llegamos hasta considerarlos como nuestro fin; si cuidamos de lo temporal hasta el punto de descuidar lo espiritual, si tememos carecer de lo necesario, aun haciendo lo que debemos, pues, en este caso, es preciso contar con la Providencia. La comida, la bebida, el vestido, son cosas de primera necesidad, y respecto a ellas Nuestro Señor no condena en manera alguna el cuidado moderado que induce al trabajo, pero destierra la solicitud excesiva que va hasta la inquietud; termina diciéndonos que busquemos ante todo los bienes espirituales, con la firme seguridad de que los bienes temporales nos serán dados por añadidura y conforme a la necesidad, si es que hacemos lo que está de nuestra parte.

«Aun prohibiendo que nos inquietemos por los bienes temporales como los gentiles, porque Nuestro Padre Celestial sabe de qué cosas tenemos necesidad, Nuestro Señor añade expresamente: "Buscad primero el reino de Dios". Con esto quiere el divino Maestro excitar en nosotros los buenos deseos para los que sentimos pesadez, y amortiguar los deseos de los sentidos para los que somos sensibles por demás. Quiere también enseñarnos a hacer distinción entre los bienes que es necesario pedir de un modo absoluto, como lo son "el reino de Dios y su Justicia", y los que se han de pedir tan sólo bajo condición y si Dios los quiere.

»Más todavía, Jesucristo mismo nos ha enseñado a decir: El pan nuestro, palabras que entre otros sentidos han significado siempre la petición de los bienes temporales. (La Iglesia ha hecho lo mismo en sus Letanías y su Liturgia.) El perfecto espiritual no excluye esta petición del número de las

siete del Padrenuestro, y si se dice que no pida nada temporal, se entiende que no lo pida como un bien absoluto, ni absolutamente, sino en orden a la salvación y bajo reserva de la voluntad de Dios.»

En efecto, dice San Alfonso, «la promesa divina (de escuchar nuestras oraciones) no se refiere a los favores temporales, tales como la salud, las riquezas, las dignidades y otras prosperidades de este género. Muchas veces Dios las niega con razón, porque ve que comprometerían a la salvación de nuestra alma. En cuanto a los bienes espirituales, es preciso pedirlos sin condición, de un modo absoluto y con certeza de obtenerlos».

También los males temporales es preciso considerarlos con los ojos de la fe y a la luz de la eternidad. El pecado, y sobre todo la muerte en el pecado, con su eterna sanción que es el naufragio de nuestro destino y el desastre irremediable, es el mal de los males. Debemos pedir a Dios con insistencia y de una manera absoluta que nos preserve de él a todo trance. Mas la pobreza, los achaques, las enfermedades, las demás aflicciones de este género, la muerte misma no son sino males relativos. En los designios de la Providencia así hemos de considerarlos, o por mejor decir, como gracias precisas y a veces harto necesarias, como el pago de nuestras faltas, remedio de nuestras enfermedades espirituales, origen de grandes virtudes y de méritos sin cuento, siempre que nosotros cooperemos a la acción de Dios con humilde sumisión. Por el contrario, la impaciencia y la falta de fe en la prueba convertirían el remedio en ponzoña, nos harían contraer la enfermedad, la muerte quizá allí donde la Providencia nos había preparado la vida. Siendo esto cierto, tenemos perfecto derecho a rogar a Dios que «nos libre del mal, que aleje de nosotros la guerra, la peste, el hambre», y demás calamidades públicas o privadas.

Nuestro Señor nos lo hace repetir en la oración dominical y la Iglesia en su Liturgia. Mas Dios no ha prometido escuchar siempre este género de peticiones, y nosotros sólo podemos formularlas bajo condición de que tal sea la voluntad divina. Aun cuando temiéramos perder la paciencia, nos bastaría manifestar a Dios esta alternativa, o que disminuya la carga o

que aumente las fuerzas. Lo que sí convendrá pedir siempre y de una manera absoluta, es el espíritu de fe, la paciencia y las demás disposiciones que convienen al tiempo de la prueba, y en tanto que ésta dure, indudablemente Dios quiere que practiquemos estas virtudes, ya que es éste precisamente el fin que se propone al enviárnosla.

Los bienes y los males temporales no son, pues, sino bienes o males relativos. De unos y de otros puede hacerse el uso más acertado o el más desgraciado abuso. ¿Seremos tan juiciosos que nos sirvamos de ellos para despegarnos de la tierra y aficionamos solamente a los bienes del cielo? «¿Pasaremos por los bienes temporales de suerte que no perdamos los eternos?» ¿No llegaremos a ser del número de los insensatos que se olvidan de Dios en la fortuna próspera y murmuran de El en la adversidad? Nada podemos asegurar, pues sólo Dios lo sabe. A propósito de los bienes y males temporales, tendremos diversos deberes que cumplir, y el primero será siempre la conformidad con la voluntad divina. Quiera Dios que la nuestra sea, no la simple resignación, sino el Santo Abandono, es decir, una total indiferencia por virtud, la espera general y pacífica antes de los acontecimientos, y en cuanto el beneplácito divino se haya declarado, una sumisión amorosa, confiada y filial. Dirigiremos una rápida ojeada sobre las situaciones comunes a todos los hombres, ya sean del claustro, ya del mundo. Sin embargo, los consejos que daremos para determinados casos, podrá cada cual extenderlos a otros análogos, según los deberes de su estado. Y con objeto de poner un poco de orden en materia tan compleja, examinaremos uno por uno los bienes y los males del orden temporal que están fuera de nosotros, los que tienen su asiento en nosotros, en el cuerpo o en el espíritu, y los que dependen de la opinión de los demás. Antes, empero, hemos de decir una palabra sobre los bienes y los males naturales que no pertenecen ni a nosotros ni a nadie, y que es preciso sufrir de buen grado o por fuerza. Cedamos la palabra al P. Saint-Jure: «Debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios en las cosas naturales que están fuera de nosotros: el calor, el frío, la lluvia, el granizo, las tempestades, el trueno, el relámpago, la peste, el hambre y finalmente todas las

influencias del aire y el desorden de los elementos. Debemos aceptar todos los tiempos que Dios nos envía, y no soportarlos impacientes y airados, como es costumbre cuando nos son contrarios. No conviene decir: ¡Qué mal tan desesperante y desgraciado, y servirnos de expresiones que manifiesten la contradicción y el descontento de nuestros espíritus. Debemos querer el tiempo como es, puesto que Dios lo ha hecho, y decir en esta incomodidad, con los tres muchachos del horno de Babilonia: "Frío, calor, hielo y nieve, rayos y nubes, bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle para siempre". Estas criaturas lo hacen sin cesar obedeciendo a Dios y cumpliendo su santísima voluntad, pues con ellas hemos de bendecirle y glorificarle nosotros por el mismo medio. Debiéramos pensar, a fin de ahogar estos movimientos injustos y estas expresiones desordenadas, que si este tiempo nos es incómodo, a otros les es cómodo; que si no es bueno para la parte, es útil al todo; que si estorba nuestros planes, favorecerá los del vecino, y cuando así no fuera, ¿no nos basta que sea siempre bueno para la gloria de Dios, ya que es según su voluntad y en ello tiene El sus complacencias?

## 3. El abandono en los bienes y en los males exteriores

### Artículo 1º.- La prosperidad y la adversidad

Comenzamos por lo que es más general, la adversidad o la prosperidad, tanto para nosotros como para los que nos son queridos (familia, comunidad, etc.).

Se puede hacer un buen uso de la prosperidad y de la adversidad, y se puede abusar de ellas. ¿Seremos del número de los sabios o de los necios? ¿Querrá Dios hacernos pasar por buena o por mala fortuna? ¿Tendrá intención de retenernos mucho tiempo sobre la cruz? Nada sabemos, y, por consiguiente, el partido más acertado es establecernos en la santa indiferencia, esperar en paz el divino beneplácito aceptado con amorosa confianza, y sacar de él todo el provecho posible.

A la luz de una fe viva, la prosperidad se nos presentará como una sonrisa perpetua de la Providencia, y por lo mismo abriremos gustosos nuestro corazón al reconocimiento, al

amor, a la confianza para con nuestro Padre Celestial. Cada nueva prenda de su afecto hará brotar de nuestros labios un gracias sincero. Con ella aliviaremos a nuestros hermanos menos afortunados, llevándolos así a bendecir con nosotros al Autor de todos los bienes. Mas desgraciadamente tiene razón San Francisco cuando dice: «La prosperidad tiene atractivos que encantan los sentidos y adormecen la razón; imperceptiblemente nos hace cambiar, de suerte que nos aficionamos a los dones, olvidando al Bienhechor.» Y hasta nos hace descender, por decirlo así, y sin darnos cuenta, hacia una vida menos austera, en busca de nuestras comodidades, por los senderos de relajación. Se verá quizá, y no sin asombro, que algunos hacen profesión de vivir unidos a Jesucristo en la cruz y, sin embargo, andan ansiosos de la prosperidad, ávidos de procurarse los bienes de la tierra, ardientes por fijar en ellos su corazón, presurosos en recurrir a Dios cuando la espina de la adversidad llega a punzarles, impacientes por librarse de ella. Y, sin embargo, el Evangelio no pone la bienaventuranza cristiana sino en la pobreza, en los desprecios, el dolor, las lágrimas, las persecuciones; la misma filosofía nos enseña que la prosperidad es la madrastra de la verdadera virtud y la adversidad su madre. Con harta frecuencia el estado de prosperidad habitual es un lazo, y recordando que ella no ha sonreído de esta manera a Nuestro Señor y a los santos, el verdadero espiritual concluirá por inquietarse y deseará no gozar tanto de este mundo; sólo una cosa le dará seguridad: estar en manos de Dios y sentirse bajo su mirada.

La adversidad nos abre un camino más seguro. Dios, que es amigo constante y solícito, nos quita la prosperidad que nos perjudicaría, emplea la espada de la adversidad para cortar los afectos rivales de su santo amor; unas veces por la privación, otras por el sufrimiento nos aparta más pronto y seguramente del placer, arranca nuestro espíritu y corazón de esta tierra y los atrae hacia las riberas eternas. Es la mejor escuela del desasimiento, y también un purgatorio anticipado menos terrible que el de la otra vida, eficacísimo, sin embargo; porque Dios no castigará dos veces la misma falta. Después de habernos purificado en el horno del sufrimiento, como el

oro en el crisol, nos hallará dignos de sí y nos recibirá como víctimas de holocausto.

La adversidad es una mina de oro de donde se pueden sacar las más sublimes virtudes y méritos inagotables. El P. Jerónimo Natalis preguntaba un día a San Ignacio: «¿Cuál es el camino más corto y más seguro para llegar a la perfección y al cielo?» El santo le respondió: «Sufrir muchas adversidades grandes por amor de Jesucristo.» Una gran adversidad nos lleva al cielo, pero muchas nos llevan a él más pronto y más lejos; porque, para los hombres de fe, según el P. Baltasar Álvarez, «los sufrimientos son como caballos de posta que Dios envía para atraerlos más prontamente a sí, o como una escala que les ofrece para elevarse a virtudes más eminentes... Considérese el dolor de un propietario cuando una terrible granizada viene a destruir su viña, pero si los granizos fueran de oro, ¿sería razonable su aflicción? Pues oro son los desprecios y demás aflicciones que caen como granizo sobre un alma que en verdad es paciente. Lo que gana vale infinitamente más que lo que pierde. El cielo es el reino de los tentados, de los afligidos, de los despreciados».

La adversidad es el camino más corto para la santidad. Según Santa Catalina de Génova las injurias, los desprecios, las enfermedades, la pobreza, las tentaciones y todas las demás contrariedades nos son indispensables para sujetar por completo nuestras torcidas inclinaciones, y el desarreglo de nuestras pasiones; es el medio de que el Señor se vale para disponemos a la unión divina, y según San Ignacio, «no hay madera más a propósito para producir y conservar el amor de Dios que la madera de la cruz». San Alfonso añade: « La ciencia de los Santos consiste en sufrir constantemente por Jesucristo, y éste es el medio de santificarse pronto». Los favores con que el Señor ha beneficiado a sus amigos, los hechos extraordinarios que les han dado celebridad, son quizá lo que más impresiona en su vida, pero sin motivo alguno. Lo que sí debiéramos señalar son las debilidades, las sequedades, las desolaciones, las persecuciones de todo género que Dios les ha prodigado, y su inalterable paciencia en este dilatado martirio, pues por este medio han llegado a ser santos. Como amantes generosos del divino Maestro, han

deseado ser como El pobres, sufridos, despreciados. Dios Padre los ha crucificado con su Hijo tiernamente amado, y los más amantes han sido los más probados, siendo hacia el fin de su vida, época de su más elevada perfección, cuando de ordinario más han sufrido. «Porque eran agradables a Dios, fue necesario que la tentación los probara». La tribulación ha sido, por decirlo así, la recompensa de sus trabajos pasados a la vez que la consumación de su santidad.

Nadie hay que no haya vivido sobre la cruz, ni uno que no se haya alegrado de sufrir en ella con su adorado Maestro. Todos, como Nuestro Padre San Benito, han preferido «padecer los desprecios del mundo a recibir sus alabanzas, y a agotarse con trabajos más bien que ser colmados de los favores del siglo». El bienaventurado Susón, cuando por excepción disfrutaba una tregua en sus continuas pruebas, lamentábase ante las religiosas, sus hijas espirituales: «Temo mucho ir por mal camino, porque hace ya cuatro semanas que no he recibido ataques de nadie; tengo miedo de si Dios no pensará ya en mí». Apenas acababa de hablar cuando se le viene a anunciar que personas poderosas han jurado su perdición. A esta noticia no pudo menos que experimentar inmediatamente un movimiento de terror. «Desearía saber por qué he merecido la muerte. - Es por las conversiones que obráis. - ¡Entonces! ¡Sea Dios bendito! » Vuelve lleno de gozo a la reja: «Animo, hermanas mías, que Dios ha pensado en mí y aún no me ha olvidado». Nosotros decimos en nuestras pruebas: Basta, Dios mío, basta. La venerable María Magdalena Postel, por el contrario, repetía sin cesar: «Aún más, Señor, aún más; ven, cruz, que te abrazo. ¡Dios mío, bendito seáis! Vos no nos humilláis sino para elevarnos más». En una circunstancia muy penosa, Santa Teresa del Niño Jesús escribía a su hermana: « ¡Cuánto nos ama Jesús, pues que nos envía dolor tan grande! La eternidad no será bastante larga para bendecirlo por ello. Nos colma de sus favores como colmaba a los grandes Santos... El sufrimiento y la humillación son el único camino que forma los Santos. Nuestra prueba es una ruina de oro que es preciso explotar. Ofrezcamos nuestro sufrimiento a Jesús para salvar las almas».

De todo esto concluyamos con San Alfonso: «Algunas

personas se imaginan que son amadas de Dios, cuando prosperan en todo y no tienen nada que sufrir. Pero se engañan, porque Dios prueba la fidelidad de sus servidores, y separa la paja del grano por la adversidad y no por la prosperidad: el que en las penas se humilla y se resigna con la voluntad de Dios, es el grano destinado al Paraíso, y el que se enorgullece, se impacienta, y por fin abandona a Dios, es la paja destinada al infierno. El que lleva su cruz con paciencia, se salva; el que la lleva con impaciencia, se pierde». Dos fueron los crucificados a cada lado de Jesús, y la misma pena hizo, del uno, un santo y, del otro, un réprobo.

¡Ojalá que tomáramos nuestras cruces, no sólo con paciencia y resignación, sino aun con amor y confianza filial! Dos cosas nos ayudarán especialmente a conseguirlo: el espíritu de fe y la humildad. Por poco que se escuche a la naturaleza, retrocederá siempre ante la adversidad; mas impóngasele silencio para no considerar sino a Dios, y pronto diremos con el Rey Profeta: «Me he callado, Señor, y no he abierto mi boca, porque sois Vos quien lo ha hecho todo». El orgulloso cree con facilidad que no se le hace justicia, y los caminos de Dios, cuando son dolorosos, le espantan y desconciertan. El humilde, por el contrario, penetrado por un vivo sentimiento de sus miserias y de sus faltas, bendecirá a Dios hasta en sus rigores: «Adoro, Señor, la equidad de vuestros juicios y hasta me hacéis gracia y yo alabo vuestras misericordias, pues estáis lejos de castigarme tanto como he merecido. Y además, me es necesario el remedio del sufrimiento, y las penas que me enviáis son precisamente las que mejor responden a mis necesidades».

**Artículo 2º.- Calamidades públicas y privadas**

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en las calamidades públicas, tales como la guerra, la peste, el hambre, y todos los azotes de la divina Justicia. Otro tanto es preciso hacer cuando la desgracia viene a caer sobre nosotros personalmente o sobre los nuestros. El gran secreto para conseguirlo, es mirar todas las cosas con los ojos de la Fe, adorar los juicios del Altísimo con corazón contrito y humillado,

y sean cualesquiera los azotes que nos hieran, persuadirnos bien de que la Providencia, infinitamente sabia y paternal, no se determinaría a enviarlos ni a permitirlos, si no fueran en sus manos los instrumentos de renovación y de salvación para los pueblos o para las almas. «Así es como ella conduce al cielo por el camino del sufrimiento a una multitud de personas que se perderían siguiendo otra dirección. ¡Cuántos pecadores, llamados a Dios por el duro camino de la aflicción, renuncian a sus antiguas iniquidades y mueren en los sentimientos de un verdadero arrepentimiento! ¡Cuántos cristianos ocuparán un día un puesto glorioso en el cielo, que sin esta saludable prueba, hubieran gemido eternamente en las llamas del infierno! Lo que nosotros llamamos calamidad y castigo es frecuentemente una gracia de primer orden, una prueba brillante de misericordia. Acostumbrémonos a no considerar las cosas sino desde estos magníficos puntos de vista de la Fe, y nada de lo que sucede en este mundo nos escandalizará, nada alterará la paz de nuestra alma y su confiada sumisión a la Providencia. Mas entremos en algunos pormenores, comenzando por las desgracias públicas.

I. Es fácil ver la mano de la Providencia en la peste, el hambre, las inundaciones, la tempestad y demás calamidades de este género, porque los elementos insensibles obedecen a su autoridad sin resistirla jamás. Pero, ¿cómo verla en la persecución con su malignidad satánica, o en la guerra con sus furores? Y allí está, sin embargo, como dejamos ya dicho. Por encima de los hombres buenos y malos, y hasta más allá de los satélites del infierno, está el Arbitro supremo, la Causa primera que los mueve quizá sin ellos saberlo, y sin la cual nada puede hacerse. La política de los príncipes, las órdenes de los jefes, la obediencia de los soldados, los proyectos tenebrosos de los perseguidores, su ejecución por los subalternos, las ruinas y el sufrimiento que de esto ha de resultar, todo ha sido previsto hasta el menor detalle; todo ha sido combinado y decretado en los consejos de la Providencia, formándose de esta suerte una extraña colaboración de la malicia del hombre y de la santidad de Dios. El, infinitamente santo, no puede dejar de odiar el mal, y si lo tolera, es por no quitar a los hombres el libre uso de su libertad. Mas su justicia

pedirá cuenta a cada uno a su tiempo: a las naciones y a las familias aquí abajo, porque no cuentan como tales en la eternidad; a los individuos, en este mundo o en el otro. Entre tanto, Dios quiere utilizar para conseguir sus intentos, la malicia de los hombres y sus faltas, no menos que sus buenas disposiciones y santas obras, de suerte que aun el desorden del hombre entra bajo el orden de la Providencia.

Por parte de los hombres puede haber en ello no poco que reprender, y Dios los juzgará. Por parte de la Providencia, «todo es justo, todo sabio, todo es bueno, todo recto, todo dirigido a un fin laudable, todo llega a un resultado final, absoluto e infinitamente amable. Nerón es un monstruo, pero hace mártires. Diocleciano lleva hasta los últimos límites los furores de la persecución, mas prepara la reacción y el advenimiento de Constantino. Arrio es un demonio encarnado, que quisiera arrebatar a Jesucristo su divinidad, pero da ocasión a las definiciones de la Iglesia sobre esta misma divinidad. Los bárbaros, precipitándose sobre el viejo mundo, le inundan de sangre, mas preparan al Evangelio una raza capaz de ser cristiana. Las Cruzadas parecen fracasar porque no salvan a Jerusalén, mas salvan a Europa. La revolución francesa lo trastorna todo, mas, con esta ocasión, el vigor y la vida renace en la sociedad cristiana obligada a la resistencia».

En nuestra época de persecución es evidente que Satanás está suelto, y que ha recibido el poder de cribar al justo. Y ¿por qué es este triunfo de los malos?, ¿por qué esta aparente derrota de la Iglesia?, ¿por qué esta prevención de las muchedumbres?, ¿por qué estos gobiernos impíos que pierden a los pueblos?, ¿por qué este oscurecimiento y tibieza de los que se llaman buenos?, ¿por qué, en una palabra, el imperio del mal sobre el bien?

¿Por qué? Por respeto a la libertad que es la condición del mérito y del demérito. Dios deja obrar, pero cuando juzgare llegado el tiempo, para confundir a los malos, para despertar a los dormidos, para reanimar a los tibios, para defender a los justos, dejará desencadenarse sobre el mundo culpable una guerra universal. Preséntase el azote, se hace un silencio inquietante, cállase la política, despiértase la fe, las Iglesias se llenan. Dejábase a Dios en el olvido, pero ahora se recuerda

que El es el dueño de los acontecimientos. Y ¿cómo no verlo? Los hombres que han desencadenado la tempestad no saben ni dirigirla ni ponerse a cubierto de ella, mas Dios, reservándose el hacer justicia a su tiempo, utilizará la previsión de unos y la imprevisión de otros, las máquinas perfeccionadas y los planes hábilmente concebidos, el valor y las acciones brillantes, las faltas, la malicia y aun el crimen. Todo le sirve para pasear su azote sobre las naciones, las familias y los individuos. Pero no lo hará sino en la medida útil a sus fines. Caiga el hombre de rodillas, que El gustoso se apaciguará; mas si las buenas impresiones de los primeros días se disipan, si los ojos se obstinan en permanecer cerrados y los corazones sin arrepentirse, ¿habrá derecho a extrañar que la guerra se prolongue y surjan quizá otros nuevos azotes? ¿Sería preferible que, siguiendo un funesto olvido de las leyes divinas, las naciones continúen descendiendo al abismo y las almas al infierno?

Y ¿cómo explicar semejante severidad en un Dios tan bueno? Para extrañarse, preciso es no haber comprendido los desconocidos derechos de Dios, su amor despreciado, la multitud de sus gracias y los excesos de nuestra malicia, las alegrías de la eternidad feliz o los tormentos de un infierno sin fin. Precisamente porque es infinitamente bueno, es por lo que Nuestro Padre celestial nos ama sin debilidades y tal como lo exige nuestra eternidad. Todas las prosperidades del mundo serán el peor de los azotes, si adormecen a las almas en el descuido y en el olvido, y su despertar se verificará en el fondo del abismo. Por el contrario, las más espantosas calamidades, aun cuando durasen años enteros, nada son al lado de un infierno eterno, pues hasta son gran misericordia de parte de Dios, y para nosotros dichosa fortuna si podemos a este precio desarmar la justicia divina, evitar el infierno y recobrar nuestros derechos al Cielo. Tal es el designio de Nuestro Padre celestial. No le gusta castigar, pero si a ello le constreñimos por el olvido de nuestros deberes y de nuestros verdaderos intereses, nuestra es la falta. Si manifestamos insubordinación cuando nos corrige, nuestra falta es mucho mayor. Después de todo, Dios no se apresura a castigar, y para no verse precisado a hacerlo, amenaza largo tiempo,

hasta usa de tanta paciencia que los débiles se maravillan y los malos blasfeman. Vendrá empero un día en que Dios se verá obligado a obrar como Soberano y justo Juez para restablecer el orden, y como Padre Salvador de las almas para volverlas al camino de salvación por los medios del rigor, ya que se obstinan en hacer inútiles los medios de dulzura.

Los azotes de Dios traen a unos la prueba, a otros, el castigo, y a todos los de buena voluntad gracias de renovación. ¡Dichoso el que sabe reconocerlas y aprovecharse de ellas! «Estas desgracias -dice el P. Caussade- son para muchos otras tantas gracias de predestinación. Mas es necesario declarar que pueden ser al mismo tiempo para otros motivos de reprobación, bien que esto no sucederá sino por culpa suya, y por no pequeña culpa, pues ¿qué más razonable y fácil, en cierto sentido, que hacer de la necesidad virtud? ¿Por qué levantarse inútil y criminalmente contra la mano paternal de Dios, que no nos castiga, sino para despegarnos de los miserables bienes de acá abajo? Como su misma ira nace de su misericordia, no nos hiere sino para apartarnos del pecado y salvarnos. A manera de un sabio cirujano que corta hasta lo vivo las carnes podridas, a fin de conservar la vida y de preservar el resto del cuerpo.»

¿Cómo portarnos en medio de las calamidades?

1º «Humillarnos bajo la poderosa mano de Dios», y abandonarnos a su Providencia con sumisión filial, en la íntima convicción de que es Dios quien lo ha dirigido todo, de que sus designios impenetrables tienen por principio el amor de las almas, y de que sabrá poner al servicio del bien los acontecimientos más desconcertantes. Por lo que personalmente nos concierne, nos conviene recordar que estamos en manos de Nuestro Padre celestial, y si quiere salvarnos, le es tan fácil hacerlo en medio de los peligros, como llamarnos a Sí cuando ningún peligro pareciera amenazarnos, y si es que quiere probarnos, ¡bendito sea su santo nombre para siempre!

2º Cumplir nuestros deberes del mejor modo posible y sacrificarnos por el bien común, según el tiempo y las circunstancias, y como nuestra situación lo permita. «La

tempestad es tempestad. A ella se resigna el marinero y trabaja.» Hagamos nosotros lo mismo. No entremos en la agitación de las olas que nos sacuden, y adhierámonos a la roca de la Providencia, diciendo: «¡Dios mío, os adoro, os alabo, acepto la prueba, soporto estos malos días y me mantengo en paz!»

3º En consecuencia, es preciso orar, ante todo orar y siempre orar. Pidamos, busquemos, llamemos, importunemos a Dios, ya para que abrevie la calamidad si tal es su beneplácito, ya también, y esto de un modo absoluto, para que perezcan las menos almas posibles en la tormenta, para que los pueblos vuelvan a Dios con corazón contrito y humillado, los santos se multipliquen, la Iglesia sea más fielmente escuchada y Dios menos ofendido. Y como «la oración unida al ayuno es especialmente buena y la limosna hace hallar misericordia», la época de las calamidades es el tiempo oportuno cual ningún otro, para renovarnos en la fidelidad a nuestros deberes, y de añadir a nuestros sacrificios obligatorios algunas mortificaciones que las sobrepasan, a fin de aplacar mejor el justo enojo de Dios. Porque las calamidades son, en general, el castigo del pecado, y cuando son más universales y terribles, es señal que fue mayor la ola de iniquidad que provocó la cólera divina. Nada mejor puede hacerse que enmendar nuestra propia vida y ofrecer al Dueño irritado, al Padre no reconocido, un acrecentamiento de amor y de fidelidad por lo referente a nosotros, un abundante tributo de desagravio y reparación por nuestras culpas y por las del mundo pecador.

II. Casi idéntica ha de ser nuestra manera de conducirnos cuando la calamidad venga a descargar sobre nosotros, sobre nuestras familias o sobre nuestra Comunidad. Trataremos de no ver a ella sino a Dios, y a Dios paternalmente ocupado en el bien de las almas. «La muerte de una persona querida me parece una calamidad, y si hubiera vivido algunos años más, quizá hubiera muerto en estado de pecado. Yo debo treinta o cuarenta años de vida a esa enfermedad que he sufrido con tan poca paciencia. Mi salud eterna pendía de esta confusión que me ha costado tantas lágrimas. No había remedio para mi alma, si yo no hubiera perdido ese dinero. ¿De qué nos

quejamos? ¡Dios se encarga de conducirnos y nosotros nos inquietamos!» ¡Oh! si penetráramos mejor sus amorosos designios sobre nosotros, le bendeciríamos hasta en sus aparentes rigores. Este filial abandono multiplicaría nuestros méritos, nos traería la paz, movería el corazón de Dios y sería frecuentemente el mejor medio de acertar.

Dos meses después de la fundación de la Orden de la Visitación, enfermó tan gravemente Santa Juana de Chantal, que la muerte parecía inevitable. Fue esta una dura prueba para el piadoso Obispo de Ginebra, porque teniendo la seguridad de que aquella obra era de Dios y destinada a producir mucho bien, veía con toda claridad que, caído el pastor, se dispersaría el rebaño. Sin embargo, tuvo el ánimo de decir: «Dios quiere quizá contentarse con nuestros primeros pasos, sabiendo que no somos bastante fuertes para realizar el viaje entero.» Dios, que no esperaba sino este acto de abandono, inmediatamente devolvió a la Santa Fundadora la salud para largos años. Los principios más penosos, las dificultades de reclutar gente, los muertos, las decepciones, un cisma, una insurrección, la pobreza rayana en miseria, la persecución de fuera y las importunidades de la autoridad, nada le faltó a San Alfonso de Ligorio en el establecimiento de su Congregación. Pero en medio de las tempestades oraba, y hacia todo cuanto humanamente era posible, «no quería sino sólo la voluntad de Dios». Era, pues, designio del cielo que el piadoso fundador llegase a ser un perfecto modelo, y su Instituto un plantel de santos, y para esto, ¿no convenía que el Padre de este ilustre linaje se asemejase al divino Redentor, pobre y humilde y perseguido?

Una de las pruebas más fuertes es la pérdida de los seres queridos. Después de la muerte de su madre, el dulce Obispo de Ginebra escribe a Santa Juana de Chantal: «¿No es preciso en todo y por todo adorar esta suprema Providencia, cuyos consejos son santos, buenos y amables? He aquí que ha sido de su agrado retirar de este miserable mundo a nuestra muy querida madre para tenerla, como lo espero, cerca de Si, y a su derecha. Confesemos que Dios es bueno y eterna su misericordia. Todas sus voluntades son justas; todos sus decretos, equitativos, su beneplácito es siempre santo y

sus decisiones, muy dignas de amor.» Como hijo amante, experimentó con esta muerte un dolor vivísimo, pero tranquilo; no osaría manifestar descontento ni aun lamentarse porque es Dios quien ha descargado ese golpe. Después de la muerte de su hermana, escribe a Santa Juana de Chantal, muy afligida con tal motivo: «Menester es no sólo aceptar el que Dios nos hiera, sino también conviene conformarse en lo que haga en la parte que sea de su agrado. Es preciso dejar a Dios la elección, porque le pertenece... ¡Jesús, Señor mío!, sin reserva, sin condiciones, sin peros, sin excepción, sin limitación, hágase vuestra voluntad acerca del padre, de la madre, de la hija, en todo y por todo. Y no digo que no se haya de rogar y desear su salud, pero decir a Dios: "dejad esto y tomad aquello", en manera alguna conviene, hija mía, tal lenguaje... Tenéis cuatro hijos, un suegro, un hermano muy amado, además un padre espiritual, todo esto es muy querido y con razón, porque Dios lo quiere. ¡Bien! Si Dios os arrebatara todo esto, ¿no tendríais lo suficiente con poseer a Dios? ¿No pensáis así? Aunque nada poseyéramos fuera de Dios, ¿no sería esto mucho?» Por una parte, la muerte es tan sólo una breve separación. Un fin dichoso después de una santa vida y la eterna reunión cerca de Dios, ¿no es lo esencial? ¿Y no sabe Dios mejor que nadie el tiempo y el modo más favorable ya para nosotros, ya para los nuestros?

«Que se viertan algunas lágrimas en la muerte de un pariente, de un amigo -dice San Alfonso-, es una debilidad perdonable, mas abandonarse a toda la vehemencia del dolor, es falta de virtud, falta de amor de Dios. Esto no es decir que las buenas religiosas no sientan la pérdida de los parientes y de ciertas personas particularmente estimadas, pero piensan: Así lo quiere Dios, y se van resignadas y tranquilas a suplicar por estas almas queridas, multiplicando oraciones y comuniones, a fin de unirse más estrechamente a Dios, y de consolarse con la santa esperanza de volver a encontrar un día a todos reunidos en el Cielo.»

San Bernardo perdió a uno de sus hermanos. «Resistía -nos dice- a los sentimientos de mi corazón con todas las fuerzas de mi fe, representándome que la muerte es el tributo a la naturaleza, la deuda universal, la necesidad de nuestra

condición, la orden del Todopoderoso, la decisión del justo Juez, el azote del Dios terrible, y finalmente el beneplácito del Señor. Pude imponerme a mis lágrimas, mas no a mi dolor, que cuanto más lo comprimía dentro, más violento se hacía; y declaro que fui vencido. Vosotros sabéis cuán justo es mi dolor, qué fiel compañero era aquel que me ha sido arrebatado, hasta qué extremo era vigilante, laborioso, dulce y agradable. ¿Quién me amó como él? ¿Quién me fue tan necesario? Era yo débil de cuerpo y él me llevaba y animaba, perezoso y negligente y él me excitaba, olvidadizo y sin previsión y él me advertía. Menos unidos estábamos por los lazos de la sangre que por el parentesco del espíritu, la armonía de sentimientos y la conformidad de carácter. Nuestras almas no formaban sino una sola, y un mismo golpe las ha herido, enviando una mitad al cielo y dejando la otra en la tierra. Y mi Gerardo ¡era tanto para mí! ... hermano mío por la sangre, hijo mío por la profesión, mi padre por su piadosa solicitud, un otro yo por el espíritu, mi íntimo por el cariño. Me ha dejado, y siento el golpe, herido como estoy hasta el fondo del alma. Lloro, pero no dirijo reconvención alguna a la mano que me ha herido. Mis palabras están llenas de dolor, mas no de murmuración, reconociendo que una misma sentencia ha castigado al uno y coronado al otro, a cada cual según su mérito; el Señor dulce y justo ha hecho misericordia a Gerardo su servidor, y a mí me ha hecho sentir el peso de su justicia. Señor, vos me disteis a Gerardo, Vos me lo habéis quitado. Lloro porque me ha sido arrebatado, pero no olvido que de Vos lo había recibido y os doy gracias por haber podido disfrutar de él. Habéis reclamado vuestro depósito y tomado lo que era vuestro. Mis lágrimas ponen fin a mi discurso; poner, Señor, medida y fin a mis lágrimas.»

**Artículo 3º.- Riquezas y pobreza**

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Y San Francisco de Sales añade: «Desdichados, pues, los ricos de espíritu, porque a ellos pertenece la miseria del infierno. Rico de espíritu es aquel que tiene las riquezas en su espíritu o su espíritu en las riquezas.

Pobre de espíritu es aquel que no tiene ningún género de riquezas en su espíritu, ni su espíritu en las riquezas. Los halcones hacen su nido como una pelota, y no dejan sino una pequeña abertura en su parte superior; los construyen a la orilla del mar, y además los hacen tan firmes e impenetrables que aun pasándoles las olas por encima, jamás el agua ha podido penetrar en ellos, mas sobrenadando siempre permanecen en el mar, sobre el mar y dueños del mar. Así debe ser, amada Filotea, vuestro corazón, abierto solamente hacia el cielo, impenetrable a las riquezas y a las cosas caducas; si las poseéis, conservad vuestro corazón libre de afición a ellas; que se mantenga siempre en alto y que en medio de las riquezas permanezca sin riqueza y dueño de las riquezas. No, no coloquéis este espíritu celestial en los bienes terrestres, haced que les supere, que esté sobre ellos, y no en ellos.» Así queda descrita la pobreza afectiva, la cual ofrece una variedad de grados desde la simple resignación en la miseria o desapego en la posesión, hasta el amor apasionado de San Francisco de Asís, por su Señora la Pobreza. Cuando esta pobreza alcanza una elevada perfección es la bienaventuranza alabada por nuestro Señor. La pobreza afectiva es necesario pedirla de una manera absoluta y procurarla con asiduidad en la fortuna y en la miseria, por ser el fin que hemos de proponernos alcanzar, ya que según la observación de San Bernardo, «no es la pobreza reputada por virtud, sino el amor de la pobreza». Las riquezas, por el contrario, lo mismo que la pobreza afectiva, son uno de los principales objetos del Santo Abandono.

Sin un mínimo de bienes temporales una familia no podría conservarse, atender a sus buenas obras y proveer moderadamente el porvenir. Si lo temporal marcha bien, el espíritu se hallará menos abrumado de cuidados, más libre para entregarse todo a lo espiritual. Como Dios nos ha constituido sus administradores y los dispensadores de esos bienes, con ellos podrá hacerse un fructuoso apostolado, puesto que al aliviar los cuerpos se tiene ocasión de ganar las almas para Dios, a la vez que se siente el placer de hacer dichoso a otros, porque «es mucho más agradable dar que recibir». Tiene, pues, razón San Francisco de Sales al decir en

este sentido: «que ser rico de hecho y pobre de afecto es la gran dicha del cristiano, pues por este medio se obtienen las comodidades de las riquezas para este mundo y el mérito de la pobreza para el otro».

Mas, según San Buenaventura, «la abundancia de los bienes temporales es una especie de liga, que se adhiere al alma y la impide volar a Dios». Por consiguiente, pone al religioso en peligro de derramarse más de lo conveniente en las cosas de la tierra, de apegar a ella su corazón, de sacrificar más o menos la austeridad de su vida, de ir en busca de comodidades y de entibiarse así en el amor de Dios. Al seglar le expone a tentaciones más temibles, puesto que el dinero es la llave de una vida mundana y disipada. Con las riquezas entran fácilmente la estima de si, el deseo de ser honrado, el orgullo y la ambición; en una palabra, «puesto que el amor de las riquezas es la raíz de todos los males», difícilmente entrará el rico en el reino de los cielos, al menos si sólo es rico para sí mismo y no según Dios, y con mayor razón, si a diario celebra opíparos festines, mientras que a su puerta sufre Lázaro la necesidad.

Por otra parte, la miseria, pesando sobre el espíritu con sus cuidados y preocupaciones, apenas deja libertad para entregarse a Dios sólo, pues expone a las almas todavía débiles al desaliento, a la murmuración, a la insubordinación; y si es persistente y demasiado dura, hace la existencia, por decirlo así, imposible.

Entre la fortuna y la miseria hállase un grado intermedio, que el Apóstol mira como una riqueza: es la piedad con lo necesario para vivir, o bien con esa moderación de espíritu que se contenta con el alimento y el vestido. Hablábase a San Francisco de Sales de la pobreza de su Obispado: «Después de todo -respondió-, teniendo honestamente con qué alimentarnos y vestirnos, ¿no hemos de estar contentos? Lo demás no es sino trabajo, cuidados, superfluidad... Mis rentas bastan a mis necesidades, y lo que sobre esto hubiera, sería superfluo. Los que tienen más, no lo tienen sino para llevar mayor ostentación; no es para ellos, sino para servidores que comen, por lo regular sin hacer nada, los bienes del Obispado. Quien menos tiene, menos cuenta tendrá que dar y menos

cuidados de pensar a quién es preciso dar, ya que el Rey de la gloria quiere ser servido y honrado con equidad. Los que disfrutan de grandes rentas gastan a veces tanto, que al fin del año no han conservado más que yo, si es que no se han cargado de deudas. Yo hago consistir la principal riqueza en no deber nada.» Y de otra parte, «mi Arzobispado me vale tanto como el Arzobispado de Toledo, porque me vale el paraíso o el infierno».

El mismo Santo también decía: «Hemos de vivir en este mundo como si tuviéramos el espíritu en el cielo y el cuerpo en la tumba. La verdadera felicidad de aquí abajo está en contentarse con lo suficiente. ¿Quién no amará la pobreza tan amada de Nuestro Señor y de la que ha hecho la fiel compañera de toda su vida? Para aprender a contentarse con poco, no hay sino considerar a los que son más pobres que nosotros, porque nosotros no somos pobres, sino relativamente. Si nos contentamos con lo necesario, rara vez seremos pobres, y si queremos todo lo que la pasión exige, nunca seremos ricos. El secreto de enriquecernos en poco tiempo y con poco gasto, consiste en moderar nuestros deseos, imitando a los escultores que hacen sus obras por sustracción y no a los pintores, que las hacen por adición.»

Es preciso, pues, ejercitarse en el santo abandono, porque de una parte, para evitar la miseria y llegar a la fortuna, no bastarán el trabajo, el espíritu de orden y economía, ni la misma virtud. Dios continúa Dueño de sus bienes, los da o los rehúsa según le place. Por otra parte, ¿sabríamos nosotros santificar la miseria, o hacer buen uso de las riquezas? No lo sabemos; sólo Dios pudiera decirlo. Lo mejor será, pues, ponernos en sus manos, rezando la plegaria del Sabio: «Señor, no me deis ni la extrema pobreza ni la riqueza; concededme solamente lo que es necesario para vivir, no sea que en mi hartura me exponga a desconoceros y decir:

¿Quién es el Señor?, o que la necesidad me arrastre a cometer injusticias».

Que Dios nos conceda las riquezas, la medianía o la miseria, habrá siempre una mezcla de su beneplácito y de su voluntad significada, y, por consiguiente, nosotros habremos de unir la obediencia al abandono.

Si El nos ha distribuido con largueza sus bienes, nos es necesario guardar «el precepto del Apóstol a los ricos de este mundo, es decir, evitar el engreírnos en nuestros pensamientos, y poner nuestra confianza en nuestras inciertas riquezas, hacer limosna con alegría, gustar de hacer a otros partícipes de nuestros bienes, acumular tesoros de santas obras, y de esta manera establecer un sólido fundamento para el porvenir, a fin de llegar a la vida eterna». Esforcémonos entre tanto, según el consejo de San Francisco de Sales, «por armonizar en nuestros afecto la riqueza y la pobreza, teniendo a la vez un gran cuidado y un desprecio de las cosas temporales», cuidado mayor aún que el de los mundanos por sus bienes, porque ellos no trabajan sino por sus intereses y nosotros para Dios; cuidado dulce, pacífico y tranquilo, como el sentimiento del deber de donde procede. «Dios quiere en efecto que obremos así por su amor.» Juntemos a esto el desprecio de las riquezas, «a fin de impedir que aquel cuidado se convierta en avaricia»; vigilemos para no desear con inquietud los bienes que aún no poseemos y para no aficionarnos a los que ya poseemos, hasta el punto de temer vivamente perderlos; y si nos acontece llegar a perderlos, no apenarnos con exceso: «Pues nada manifiesta tanto el afecto a la cosa perdida como el afligirse cuando se pierde.» «Cuando se presentaren inconvenientes que nos empobrezcan en poco o en mucho, como sucede en las tempestades, los incendios, las inundaciones, la sequía, los robos, los procesos, entonces es la verdadera ocasión de practicar la pobreza, recibiendo con dulzura esta disminución de los bienes y acomodándonos paciente y constantemente a este empobrecimiento. Por muy rico que sea uno, ocurre con frecuencia padecer necesidad de alguna cosa. Aprovechad, Filotea, estas ocasiones, aceptadlas con ánimo varonil, sufridlas alegremente.» «Si, pues, os veis privados de remedios en vuestras enfermedades o de fuego durante el invierno, o también de alimento o de vestido, decid: Dios mío, Vos me bastáis, y conservaos en paz.»

«Si realmente sois pobre, muy amada Filotea, sedlo además de espíritu, haced de la necesidad virtud, y emplead esta piedra preciosa de la pobreza para lo que vale. Su brillo

no se descubre en este mundo, a pesar de estar tan a la vista y de ser tan bello y rico. Tened paciencia, que estáis en buena compañía: Nuestro Señor, Nuestra Señora, los Apóstoles, tantos santos y santas han sido pobres. y pudiendo ser ricos han despreciado el serlo... Abrazad, pues, la pobreza como la dulce amiga de Jesucristo, pues El nació, vivió y murió en la pobreza que fue la nodriza de toda su vida.»

La venerable María Magdalena Postel, reducida a refugiarse en un establo con su pequeña Comunidad, rebosaba de gozo y decía: «Sí, hijas mías, estoy contenta, porque ahora nos parecemos más a Nuestro Señor, que en su Nacimiento no fue recibido ni en un palacio real, ni en palacio suntuoso, sino en el pesebre de Belén.» Y algún tiempo después añadía: «Temo las riquezas para las Comunidades. No deseemos sino lo estrictamente necesario, y aun esto es preciso ganarlo con el trabajo de nuestras manos. Trabajad como si os propusierais llegar a ser ricos; mas desead y pedid permanecer siempre pobres. La pobreza y la humildad deben ser la base da la Congregación que Dios me ha llamado a fundar, y el día en que se pierda el espíritu de pobreza, aquélla perecerá.»

San José es un admirable modelo de abandono a la Providencia en la necesidad. «Dios quiere que sea siempre pobre, lo que constituye una de las más fuertes pruebas que nos pueden sobrevenir. El se somete amorosamente y durante toda su vida. Su pobreza fue una pobreza despreciada, abandonada y menesterosa. La pobreza voluntaria de que los religiosos hacen profesión es muy amable, tanto más cuanto que no impide que reciban lo necesario, privándoles únicamente de lo superfluo. Mas la pobreza de San José, de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen no era de tal naturaleza, pues aunque era voluntaria, en cuanto a que la amaban con cariño, no dejaba, sin embargo, de ser abyecta, abandonada, despreciada. Todos consideraban a este gran Santo como a un pobre carpintero, quien sin duda no podía trabajar tanto que no le faltasen muchas cosas necesarias por más que se esforzaba cuanto le era posible, con un afecto que no tiene igual, por el mantenimiento de su familia. Después de esto, sometíase humildemente a la voluntad de Dios, para

continuar en su pobreza y abyección, sin dejarse en manera alguna vencer ni abatir por el disgusto interior, que seguramente había de hacer tentativas para turbarle.»

Para imitar estos grandes ejemplos «no os lamentéis, pues, amada Filotea, de vuestra pobreza; porque no se queja uno sino de lo que le desagrada; y si la pobreza os desagrada, ya no sois pobre de espíritu, sino rica de afecto. No os desconsoléis por no ser tan socorrida como sería conveniente, porque querer ser pobre y no sufrir por ello incomodidad, es querer el honor de la pobreza y la comodidad de las riquezas».

**Artículo 4º.- El lugar y las relaciones**

I. El religioso se aficiona a su casa como el hijo al hogar paterno, y en tanto este afecto se conserve sumiso al beneplácito divino, nada hay más legítimo ni más digno de respeto. El Monasterio es el jardín cerrado en donde Dios nos ha puesto al abrigo del mundo, en donde El se digna vivir con nosotros en la más deliciosa intimidad. No es aún el Paraíso, no es ya Egipto; es la Tierra prometida, en la que corren en abundancia la leche y la miel. Bajo el mismo techo de Nuestro Señor y a dos pasos de su Tabernáculo, el religioso pasa horas tan dulces como santas en celebrar los augustos misterios, en cantar las alabanzas de Dios, en alimentar su alma con el pan de la oración y piadosas lecturas. Allí es donde fuimos iniciados en las observancias monásticas, formados en la vida interior y ejercitados en las luchas para conseguir la santidad. Gracias a la Regla y a la firmeza de nuestros Superiores que nos sostienen, a los ejemplos de la Comunidad que nos arrastran, ha sido posible apresurar el paso y adelantar algo más en el camino. Estos lugares benditos, regados con tanta abundancia por las aguas de la gracia, fueron los felices testigos de nuestras mejores alegrías, de nuestros combates y de nuestras pruebas. Allí es donde nosotros hemos prometido vivir y morir, de allí es de donde nuestra alma espera volar al cielo, mientras que el compañero de sus trabajos descenderá a dormir allí cerca de nuestros antepasados. esperando su glorioso despertar. Sin

embargo, esta adhesión tan legítima a nuestro Monasterio ha de estar subordinada al beneplácito divino, porque Dios será siempre el supremo Arbitro de nuestros destinos. El puede disponer de nosotros por medio de la obediencia, libre es de dejar obrar la malicia de los perseguidores.

Ciertamente que debemos hacer cuanto de nosotros depende para conservar la estabilidad que hemos prometido, pero si Dios se complace en desterrarnos de nuestro querido Monasterio, ¿no es el Maestro infinitamente sabio e infinitamente bueno? ¿No es la divina Providencia la que debemos mirar por encima de los hombres en esto como en todo lo demás? Y, por consiguiente, ¿osaríamos protestar contra su voluntad soberana, en lugar de someternos a ella con amorosa confianza? La tierra es un lugar de paso, y nuestra ciudad permanente está en el cielo. Que nos dirijamos a ella desde el destierro, desde la patria, poco importa, lo esencial es llegar allí. Mientras Dios nos tenga en el Monasterio, en él estará para nosotros el camino del Paraíso, y nada se le puede comparar; mas si la Providencia nos envía a otra parte, en dondequiera que nos coloque, allí estará en adelante para nosotros la esperanza de la salvación, pues es la obediencia la que nos introduce en el reino de los cielos. Por lo demás, hay algo infinitamente preferible a los muros de nuestro convento: es la vida religiosa que en él se observa; y si para conservarla es preciso resignarnos a sufrir el destierro, ¡bendito sea Dios que aun a tan subido precio nos conserva tan inapreciable bien! ¿Sería éste, después de todo, un sacrificio heroico? Seguros de tener en el destierro las mismas observancias, la misma Comunidad, los mismos Superiores que en el Monasterio, seríamos ciertamente menos dignos de lástima que tantos religiosos imposibilitados de consagrarse en tierra tan extraña a sus obras acostumbradas, como tantos otros, sobre todo los que han sido lanzados al mundo, privados de la vida religiosa. Para nosotros, monjes, formados únicamente para la vida de claustro, volver al mundo es el peor de los infortunios, y para conjurarlo habríase de hacer lo posible y hasta lo imposible. En el caso que la obediencia dispusiera de nosotros, en conformidad con las leyes de nuestra Orden, enviándonos a una fundación, un refugio, etc.,

el ferviente religioso no ha de ver en eso sino la voluntad de Dios y el bien de su alma, y con magnánimo corazón entregarse al beneplácito divino, y a no ser por un deber de conciencia, hasta evitar observaciones respetuosas y filiales.

Apenas ha hablado Dios por boca de un superior, se inclina confiado y sin tardanza, no pensando sino en someterse como verdadero hijo de obediencia, y en sacar de su sacrificio el mejor partido posible a favor de su adelantamiento espiritual.

II. Tenemos en el claustro una selecta compañía, escogida entre mil y diez mil. Una Comunidad es una familia unida a Jesucristo, en la que cada cual rivaliza en desprecio del mundo, en atractivo por nuestras santas leyes, en celo por agradar a Dios y santificarse; y todos los días experimentamos cuán dulce es habitar reunidos los hermanos. Jamás sabremos ni bendecir suficientemente al Señor por habernos llamado a la religión, ni pagar a nuestra Comunidad todo el bien que nos hace. Con todo, aunque sólo tuviéramos santos en nuestra compañía, hemos de esperar encontrar entre los hombres algunos restos de humana debilidad; por lo menos, habrá diversidad de temperamentos y de caracteres, las divergencias de sentimientos y voluntades, mil pequeñas nonadas que nos harán sufrir, tanto más cuanto que la misma consideración con que habitualmente se nos trata, nos vuelve más sensibles a todo procedimiento menos delicado.

Si acontece, pues, que hayamos de soportar algo de parte de los que nos rodean, ante todo hemos de persuadirnos de que esa es la voluntad de Dios. Es El, en efecto, y no el azar, quien nos ha llamado de las cuatro partes del mundo y nos ha juntado en tal Comunidad y bajo tales Superiores, para vivir allí reunidos en perpetuo contacto. El genio, las miras, los gustos, mil otras cosas no se armonizan sino a fuerza de virtud; será preciso hacerse mutuamente muchos sacrificios por el bien de la paz. Dios lo sabia y para esto precisamente nos ha puesto a los unos cerca de los otros. En el cielo disfrutaremos del reposo perfecto, de la paz después de la victoria. Aquí abajo, es el tiempo del combate contra nosotros mismos, a fin de reparar nuestras faltas, dominar nuestros defectos, aumentar nuestras virtudes y méritos. Los medios para conseguirlo son múltiples, uno de los mejores será para

nosotros la vida común con las renuncias que impone.

«Por no haberte penetrado en este gran principio -escribía el P. de Caussade a una de sus dirigidas-, jamás habéis sabido someteros a ciertos estados y acontecimientos, ni, por consiguiente, permanecer en ellos firme y tranquila en la voluntad de Dios. El demonio siempre os ha tentado, inquietado, trastornado con cien ilusiones y falsos razonamientos en este punto. Tratad, pues yo os conjuro por el interés de vuestra salvación y de vuestro reposo, de libraros de semejante extravío de espíritu, y por el mismo hecho pondréis término a todos vuestros despechos y a todas las rebeldías de vuestro corazón.»

Las penas de la vida de familia y de Comunidad no tanto constituyen con la oposición de humor o de carácter un obstáculo a nuestro progreso espiritual, como medio providencial y muy precioso. En nuestra falta de fe, de humildad y de abnegación ha de buscarse el origen de nuestro malestar, al que las dificultades le ofrecen tan sólo la ocasión de manifestarse. Proviniendo, pues, el mal de nosotros, ahí es donde es preciso aplicar el remedio, y ésta es la razón porque Dios nos ofrece estas oposiciones de carácter, estas pruebas crucificadoras y constantemente renovadas.

¡Excelentes penitencias para las culpas pasadas! Porque «la caridad cubre la muchedumbre de los pecados», y Dios nos tratará como nosotros hubiéremos tratado a nuestros semejantes. Perdonemos, y El nos perdonará; olvidemos los agravios de nuestros hermanos y El olvidará los nuestros. Tengamos tolerancia para con nuestro prójimo, paciencia, misericordia, mansedumbre, y El, fiel a su palabra, hará otro tanto con nosotros. Es costoso sufrir así siempre, mas ¡qué seguridad, qué consuelo poder decir que a este precio se tiene derecho a contar con la divina misericordia!

¡Excelente ejercicio de mortificación! Sin él, cuántas virtudes nos faltarían. Si queremos adquirir la tolerancia mutua, la paciencia y la abnegación, ¿no son necesarias personas que nos contraríen y que sepan hacerlo a tiempo y fuera de tiempo, y por decirlo así, sin piedad? Creeríamos conocernos bien y abrigaríamos quizá extrañas ilusiones, si unos y otros no viniesen en momento propicio a decirnos sin

contemplación muchas verdades. ¡ Son precisas tantas humillaciones!

¿Sabríamos nosotros escoger las buenas humillaciones, aquellas de que tenemos necesidad y no las que nos agradan? ¿Tendríamos la firmeza de someternos a ellas con perseverancia, como se somete un enfermo a su régimen austero? En lugar de sublevarnos, bendigamos a Dios que ha tenido la sabiduría y la bondad de poner a nuestro lado tal o cual persona; es de la que teníamos más necesidad. Una santa fundadora decía a sus hijas: «Cada una tiene su modo de ser, sus imperfecciones, sus rarezas. Si no existieran en la Comunidad caracteres un tanto difíciles, sería necesario comprarlos para que nos ayudasen a ganar el cielo.» Dios nos provee de ellos gratuitamente. ¡A nosotros toca aprovecharnos de estas gracias para morir a nosotros mismos!

Además, estas contrariedades constantemente renovadas, «os ofrecerán cada día no pocas ocasiones de practicar las más raras y sólidas virtudes: la caridad, la paciencia, la dulzura, la humildad de corazón, la benignidad, la renuncia a vuestras inclinaciones, etc.; y estas pequeñas virtudes de cada día, practicadas fielmente, os formarán una rica mies de gracias y de méritos para la eternidad. Por éstas, mejor que por todas las otras prácticas y los demás medios, es como podréis obtener el gran don de la oración interior, la paz del corazón, el recogimiento, la presencia continua de Dios y su puro y perfecto amor. Esta sola cruz llevada con paciencia os atraerá infinidad de gracias, y os servirá más eficazmente que las pruebas en apariencia más dolorosas, para desprenderos perfectamente de vosotros mismos y uniros plenamente a Dios». Así se expresa el P. de Caussade, y dice después:

«Lejos de compadeceros, no puedo menos de felicitaros de haber tenido por fin ocasión de practicar la verdadera caridad. La antipatía que experimentáis hacia la persona con quien estáis en continuas relaciones, la oposición de vuestras ideas y de vuestras miras, los rozamientos que ella os causa por sus modales o su lenguaje, son otras tantas señales infalibles de que la caridad que usáis para con ella será puramente sobrenatural sin mezcla alguna de sentimientos humanos. Oro puro es lo que vais a reunir, y sólo de vos depende formar un

inmenso tesoro. Agradecédselo, pues, a Nuestro Señor, y para no perder nada de las ventajas inapreciables de vuestra posición presente, seguid con exactitud las reglas que os voy a trazar.

»1ª Soportad apaciblemente las rebeldías involuntarias que os hacen experimentar los procedimientos de esta persona, a la manera que soportaríais un acceso de fiebre o de jaqueca. Vuestra antipatía es, en efecto, una fiebre interior con sus escalofríos y subidas. ¡Oh! ¡Cuán crucificador, humillante y penoso es todo esto, y por consiguiente, cuán meritorio y santificador!

»2ª No habléis jamás a propósito de esta persona, como quizá hacen las otras; sino hablad siempre de ella en buen sentido, pues tiene algo bueno. Y, ¿quién no tiene algo malo? ¿Quién es perfecto en este mundo? Puede ser que sin querer ni pensar en ello, vos la probéis más de lo que Dios os prueba por ella! Dios pule a veces un diamante con otro diamante, dice Fenelón.

»3ª Cuando cometiereis algunas faltas, levantaos sin tardanza, humillándoos dulcemente, sin despecho voluntario ni contra ella, ni contra vos, sin turbación ni enojo y sin inquietud. Nuestras faltas así reparadas llegan a sernos de provecho y ventajosas, y por estas miserias y estas faltas diarias, es como Dios nos empequeñece de continuo y nos mantiene en la verdadera humildad de corazón.

»4ª No os mezcléis en nada, sino en la medida en que vuestro deber os obliga; cumplido éste, no os preocupéis de nada; no penséis siquiera en ello, si no es en la presencia de Dios. Abandonemos todo a la Providencia, pues la única cosa importante es que seamos todo de Dios y que consigamos la salvación. »

En las pruebas de este género, Santa Juana de Chantal es un perfecto modelo. Viuda a los veintiocho años, recibió de su padre político orden de ir a vivir en su compañía con sus cuatro hijos. Sin dificultad pudo entrever la amargura del cáliz que había de beber, pues conocía el carácter del viejo barón, los desórdenes de su casa y los aún mayores de su conducta. Este anciano sombrío ante quien todo había de doblegarse, había caído bajo la dependencia de una criada que mandaba

como ama en el castillo, dilapidaba los bienes y hacía murmurar a todo el mundo. Durante más de siete años, la santa será tratada como una extraña que se admite en el hogar doméstico, pero a la que en nada se la consulta ni tiene derecho a hacer observación alguna. Estará, por decirlo así, bajo la férula de una inferior insolente, que no escaseará ni siquiera las injurias. Tenía que pasar por la amargura de ver a los hijos de la sirvienta preferidos a los suyos. Se apoderaba de ella la indignación, revolvíase toda su sangre, especialmente al principio. Mas ahogaba estos gritos de la naturaleza, y a cada insolencia no oponía sino un corazón dulce y un semblante gracioso, llegando hasta el grado de heroísmo de cuidar los hijos de la sirvienta como a los suyos, y prestarles con sus propias manos los servicios más humildes. ¿Y cuál era el secreto de su victoria? Únicamente ocupada en su importante obra, la conversión de su padre político y de la indigna criada, se proponía vencerlos a uno y a otra a fuerza de dulzura; no habla situación ni sacrificio que la asustasen con la esperanza de llevarlos a Dios. Aprovechaba todas las circunstancias para hacerles bien y ninguna violencia, ninguna vejación, fue jamás capaz de disminuir su respeto ni desanimar su paciencia. «A este motivo tan elevado que la sostuvo durante siete años en esta vida heroica, vino a juntarse otro que no le prestó menor apoyo. Era naturalmente un tanto altiva; había heredado con la sangre paterna, yo no sé qué de orgullosa y dominante que ella quería ahogar a todo trance. La ocasión le pareció excelente para llegar a ser humilde a fuerza de humillaciones, y lo con siguió más de lo que puede decirse. En esta ruda escuela, mejor que en el más severo noviciado, hízola Dios adquirir esta rara humildad y esta perfecta obediencia que muy pronto hicieron de ella, bajo la dirección de San Francisco de Sales, el instrumento de tan grandes obras.»

¡Quiera Dios que a las gracias de este género respondamos también nosotros con el mismo espíritu de fe e igual generosidad!

## 4. El abandono en los bienes naturales del cuerpo y del espíritu

### Artículo 1º.- La salud y la enfermedad

Se puede hacer un buen uso de la salud y de la enfermedad, y se puede abusar de la una y de la otra.

La salud se recomienda suficientemente por sí misma, sin que sea necesario afirmar que favorece la oración, las piadosas lecturas, la ocupación no interrumpida con Dios, que facilita el trabajo manual e intelectual, que hace menos penoso el cumplimiento de nuestros deberes diarios. Es un precioso beneficio del cielo del que nunca se hace caso sino después de haberlo perdido. En tanto que se la posee, no siempre se pensará en agradecerla a Dios que nos la concede; se experimentará quizá más dificultad en someter el cuerpo al espíritu, en no derramarse demasiado en los cuidados de la vida presente, en vivir tan sólo para la eternidad que no parece cercana.

«La enfermedad como la salud es un don de Dios. Nos lo envía para probar nuestra virtud o corregirnos de nuestros defectos, para mostrarnos nuestra debilidad o para desengañarnos acerca de nuestro propio juicio, para desprendernos del amor a las cosas de la tierra y de los placeres sensuales, para amortiguar el ardor impetuoso y disminuir las fuerzas de la carne, nuestro mayor enemigo; para recordarnos que estamos aquí abajo en un lugar de destierro y que el cielo es nuestra verdadera patria; para procurarnos, en fin, todas las ventajas que se consiguen con esta prueba, cuando se acepta con gratitud como un favor especial.» Bien santificada es, en efecto, «uno de los tiempos más preciosos de la vida, y con frecuencia, en un día de enfermedad soportada cual conviene, avanzaremos más en la virtud, pagaremos más deudas a la justicia divina por nuestros pecados pasados, atesoraremos más, nos haremos más agradables a Dios, le procuraremos más gloria que en una semana o en un mes de salud. Mas si el tiempo de enfermedad es tiempo precioso para nuestra salvación, son muy pocos los que lo emplean útilmente, los que hacen producir a sus enfermedades el valor que merecen». «Por mi

parte -dice San Alfonso, llamo al tiempo de enfermedades la piedra de toque de los espíritus; pues entonces es cuando se descubre lo que vale la virtud del alma. Si soporta esta prueba sin inquietud, sin deseos, obedeciendo a los médicos y a sus Superiores, si se mantiene tranquila, resignada en la voluntad de Dios, es señal de que hay en ella un gran fondo de virtud. Mas, ¿qué pensar de un enfermo que se queja de los pocos cuidados que de los otros recibe, de sus sufrimientos que encuentra insoportables, de la ineficacia de los remedios, de la ignorancia del médico y que llega a veces hasta murmurar contra Dios mismo, como si le tratase con demasiada dureza?»

¿Seremos del número de los sabios, que no abundan, que no se preocupan ni de la salud ni de la enfermedad, y que saben sacar de ambas todo el provecho posible? O bien, ¿no llegaremos a convertir la salud en un escollo y la enfermedad en causa de ruina? Nada podemos asegurar, pues sólo Dios lo sabe. Por lo pronto, nada hay mejor que establecerse en una santa indiferencia y entregarnos al beneplácito divino, sea cual fuere. Es la condición necesaria, para mantenernos siempre dispuestos a recibir con amor y confianza lo que la Providencia tuviera a bien enviarnos, la plenitud de las fuerzas, la debilidad, la enfermedad o los achaques.

Sin embargo, el abandono no quita sino la preocupación; no dispensa en manera alguna de las leyes de la prudencia, ni siquiera excluye un deseo moderado. Nuestra salud puede ser más o menos necesaria a los que nos rodean, de ella necesitamos para desempeñar nuestras obligaciones. «No es, pues, pecado sino virtud -dice San Alfonso tener de la misma un cuidado razonable, encaminado al mejor servicio de Dios.» Aquí se han de temer dos escollos: las muchas y las pocas precauciones. No tenemos derecho a comprometer inútilmente nuestra salud por excesos o culpables imprudencias. Mas, por el contrario, añade San Alfonso, «habrá pecado en cuidar de ella en demasía, visto sobre todo que bajo la influencia del amor propio se pasa fácilmente de lo necesario a lo superfluo». Este segundo escollo es mucho más de temer que el primero, por lo que San Bernardo se muestra enérgico contra los sobrado celosos discípulos de Epicuro e Hipócrates:

Epicuro no piensa sino en la voluptuosidad; Hipócrates, en la salud; mi Maestro me predica el desprecio de la una y de la otra y me enseña a perder, si es necesario, la vida del cuerpo para salvar la del alma, y con esta palabra condena la prudencia de la carne que se deja llevar hacia la voluptuosidad, o que busca la salud más de lo necesario.

Santa Teresa compadece amablemente a las personas preocupadas con exceso de su salud, que pudiendo asistir al coro sin peligro de ponerse más enfermas, dejan de hacerlo «un día porque les duele la cabeza, otro porque les dolió, y dos o tres días más por temor de que les duela». La santa misma no evitó siempre este escollo, según lo declara en su Vida: «Que no nos matarán estos negros cuerpos que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho a hacerlos inhábiles. Cuando ve un poco de temor no quiere él más para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta en tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto y por eso lo sé; y yo no sé qué mejor vista o salud podemos desear que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada sin valer nada; y ahora tengo bien poco. Mas como quiso que entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: "poco va en que me muera... ¡Sí! ¡El descanso! ... No he menester descanso, sino cruz". Ansí otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio o flojedad mía, que después que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud».

Bien persuadidos de que la santidad es el fin y la salud un medio accesorio, opongamos a todos los artificios del enemigo la valiente respuesta de Gemma Galgani: «Primero el alma, después el cuerpo»; y no olvidemos este importante aviso de San Alfonso: «Temed que, tomando muy a pecho el cuidado de vuestra salud corporal, pongáis en peligro la salud de vuestra alma, o por lo menos la obra de vuestra santificación. Pensad que si los santos hubieran como vos cuidado tanto de su salud, jamás se hubieran santificado.»

Cuando la enfermedad, la debilidad, los achaques nos

visiten, ¿nos será permitido exhalar quejas resignadas, formular deseos moderados y presentar súplicas sumisas? Seguramente que sí.

San Francisco de Sales consiente a su querido Teótimo repetir todas las lamentaciones de Job y de Jeremías, con tal que lo más alto del espíritu se conforme con el divino beneplácito. Sin embargo, se burla finamente de los que no cesan de quejarse, que no hallan suficientes personas a quienes referir por menudo sus dolores, cuyo mal es siempre incomparable, mientras que el de los otros no es nada. Jamás se le vio hacer personalmente el quejumbroso: decía sencillamente su mal sin abultarlo con excesivos lamentos, sin disminuirlo con engaños. Lo primero le parecía cobardía; lo segundo, doblez.

«No os prohíbo -dice San Alfonso descubrir vuestros sufrimientos cuando son graves. Mas poneros a gemir por un pequeño mal y querer que todos vengan a lamentarse a vuestro alrededor, lo tengo por debilidad... Cuando los males nos afligen con vehemencia, no es falta pedir a Dios nos libre de ellos. Más perfecto es no quejarse de los dolores que se tienen, y lo mejor es no pedir ni la salud ni la enfermedad, sino abandonarnos a la voluntad de Dios, a fin de que El disponga de nosotros como le plazca. Si con todo necesitamos solicitar nuestra curación, sea por lo menos con resignación y bajo la condición de que la salud del cuerpo convenga a la del alma; de otra suerte, nuestra oración sería defectuosa y sin efectos, ya que el Señor no escucha las oraciones que no se hagan con resignación.»

«Paréceme -dice Santa Teresa- que es una grandísima imperfección quejarse sin cesar de pequeños males. No hablo de los males de importancia, como una fiebre violenta, por más que deseo que se soporten con paciencia y moderación, sino que me refiero a esas ligeras indisposiciones que se pueden sufrir sin dar molestias a nadie. En cuanto a los grandes males por sí mismos se compadecen y no pueden ocultarse por mucho tiempo. Sin embargo, cuando se trate de verdaderas enfermedades, deben declararse y sufrir que se nos asista con lo que fuere necesario»

En una palabra, los doctores y los santos admiten quejas

moderadas y oraciones sumisas; tan sólo condenan el exceso y la falta de sumisión. Mas prefieren inclinarse, como San Francisco de Sales, «hacia donde hay señales más ciertas del divino beneplácito», y decir con San Alfonso: «Señor, no deseo ni curar, ni estar enfermo; quiero únicamente lo que Vos queréis». San Francisco de Sales permite a sus hijas pedir la curación a Nuestro Señor como a quien nos la puede conceder, pero con esta condición: si tal es su voluntad. Mas personalmente, jamás oraba para ser librado de la enfermedad; era demasiada gracia para él, decía; sufrir en su cuerpo a fin de que, como no hacía mucha penitencia voluntaria, siquiera hiciese alguna necesaria. Léese asimismo en el oficio de San Camilo de Lelis, que teniendo cinco enfermedades largas y penosas, las llamaba «las misericordias del Señor», y se guardó muy bien de pedir el ser librado de ellas.

Lejos de nosotros el pensamiento de condenar al que ruega para obtener la curación o alivio de sus males, con tal de que lo haga con sumisión. Nuestro Señor ha curado a los enfermos que se apiñaban en torno suyo; y con frecuencia recompensa con milagros a los que afluyen a Lourdes. A no dudarlo, hay en ello una magnífica demostración de fe y confianza gloriosa en Dios, impresionante para el pueblo cristiano. Mas he aquí otro enfermo despegado de sí mismo, tan unido a la voluntad divina y tan dispuesto a todo cuanto Dios quiera enviarle, que se limita a manifestar a su Padre celestial su rendimiento y su confianza, y sea cual fuere la voluntad divina, la abraza con magnanimidad y se contenta con cumplir santamente con su deber. Este enfermo generoso, ¿no muestra tanto como los otros, y aún más, su fe, confianza, amor, sumisión y humilde abnegación? Cada cual puede pensar y tener sus preferencias y seguir su atractivo, pero en cuanto a nosotros, ninguna opinión nos agrada tanto como la de San Francisco de Sales y de San Alfonso.

«Cuando se os ofrezca algún mal -decía el piadoso Obispo de Ginebra-, oponedle los remedios que fueren posibles y según Dios (que los religiosos que viven bajo un Superior reciban el tratamiento que se les ofreciere, con sencillez y sumisión): pues obrar de otra manera seria tentar a la divina

Majestad. Pero también, hecho esto, esperad con entera resignación el efecto que Dios quiera otorgar. Si es de su agrado que los remedios venzan al mal, se lo agradeceréis con humildad, y si le place que el mal supere a los remedios, bendecidle con paciencia. Porque es preciso aceptar no solamente el estar enfermos, sino también el estar de la clase de enfermedad que Dios quiera, no haciendo elección o repulsa alguna de cualquier mal o aflicción que sea, por abyecta o deshonrosa que nos pueda parecer; por el mal y la aflicción sin abyección, con frecuencia hinchan el corazón en vez de humillarle. Mas cuando se padece un mal sin honor, o el deshonor mismo, el envilecimiento y la abyección son nuestro mal, ¡qué ocasiones de ejercitar la paciencia, la humildad, la modestia y la dulzura de espíritu y de corazón! » Santa Teresa del Niño Jesús «tenía por principio, que es preciso agotar todas las fuerzas antes de quejarse. ¡Cuántas veces se dirigía a maitines con vértigos o violentos dolores de cabeza! Aún puedo andar, se decía, por tanto debo cumplir mi deber, y merced a esta energía, realizaba sencillamente actos heroicos». Conviene dar a conocer a los Superiores nuestras enfermedades, pero inspirándonos en tan hermosa generosidad, continuaremos llenando fielmente en la enfermedad las obligaciones que tan sólo piden una buena voluntad, y en la medida que fuere posible, las que exigen la salud. Y a fin de santificar nuestros males seguiremos este prudente aviso de San Francisco de Sales: «Obedeced, tomad las medicinas, alimentos y otros remedios por amor de Dios, acordándonos de la hiel que El tomó por nuestro amor. Desead curar para servirle, no rehuséis estar enfermo para obedecerle, disponeos a morir, si así le place, para alabarle y gozar de El. Mirad con frecuencia con vuestra vista interior a Jesucristo crucificado, desnudo y, en fin, abrumado de disgustos, de tristezas y de trabajos, y considerad que todos nuestros sufrimientos, ni en calidad ni en cantidad, son en modo alguno comparables a los suyos, y que jamás vos podréis sufrir cosa alguna por El, al precio que El ha sufrido por vos.»

Así hacía la venerable María Magdalena Postel. Un asma violenta, durante treinta años por lo menos, habíase unido a

ella cual compañera inseparable, y ella la había acogido como a un amigo y a un bienhechor. Estaba a veces pálida, tan sofocada que parecía a punto de expirar. « Gracias, Dios mío -decía entonces-, que se haga vuestra voluntad. ¡Más, Señor, más! » Un día que se le compadecía, exclamó: « ¡Oh!, no es nada. Mucho más ha sufrido el Salvador por nosotros.» Comenzó después a cantar como si fuera una joven de quince anos: «¿Cuándo te veré, oh bella patria?»

### Artículo 2º.- Las consecuencias de la enfermedad

La prolongación de la enfermedad, la incapacidad para muchas cosas que la acompañan o que la siguen, agravan no poco las molestias que ocasiona: y todo esto ha de ser objeto de un filial y confiado abandono.

Siendo «el Altísimo quien ha creado los médicos y remedios», entra en el orden de la Providencia que se recurra a ellos en la necesidad; los seglares con una prudente moderación, y los religiosos según la obediencia. Mas Dios tiene en su soberana mano el mal, el remedio y el médico. «No son las hierbas y las cataplasmas, es vuestra palabra, Señor, la que todo lo cura» Dios ha sanado en otro tiempo, sanará ahora si le place, sin el menor socorro humano, como cuando Nuestro Señor devolvía la salud con una palabra. El sanó en otro tiempo, sana aún si le place, por medios inofensivos mas sin valor curativo, por ejemplo: cuando Eliseo enviaba a Naamán a bañarse siete veces en el Jordán, o Jesús imponía las manos a los enfermos, o les untaba con un poco de saliva. El ha sanado en otro tiempo, y sana aún si le place, por medios al parecer contrarios, como cuando Jesús frotó con lodo los ojos del ciego de nacimiento. Y a pesar de la ciencia de los doctores, a pesar de la abnegación de los enfermos, a pesar de la energía de los remedios, deja empeorar al que quiere, y todos terminan por morir, así el sabio más famoso como el último de los vivientes. Dios es, pues, el Dueño absoluto de la naturaleza, de la salud y de la enfermedad. En El se ha de creer y no conviene tener como Asá una confianza exagerada en los medios humanos, porque El les otorga o niega el resultado según le place. Si, pues, a

despecho de los médicos y de las medicinas, el mal se prolonga y las enfermedades subsisten, en preciso adorar con filial y humilde sumisión la santísima voluntad de Dios. El Señor no ha permitido que el médico acierte o que el remedio obre, quizá ha permitido aun que los cuidados agraven el mal en lugar de curarlo. Nada de esto hace sino con un designio paternal y para el bien de nuestra alma; a nosotros toca aprovecharnos de ello.

La primera prueba es, pues, la prolongación del mal. Lejos de nosotros las quejas, el descorazonamiento, la murmuración y el pensamiento de culpar a los que nos cuidan. Ellos han cumplido seguramente su deber con gran abnegación y les debemos mucho reconocimiento. Si han merecido alguna reprensión, Dios les pedirá cuentas de su falta; pero ha querido servirse de ellos para mantenernos en la cruz, y será necesario ver en esto mismo un designio de la divina Providencia. El error o la habilidad, la negligencia o la abnegación, nada hay que no haya sido previsto por Ella con toda claridad, nada que Ella no haya elegido, y a ciencia cierta, nada que Ella no sepa utilizar para conducirnos a sus fines. Por tanto, veamos sólo a Dios, creamos en su amor y bendigamos la prueba como don de su mano paternal. A los que se quejan con sobrada facilidad de la falta de cuidados, dice San Alfonso reprendiéndoles: «Os compadezco, no por vuestros sufrimientos, sino por vuestra poca paciencia; estáis en verdad doblemente enfermos, de espíritu y de cuerpo. Se os olvida, pero vosotros sois los que olvidáis a Jesucristo muriendo en la cruz, abandonado de todos por vuestro amor. ¿Para qué quejaros de éste o de aquél, cuando os habríais de quejar de vosotros mismos por tener tan poco amor a Jesucristo, y por consecuencia, mostrar tan poca confianza y paciencia?» San José de Calasanz decía: « Practíquese tan sólo la paciencia en las enfermedades, y las quejas desaparecerán de la tierra.» Y Salvino: «Muchas personas no llegarían jamás a la santidad, si disfrutasen de buena salud.» De hecho, para no hablar sino de las mujeres que se santificaron, leed su vida, y veréis a todas, o a casi todas, sujetas a mil enfermedades. Santa Teresa no pasó durante cuarenta años un solo día sin sufrir. Así el citado Salvino

añade: «Las personas consagradas al amor de Jesucristo están y quieren estar enfermas.»

Las múltiples impotencias debidas a la enfermedad son otra prueba muy crucificante. Con más o menos frecuencia y extensión, no se puede como en tiempo de salud observar toda la Regla, asistir al coro, comulgar, orar, hacer penitencia, ser asiduo al trabajo, al estudio y a todos los deberes de su cargo; y cuando el mal es tenaz, estas impotencias pueden durar largo tiempo. A esto responde San Alfonso diciendo: «Dime, alma fiel, ¿por qué deseas hacer estas cosas? ¿No es para agradar a Dios? ¿Qué buscas, pues, cuando sabes con certeza que el beneplácito de Dios no es que hagas (como en otro tiempo), oraciones, comuniones, penitencias, estudios, predicaciones u otras obras, sino soportar con paciencia esta enfermedad y estos dolores que El te envía? «Amigo mío, escribía San Juan de Ávila a un sacerdote enfermo, no examináis lo que haríais estando sano, sino contentaos con ser un buen enfermo todo el tiempo que a Dios pluguiere. Si es su voluntad lo que de veras buscáis, ¿qué os importa estar enfermo o sano?» Es incumbencia de Dios aplicarnos, según su beneplácito, a las obras de salud o a las de enfermedad. A nosotros toca ver en todo su santa voluntad, amarla, adorarla puesto que ella es siempre la única regla suprema. Hagamos, pues, en la salud las obras de la salud, en la enfermedad, las de la enfermedad según que están determinadas por nuestras observancias. Dios nos pide esto y no quiere otra cosa. ¿Por qué turbarse obrando de este modo? La inquietud mostraría que no hemos entendido nuestro deber, o que nos dejamos prender de los artificios del demonio.

Pero, diréis, el mal, prolongándose, mi impide cumplir los deberes de mi cargo, y ¿qué va a suceder? Sucederá lo que Dios quiera. ¿No tiene el derecho de disponer de nosotros en esto como en todas las cosas? Todo el tiempo que vuestros Superiores, debidamente advertidos, juzguen conveniente manteneros en el empleo, llenadle lo mejor que podáis y conservaos en paz. De vuestra parte todo va bien, con tal de que hagáis la voluntad de Dios, que tiene mil medios de suplir lo que hacéis si es tal su beneplácito. Elige obreros según entiende que debe hacerlo, les da los medios que quiere, deja

a San Pablo consumirse en el fondo de una prisión durante dos años, en tiempo en que la Iglesia naciente tenía mayor necesidad del Apóstol.

Por lo menos, dirá alguno, si yo pudiera orar como antes, esto me consolaría en mi impotencia. Mas, responde San Alfonso de Ligorio, «no hay mejor manera de servir a Dios que abrazar con alegría su santa voluntad. Lo que glorifica al Señor no son nuestras obras, sino nuestra resignación y la conformidad de nuestra voluntad con su beneplácito». Por eso decía San Francisco de Sales que se da más gloria a Dios en una hora de sufrimiento con filial sumisión que en muchos días de trabajo con menos amor. Quejándose a él un enfermo de no poder entregarse a la oración que seria sus delicias y su fuerza, le dijo: «No os entristezcáis, pues recibir los golpes de la Providencia no es menor bien que meditar; es mejor estar en la cruz con el Salvador que mirarle solamente.» Por lo demás un alma generosa persevera fiel a sus prácticas diarias en cuanto le sea posible; y para llenar su tarea acostumbrada le basta por lo regular distribuir bien el tiempo, simplificar su oración y adaptarla a su estado actual. «Para un alma que ama -dice Santa Teresa- la verdadera oración durante la enfermedad consiste en ofrecer a Dios lo que sufre, en acordarse de El, en conformarse con su santísima voluntad y en mil actos de este género que se presentan; no se precisan grandes esfuerzos para entrar en este trato íntimo.» Y San Alfonso añade: «No digamos a Dios sino esta palabra: Fiat voluntas tua; repitámosla desde lo íntimo del corazón, cien veces, mil, siempre. Agradaremos más a Dios con esta sola palabra que con todas las mortificaciones y devociones posibles.»

Diréis, en fin, que el malestar, las enfermedades, os hacen inútil, que sois una carga para la Comunidad, que la escandalizáis no guardando las observancias. Con seguridad que un enfermo se sacrifica cuanto puede; evita ocasionar demasiados gastos, reclamar cuidados superfluos, parecer exigente, difícil para hacerse servir; los cuidados que se le prodigan sabe pagarlos con el agradecimiento y la docilidad. Es Nuestro Señor a quien se honra en su persona, y El se esfuerza en parecérsele. Ansioso de adelantar siempre y de

no perder el beneficio de tanta cruz, tiene sin cesar presente a Dios y a su eternidad; observa generosamente lo que puede de su Regla, compensando lo que le es imposible con la abnegación, la humildad y el Santo Abandono. Sin él pensarlo, este enfermo edifica, es una bendición para cuantos le rodean. Mas en definitiva, es la voluntad divina y no la suya la que pone sobre sus espaldas la cruz de un mal pasajero o de prolongadas enfermedades. De éstas, es él quien lleva la parte más pesada, quedando algo también para el enfermero, el superior y la Comunidad. ¿Y no tiene Dios derecho a servirse de nosotros como de otro cualquiera para pedir un sacrificio a nuestros hermanos, e imponerles un deber? Los que nos cuidan sabrán, con la gracia de Dios, abandonarse como nosotros a la Providencia, y llenar para con nosotros las obligaciones que Ella les señale. Nuestra misión es aceptar pacientemente la humillación y sentir que somos una carga; lo es también aligerar la de nuestros hermanos con nuestro espíritu verdaderamente religioso. Deber nuestro es imitar a aquella religiosa que no pudiendo explicar su enfermedad, sufría al ver que no era útil, pero aceptaba con humildad el beneplácito de Dios y se consolaba pensando que le quedaban tres grandes medios de hacer el bien: la oración, el ejemplo y el perfecto cumplimiento de sus Reglas. Un buen enfermo no es inútil sino en apariencia; en realidad puede él hacerse de gran valor si quiere, porque lo que sobre todo aprovecha a la Comunidad, no son los brazos para los trabajos pesados, ni la inteligencia para los empleos elevados; es la virtud, son las almas santamente ávidas de progresar en la santidad y perfección, verdaderos contemplativos y verdaderos penitentes; de nosotros depende ser así, con la divina gracia, en la enfermedad como en la salud, aunque por medios diferentes. Dios estará satisfecho, y la Comunidad no podrá menos de estarlo; y si alguno que otro, a pesar de nuestra buena voluntad, nos juzga con algo de severidad, no habrá desedificación ninguna por nuestra parte; sólo nos resta recibir humildemente la prueba de no ser comprendidos hasta el día en que Dios nos justifique.

Nuestro austero San Bernardo era de naturaleza extremadamente tierna y delicada; escuchó más a su

generosidad que a sus fuerzas, de suerte que casi al principio de su vida religiosa enfermó y siempre anduvo así. Cuando se presentó al Obispo de Chalons para recibir la bendición abacial, estaba del todo extenuado y parecía un moribundo. Púsose por obediencia en manos de un practicante, que acabó de ponerle peor, haciéndole servir platos que un hombre robusto y acosado de hambre apenas hubiera querido tocar. El santo tomaba todo con indiferencia y todo lo hallaba igualmente bueno. Una estrechura de garganta que casi no le permitía pasar más que líquidos, el estómago muy delicado y el vientre en estado deplorable, eran sus tres dolencias permanentes. A éstos venían accidentalmente a reunirse otros males. Con frecuencia devolvía los alimentos como los había tomado, y lo poco que de ellos conservaba sólo servia para torturarle. A pesar de tantos sufrimientos como le extenuaban, maceraba su cuerpo con severos ayunos, con vigilias prolongadas, con los más duros trabajos. Considerábase siempre como un principiante, y decía que le hacía falta la regularidad de un novicio, la severidad de la Orden y el rigor de la disciplina. Sin embargo, hubo de adoptar un régimen que su estómago pudiese soportar, sin perder lo más mínimo el espíritu de sacrificio y la pobreza. Con ánimo increíble asistía con la Comunidad al coro, al trabajo, a todo. Si había faenas que él no supiera ejecutar, cavaba la tierra, cortaba leña, la llevaba sobre sus espaldas; y cuando sus fuerzas le traicionaban, cogía las ocupaciones más viles, a fin de compensar la fatiga con la humildad. Sólo la necesidad era capaz de apartarle de los ayunos comunes. Fue, sin embargo, preciso hacerlo, porque llegó tiempo en que, no pudiéndose sostener sin gran trabajo en pie, permanecía casi de continuo sentado y muy rara vez se movía. Lo que no podía hacer lo compensaba dándose más a la oración, a las piadosas lecturas, al estudio y a la composición; dábase por entero a sus religiosos por la predicación y la dirección. Y cuando la Iglesia tenía necesidad de sus servicios, olvidaba su estado de agotamiento, afrontaba la fatiga de los viajes, resolvía los asuntos, predicaba sin descanso y daba solución a todo. Volvía luego aún más enfermo, pero también más hambriento de su amada vida de penitencia y de contemplación. Tal

existencia no era otra cosa que una muerte continua y prolongada. «El Santo lo sentía, y sus religiosos le suplicaban tomase algún alivio, pero ponía los ojos en Jesús ensangrentado en la cruz, cubierto de llagas, y, más dócil a la lección del amor que a los consejos de la prudencia, hacía callar la voz de la ternura filial y saboreaba más la amargura del cáliz.» ¿Pudo la enfermedad impedirle ser un perfecto cisterciense más útil que ninguno a su Comunidad y aun a la Iglesia entera?

Nuestra Beata Aleida hubo de soportar durante toda su vida los más crueles sufrimientos y una horrorosa lepra. Separada de sus hermanas a causa de este terrible mal, sirvióse de ello para unirse a Dios con oración más continua; gozábase en su dolorosa situación por amor de Cristo su Esposo, en cuyas llagas acontecíale encontrar con frecuencia gozos y una fuerza sobrenatural. Rica en dones celestiales, ilustre por sus milagros, curó no pocos leprosos con la sola imposición de sus manos. Había, pues, llegado a la cumbre, pero Nuestro Señor quiso elevarla a mayor altura. ¿Qué hace? Prepárala un acrecentamiento de sufrimientos con las correspondientes gracias, para hacerla crecer en la paciencia. En la fiesta de San Bernabé, parecía estar a las puertas de la muerte. Nuestro Señor le anuncia que le queda un año de vida todavía y que durante este tiempo había de soportar males más terribles que los anteriores, por amor de su Amado Esposo. En efecto, su vista se apaga, sus manos se contraen, la piel de la cabeza y de todo su cuerpo se cubre de úlceras, de las que manan sin cesar gusanos y carne dañada. Estos crueles tormentos súfrelos la bienaventurada con inalterable paciencia, hasta que llegado de nuevo el día de San Bernabé, exhala su purísima alma en las manos de Cristo, su Esposo.

Santa Gertrudis, que floreció en Helfta, bajo las leyes de nuestra Orden, con Santa Matilde, su maestra y amiga, tenía muy precaria salud. Por temporadas que a veces eran largas, la enfermedad la obligaba a guardar cama. Sus frecuentes insomnios, su ardor en la oración y sus raptos causábanle tal fatiga que llegaba al agotamiento. Con frecuencia le era, pues, imposible tomar parte en el Oficio divino, o bien no podía asistir a él sino permaneciendo sentada. Estábala prohibido el

ayuno aun en la Cuaresma, y hasta durante la noche se la obligaba a tomar algo para poder sostenerse, o cuando el Oficio era demasiado largo. Humillábase al verse sometida a tales necesidades, quejábase de no poder hacer las reverencias del coro, sentíase inclinada a rehusar los alimentos que la ofrecían, y Nuestro Señor enseñóla a recibir todo como venido de su mano, a servirse de estos alivios para su adelantamiento espiritual. Una cosa la afligía, y era fa molestia que causaba a sus compañeras, ¡servíanla éstas con tanto afecto...! Y ella, ¿no les pagaba en justo retorno con sus incesantes oraciones, sus consejos sobrenaturales y sus fraternales avisos? Felices enfermedades que la procuraron entre otros bienes la dicha de vivir toda para Dios en la contemplación, sin las que quizá no tendríamos sus escritos llenos de unción tan penetrante.

Pudiéramos citar otros muchos ejemplos tomados de la hagiografía de nuestra Orden, que nos mostrarían cómo las enfermedades, lejos de ser obstáculo que cierra el camino, son por el contrario un sendero que lleva a la santidad. Los enfermos fervorosos caminan, corren, vuelan hacia el blanco de sus deseos, según el grado de sus disposiciones. Los malos enfermos no hacen lo mismo, pero hay que atribuirlo solamente a su falta de valor y de sumisión.

Concluyamos con una palabra del Padre Saint-Jure a propósito de la convalecencia. «Es, dice, uno de los momentos más peligrosos de la vida, porque se está constreñido, a pesar de conocerlo, a conceder algo a la naturaleza, a tratarla con más suavidad con el fin de restablecer las fuerzas, lo que hace que se emancipe y se relaje con facilidad; déjase llevar por la gula, procúrase gustos bajo pretexto de necesidad, entrégase a la ociosidad bajo el pretexto de debilidad, a la negligencia en la oración y en los ejercicios de piedad por miedo de fatigarse, a pasatiempos y recreaciones pueriles para descansar, como si el cuidado de recobrar la salud diese libertad de ver, oír, o decir todo lo que se ofrece. Y como el espíritu no está ocupado, llénase fácilmente de mil pensamientos inútiles que le distraen. Todos estos males acontecen a quien no vigila con cuidado sobre si mismo.» Y sin embargo, la única máxima que debe seguirse

en la convalecencia, así como en la salud o en la enfermedad, debería ser la de Gemma Galgani: «Primero, el alma, después el cuerpo.»

**Artículo 3º.- La vida o la muerte**

Tarde o temprano hemos de morir. Mas, ¿cuándo será y en qué condiciones? Ignorantes estamos de todo esto. Dios, dueño absoluto de la vida y de la muerte, se ha reservado el día y la hora; a nadie, por regla general, comunica sus secretos, y muchos, aun entre los grandes santos, no lo han conocido, o no lo conocieron sino tarde. Así se explica cómo San Alfonso, treinta o cuarenta años antes de morir hablaba ya de su muerte próxima. Feliz ignorancia que nos advierte que estemos siempre dispuestos, y que estimula sin cesar nuestra actividad espiritual. Hemos de aceptar esta incertidumbre con sumisión y hasta con reconocimiento. Mas, ¿se ha de desear que la muerte venga en breve plazo o que nos deje aún largo tiempo?

Numerosos motivos nos autorizan a llamarla con nuestros deseos.

1º Los males de la vida presente. Apenas nacido el hombre, comienza la muerte en él su trabajo, y tiene que luchar sin tregua para librarse de sus asaltos, y a pesar del alimento, del sueño y de los remedios, camina a pasos agigantados hacia la tumba; su vida no es sino una muerte lenta y continua. El trabajo y la fatiga, la intemperie y las estaciones, los achaques y las enfermedades, las penas del corazón y del espíritu, los cuidados y las preocupaciones, todo lleva a hacer de la tierra un valle de lágrimas. A nuestras propias penas, vienen a unirse las de los nuestros, y como si estos tantos males no bastasen, la malicia humana esfuérzase en agravarlos sin medida: los hombres levántanse contra los hombres; las familias, contra las familias; las naciones, contra las naciones; no se sabe ya qué enredos inventar para hacer sufrir, ni qué máquinas de guerra para mejor destrozarse. Suframos la prueba todo el tiempo que Dios quiera, mas, ¿no es natural suspirar por la muerte, cuya bienhechora mano enjugará nuestras lágrimas y nos abrirá la encantadora

morada, en donde no habrá ya gemidos de ningún género, sino calma eterna, paz y reposo sin fin?

2º Los peligros y las faltas de la vida presente La tierra es un campo de batalla, en que nos es preciso luchar día y noche contra un enemigo invisible que no duerme, que no conoce ni la fatiga ni la compasión; enseñado por experiencia sesenta veces secular, conoce demasiado cuál es nuestro Lado flaco, y halla las más desconcertantes complicidades en la plaza sitiada; y nosotros, que somos la debilidad misma y la inconstancia, a pesar del poderoso auxilio de Dios, siempre hemos de temer un desfallecimiento por nuestra parte. En este momento estamos en amistad con Dios, y ¿lo estaremos más tarde? La perseverancia final es un don de Dios, y quien hoy camina por los senderos de la santidad, mañana quizá ande ya por los de la relajación y resbale sobre la pendiente que conduce a los abismos. Aun suponiendo que nos libremos de este supremo infortunio, es cierto al menos que nos quedaremos muy por detrás de nuestros deseos, que caeremos en multitud de faltas ligeras, y que sentiremos bullir en el fondo de nuestro corazón todo un mundo de pasiones y de inclinaciones que nos causan miedo. Hoy, que juzgamos estar preparados, ¿no es natural desear que la muerte venga pronto a poner término a nuestras incesantes faltas y a nuestras continuas alarmas, confirmándonos en la gracia?

Por otra parte, hemos de vivir en medio de un siglo perverso en que se multiplican los pecados, y crímenes, en que el vicio triunfa, la virtud es perseguida, la Iglesia, tratada como enemiga, Dios, arrojado de todas partes. Y, ¿cómo no suspirar por la compañía de los santos, en donde reina el Dios de la paz, en donde todo regocijará nuestros ojos y nuestros corazones?

3º El deseo del cielo y del amor de Dios. Hace mucho tiempo que hemos comprendido el vacío, la ineficacia y la nada de la tierra con todos sus falsos bienes, y abandonado el mundo, hemos corrido en busca de sólo Dios. A medida que nuestra alma se despoja y purifica, hácese más vivo el deseo del cielo, el amor divino más ardiente, casi impaciente: es Dios lo que necesitamos, Dios visto, amado, poseído sin tardanza, sufrimos por vivir sin El. Cierto que el Dios de nuestro corazón

está allí, muy cerca de nosotros, en la Santa Eucaristía pero le querríamos sin velo. Déjase a veces encontrar en la oración, mas no basta una unión fugitiva e incompleta, necesitamos su eterna y perfecta posesión. Nuestro cuerpo se levanta como los muros de una prisión entre el alma y su Amado; que caiga de una vez, que deje de ocultarnos el único objeto de todos nuestros afectos. ¿Cuándo se acabará, Señor, este destierro? ¿Cuándo vendréis por mi? ¿Cuándo iré yo, Señor, a Vos? ¿Cuándo me veré, Señor, con Vos? ¡Cómo se tarda ya esta hora! ¡Qué contento y alegría será para mí, cuando me digan que llega ya!

Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: ¡ir domum Domini ibimus: stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem. «Me he alegrado desde que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor y pronto nos hallaremos, oh Jerusalén, en el recinto de tus murallas».

A semejanza de la Esposa de los Cantares, el gran Apóstol languidecía de amor y suspiraba por la disolución del cuerpo para estar con Cristo. Estaba enfermo de amor, y en su impaciente ansia de gozar de su Amado, la menor tardanza hacíasele una eternidad y llenaba su corazón de tristeza. Tales eran los sentimientos de Santa Teresa del Niño Jesús en su lecho de muerte. «¿Estáis resignada a morir? ¡Oh, padre mío!, respondía ella, para vivir es para lo que se necesita resignación; muriendo no experimento más que alegría»

Hay, por tanto, sólidas razones que nos hacen desear la muerte; las hay también igualmente para desear la prolongación de nuestros días, y son casi las mismas.

1º Los males de la vida presente. Mediante la paciencia y el espíritu de fe, se convierten en ocasión de mayores bienes; despegan de la tierra y hacen suspirar por un mundo mejor; es un excelente purgatorio, una mina de virtudes inagotable. Cuanto más abunden estos males, más rica será la cosecha para el cielo. Si la malicia de los hombres viene a mezclarse en ellos, ¿qué nos importa? Nosotros queremos ver tras el instrumento no otra cosa que la Providencia, y como resultado de todas nuestras pruebas, como adelantamiento espiritual, Dios glorificado, muchas almas salvadas, el purgatorio rociado con sangre de Nuestro Señor. En el cielo no habrá ya

sufrimientos, es verdad; mas por lo mismo no será posible dar, como aquí abajo, al divino Maestro el testimonio de la prueba amorosamente aceptada.

2º Los peligros y las faltas de la vida presente. Reconocemos sin dificultad que el sentimiento del peligro mueve a desear vivamente el cielo; mas el combate no carece de encantos para un alma valiente, ávida de conquistar la vida eterna, y demostrar su amor y abnegación a su Rey amado. El es quien nos llama a las armas, y ¿no estará con nosotros? El claustro es la más segura trinchera, y gracias a la oración y a la vigilancia, esperamos librar un buen combate y no quedar heridos de muerte. Hasta el momento, nuestra victoria está muy lejos de ser completa; sin el auxilio del tiempo, ¿cómo reparar nuestras derrotas, expiar nuestras faltas, rescatar nuestra inutilidad, conquistar un rico botín? Y ahora que Dios se encuentra atacado por todas partes, el puesto de sus amados servidores, ¿no ha de ser combatir a su lado y luchar por su causa? Así lo entendió aquella alma que decía: «Tengo, bien lo sabéis, deseos de ver a Dios, pero en estos tiempos de persecución le tengo mayor de padecer por El; morir cuando las Esposas del Cordero están convocadas para la cumbre del Calvario, no, no es éste mi ideal.»

3º El deseo del cielo y el amor de Dios. Morir cuanto antes, es quizá lo más seguro, y más pronto nos hallaríamos con nuestro Amado. Con todo, si Dios prolonga nuestra vida, con tal de que nos lleve al puerto, le bendeciremos eternamente por ello; por tanto, a cada paso podemos crecer en gracia y por lo mismo obtener nuevos grados de gloria. En algunos años podemos ganar cientos de miles, millones quizá; es decir: añadir por cientos de miles y de millones nuevas energías a nuestro poder de ver a Dios, de amarle y de poseerle. ¡ Qué magnífico aumento de gloria para El, y de felicidad para nosotros durante toda la eternidad! ¿Tenemos ya caudal suficiente? ¿No sería de desear que aún se acrecentase? Si nuestro cielo se hace esperar, puede embellecerse indefinidamente, y sería quizá con gran perjuicio nuestro el que escuchara Dios nuestros apremiantes deseos.

4º Si acontece que uno y otro se considera muy necesario a los que le rodean, es señal inequívoca de divina voluntad, y

por ende un motivo de moderar sus deseos. San Martín de Tours, en su lecho de muerte, hállase en una situación de este género; no teme morir, no rehúsa vivir, se abandona a la misma Providencia. La misma perplejidad había experimentado el gran Apóstol: «Para mí, la muerte es una ganancia, escribe a los filipenses; pero si se prolonga mi vida, he de sacar fruto de mi trabajo. Por dos partes me veo estrechado: deseo yerme desatado del cuerpo y estar con Cristo, y eso sería mucho mejor; mas mi permanencia en esta vida os es necesaria. No sé qué escoger»

San Alfonso ensalza indudablemente la perfecta conformidad con la voluntad divina, y con todo, presenta sus argumentos en forma que lleva más a desear la muerte que la vida. Idénticos matices ofrece el P. Rodríguez. A Santa Teresa le parecía que sufrir era la única rezón de la existencia: Señor, o morir o padecer. No puede soportar por más tiempo el suplicio de verse sin Dios; sin embargo, aceptaría con ánimo varonil todos los trabajos de este destierro hasta el fin del mundo, por recibir en el cielo un grado mayor de gloria. Su amiga María Díaz, llegada a la edad de ochenta años, rogaba a Dios prolongase su vida. Santa Teresa le manifestó un día el ardor con que deseaba el cielo: «Yo, respondió aquélla, lo deseo, pero lo más tarde posible; en este lugar de destierro puedo dar algo a Dios, trabajando, sufriendo por su gloria, pero en el cielo nada podré ofrecerle.» Según el venerable P. la Puente «estos dos deseos tan diferentes descansan sobre sólidos fundamentos, mas el de María Díaz era mucho más preferible, porque daba más a la gracia, única que puede inspirar el amor de la cruz». San Francisco de Sales, en su última enfermedad, permanece fiel a su máxima: nada desear, nada pedir, nada rehusar. Instábasele a que rezase la oración de San Martín moribundo: «Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehúso el trabajo», y con humildad profunda responde: «nada de esto haré; no soy necesario, ni útil, que soy del todo inútil». San Felipe de Neri dijo lo mismo en parecida circunstancia. Notemos, por último, estas acertadas palabras del Obispo de Ginebra: «Tomo a mi cuidado el cuidado de vivir bien, y el de mi muerte lo dejo a Dios». En una palabra, todos los santos han practicado el perfecto

abandono, pero unos han deseado la muerte a la vida, otros prefirieron no tener ningún deseo.

Por dicha nuestra, no estamos obligados a hacer una elección y a formar peticiones en consecuencia, puesto que se trata de asuntos cuya decisión se ha reservado Dios. De igual modo, en cuanto al tiempo, el lugar y demás condiciones de nuestra muerte, tenemos el derecho de exponer filialmente a Dios nuestros deseos, o de dejarle el cuidado de ordenarlo todo según su beneplácito, en conformidad con sus intereses, que son también los nuestros.

Mas hemos de pedir con instancia la gracia de recibir los Sacramentos en pleno conocimiento, y de tener en nuestros últimos momentos las oraciones de la Comunidad; pues entonces, a la vez de deberes que cumplir, hay preciosas ayudas que utilizar. Sin embargo, si nosotros nos hallamos realmente dispuestos, esta petición, por justa que sea, ha de quedar subordinada al beneplácito divino. Nuestro Padre San Bernardo, ausente a causa del servicio de la Iglesia, escribía a sus religiosos: «¿Será, pues, necesario, oh buen Jesús, que mi vida entera transcurra en el dolor y mis años en los gemidos? Valdría más morir, pero morir en medio de mis hermanos, de mis hijos, de mis amados. La muerte en estas condiciones es más dulce y más segura. Y hasta va en ello vuestra bondad, Señor; concededme este consuelo antes que abandone para siempre este mundo. No soy digno de llevar el nombre de Padre, mas dignaos permitir a los hijos cerrar los ojos de su padre, de ver su fin y alegrar su tránsito; de acompañar con sus plegarias a su alma al reposo de los bienaventurados, si Vos la juzgáis digna de él, y de enterrar sus restos mortales junto a los de aquellos con quienes compartió la pobreza. Esto, Señor, si he hallado gracia en vuestros ojos, deseo de todo corazón alcanzar por las oraciones y méritos de mis hermanos. Sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mía, pues no quiero vivir ni morir para mí.» Santa Gertrudis, cuando caminaba por una pendiente abrupta, resbaló y fue rodando hasta el valle. Sus compañeras la preguntaron si no había temido morir sin Sacramentos, y la santa respondió: «Mucho deseo no estar privada de los auxilios de la Religión en mi última hora, pero aún deseo

mucho más lo que Dios quiere, persuadida como estoy de que la mejor disposición que se puede tener para morir bien es someterse a la voluntad de Dios.»

Finalmente, lo esencial es una santa muerte preparada por una vida santa, ya que de esto depende la eternidad. He aquí lo que hemos de desear sobre todo y solicitar de manera absoluta. Esperando el día señalado por la Providencia, sea nuestro cuidado de cada instante hacer plenamente fructuoso para la eternidad el tiempo que Ella nos deja; y cuando nuestro fin parezca próximo, sea nuestra única preocupación conformar y aun uniformar nuestra voluntad con la de Dios, ya en la muerte, ya en todas las circunstancias, hasta las más humillantes, pues nada es más capaz de hacerla santa y apacible.

**Artículo 4º.- La desigual distribución de los dones naturales**

Es necesario que cada cual esté contento con los dones y talentos con que la Providencia le haya dotado, y no se entregue a la murmuración porque no haya recibido tanta inteligencia y habilidad como otro, ni porque haya ido a menos en sus recursos personales, por excesivo trabajo, por la vejez o la enfermedad. Este aviso es de utilidad general; pues los más favorecidos tienen siempre algunos defectos que les obligan a practicar la resignación y la humildad. Y será tanto más peligroso dejar sin defensa este lado, cuanto que por ahí ataca el demonio a gran número de almas: incítalas a compararse con lo que fueron en otro tiempo, con lo que son otros, a fin de hacer nacer en ellas todo género de malos sentimientos, así como un orgulloso desprecio del prójimo, una necia infatuación de sí mismos, y una envidia no exenta de malignidad juntamente con el desprecio, y quizá también el desaliento.

Tenemos el deber de conformarnos en esto como en todo lo demás con la voluntad de Dios, de contentarnos con los talentos que El nos ha dado, con la condición en que nos ha colocado, y no hemos de querer ser más sabios, más hábiles, más considerados que lo que Dios quiere. Si tenemos menos

dotes que algunos otros, o algún defecto natural de cuerpo o de espíritu, una presencia exterior menos ventajosa, un miembro estropeado, una salud débil, una memoria infiel, una inteligencia tarda, un juicio menos firme, poca aptitud para tal o cual empleo, no hemos de lamentarnos y murmurar a causa de las perfecciones que nos faltan, ni envidiar a los que las tienen. Tendría muy poca gracia que un hombre se ofendiese de que el regalo que se le hace por un puro favor no es tan bueno y rico como hubiera deseado. ¿Estaba Dios obligado a otorgarnos un espíritu más elevado, un cuerpo mejor dispuesto? ¿No podía habernos criado en condiciones aún menos favorables, o dejarnos en la nada? ¿Hemos siquiera merecido esto que nos ha dado? Todo es puro efecto de su bondad a la que somos deudores. Hagamos callar a este orgullo miserable que nos hace ingratos, reconozcamos humildemente los bienes que el Señor se ha dignado concedernos.

En la distribución de los talentos naturales no está Dios obligado a conformarse a nuestros falsos principios de igualdad. No debiendo nada a nadie, El es Dueño absoluto de sus bienes, y no comete injusticia dando a unos más y a otros menos, perteneciendo, por otra parte, a su sabiduría que cada cual reciba según la misión que determina confiarle. «Un obrero forja sus instrumentos de tamaño, espesor y forma en relación con la obra que se propone ejecutar; de igual manera Dios nos distribuye el espíritu y los talentos en conformidad con los designios que sobre nosotros tiene para su servicio, y la medida de gloria que de ellos quiere sacar.» A cada uno exige el cumplimiento de los deberes que la vida cristiana impone; nos destina además un empleo particular en su casa: a unos el sacerdocio o la vida religiosa, a otros la vida secular, en tal o cual condición; y en consecuencia, nos distribuye los dones de naturaleza y de gracia. Busca ante todo el bien de nuestra alma, o mejor aún, su solo y único objeto final es procurar su. gloria santificándonos. Como El, nosotros no hemos de ver en los dones de naturaleza y en los de gracia, sino medios de glorificarle por nuestra santificación.

Porque, «¿quién sabe -dice San Alfonso- si con más talento, con una salud más robusta, con un exterior más

agradable, no llegaríamos a perdernos? ¿Cuántos hay, para quienes la ciencia y los talentos, la fuerza o la hermosura, han sido ocasión de eterna ruina, inspirándoles sentimientos de vanidad y de desprecio de los demás, y hasta conduciéndolos a precipitarse en mil infamias? ¿ Cuántos, por el contrario, deben su salvación a la pobreza, enfermedad o a la falta de hermosura, los cuales, si hubieran sido ricos, vigorosos o bien formados, se hubieran condenado? No es necesario tener hermoso rostro, ni buena salud, ni mucho talento; sólo una cosa es necesaria: salvar el alma». Tal vez se nos ocurra la idea de que necesitamos cierto grado de aptitudes para desempeñar nuestro cargo, y que con más recursos naturales pudiéramos hacer mayor bien. Mas, como hace notar con razón el P. Saint-Jure: «Es una verdadera dicha para muchos y muy importante para su salvación no tener agudo ingenio, ni memoria, ni talentos naturales; la abundancia los perdería, y la medida que Dios les ha otorgado les salvará. Los árboles no se hallan mejor por estar plantados en lugares elevados, pues en los valles se encontrarían más abrigados. Una memoria prodigiosa que lo retiene todo, un espíritu vivo y penetrante en todas las ciencias, una rara erudición, un gran brillo y un glorioso renombre, no sirven frecuentemente sino para alimentar la vanidad, y se convierten en ocasión de ruina.» Hasta es posible hallar alguna pobre alma bastante infatuada de sus méritos, que desea ser colocada en el candelero, que envidia a los que poseen cargos, que les denigra y hasta trabaja por perderlos. ¿Qué seria de nosotros si tuviésemos mayores talentos? Sólo Dios lo sabe. En vista de ello, ¿hay partido más prudente que el de confiarle nuestra suerte y entregarnos a El?

¿No está permitido al menos desear estos bienes naturales y pedirlos? Ciertamente, y a condición de que se haga con intención recta y humilde sumisión. En otra parte hemos hablado de las riquezas y de la salud; dejemos a un lado la hermosura, que el Espíritu Santo llama yana y engañosa. Nosotros podemos necesitar de tal o cual aptitud, y hay ciertos dones que parecen particularmente preciosos y deseables, como una fiel memoria, una inteligencia penetrante, un juicio recto, corazón generoso, voluntad firme. Es, pues, legitimo

pedirlos. El bienaventurado Alberto Magno obtuvo por sus oraciones una maravillosa facilidad para aprender, mas el piadoso Obispo de Ginebra, fiel a su invariable doctrina, «no quiere que se desee tener mejor ingenio, mejor juicio»; según él, «estos deseos son frívolos y ocupan el lugar del que todos debemos tener: procurar cultivar cada uno el suyo y tal cual es».

En realidad, lo importante no es envidiar los dones que nos faltan, sino hacer fructificar los que Dios nos ha confiado, porque de ellos nos pedirá cuenta, y cuanto más nos hubiere dado, más nos ha de exigir. Que hayamos recibido diez, cinco, dos talentos, o uno tan sólo poco importa, será preciso presentar el capital junto con los intereses. El recompensado con mayor magnificencia no siempre será el que posea más dones, sino el que hubiere sabido hacerlos más productivos. Para ser mal servidor, no es necesario abusar de nuestros talentos, basta enterrarlos. ¿Y qué pago podemos esperar de Dios si los empleamos no para su gloria y sus intereses, sino para sólo nosotros, a nuestra manera y no conforme a sus miras y voluntad? «Como los ojos de los criados están fijos en las manos de sus señores», así hemos de tener los ojos de nuestra alma dirigidos constantemente a Dios, ya para ver lo que El quiere de nosotros, ya para implorar su ayuda; porque su voluntad santísima es la única que nos lleva a nuestro fin, y sin ella nada podemos. ¿Quién cumplirá, pues, mejor su modesta misión aquí abajo? No siempre será el de mejores dotes, sino aquel que se haga más flexible en manos de Dios, es decir: el más humilde, el más obediente. Por medio de un instrumento dócil, aunque sea de mediano valor, o aun insignificante, Dios hará maravillas. «Creedme -decía San Francisco de Sales-, Dios es un gran obrero: con pobres instrumentos sabe hacer obras excelentes. Elige ordinariamente las cosas débiles para confundir las fuertes, la ignorancia para confundir la ciencia, y lo que no es, para confundir a lo que aparenta ser algo. ¿Qué no ha hecho con una vara de Moisés, con una mandíbula de un asno en manos de Sansón? ¿Con qué venció a Holofernes, sino por mano de una mujer?» Y en nuestros días, ¿no ha realizado prodigios de conversión por medio del Santo Cura de Ars? Este hombre

mucho distaba de ser un genio, pero era profundamente humilde. Cerca de él había multitud de otros más sabios, y con más dotes naturales; pero, como no estaban de manera tan absoluta en manos de Dios, no han podido igualar a ese modesto obrero.

¿Quién hará servir mejor los dones naturales a su santificación? Tampoco será siempre el mejor dotado, sino el más esclarecido por la fe, el más humilde y el más obediente. ¿No se han visto con frecuencia hombres enriquecidos en todo género de dones, dilapidar la vida presente y comprometer su eternidad; mientras que otros con menos talento y cultura, se muestran infinitamente más sabios, porque vuelven por completo a Dios y no viven sino para El? Cierta religiosa deploraba un día en presencia de Nuestro Señor lo que. ella llamaba su «nulidad», y sufría más que de costumbre al sentirse tan inútil, cuando la vino este pensamiento: «puedo sufrir, puedo amar, y para estas dos cosas no necesito ni talento ni salud. ¡Dios mío, qué bueno sois! ¡Aun siendo la nada que soy, puedo glorificaros, puedo salvaros muchas almas». «¡Qué!, preguntaba el bienaventurado Egidio a San Buenaventura, ¿no puede un ignorante amar a Dios tanto como el más sabio doctor? Sí, hermano mío, y hasta una pobre viejecita sin ciencia puede amar a Dios tanto, y aun más que un Maestro en Teología.» Y el Santo Hermano transportado de gozo, corre a la huerta y comienza a gritar: «Venid, hombres simples y sin letras, venid, mujercillas pobres e ignorantes, venid a amar a Nuestro Señor, pues podéis amarle tanto y aun más que Fray Buenaventura y los más hábiles teólogos.»

**Artículo 5º.- Los empleos**

El que es dueño de sí mismo, busca una ocupación en armonía con sus gustos y aptitudes, y ha de seguir en todo las reglas de la prudencia cristiana. En nuestros Monasterios no podemos hacer la elección por nosotros mismos; es la obediencia la que nos destina a continuar en nuestro puesto de la Comunidad o a desempeñar tal o cual empleo, tal cargo espiritual. En esto habrá, pues, materia de abandono y

convendrá seguir la célebre máxima del piadoso Obispo de Ginebra: nada pedir, nada rehusar, y por ende, nada desear, si no es el hacer del mejor modo posible la voluntad de Dios; nada temer, si no es hacer nuestra propia voluntad porque esto entraña el doble escollo de exponernos a los peligros buscando los empleos, o de faltar a la obediencia rehusándolos.

¿No será más prudente no desear ni pedir nada, sino conservarnos en santa indiferencia, a causa de la incertidumbre en que nos hallamos? No sabemos, en efecto, si es más conforme al divino beneplácito, más ventajoso para nuestra alma pasar por los empleos o permanecer sin cargo particular. En este último caso nos libramos de muchos peligros y responsabilidades, tenemos completa libertad para entregarnos a Dios solo, para consagrarnos sin reserva a las dulces y santas ocupaciones de María, al gobierno de este pequeño reino que está dentro de nosotros. Mas esto no es pura holganza, sino rudo trabajo. ¿Tendremos siempre la paciencia y el valor de aplicarnos a él con perseverante energía? O quizá, ¿no iremos, como las gentes desocupadas, a pasatiempos de fantasía, a ocuparnos de lo que no nos incumbe? En todo caso, perdemos esas mil ocasiones de sacrificio y abnegación que se encuentran en los empleos. Los cargos, por el contrario, nos ofrecen abundante mies de renunciamiento y de cuidados y de humillaciones. Su mismo nombre lo indica; son una carga y a veces bien pesada para los que la toman en serio; y por esto facilitan la santificación por el sacrificio. Los empleos espirituales tienen además una inmensa ventaja: nos ponen en la feliz necesidad de distribuir con frecuencia el pan de la palabra, de estar en trato diario con almas excelentes y de obrar siempre bien para predicar con el ejemplo. Pero también acarrean tremendas responsabilidades; porque si el rebaño no rinde suficientes beneficios, seremos nosotros quienes primeramente rendiremos cuenta al Dueño. Por otra parte, ¿no es de temer que se absorba uno en lo' temporal con detrimento de lo espiritual, que se descuide de sí ocupándose de los otros, que tome pretexto de su cargo para olvidar los deberes de Comunidad, y que vea más o menos en los empleos un medio

de tomarse libertades y de contentar a la naturaleza? En una palabra, éstas y otras parecidas consideraciones han de hacernos muy circunspectos en nuestros deseos, inclinándonos más bien a orar de esta manera: «Dios mío, ¿será más conducente a vuestra gloria y a mi bien, que yo pase por los cargos o que permanezca sin empleo? Yo lo ignoro, Vos lo sabéis, Señor, y en Vos pongo toda mi confianza; disponed de todo esto de manera más favorable a nuestros intereses comunes, que a Vos me entrego.»

¿Quiere esto decir que esté prohibido concebir un deseo y formularlo filialmente? Seguramente que no; pues siendo una petición delicada, ha de mirarse con atención. Como San Alfonso lo hace notar con mucha razón, «si os gusta elegir, elegid siempre los cargos menos agradables». San Francisco de Sales también ha dicho: «Si nos fuera dada la elección, los empleos más deseables serían los más abyectos, los más penosos, aquellos en que hay más que hacer y más en que humillarse por Dios. » Aun en este caso, el deseo parece muy sospechoso a nuestro piadoso Doctor. «¿Sabéis por ventura, dice, si después de haber deseado los empleos humildes tendréis la fuerza suficiente para recibir bien las abyecciones que en ellos se encuentran, para sufrir sin sublevaros los disgustos y amarguras, la mortificación y la humildad? En resumen, de creer al Santo, es preciso tener por tentación el deseo de todos los cargos, cualesquiera que sean, y con mayor razón si son honrosos. «En Cuanto a aquellos -dice el P. Rodríguez- que desean puestos y oficios, o ministerios más altos, pareciéndoles que en aquéllos harían más fruto en las almas y más servicio a Dios, digo que se engañan mucho de pensar que ese celo es del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo de honra y estimación y de sus comodidades; y por ser aquel oficio y ministerio más honroso y más conforme a su gusto e inclinación, por eso lo desean... Y si yo fuese humilde antes querría que el otro hiciese el oficio alto, porque tengo que creer que lo hará mejor que yo y con más fruto y con menos peligro de vanidad.» Concluyamos, pues, con San Francisco de Sales, que será mejor no desear nada, sino abandonarnos por completo en las manos de Dios y de su Providencia. «¿A qué fin desear una

cosa más que otra? Con tal que agrademos a Dios y amemos su divina voluntad, esto debe bastarnos y de modo especial en religión, en donde la obediencia es la que da valor a todos nuestros ejercicios.» Estemos dispuestos a recibir los cargos que ella nos imponga; «sean honrosos o abyectos yo los recibiré humildemente, sin replicar ni una sola palabra si no fuere preguntado, de lo contrario, diré sencillamente la verdad como lo siento». No es posible dar a Dios testimonio más brillante de amor y de confianza que dejarle disponer de nosotros como El quiera, y decirle: «Mi suerte está en tus manos»; yo vivo tranquilo en este pensamiento y no deseo preocuparme de otra cosa.

Cuando el Superior ha hablado, es Dios quien ha hablado. Ya no se contenta El con declararnos su beneplácito por los acontecimientos, nos significa también su voluntad por boca de su representante. El Señor tenía ya sobre nosotros derechos absolutos; en la profesión religiosa hemos contraído con El nuevas obligaciones, nos hemos entregado a la Comunidad. El Superior está oficialmente encargado, en nombre de Dios y del Monasterio, de exigir de nosotros lo que hemos prometido; y ¿no es uno de estos sagrados compromisos el de aceptar que el Superior disponga de nosotros según nuestras santas leyes? ¿Que nos deje en nuestro puesto, que nos confíe empleos o nos los quite, siempre cumple con su misión, y nosotros hemos de ser fieles a nuestros compromisos. Ora, consulta, reflexiona y decide en conformidad con su conciencia inspirándose en nuestras Reglas, y de acuerdo con el personal de que puede disponer. De nadie depende, sino de Dios y de los superiores mayores; y por tanto, no ha de pedirnos permiso, ni siquiera exponernos sus motivos de obrar. Por otra parte, deber suyo es, no menos que interés suyo y nuestro, procurar ante todo el bien de las almas. Además, Dios, que nos asigna un empleo, pondrá su gracia a nuestra disposición, porque no cabe abandono de su parte cuando, dejando a un lado nuestros gustos y repugnancias, vamos con esforzado ánimo a donde El nos quiere.

No tenemos derecho a rechazar un empleo por modesto que sea; pues ninguno hay vil y despreciable sino el orgullo y

la falta de virtud. No hay oficio bajo en el servicio del Altísimo; los menores trabajos son de un precio inestimable a sus ojos, cuando se los ennoblece por la fe, el amor y la abnegación. La Santísima Virgen ha superado en mucho a los mismos Serafines, porque ha realzado con las más santas disposiciones las ocupaciones más sencillas. Por otra parte, la Comunidad es un cuerpo que necesita de todo su organismo: necesita una cabeza y precisa también pies y manos; ¿con qué derecho querríamos ser cabeza más bien que pies, y ojos más bien que manos? Desde el momento que nosotros despreciamos un empleo como inferior a nuestros méritos, nos falta la humildad, y ¿no ha querido Dios ponernos precisamente en situación de adquirirla? Y si nosotros le servimos con esforzado ánimo en un oficio a propósito para huir el orgullo del espíritu y la delicadeza de los sentidos, ¿no es darle el testimonio más brillante de nuestro amor y de nuestra abnegación?

No tenemos derecho de rehusar un empleo porque nos parezca superior a nuestros méritos. ¡Extraña humildad la que paralizaría la obediencia y nos haría olvidar nuestros compromisos! Es nuestro Superior quien debe ser juez de nuestras aptitudes y no nosotros; él asume la responsabilidad de elegimos, y nos deja únicamente la de obedecer.

Sin duda, motivo para temer tendríamos si nosotros buscáramos los cargos y se nos confiaran a fuerza de nuestras instancias, mas desde el momento que es Dios quien nos los asigna, El nos prestará también su ayuda. Y, como hemos dicho en el capítulo anterior, es El hábil obrero que sabe ejecutar excelentes obras hasta con pobres instrumentos. Los talentos son preciosos cuando están unidos a la virtud; mas Dios quiere sobre todo que su instrumento sea flexible y dócil, es decir, humilde y obediente, fuera de que Dios no nos exige el acierto, sino que pide se obre lo mejor que se pueda, y con eso se da por satisfecho.

En fin, nosotros no tenemos derecho a rechazar los empleos, alegando con sobrada facilidad el peligro que en ellos pudiera correr nuestra alma, y en ese sentido dice San Ligorio: «No creáis que ante Dios podéis rehusar un cargo a causa de las faltas de que teméis haceros culpables en él. Al

entrar en religión se asume la obligación de prestar al Monasterio todos los servicios posibles, mas si el temor de pecar pudiera servirnos de excusa, en él se apoyarían todos, y entonces, ¿con quién contar para el servicio del Monasterio y la administración de la Comunidad? Proponeos ejecutar el beneplácito divino y no os faltará la ayuda de Dios.»

En una palabra, «¿no es mejor dejar a Dios disponer de nosotros según sus miras, atender al empleo que haya tenido a bien imponernos, recibirlo humildemente sin replicar palabra? Pueden, sin embargo, hallarse empleos que superen nuestras fuerzas o demasiado conformes con nuestras naturales inclinaciones, o también peligrosos para nuestra salvación. Entonces nada más conveniente (y a veces nada más necesario) que dar a conocer a nuestros Superiores estas circunstancias que pueden serles desconocidas, lo que ha de hacerse con toda humildad, dulzura y sumisión que la Regla prescribe en semejantes casos. Mas, si a pesar de nuestros respetuosos reparos los Superiores insisten, aceptemos su mandato con amor, juzgando que esto nos es más útil, dispuestos por otra parte a vigilar cuidadosamente sobre nosotros, confiando en la ayuda de la gracia», y fieles en dar cuenta exacta de nuestro proceder.

Terminemos con una observación capital del P. Rodríguez: «Lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida, no es el personaje que representamos en esta vida, no es el personaje que representamos en la Comunidad, uno de superior, otro de predicador, otro de sacristán, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personaje; y así si el coadjutor hace bien su oficio y representa mejor su personaje que el predicador o que el superior el suyo, será más estimado delante de Dios y más premiado y honrado. Por tanto, nadie tenga deseo de otro personaje ni de otro talento, sino procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido», de suerte que glorifiquéis a Dios por vuestra santificación. Tendréis, pues, vigilancia en no descuidar, con pretexto de empleo, la regularidad común y la vida interior, sino cumplir vuestro cargo a la luz de la Eternidad, bajo la mirada de Dios, de manteneros en una estricta obediencia y humildad, y de aprovecharos de

los deberes y dificultades del empleo para adelantar en la virtud. He aquí lo esencial, lo único necesario, y el beneficio de los beneficios.

**Artículo 6º.- Reposo y tranquilidad**

Algunos empleos espirituales o temporales, traen consigo el trabajo, la fatiga y los cuidados; no es uno dueño de sí mismo, expuesto como se halla continuamente a ser interrumpido por el primero que se presenta durante el trabajo, la oración, las piadosas lecturas. Otros cargos, por el contrario, sólo exigen una atención relativa y no imponen apenas ni cuidados ni molestias, sucediendo lo propio, con mayor razón, cuando no se tiene ningún empleo.

El reposo y la tranquilidad facilitan en gran manera la observancia regular y la vida interior, nos colocan en circunstancias favorables para cultivar a nuestras anchas nuestra alma y conservarnos unidos a Dios durante el curso del día. Mas pudiera suceder que nos apegáramos tan desordenadamente, que con dificultad renunciáramos a ello cuando se ponga por medio obligaciones del cargo y bien común. Este amor del reposo y de la tranquilidad, tan legítimo en si, llega en tal caso a ser excesivo; degenera en vulgar egoísmo, y no conoce el desinterés ni el sacrificio, y por lo mismo que apaga la llama de la verdadera caridad, nos hace inútiles para nosotros y para los demás.

El trabajo y los cuidados, las continuas molestias de ciertos cargos, nos proporcionan una inagotable mina de sacrificio y de abnegación; es un perfecto calvario para quien desea morir a si mismo, es una continua inmolación en provecho de todos. Por el contrario, es muy fácil en este torbellino de los negocios y cuidados descuidar su interior y sobrenaturalizar poco nuestras acciones; y sin embargo, con un poco de trabajo es fácil purificar la intención, elevar con frecuencia el alma a Dios y conservarse suficientemente recogido. Nadie ha estado más ocupado que San Bernardo, Santa Teresa, San Alfonso y tantos otros. Pregúntase cómo han podido hallar, en medio de tantos trabajos y cuidados, oportunidad para componer libros de valor tan inestimable, para consagrarse durante tanto

tiempo a la oración y ser perfectísimos contemplativos: sin embargo, lo hicieron.

¿Qué querrá Dios de nosotros? Aprovecharíamos más en la agitación o en la tranquilidad? Sólo Dios lo sabe. Es, pues, prudente establecernos en una santa indiferencia y estar dispuestos a todo cuanto El quiera. Nosotros, como miembros de una Orden contemplativa, tenemos desde luego derecho a desear la calma y la tranquilidad, a fin de vivir con más facilidad en la intimidad del divino Maestro. San Pedro juzgaba con razón que estaba bien en el Tabor; no deseaba abandonarlo, sino vivir cerca siempre de su dulce Salvador y bajo la misma tienda. No dejó, sin embargo, de añadir, y nosotros hemos de hacerlo también con él: «Señor, si quieres.» Mas, ¿lo querrá? El Tabor no se encuentra aquí abajo de un modo permanente. Necesitamos el Calvario y la crucifixión, y no tenemos el derecho de elegir nuestras cruces y de impedir a Dios que nos imponga otras. Si ha preferido imponernos aquellas que abundan en tal o cual cargo, aceptémoslas con confianza; es la sabiduría infalible y el más amante de los Padres, y ésta es la prueba que necesitábamos para hacer morir en nosotros la naturaleza; pues otra cruz, elegida por nosotros, no respondería seguramente como ésta a nuestras necesidades.

En esto hay una mezcla de beneplácito divino y voluntad significada. En cuanto de nosotros dependa y lo podamos hacer sin faltar a ninguna de nuestras obligaciones, hemos de amar, desear, buscar la calma y la tranquilidad, y por decirlo así, crear en derredor nuestro una atmósfera de paz y de recogimiento, pues es el espíritu de nuestra vocación. Mas si es del agrado de Dios pedirnos un sacrificio y ponernos en el tráfago de mil cuidados, no tenemos derecho a decirle que no; tratemos únicamente de conservar aun entonces, en cuanto fuera posible, el espíritu interior; el silencio y la unión divina; y cuando se ofreciere un momento de calma, sepamos aprovecharla para internarnos más en Dios.

Así lo hacía nuestro Padre San Bernardo. Con frecuencia las órdenes del Soberano Pontífice le imponen prolongadas ausencias y asuntos de enorme fatiga, y vuelve a Claraval con una insaciable necesidad de permanecer a solas con Dios.

Con todo, su primer cuidado era dirigirse al noviciado para ver a sus nuevos hijos y alimentarlos con la leche de su palabra. Dábase en seguida a sus religiosos a fin de derramar en ellos sus consuelos, tanto más abundantes, cuanto mayor era el tiempo que se habían visto privados de ellos. Primero pensaba en los suyos, y después en sí mismo. «La caridad -decía- no busca sus propios intereses. Hace ya largo tiempo que ella me ha persuadido a preferir vuestro provecho a todo cuanto amo.

Orar, leer, escribir, meditar y demás ventajas de los ejercicios piadosos, todo lo he reputado como una pérdida por amor vuestro. Soporto con paciencia haber de dejar a Raquel por Lía; y no me pesa haber abandonado las dulzuras de la contemplación, cuando me es dado observar que después de nuestras pláticas el irascible se torna dulce; el orgulloso, humilde; el pusilánime, esforzado, que los hijos pequeños del Señor se sirvan de mí como quieran, con tal que se salven. Si yo no perdono ningún trabajo por ellos, ellos me perdonarán mis faltas, y mi descanso más apetecido será saber que no temen importunarme en sus necesidades. Me prestaré a satisfacer sus deseos cuanto me fuere posible; y mientras tuviere un soplo de vida, serviré a mi Dios sirviéndolos a ellos con una caridad sin fingimiento.»

San Francisco de Sales hacía lo propio: «Si alguno, aun cuando fuere de los más pequeños, se dirigía a él, tomaba el Santo la actitud de un inferior ante su superior, sin rechazar a nadie, no rehusando hablar ni escuchar y no dando la más pequeña muestra de disgusto, aunque tuviere que perder un tiempo precioso escuchando frivolidades. Su sentencia favorita era ésta: «Dios quiere esto de mí, ¿qué más necesito? En cuanto que ejecuto esta acción no estoy obligado a ejecutar otra. Nuestro centro es la voluntad de Dios, y fuera de El no hay sino turbación y desasosiego.» Santa Juana de Chantal asegura que en la abrumadora multitud de los negocios siempre se le veía unido a Dios, amando su santa voluntad igualmente en todas las cosas, y por este medio, las cosas amargas se le habían vuelto sabrosas.

## 5. El abandono en los bienes de opinión

### Artículo 1º.- Reputación

Cosa muy querida nos es nuestra reputación, y en especial con respecto a nuestros Superiores y a la Comunidad. Damos la mayor importancia a su estima y confianza, aparte de que podamos necesitar de ellas para el ejercicio de nuestro cargo. Pues bien, no es raro que por motivo legítimo o culpable, con razón o sin ella, se desaten las lenguas contra nosotros, lo cual no es pequeña prueba. El Salmista quéjase de ella con frecuencia a Dios: «bien conocía las contradicciones de las lenguas», «los hijos de los hombres cuyos dientes son armas y flechas y su lengua afilado cuchillo», «lenguas maldicientes y engañosas, semejantes a carbones de fuego voraz, a flechas agudas lanzadas por vigoroso brazo».

Si acontece que sus dardos, lanzados en la sombra o en el descubierto, hieren nuestra reputación, debemos soportar siempre con paciencia sus ataques y conformarnos con el divino beneplácito. En efecto, tras los hombres es preciso ver a Dios sólo, de quien ellos son instrumentos, ya tengan o no conciencia de ello, pues El les pedirá cuentas de cada palabra y les pagará según sus obras. Mas entretanto, se servirá del celo, la ligereza y de la guía de la malignidad misma para probarnos. Nuestra reputación le pertenece, tiene derecho de disponer de ella como le place. Nosotros creemos que la necesitamos para el desempeño de nuestro cargo, pero sabe El mejor lo que conviene a los intereses de su gloria, al bien de las almas, a nuestro progreso espiritual. Si ha resuelto probarnos en este punto, es dueño de escoger para este fin el instrumento que quiera. A pesar de los lamentos y las recriminaciones de la naturaleza, olvidemos deliberadamente a los hombres para no ver sino a Dios sólo; y besando con filial sumisión su mano que nos hiere con amoroso designio, apliquémonos a recoger todos los frutos que la prueba nos puede proporcionar.

Estas tribulaciones nos .brindan, en efecto, ocasiones raras de crecer en muchas y sólidas virtudes. El alma, despojándose de su reputación, elévase por encima de la opinión de los hombres hasta Dios sólo, para servirle con

absoluta pureza de intención. La humildad toma fuerza y se arraiga profundamente, cuando acepta esta dura prueba; entonces es cuando el justo se desprecia realmente y acepta ser despreciado por los demás. Afiánzase en la dulzura ahogando los arrebatos de la cólera; en la paciencia, moderando la tristeza que producen estas injusticias. ¡Bella y sublime es la caridad que perdona todos los agravios, que ama a sus enemigos, habla de ellos sin amargura y devuelve bien por mal! La confianza en Dios se dilata en la tranquilidad con que se lleva la cruz, y el amor de Nuestro Señor en la fidelidad en servirle como de ordinario. Dulce fruto de esta amarga pena será vencer el mal con el bien, y disfrutar de continuo la bienaventuranza prometida a los que son perfectamente dulces, misericordiosos y pacíficos.

Quiere Dios por este medio hacernos humildes de corazón, siguiendo el ejemplo y las lecciones del Cordero y de sus fieles amigos. «¿Ha habido jamás reputación más destrozada que la de Jesucristo? ¿De qué injuria no fue blanco? ¿Qué calumnias no pesaron sobre él? Sin embargo, el Padre le ha dado un nombre que está sobre todo nombre, y le ha exaltado tanto más cuanto fue más abatido. Y los Apóstoles, ¿no salían gozosos de los concilios en que habían recibido afrentas por el nombre de Jesús? Porque es verdadera gloria sufrir por tan digna causa. Bien veo que nosotros no queremos sino persecuciones aparatosas, a fin de que nuestra vanidad brille en medio de nuestros sufrimientos; querríamos ser crucificados gloriosamente. Según nuestra apreciación, cuando los mártires sufrían tan crueles suplicios, eran alabados por los espectadores de sus tormentos; ¿no eran, por el contrario, maldecidos y tenidos por dignos de execración? ¡Cuán pocos son los que se determinan a despreciar la propia reputación, a fin de promover así la gloria de Aquel que murió ignominiosamente en la cruz, para procurarnos una gloria que no tendrá fin. »

Así habla San Francisco de Sales, y añade: «¿Qué es, pues, la reputación para que tantos se sacrifiquen ante ese ídolo? Después de todo, no pasa de ser un sueño, una sombra, una opinión, un poco de humo, una alabanza cuya memoria se extingue con su eco, una estimación

frecuentemente tan falsa, que muchos se maravillan de verse culpados de defectos que en manera alguna tienen, y alabados de virtudes, sabiendo muy bien que tienen los vicios opuestos.» Venían a veces a decir al Santo Obispo que se hablaba mal de él que se llegaban a decir cosas extrañas y escandalosas. En lugar de defenderse, respondía: «¿No dicen más que eso? Pues en verdad que no saben todo; al lisonjearme, me perdonan y bien veo que me juzgan mejor de lo que soy. ¡Sea Dios bendito! Es preciso corregirse, y si en esto no merezco ser corregido, lo merezco en otras muchas cosas; con que siempre es una misericordia el que me corrijan tan benignamente.»

Sin embargo, por perfecto que sea nuestro desasimiento de la reputación, nuestro abandono en Dios en lo a ella referente, no podemos menos de tener un cuidado razonable. Expresamente lo recomienda el Sabio; y, por consiguiente, es voluntad de Dios significada. La buena reputación, dice San Francisco de Sales, «es uno de los fundamentos de la sociedad humana, sin la cual no sólo somos inútiles al público, sino también perjudiciales a causa del escándalo que de nosotros recibe; la caridad, pues, lo exige, y la humildad se complace en que nosotros conservemos y deseemos con toda diligencia el buen nombre. Además, no deja de ser muy útil para la conservación de nuestras virtudes, en particular, de las virtudes aún débiles. La obligación de conservar nuestra reputación y de ser tales que se nos pueda estimar, estimula a un ánimo generoso con poderosa y dulce violencia. Con todo, no seamos demasiado apasionados, exigentes y puntillosos para conservarla. El desprecio de la injuria y de la calumnia es por lo regular un remedio mucho más saludable que el resentimiento; el desprecio hace que se desvanezcan, y el resentimiento, al contrario, parece darles consistencia. Es necesario ser celoso, mas no idólatras de nuestro buen nombre.»

«Renunciemos, pues, aquella conversación yana, aquel trato inútil, aquella amistad frívola, aquellos modales inconsiderados si ofenden la buena fama, porque el buen nombre es mucho más estimable que todo vano solaz; pero si murmuran, nos reprenden y calumnian a causa de los

ejercicios de piedad, los progresos en la devoción y la diligencia en buscar los bienes eternos, dejémoslos hablar, puestos siempre los ojos en Jesucristo crucificado, que será el protector de nuestra fama. Si permite que nos la arrebaten, será para devolvernos otra mejor o para hacernos adelantar en la santa humildad, de la cual una sola onza vale más que mil libras de honra. Si injustamente somos censurados, opongamos con serenidad la verdad a la calumnia, y si ésta persevera, perseveremos también nosotros en humillarnos, pues nunca estará más al abrigo que cuando la ponemos juntamente con nuestra alma en manos de Dios. Exceptuemos, sin embargo, ciertos crímenes tan atroces e infames, que nadie tiene derecho a sufrir su imputación, cuando de ellos se puede justamente sincerarse. Exceptuemos, también ciertas personas de cuya buena reputación depende la edificación de muchos, porque en estos casos es preciso procurar tranquilamente la reparación de la ofensa recibida.»

Así hablaba San Francisco de Sales a su Filotea, y éste era su modo de obrar. Quería que la dignidad episcopal fuese respetada en su persona, pero era indiferente en cuanto a su persona concernía tocante a la estima y al desprecio, y no tanto le preocupaban las alabanzas como los menosprecios. Defendióse modestamente de ciertas calumnias que podían comprometer su ministerio, pero, en general, permanecía insensible a las injurias y juicios desfavorables que contra él se hicieran; contentándose con reír cuando de ellos se acordaba (lo que rara vez acontecía). «Los que se quejan de la maledicencia -acostumbraba a decir- son harto delicados, porque al fin y al cabo es una crucecita de palabras que lleva el viento; y se necesita tener la piel y los oídos muy tiernos para no poder sufrir el zumbido y la picadura de una mosca.» En las calumnias de mayor importancia, pensaba en el Salvador expirando como un infame sobre la cruz y entre dos ladrones: «Esta es -decía- la verdadera serpiente de bronce, cuya vista nos cura de las mordeduras del áspid. Ante este gran ejemplo, vergüenza habríamos de tener de quejamos, y mayor aún de conservar resentimientos contra los calumniadores.» Pensaba también en el juicio final que nos

hará completa justicia, e importábale poco entretanto el ser censurado de los hombres, con tal de agradar a su amado Maestro. Ni siquiera quería se tomase su defensa: «¿Os he dado el encargo de incomodaros por mí? Dejad que hablen, pues no es sino una cruz de palabras, una tribulación de viento, y es posible también que mis detractores vean mis defectos mejor que los que me aman, siendo de esta manera, más que enemigos, nuestros amigos, puesto que cooperan a la destrucción del amor propio.» En una palabra, indiferente a las alabanzas y a los desprecios, se abandonaba en manos de la Providencia, dispuesto a cumplir su obligación con buena o mala fama, y no deseando otra reputación, sino la que Dios juzgara conveniente que disfrutara para los intereses de su servicio.

Aun en ocasiones en que podían rechazar la calumnia y que hasta parecía imponérselo el deber, los santos han preferido casi siempre guardar silencio, a ejemplo de Nuestro Señor durante la Pasión, dejando a la divina justicia el cuidado de justificarlos si lo juzgaba conveniente. San Gerardo de Mayella, entre otros muchos, nos ofrece de ello un memorable ejemplo. «Una infame le acusó de un crimen horrible. Inquieto y turbado, San Alfonso llamó al acusado, le manifestó la denuncia y le preguntó qué alegaba en contra. Impasible como el mármol, Gerardo no articuló palabra. Alfonso le privó de la comunión y de toda relación con los de fuera, y el hermano, sin embargo, no se permitió la menor murmuración. Convencidos de su inocencia, los Padres le instaban a que se justificara: "Hay un Dios -decía- y a El le corresponde ocuparse de eso". Y aconsejado de que para aliviar su martirio pidiese al menos poder comulgar, respondió: "No; muramos bajo el peso de la divina voluntad". Cincuenta días después, satisfecho de haber obrado con Gerardo como con su divino Hijo, "el oprobio de las gentes", declaró su inocencia. La infeliz que le había acusado retractó su calumnia, declarando haber obrado por inspiración del demonio. El verse declarado inocente no impresionó más a Gerardo que la acusación, y como San Alfonso le preguntase por qué había rehusado disculparse, le respondió de manera sublime diciendo: "Padre mío, ¿no es prescripción de la Regla no excusarse jamás, sino

sufrir en silencio cualquier mortificación?"» Es verdad que la Regla no le obligaba en aquella circunstancia, y el ejemplo es más de admirar que de imitar, pero, ¡qué lección para nuestra delicadeza!

**Artículo 2º.- Las humillaciones**

La humildad es una virtud capital y su acción altamente beneficiosa. De ella provienen la fuerza y la seguridad en los peligros, ilusiones y pruebas, pues sabe desconfiar de sí y orar. Es del agrado de los hombres, a quienes hace sumisos a los superiores, dulces y condescendientes con los inferiores; es el encanto de nuestro Padre celestial, porque nos hace adoptar la actitud más conveniente ante su majestad y su autoridad, imprime a nuestro continente un notable parecido con nuestro Hermano, nuestro Amigo, nuestro Esposo, Jesús, «manso y humilde de corazón». ¿No es El la humildad personificada? «El humilde le atrae, el orgulloso le aleja. Al humilde le protege y le libra, le ama y le consuela, y hacia el humilde se inclina y le colma de gracias, y después del abatimiento le levanta a gran gloria; al humilde revela sus secretos, le convida y le atrae dulcemente hacia Si». La palabra del Maestro es categórica: «El que se humillare será ensalzado, y, por el contrario, el que se ensalce será humillado».

Si tenemos, pues, la noble ambición de crecer cada día un tanto en la amistad e intimidad con Dios, el verdadero secreto de granjeamos sus favores será siempre rebajarnos por la humildad; secreto en verdad muy poco conocido. Hay quienes no se preocupan sino de subir, siendo así que ante todo convendría esforzarse por descender. Cuánto convendría meditar la respuesta tan profunda de Santa Teresa del Niño Jesús a una de sus novicias: «Encójome cuando pienso en todo lo que he de adquirir; en lo que habéis de perder, querréis decir, porque estoy viendo que equivocáis el camino y no llegaréis jamás al término de vuestro viaje. Queréis subir a una elevada montaña, y Dios os quiere hacer bajar, y os espera en el fondo del valle de la humildad... El único medio de hacer rápidos progresos en las vías del amor, es conservarse

siempre pequeña.»

Muchos son los caminos que conducen a la humildad. Confiemos muy particularmente en los abatimientos, según esta bella expresión de San Bernardo: «La humillación conduce a la humildad, como la paciencia a la paz y el estudio a la ciencia.» ¿Queréis apreciar si vuestra humildad es verdadera? ¿Queréis ver hasta dónde llega, y si avanza o retrocede? Las humillaciones os lo enseñarán. Bien recibidas, empujan fuertemente hacia adelante y con frecuencia hacen realizar notables progresos, y sin ellas jamás se alcanzará la perfección en la humildad. «¿Deseáis la virtud de la humildad? -concluye San Bernardo-; no huyáis del camino de la humillación, porque si no soportáis los abatimientos, no podéis ser elevados a la humildad.»

Decía San Francisco de Sales que hay dos maneras de practicar los abatimientos: la una es pasiva y se refiere al beneplácito divino, y constituye uno de los objetos del abandono; la otra activa, y entra en la voluntad de Dios significada. La mayor parte de las personas no quieren sino ésta, llevando muy a mal la otra; consienten en humillarse, y no aceptan el ser humilladas; y en esto se equivocan de medio a medio.

Conviene sin duda humillarse a sí mismo, y hemos de. dar siempre marcada preferencia a las prácticas más conformes a nuestra vocación y más contrarias a nuestras inclinaciones. San Francisco de Sales quería que nadie profiriese de sí mismo palabras despreciativas que no naciesen del fondo del corazón, de otra suerte, «este modo de hablar es un refinado orgullo. Para conseguir la gloria de ser considerado como humilde, se hace como los remeros que vuelven la espalda al puerto al cual se dirigen; y con este modo de obrar se camina sin pensarlo a velas desplegadas por el mar de la vanidad». Recurramos, pues, más a las obras que a las palabras para abatirnos. La mejor humillación activa en nuestros claustros será siempre la leal dependencia de la Regla, de nuestros superiores y aun de nuestros hermanos. Nadie ignora que los doce grados de humildad, según nuestro Padre San Benito, se fundan casi exclusivamente en la obediencia, y es también de esta virtud de la que San Francisco de Sales hace derivar la

señal de la verdadera humildad, fundándose en esta expresión de San Pablo, que Nuestro Señor se anonadó haciéndose obediente. «¿Veis -decía- cuál es la medida de la humildad? Es la obediencia. Si obedecéis, pronta, franca, alegremente, sin murmuración, sin rodeos y sin réplica sois verdaderamente humildes, y sin la humildad es difícil ser verdadero obediente; porque la obediencia pide sumisión, y el verdadero humilde se hace inferior y se sujeta a toda criatura por amor de Jesucristo; tiene a todos sus prójimos por superiores, y se considera como el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe y la escoria del mundo.» Humillación excelente es también descubrir el fondo de nuestros corazones y de nuestra conciencia a los que tienen la misión de dirigirnos, dándoles fiel cuenta de nuestras tentaciones, de nuestras malas inclinaciones y, en general, de todos los males de nuestra alma. Finalmente, es saludable humillación acusarse ante los Superiores como lo haríamos en presencia del mismo Dios, y cumplir con corazón contrito y humillado las penitencias usadas en nuestros Monasterios. Además de estas humillaciones de Regla, hay otras que son espontáneas. San Francisco de Sales «quería mucha discreción en éstas, porque el amor propio puede deslizarse en ellas sagaz e imperceptiblemente, y ponía en sexto grado procurarse las abyecciones cuando no nos vinieren de fuera».

El santo estimaba mucho las humillaciones que no son de nuestra libre elección; porque en verdad, las cruces que nosotros fabricamos son siempre más delicadas, además de que serían contadas y apenas tendrían eficacia para matar nuestro amor propio.

Necesitamos, pues, que nos cubran de confusión, que nos digan las verdades sin miramientos, y que nos hagan sentir todo este mundo de corrupción y de miserias que bulle en nosotros. De ahí que Dios nos prive de la salud, disminuya nuestras facultades naturales, nos abandone a la impotencia y oscuridad, o nos aflija con otras penas interiores. Esta misma razón le mueve a abofetearnos por mano de Satanás, a ordenar a nuestros Superiores que nos reprendan, y a la Comunidad que tome parte conforme a nuestros usos en la corrección de nuestros defectos. La acción ruda y saludable

de la humillación quiere Dios ejercerla especialmente por aquellos que nos rodean; a todos los emplea en la obra, utilizando para ello el buen celo y el celo amargo, las virtudes y los defectos, las intenciones santas, la debilidad y aun, en caso necesario, la malicia. Los hombres no son sino instrumentos responsables, y Dios se reserva el castigarlos o recompensarlos a su tiempo. Dejémosle esta misión, y no viendo en El sino a. nuestro Dios, a nuestro Salvador, al Amigo por excelencia, y olvidando lo que en ello hay de amargo para la naturaleza, aceptemos como de su mano este austero y bienhechor tratamiento de las humillaciones. De ordinario, éstas son breves y ligeras, y aun cuando fuesen largas y dolorosas, no lo serian sino de una manera más eficaz, dispuestas por la divina misericordia, «y el rescate de las faltas pasadas, la remisión de las fragilidades diarias, el remedio de nuestras enfermedades, un tesoro de virtudes y méritos, un testimonio de nuestra total entrega a Dios, el precio de sus divinas amistades y el instrumento de nuestra perfección».

La humillación fomenta el orgullo cuando se la rechaza con indignación o se sufre murmurando; y esto explica cómo «se hallan tantas personas humilladas que no son humildes». Sólo será provechosa para aquel que le hace buena acogida y en la medida en que la reciba humildemente como si fuera de la mano de Dios, diciéndose, por ejemplo: en verdad que la necesito y bien la he merecido. Y si una ligera ofensa, una falta de consideración, una palabra desagradable es suficiente para lanzarme en la agitación y turbación, señal es que el orgullo se halla todavía lleno de vida en mi corazón, y en lugar de mirar la humillación como un mal, debiera mirarla como mi remedio; bendecir a Dios que quiere curarme, y saber agradecerla a mis hermanos que me ayudan a vencer mi amor propio. Por otra parte, la vergüenza, la confusión, la verdadera humillación, ¿no consiste en sentirme aún tan lleno de orgullo después de tantos años pasados en el servicio del Rey de los humildes? Si conociéramos bien nuestras faltas pasadas y nuestras miserias presentes, poco nos costaría persuadirnos de que nadie podrá jamás despreciarnos, injuriarnos y ultrajarnos en la medida que lo tenemos merecido; y en vez de

quejamos cuando Dios nos envía la confusión, se lo agradeceríamos como favor inapreciable, puesto que a trueque de una prueba corta y ligera oculta nuestras miserias de aquí abajo a casi todas las miradas y nos ahorra la vergüenza eterna. Y no digamos que somos inocentes en la presente circunstancia, pues no pocas de nuestras faltas han quedado impunes, y el castigo, por haberse diferido, no es menos merecido.

San Pedro mártir, puesto injustamente en prisión, quejábase a Nuestro Señor de esta manera: «¿Qué crimen he cometido para recibir tal castigo?» «Y Yo, respondió el divino Crucificado, ¿por qué crimen fui puesto en la cruz?» La Iglesia en uno de sus cánticos dice que El «es solo Santo, solo Señor, solo Altísimo con el Espíritu Santo en la gloria del Padre», y con todo, vino a su reino y los suyos no le recibieron, sino que le llenaron de ultrajes y malos tratamientos, le acusaron, le condenaron, le posponen a un homicida, le conducen al suplicio entre dos ladrones, le insultan hasta en la Cruz; es el más despreciado, el último de los hombres; su faz adorable es maltratada con bofetadas, manchada con salivazos. No aparta, sin embargo, su cara, ni les dirige palabra alguna de reprensión, sino que adora en silencio la voluntad de su Padre y la reconoce enteramente justa, y la acepta con amor porque se ve cubierto de los pecados del mundo, ¿y nosotros, viles criaturas suyas, tantas veces culpables, miraríamos con deshonor participar de los abatimientos del Hijo de Dios y recibirlos humildemente sin decir palabra? ¿Sufriremos que la Santa Víctima padezca sola por faltas que son nuestras y no suyas, y no querremos beber en el cáliz de las humillaciones? ¿Es esto justo y generoso? ¿No será más bien una vergüenza? ¿Cómo agradaremos con orgullo semejante a Aquel «que es manso y humilde de corazón»? ¿No tendría derecho a decirnos: «He sido calumniado, despreciado, tratado de insensato, y querrás tú que se te estime, y seguirás siendo todavía sensible a los desprecios»?

Por otra parte, el amor quiere la semejanza con el objeto amado, y a medida que aquél crece, se acepta con más gusto y hasta se considera uno dichoso en compartir las humillaciones, las injurias y los oprobios de su Amado Jesús.

Entonces el amor «nos hace considerar como favor grandísimo y como singular honor las afrentas, calumnias, vituperios y oprobios que nos causa el mundo, y nos hace renunciar y rechazar toda gloria que no sea la del Amado Crucificado, por la cual nos gloriamos en el abatimiento, en la abnegación y en el anonadamiento de nosotros mismos, no queriendo otras señales de majestad que la corona de espinas del Crucificado, el cetro de su caña, el manto de desprecio que le fue impuesto y el trono de su cruz, en la cual los sagrados amantes hallan más contento, más gozo y más gloria y felicidad que Salomón en su trono de marfil».

Al hablar así, San Francisco de Sales nos describe sus propias disposiciones. En medio de la tempestad, de los desprecios y de los ultrajes reconocía la voluntad de Dios y a ella se unía sin dilación, en la que permanecía inmóvil sin conservar resentimiento alguno, no tomando de ahí ocasión para rehusar petición alguna razonable; y de seguro que si alguno le hubiera arrancado un ojo, con el mismo afecto le hubiera mirado con el otro. Ante el amago de tenerse que enfrentar con un ministro insolente, que tenía una boca infernal y una lengua en extremo mordaz, decía: «Esto es precisamente lo que nos hace falta. ¿No ha sido Nuestro Señor saturado de oprobios? ¡Y cuánta gloria no sacará Dios de mi confusión! Si descaradamente somos insultados, magníficamente será El exaltado; veréis las conversiones a montones, cayendo a mil a vuestra derecha y diez mil a vuestra izquierda.» San Francisco de Asís respira los mismos sentimientos. Como un día fuese muy bien recibido, dijo a su compañero: «Vámonos de aquí, pues no tenemos nada que ganar en donde se nos honra; nuestra ganancia está en los lugares en que se nos vitupera y se nos desprecia.»

### Artículo 3º.- Persecuciones de parte de las personas buenas

Las persecuciones pueden venirnos de parte de los malos y de parte también de las personas buenas.

«Ser despreciado, reprendido y acusado por los malos, es realmente dulce para un hombre animoso -dice San Francisco

de Sales-; empero ser reprendido, acusado y maltratado por los buenos, por los amigos, por los parientes, eso sí que es meritorio. Así como las picaduras de las abejas son más agudas que las de las moscas, del mismo modo, el mal que proviene de las personas buenas y las contradicciones que nos ocasionan, se toleran con mayor dificultad que las de los otros.» San Pedro de Alcántara, penetrado de la más viva compasión por Santa Teresa, le dijo que una de las mayores penas de este destierro era lo que ella había soportado, es decir, esta contradicción de los buenos. ¿Radica esto en que el aprecio y el afecto de estas personas nos son más estimados, o en que la prueba era menos esperada? ¿Obedece acaso a que las personas buenas, creyendo seguir el dictamen de su conciencia, guardan menos consideraciones? Sean cualesquiera el origen y las circunstancias de estas duras pruebas, nos parece conveniente entrar en algunas consideraciones que ayudarán a santificarías.

Todos los santos han pasado aquí abajo por la persecución, dice San Alfonso. Ved a San Basilio acusado de herejía ante el Papa San Dámaso, a San Cirilo condenado por hereje por un Concilio de cuarenta Obispos y depuesto luego vergonzosamente, a San Atanasio perseguido por culpársele de hechicero y a San Juan Crisóstomo por costumbres relajadas. «Ved también a San Romualdo, quien contando más de cien años, es con todo acusado de un crimen vergonzoso, tanto que se intentó quemarle vivo; a San Francisco de Sales, a quien por espacio de tres años se le juzgó manteniendo relaciones ilícitas con una persona del mundo, y esperar por todo ese tiempo que Dios le justifique de esta calumnia; por último, ved a Santa Liduvina, en cuyo aposento entró un día una mujer desgraciada para vomitar injurias a cuál más grosera.» Ninguno de nosotros ignora que nuestro bienaventurado Padre San Benito estuvo a punto de ser envenenado por los suyos, y ¡cuánto no tuvieron que sufrir nuestros primeros padres del Cister, así de sus hermanos de Molismo, como de otros monjes de su tiempo! Otro tanto aconteció al venerable Juan de la Barriére y al Abad de Rancé cuando quisieron implantar su reforma. San Francisco de Asís

renunció al cargo de Superior a causa de la oposición que encontró' entre los suyos: Fray Elías, su vicario general, no reparó en acusarle ante un crecido número de religiosos de ser la ruina del Instituto, y este mismo Fray Elías fue el que encarceló a San Antonio de Padua. San Ignacio de Loyola fue encerrado en los calabozos del Santo Oficio. San Juan de la Cruz, habiendo reformado el Carmelo, es arrojado por los Padres de la Observancia en una oscura cárcel, y allí privado de celebrar la Santa Misa durante largos meses, y tuvo además que sufrir rigurosísima abstinencia y las más duras disciplinas y reprensiones. Por idéntico motivo, y a causa de los caminos por los que Dios la llevaba, hubo de sufrir Santa Teresa durísimas vejaciones, de las que se percibe el eco en su Vida. Su confesor, el P. Baltasar Álvarez, sufrió también una especie de persecución motivada por su oración sobrenatural. Otros muchísimos podríamos citar, pero terminaremos por San Alfonso, que fue perseguido durante largos años: como teólogo por los rigoristas, como fundador de los Redentoristas por los regalistas, y finalmente por sus hijos, como ya dejamos dicho. Baronio cuenta cómo el Papa San León IX cedió a las prevenciones contra San Pedro Damiano: «Yo lo digo -añade este sabio Cardenal-, para consolar a las víctimas de estas malas lenguas, para hacer más prudentes a los demasiado crédulos y enseñarles a no prestar fácilmente oídos a las calumnias.»

Estas persecuciones hallan su aparente explicación en la diversidad de espíritus: «¿Qué acuerdo puede haber entre Jesucristo y Belial?» Los malos no pueden soportar la virtud por modesta y reservada que sea, porque los condena, los molesta y los quiere convertir. Las personas buenas, hasta que no han mortificado bastante sus pasiones (si éstas son numerosas), déjanse cegar y arrastrar cualquier día con menoscabo de la paz y de la caridad. Ejemplo de ello tenemos en el P. Francisco de Paula, encarnizado perseguidor de San Alfonso, que lejos de ser mal religioso, hasta gozaba de reputación muy recomendable. Mucho se hubiera extrañado si se le hubiese predicho que, andando el tiempo, trabajaría con celo digno de mejor causa en perder a su ilustre y santo Fundador, mediante informes tendenciosos, envenenados y

llenos de calumnias; hízolo, sin embargo, porque no había combatido suficientemente su desmesurada ambición, que ni siquiera había echado de ver hasta entonces. Los más santos pueden hacerse sufrir mutuamente, ya porque se engañan, o porque no entienden su deber de la misma manera, existiendo como existe entre los hombres diversidad de miras y caracteres.

Mas para penetrar a fondo el misterio de estas pruebas es preciso remontarse hasta Nuestro Señor y penetrar en los consejos de la Providencia. Jesús nos advierte que ha venido a traer la espada y no la paz, y que los enemigos del hombre serán los de su casa; que ha sido perseguido y hasta se ha llegado a llamarle Belcebú, y que no es el discípulo más que su Maestro; se nos odiará, se nos perseguirá de ciudad en ciudad, se nos entregará y llegará tiempo en que los mismos que nos den la muerte crean hacer un servicio a Dios. El Apóstol, a su vez, se hace eco de su Maestro: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo padecerán persecución»; pero termina diciendo el Señor, «bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Cuando os maldijeren y persiguieren y se hubieren dicho contra vos todos los males imaginables sin razón y por mi causa, regocijaos, alegraos porque vuestra recompensa es grande en el Reino de los cielos y tened presentes a los Profetas, que antes que vosotros fueron también perseguidos». Y ¿qué fin se propone la Providencia con estas pruebas purificadoras? Quiere señalar todas sus obras con el sello de la cruz, despojarnos de la estima y afecto propio, formarnos en la paciencia, en el perfecto abandono, en la caridad sólo por amor de Dios, consumar la santidad de sus mejores amigos.

Jesús humilde, despreciado, víctima de la iniquidad, pero manso y humilde de corazón en medio de los ultrajes, amante y abnegado hasta la total efusión de su sangre a pesar de todas las injusticias y perfidias, es el Maestro que nos muestra el camino, el Modelo al que el Espíritu Santo ha encargado la misión de hacernos semejantes. La Providencia emplea a los buenos y a los malos como instrumento para reproducir en nosotros a Jesús ultrajado, vilipendiado, tratado indignamente;

pero al propio tiempo el Espíritu Santo nos ofrece la gracia, obra en nosotros para hacernos imitar fielmente a Jesús manso y humilde de corazón, a Jesús lleno de dulzura y de heroica caridad. Caminar con paso resuelto por las huellas de Jesús perseguido, es entrar en las vías de la santidad. Murmurar, quejarse y andar con repugnancia, es arrastrarse penosamente en la mediocridad. San Alfonso, por su parte, dice: «Persuadámonos que en recompensa de nuestra paciencia en sufrir de buen grado las persecuciones, tendrá Dios cuidado de nosotros, pues es Dueño de levantarnos cuando quisiere. Mas aunque fuera preciso vivir en lo sucesivo, bajo el peso del deshonor, existe la otra vida, en la que por nuestra paciencia seremos colmados de honores tanto más sublimes.»

Olvidemos, pues, a los hombres y todas las faltas que creemos tienen, y desechemos de nuestro corazón la amargura y el resentimiento. Fijos constantemente los ojos en el eterno perseguido, en Jesús nuestro modelo y en el Amado de nuestras almas, adoremos como El todos los designios de su Padre, que es también el nuestro. Abracemos con amor las pruebas que El nos envía y los efectos de ellas ya consumados e irreparables, esforzándonos por sacar de ellos el mejor partido posible, entrando plenamente en las disposiciones de nuestro dulce Jesús y obrando en todo como El lo haría en nuestro caso. Esto no nos impide, en cuanto al porvenir, hacer lo que depende de nosotros para precaver los peligros, para evitar las consecuencias si fuere del agrado de Dios, siempre que la gloria divina, el bien de las almas, u otras justas razones lo exijan o lo permitan.

El beato Enrique Susón recorrió durante largo tiempo este doloroso camino, y ved las enseñanzas que recibió del cielo. Díjole una voz interior: «Abre la ventana de tu celda, mira y aprende.» La abrió, y fijando la vista, vio a un perro que corría por el claustro, llevando en su boca un trozo de alfombra con la que se divertía, ya lanzándola al aire, ya arrastrándola por el suelo, destrozándola y haciéndola pedazos. Una voz interior dijo al beato: «así serás tú tratado y despedazado por boca de tus hermanos». Entonces hízose esta reflexión: «Puesto que no puede ser de otra manera, resígnate; mira cómo esta

alfombra se deja maltratar sin quejarse, haz tú lo mismo.» Bajó, cogió la alfombra y la conservó durante largos años como preciado tesoro. Cuando tenía una tentación de impaciencia, la cogía en sus manos, a fin de reconocerse en ella y de adquirir la valentía de callarse. Cuando desviaba el rostro despreciando a los que le perseguían, era por ello castigado interiormente y una voz decíale en el fondo de su corazón: «Acuérdate que Yo, tu Señor, no aparté mi rostro a los que me escupían.» Entonces experimentaba un verdadero arrepentimiento y entraba de nuevo en sí mismo... Decíale aún la voz interior: «Dios quiere que cuando seas maltratado con palabras y hechos soportes todo con paciencia, quiere que mueras del todo a ti mismo, que no tomes tu diario alimento antes de haberte dirigido a tus adversarios y de haber sosegado, en cuanto te fuere posible, la ira de su corazón por medio de palabras y modales caritativos, dulces y humildes... No has de suponer que ellos sean otros Judas en el verdadero sentido de la palabra, sino los cooperadores de Dios que debe probarte para bien tuyo.»

San Alfonso, condenado por el Papa a causa de injustas acusaciones y separado definitivamente de la Congregación que había fundado, no se quejó y no recriminó a nadie, tan sólo dijo con heroica sumisión: «Seis meses ha que hago esta oración: Señor, lo que Vos queréis lo quiero yo también.» Y aceptó con el alma toda destrozada, aunque con resignación, vivir proscrito hasta la muerte, puesto que tal era la voluntad de Dios. Lejos de conservar animosidad contra su perseguidor, escribíale: «Me entero con alegría de que el Papa os prodiga sus favores. Tenedme al corriente de todo lo bueno que os acontezca, para que pueda dar gracias a Dios. Le pido aumente en vos su amor, que multiplique vuestras casas, y que os bendiga a vos y a vuestras misiones.» En esta prueba, como en todas las circunstancias difíciles, había comenzado por hacer que orase su Congregación y por recomendar a cada uno se renovase en el fervor, a fin de tener a Dios de su parte; después había tomado cuantas medidas podía aconsejar la prudencia, pero sometiéndose de antemano al divino beneplácito.

En lo más crudo de la persecución, San Juan de la Cruz

recibía los oprobios con alegría, porque creíase merecedor de peores tratamientos. Parecíale que no se le injuriaba bastante y suspiraba por el momento en que tendría que sufrir sangrientas disciplinas, a fin de poder sufrir por Dios esta afrenta y dolor. Creía tener tantos defectos, ser culpable de tantos pecados, que no se indignaba por las reprensiones y ultrajes, pues para él no eran injustos ni crueles. Por más que sus penas interiores fuesen aún mayores en esta época, se consolaba en sus continuas comunicaciones con Dios, y componiendo ese admirable cántico que explicó más tarde.

### 6. Del abandono en los bienes esenciales espirituales

Consideremos aquí la vida espiritual en su parte esencial: 1º Su fin esencial, que es la vida de la gloria. 2º Su esencia aquí abajo, que es la vida de la gracia. 3º Su ejercicio esencial en este mundo, es decir, la práctica de sus virtudes y la huida del pecado. 4º Sus medios esenciales, que son la observancia de los preceptos, de nuestros votos y de nuestras Reglas, etc. Todas estas cosas son necesarias a los adultos, religiosos o seglares, cualquiera que sea la condición en que Dios los ponga o el camino por donde los lleve. Son ellas el objeto propio de la voluntad de Dios, significada, y, por tanto, son del dominio de la obediencia y no del abandono. El abandono, sin embargo, hallará ocasiones de ejercitarse aun en estas cosas.

#### Artículo 1º.- La vida de la gloria

«Dios nos ha significado de tantos modos y por tantos medios su voluntad de que todos fuésemos salvos, que nadie puede ignorarlo. Pues aunque no todos se salven, no deja, sin embargo, esta voluntad de ser una voluntad verdadera, que obra en nosotros según la condición de su naturaleza y de la nuestra; porque la bondad de Dios le lleva a comunicamos liberalmente los auxilios de su gracia, pero nos deja la libertad de valernos de estos medios y salvarnos, o de despreciarlos y perdernos. Debemos, pues, querer nuestra salud como Dios la quiere, para lo cual hemos de abrazar y querer las gracias que Dios a tal fin nos dispensa, porque es necesario que nuestra voluntad corresponda a la suya.» Así se expresa San Francisco de Sales, al que nos complacemos en citar, para

vindicar su doctrina del abuso que de ella han hecho los quietistas. De este pasaje toma pie Bossuet para establecer con mil pruebas en su apoyo, que comprendida como está la salvación en primer término en la voluntad de Dios significada, el piadoso Doctor de Ginebra no la hacía materia del abandono y que, «si él extiende la santa indiferencia a todas las cosas», ha de entenderse con esto los acontecimientos que caen bajo el beneplácito divino. Además, sería impiedad contra Dios y crueldad para nosotros mismos hacernos indiferentes para la salvación o la condenación.

Esta monstruosa indiferencia era con todo muy querida de los quietistas, y condenaban el deseo del cielo y despreciaban la esperanza: unos, porque este deseo es un acto; otros, porque la perfección exige que se obre únicamente por puro amor, y el puro amor excluye el temor, la esperanza y todo interés propio. Tantos errores hay en esta doctrina como palabras contiene. Para dejar obrar a Dios y tornarse dócil a la gracia, es preciso suprimir lo que hubiera de defectuoso en nuestra actividad, mas no la actividad misma, ya que ella es necesaria para corresponder a la gracia: A Dios rogando y con el mazo dando, reza el refrán. El motivo del amor es el más perfecto, pero los demás motivos sobrenaturales son buenos y Dios mismo se complace en suscitarlos a las almas. La caridad anima las virtudes, las gobierna y ennoblece, mas no las suprime; y como reina que es, no va nunca sin todo su cortejo, ocupando ella el primer puesto y siguiéndola la esperanza, pues ambas son necesarias y, lejos de excluirse, viven en perfecta armonía. ¿Acaso no es propio del amor tender a la unión? Y así, cuanto más se enciende el amor, más intenso es el deseo de la unión, se piensa en el Amado, deséase su presencia, su amistad, su intimidad y no acertamos a separarnos de él. Cuando un alma fervorosa consiente de grado en no ir al cielo sino algún tanto más tarde, es por el sólo deseo de agradar a Dios abrazando su santa voluntad y de verle mejor, de poseerle más perfectamente durante toda la eternidad. En definitiva, ¿no es la salvación el amor puro, siempre actual, invariable y perfecto, mientras que la condenación es su extinción total y definitiva?

Es verdad que Moisés pide ser borrado del libro de la vida,

si Dios no perdona a su pueblo; San Pablo desea ser anatema por sus hermanos; San Francisco de Sales asegura que un alma heroicamente indiferente «preferiría el infierno con la voluntad de Dios al Paraíso sin su divina voluntad; y si, suponiendo lo imposible, supiera que su condenación seria más agradable a Dios que su salvación, correría a su condenación». En estos supuestos imposibles, los santos muestran la grandeza, la vehemencia, los transportes de su caridad, que están, sin embargo, a infinita distancia de una cruel indiferencia de poseer a Dios o perderlo, de amarle u odiarle eternamente. Tan sólo quieren decir que sufrirían con gusto, si el cumplimiento de la voluntad divina lo precisara, todos los males del mundo y hasta los tormentos del infierno, pero no el pecado; en todo lo cual demuestran lo que aman a Dios, y cuán deseosos se hallan de agradarle haciendo todo lo que El quiere, y glorificarle convirtiéndole almas. Santa Teresa del Niño Jesús era el eco fiel de estos sentimientos cuando, «no sabiendo cómo decir a Jesús que le amaba, que le quería ver por todas partes servido y glorificado, exclamaba que gustosa consentiría en verse sepultada en los abismos del infierno, porque El fuese amado eternamente. Esto no podía glorificarle, ya que no desea sino nuestra felicidad; pero cuando se ama, se experimenta la necesidad de decir mil locuras». Tales protestas son muy verdaderas en San Pablo, en Moisés y otros grandes santos; en las almas menos perfectas corren el riesgo de ser una presuntuosa ilusión, un vano alimento de su amor propio.

En resumen, es necesario querer positivamente lo que Dios manda; y como nada desea tan ardientemente como nuestra dicha eterna, es necesario querer nuestra salvación de un modo absoluto y por encima de todo. Aquí no cabe el abandono sino en cuanto al tiempo más cercano o más lejano, como hemos dicho tratando de la vida o de la muerte, y también en cuanto a los grados de gracia y gloria que ahora vamos a explicar.

### Artículo 2º.- La vida de la gracia

La vida de la gracia es el germen cuya expansión es la vida

de la gloria. La una pasa luchando en la prueba, la otra triunfa en la felicidad; mas en realidad, es una sola y misma vida sobrenatural y divina la que comienza aquí abajo y se consuma en el cielo. Por otra parte, la vida de la gracia es la condición indispensable de la vida de la gloria. y es la que determina su medida. En consecuencia, hemos de desear tanto la una como la otra. Dios quiere ante todo que aspiremos a ellas como a fin supremo de la existencia, ya que trabaja exclusivamente por hacérnoslas alcanzar, y el demonio por hacérnoslas perder. Las almas que plenamente han entendido la importancia de su destino, no tienen otro objetivo en medio de los trabajos y vicisitudes de esta vida, que conservar la vida de la gracia tan preciosa y tan disputada, y de llevarla a su perfecto desenvolvimiento. Tocante, pues, a la esencia de esta vida, no hay lugar al santo abandono, por ser la voluntad claramente significada que las almas «tengan la vida y que la tengan en abundancia».

Pero el abandono hallará su puesto en lo que concierne al grado de la gracia, y por ende al grado de las virtudes y al grado de la gloria eterna; pues, según el Concilio de Trento, «recibimos la justicia en nosotros en la medida que place al Espíritu Santo otorgárnosla, y en la proporción que cada uno coopera a ella». La gracia, las virtudes y la gloria dependen, por tanto, de Dios que da como El quiere, y del hombre en cuanto que se prepara y corresponde.

Puesto que todo esto depende de la generosidad individual, es preciso orar, orar más, orar mejor, corresponder a la acción divina con ánimo y perseverancia, no omitir esfuerzo alguno para no quedar por debajo del grado de virtud y de gloria que la Providencia nos ha destinado. ¿Cuál es la causa de que no seamos más santos? ¿Quién tiene la culpa de que tan sólo vegetemos como plantas marchitas, en lugar de tener sobreabundancia de vida espiritual? La gracia afluye a las almas generosas, se nos prodiga en el claustro, y más aún se nos prodigaría y frutos más copiosos produciría si supiéramos obtenerla mejor por la oración y no contrariaría por nuestras infidelidades. No, no es la gracia la que nos falta, nosotros somos los que faltamos a la gracia. No acusemos a Dios de paliar nuestra negligencia, pues tenemos muy

merecida esta reflexión de San Francisco de Sales: «Jesús, el Amado de nuestras almas, viene a nosotros y halla nuestros corazones llenos de deseos, de afectos y de pequeños gustos. No es esto lo que El busca, sino que querría hallarlos vacíos para hacerse dueño y guía suyo. Verdad es que nos hemos apartado del pecado mortal y de todo afecto pecaminoso, pero los pliegues de nuestro corazón están llenos de mil bagatelas que le atan las manos, y le impiden distribuimos las gracias que nos quiere otorgar. Hagamos, pues, lo que de nosotros depende, y abandonémonos a la divina Providencia.»

A pesar de todo, Dios permanece dueño de sus dones, y a nadie niega las gracias necesarias para alcanzar el fin que se ha dignado asignarnos. Pero a unos concede más, a otros menos, y con mucha frecuencia su mano abre con sobreabundancia y profusión cuando El quiere y como a El le place. Por eso Nuestro Señor, «con corazón verdaderamente filial, previniendo a su Madre con las bendiciones de su dulzura la ha preservado de todo pecado», y de tal suerte la ha santificado, que Ella es su «única paloma, su toda perfecta sin igual». Con certeza se afirma de San Juan Bautista y con probabilidad de Jeremías y de San José, que la divina Providencia veló por ellos desde el seno de su madre y los estableció en la perpetuidad de su amor. Los Apóstoles elegidos para ser las columnas de la Iglesia fueron confirmados en gracia el día de Pentecostés. Entre la multitud de los santos no hay quizá dos que sean iguales, pues la Liturgia nos hace decir en la fiesta de cada Confesor Pontífice: «No se halló otro semejante a él.» La misma diversidad reina entre los fieles, y ¿quién no ve que entre los cristianos los medios de salvación son más numerosos y eficaces que entre los infieles, y que entre los mismos cristianos hay pueblos y ciudades donde los ministros de la Religión son de mayor capacidad y el ambiente más ventajoso? La gracia riega el claustro más que el mundo, y con frecuencia un monasterio mucho más que otro. Pero es preciso guardarse bien de inquirir jamás por qué la Suprema Sabiduría ha concedido tal gracia a uno con preferencia a otro, ni por qué.

Ella hace abundar sus favores más en una parte que en otra. «No, Teótimo, nunca tengas esta curiosidad, porque

contando todos con lo suficiente y hasta con lo abundante para la salvación, ¿qué razón puede nadie tener para lamentarse, si a Dios place distribuir sus gracias con mayor abundancia a unos que a otros...? Es, pues, una impertinencia el empeñarse en inquirir por qué San Pablo no ha tenido la gracia de San Pedro, ni San Pedro la de San Pablo; por qué San Antonio no ha sido San Atanasio, ni San Atanasio San Jerónimo. La Iglesia es un jardín matizado de infinidad de flores; y así, conviene que las haya de diversa extensión, de variados colores, de distintos olores y, en suma, de diferentes perfecciones. Cada cual tiene su valor, su gracia y su esmalte, y todas en conjunto forman una agradabilísima perfección de hermosura. Además, no creamos jamás hallar una razón más plausible de la voluntad de Dios que su misma voluntad, la que es sobradamente razonable y aun la razón de todas las razones, la regla de toda bondad, la ley de toda equidad.»

En consecuencia, un alma que practica bien el santo abandono, deja a Dios la determinación del grado de santidad que ha de alcanzar en la tierra, de las gracias extraordinarias de que esta santidad pueda estar acompañada aquí abajo y de la gloria con que ha de ser coronada en el cielo. Si Nuestro Señor eleva en poco tiempo a alguno de sus amigos a la más alta perfección, si les prodiga señalados favores, luces sorprendentes, sentimientos elevadísimos de devoción, no por esto siente celos, sino que, muy al contrario, se regocija de todo esto por Dios y por las almas. En lugar de dar cabida a la tristeza malsana o a los deseos vanos, mantiénese firme en el abandono; y con esto, el grado de gloria a que aspira es precisamente el que Dios le ha destinado. Mas hace cuanto de sí depende con ánimo y perseverancia, a fin de no quedarse en plano inferior a ese grado de santidad, que es el objeto de todos sus deseos.

### Artículo 3º.- La práctica de las virtudes

Dios no deifica la sustancia de nuestra alma por la gracia santificante, y nuestras facultades por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, sino para hacernos producir actos sobrenaturales, como se planta un árbol frutal para que nos dé

frutos. Si nuestro Señor nos ha dado el precepto y el ejemplo, si nos intima sus amenazas y sus promesas, si nos prodiga sus gracias exteriores e interiores, es tan sólo para hacernos practicar la virtud, que huyamos del pecado y consigamos la vida eterna. Porque la práctica de las virtudes es el único camino de salvación y de perfección para los adultos, es también el fin próximo de la vida espiritual, es un ejercicio esencial, que unas veces es obligatorio y otras voluntario, es, en fin, la tarea que Dios asigna a nuestra actividad y ha de ser también el trabajo de toda la vida, pues las virtudes son numerosas, complejas e indefinidamente perfectibles.

Como la práctica de las virtudes pertenece, dice Bossuet, «a la voluntad significada, es decir, al expreso mandamiento de Dios, no hay en ella abandono ni indiferencia que practicar, y sería impiedad abandonarse a no adquirir virtudes o estar indiferente para tenerlas». Y San Francisco de Sales se expresa en idénticos términos: «Dios nos ha ordenado -dice- hacer cuanto podamos por adquirir las virtudes; así es que no olvidemos nada a fin de salir bien en esta santa empresa»; y añade en otra parte que podemos desearías y pedirlas, y hasta es más, lo debemos hacer de un modo absoluto y sin condición alguna.

Puesto que la práctica de las virtudes pertenece a la voluntad de Dios significada, debemos consagramos a ellas según los principios de la ascética cristiana, con la gracia desde luego, mas por propia determinación y sin esperar a que Dios, mediante las disposiciones de su Providencia, nos coloque en condiciones de hacerlo y nos declare de nuevo su voluntad, puesto que nos es ya suficientemente conocida, y esto basta. Labor nuestra es suscitar las ocasiones y utilizar las que nos ofrecen nuestras santas Reglas y los acontecimientos, pudiendo, además, multiplicar los actos de virtud sin ocasiones exteriores. No hay, pues, lugar al abandono en cuanto a la esencia de esta práctica, pero tendrá lugar en muchas cosas, como el grado, la manera y ciertos medios.

1º.- El grado de virtud. «Este depende a la vez -dice el P. le Gaudier- del hombre y de la gracia. Podemos, pues, y hasta debemos hacer los mayores esfuerzos para aumentarlo sin

cesar, contentándonos, sin embargo, con la medida que pluguiere a la divina Bondad. Por esto, si observamos que nuestros progresos disminuyen o se paralizan, si llegamos a omitir obras de virtud y aun a caer positivamente en algún defecto, hemos de afligimos de haber faltado a la gracia y por no haber correspondido a los deseos de Dios. Mas, ya que El juzgó oportuno permitir esta caída o poner este limite a nuestros progresos para procurar su gloria y nuestra humillación y para castigar también nuestra negligencia, es de todo punto necesario conformar nuestra voluntad a la suya.» Declaramos, sin embargo, con este piadoso autor, que «si no subimos más alto, es por lo regular debido a nuestra culpa: la gracia abunda en toda alma fiel, pero nosotros no tenemos un ideal bastante elevado, y nos falta el valor y la perseverancia».

2º.- Las maneras defectuosas de practicar la virtud. Un orgullo secreto, la necesidad de gozar, el miedo de sufrir, pueden en efecto mezclarse en ella. Pertenece a la mortificación cristiana poner orden, mas la Providencia nos proveerá gustosa de los medios para conseguirlo. Citemos algunos ejemplos: Existe ante todo la manera egoísta de buscarnos a nosotros mismos en las diversas consolaciones, en nuestros ejercicios de devoción y hasta en el progreso de nuestras virtudes. Dios nos gobernará en forma tal que nos quite poco a poco estos apegos, a fin de que con mayor pureza y simplicidad no ansiemos sino el beneplácito de su divina Majestad, y cultivemos en adelante las virtudes; «no ya porque ellas nos son agradables, honrosas y a propósito para contentar el amor que nos tenemos a nosotros mismos, sino porque son agradables a Dios, útiles a su honor y destinadas a su gloria». De ahí el que aun las almas más selectas sientan la aridez, atormentadas por mil repugnancias y dificultades, quebrantadas y aniquiladas por el sentimiento de su impotencia y de sus miserias. Dios quiere despojarlas del orgullo y de la sensualidad, para que aprendan a no servirle sino a El sólo y por puro espíritu de fe.

Existe también la manera inquieta y apresurada. Muchas, luego que se han decidido a perfeccionarse por la adquisición de las virtudes, querrían poseerlas todas de un golpe; como si aspirar a la perfección bastara para poseerlas sin trabajo. Dios

exige que hagamos cuanto está de nuestra parte por la fidelidad en conservar cada virtud según nuestra condición y vocación. Nos quiere así acostumbrar a tender a la perfección por grados con un corazón tranquilo. Por lo que mira a llegar a ella más pronto o más tarde, pide que lo dejemos a su Providencia; y suavemente nos conducirá, de suerte que moderemos la impaciencia de nuestros deseos y nos conservemos en la humildad.

3º.- Algunos medios de practicar la virtud. Dios se reserva el intervenir a su tiempo y como le plazca, para allanar los obstáculos, suscitar las ocasiones y facilitar el trabajo. Lo hace por cada acontecimiento de su beneplácito, empleando a todos los hombres en los intereses de su gloria, «pero a unos en la acción más que en el sufrimiento, a otros por el martirio, las persecuciones, la mortificación voluntaria, la enfermedad, etc. Nuestro papel consiste en hacernos indiferentes a todas estas cosas y esperar el divino beneplácito, y después, en abrazar su santa voluntad y estrecharla con amor así que aparezca claramente». ¿Acaso no es ella soberanamente sabia, paternal y saludable? Por otra parte, nadie tiene derecho a pedir cuenta a Dios de por qué nos pone aquí o por qué no nos conduce de otra manera. Mucho menos podemos exigir de El algunas de esas intervenciones especiales, en que su acción singularmente poderosa ilumina, abrasa, transforma las almas, o al menos las hace realizar un sensible progreso en poco tiempo y como sin esfuerzo de su parte. Santa Teresa en varios lugares de su Vida señala casos de este género. Cuenta en particular cómo el primer rapto con que el Señor la favoreció despególa súbitamente de ciertas amistades muy inocentes, pero a las que estaba muy apegada, y cómo después le era imposible entablar otras de las que no fuere Dios el único lazo. Mas estas ascensiones rápidas, estas iluminaciones súbitas, estas transformaciones sorprendentes no son sino muy raras excepciones. Dios, habiéndonos dotado de inteligencia y de voluntad libre, poniendo su gracia a nuestra disposición, «nos ha dejado en manos de nuestro consejo»; y así a nuestra actividad espiritual es a la que debemos exigir la práctica de las virtudes. Sería harto temerario y hasta insensato quien, contando con

intervenciones extraordinarias de Dios, descuidase la iniciativa personal y se durmiera en la pereza.

**Artículo 4º.- La huida del pecado**

«La vida del hombre sobre la tierra es un combate». Día y noche los enemigos de dentro y de fuera nos acechan con intento de robarnos el tesoro de nuestras virtudes, y aun la vida de la gracia y de la gloria. Es preciso vigilar, orar, luchar sin tregua, rechazar de continuo los asaltos del infierno, descubrir sus artificios, tener a raya nuestras malas inclinaciones y nuestras pasiones desarregladas, que están en inteligencia con él; y si ha conseguido penetrar en nuestras filas por el pecado, arrojarlo por la penitencia, reparar las consecuencias de nuestra falta, prevenir una nueva ofensiva, preparar la final victoria mediante la vigilancia y ánimo siempre alerta, y puesto que somos la debilidad misma, hemos de llamar en nuestra ayuda a la omnipotencia de Dios. La lucha es de absoluta necesidad y no debe terminar sino con la vida. El día que cesemos de combatir, el pecado nos invadirá como un implacable enemigo, y se precipitará sobre un país que ha cesado de oponerle una resistencia victoriosa. Además, téngase en cuenta lo que cuesta despegarse de todo y establecerse sólidamente en la pureza del corazón y en la paz del alma, por lo que, una vez adquirida, es preciso conservarla a todo trance.

«Nuestro Señor no cesa de exhortar, prometer, amenazar, defender, mandar e inspirar, a fin de apartar nuestra voluntad del pecado, en cuanto esto puede hacerse sin quitarnos la libertad.» La voluntad divina nos ha sido significada mil veces y bajo todas las formas, y ante una voluntad divina tan claramente conocida en cosas de tan capital importancia, la indiferencia sería criminal. Preciso es, pues, resolverse a luchar sin tregua ni descanso y entrar en combate, sin esperar otra cosa que la gracia prometida a la oración y a la fidelidad.

Sin duda, Dios pudiera venir en nuestra ayuda por una de esas intervenciones poderosas que rinden al alma y la cambian con pasmosa prontitud; y así es como Magdalena, la pecadora escandalosa, se transforma en un momento y llega

a ser maravillosamente pura; así es como Pedro, después de su triple negación, tropieza con la mirada de Jesús y comienza a derramar lágrimas que jamás han de cesar; como el buen ladrón, hasta entonces malhechor y blasfemo, realiza en el postrer momento una entera conversión y recibe de boca del Salvador la más consoladora seguridad; de esta manera es como los Apóstoles, antes tímidos e imperfectos, son confirmados en gracia y colmados de un valor intrépido el día de Pentecostés; como Saulo, el ardiente perseguidor, cae postrado en el camino de Damasco y pronto quedará convertido en un Apóstol no menos ardoroso. Dios pudiera sin dificultad hacernos pasar en un instante del pecado o de la tibieza a las más santas disposiciones, ya que en su poder están todas estas maravillosas transformaciones, mas, como advierte San Francisco de Sales, «son tan extraordinarias en la gracia, como la resurrección de los cuerpos en la naturaleza; de suerte, que no hemos de pretenderías». De igual manera, Dios pudiera calmar a las almas a quienes ve en la turbación o en otras disposiciones penosas, y hacerlo con una sola palabra suya, y establecerlas súbitamente en el estado en que El las quiere. Hácelo algunas veces, pero no es éste su método habitual. Prefiere que la «purgación y curación ordinaria, sea de los cuerpos, sea de los espíritus, no se haga sino poco a poco, progresivamente, paso a paso y entre dificultades y gustos».

Dios juzga más glorioso para nosotros y para El no salvarnos sin nosotros, o que nuestra perdición dependa de nosotros. Si nos preservase, si nos convirtiese, si nos transformase casi sin trabajo de nuestra parte, ¿dónde estaría nuestro mérito? Por el contrario, dejándonos más tiempo a nuestra propia determinación, exige de nosotros mayores esfuerzos, pero nos ofrece con el honor y mérito una fuente de incesantes progresos por la vigilancia, la oración, el combate, la penitencia, la humildad, la mortificación cristiana. Habiéndonos creado libres, nos gobierna libremente, juzgando preferible sacar bien del mal, a costa de nuestra libertad. Quiere, pues, que luchemos contra nuestras malas inclinaciones, nuestras pasiones desarregladas y los enemigos de fuera. El, que nos ha trazado el camino, nos

ofrecerá su gracia, nos recompensará según nuestras obras; pero nos deja obrar. Preciso es armarnos de valor para la lucha, adorando a la divina Providencia en esta santa disposición, «en la que brillan su sabiduría en regir las criaturas libres, su liberalidad en recompensar a los buenos, su paciencia en soportar a los malos, su poder para convertirlos, o por lo menos, para llamarlos al orden por la justicia, y en fin, el bien de su gloria que El halla en todas las cosas y es la que únicamente busca en todas ellas». Pero obedezcamos al mismo tiempo a su voluntad significada, que nos ordena aborrecer el pecado, evitarlo mediante la vigilancia, la oración y el combate o repararlo por la penitencia.

**Artículo 5º.- La observancia de los preceptos, votos, Reglas, etc.**

Expuesto ya lo concerniente a la gloria eterna, a la vida de la gracia, a la práctica de las virtudes y a la huida del pecado, agrupamos aquí en este mismo articulo todas las restantes materias pertenecientes a la voluntad de Dios significada, como son: los preceptos de Dios y de la Iglesia, los consejos evangélicos, los deberes de estado, y por consiguiente para nuestros religiosos, nuestros votos, nuestras Reglas y las órdenes de nuestros Superiores; y por último, las inspiraciones de la gracia, los ejemplos de Nuestro Señor y de los santos.

Ya que todo esto pertenece a la voluntad de Dios significada, constituye el dominio propio de la obediencia y no del abandono. Constituye, además, los medios que nos asigna Dios para huir del pecado, cultivar las virtudes, vivir de la gracia y tender a la gloria; y como El quiere el fin, quiere también los medios y los tiene en grande estima. Impone los unos por vía de precepto, o si no son obligatorios, llegan a serlo para nosotros por efecto de nuestra profesión; los otros continúan siendo facultativos, pero es Dios mismo quien nos lo propone, si bien es El quien nos incita por sus promesas y nos atrae por su gracia para no descuidarlos. Así es como, por ejemplo, nos induce, además de las oraciones y sacrificios obligatoriamente tasados por nuestras Reglas, y mediante las

condiciones requeridas, a hacer algo más por nuestra buena voluntad, y nos mueve a multiplicar los actos interiores de las virtudes, a seguir más de cerca a los santos, a nuestro dulce y amado Salvador Jesús.

En consecuencia, para cumplir todas estas cosas, al menos en lo que atañe a su obligatoriedad, no hemos de esperar a que los acontecimientos nos declaren la voluntad divina, o a que una moción especial del Espíritu Santo nos incline a cumplirla, porque ya nos es bastante conocida y, además, la gracia está a nuestra disposición. Por tanto, no tenemos sino caminar por nuestra propia determinación, fijos constantemente los ojos en los preceptos, en nuestras leyes monásticas y en las otras señales de la divina voluntad, a fin de regular de acuerdo con ella cada uno de nuestros pasos.

No hemos, sin embargo, de adherirnos a todas estas cosas, sino en tanto que continúen siendo la voluntad de Dios con respecto a nosotros. Si El deja de quererlas, nos es preciso despegarnos de ellas para poner todo nuestro afecto en lo que El quiere de presente, y no querer sino esto, porque algunos preceptos de Dios no son tan inmutables que no puedan ser modificados por las circunstancias; y lo propio sucede con los mandamientos de la Iglesia, como, por ejemplo: la asistencia a la Misa, el ayuno y la abstinencia en caso de enfermedad. Con mayor razón Dios podrá modificar algunas de nuestras obligaciones monásticas, cambiando nuestro estado de salud u otras circunstancias. Puede también, según le plazca, dejarnos o retirarnos la facilidad de ejecutar tal o cual práctica de libre elección. Es imposible a un solo hombre observar todos los consejos evangélicos o imitar todas las obras exteriores de Nuestro Señor y de los santos. Ha de hacerse una elección, que por lo regular la deja Dios a nuestra iniciativa; sin embargo, hácela con frecuencia El mismo, disponiendo de nosotros con su voluntad de beneplácito, por cuya razón habrá en todo esto materia más que suficiente para el Santo Abandono.

Dios asigna a cada uno el lugar de combate, las armas y el servicio según la vocación que nos da, o las circunstancias en que nos pone. En el siglo no se pueden practicar las observancias del claustro, y la vida estrictamente

contemplativa no soporta el apostolado de fuera, ni la vida activa las constantes ocupaciones de María. La indigencia en el mundo o la pobreza en la vida religiosa impedirá hacer limosna, etc.; y en nuestra misma vocación hay un dilatado horizonte abierto al divino beneplácito. En virtud de éste, confía Dios los altos cargos a uno, mientras deja al otro su puesto humilde, otorga la salud según le place, y con ella la facilidad de guardar todas las observancias; mas, cuando le parece, quita la fuerza y reduce a una impotencia total o parcial.

En resumen, no siendo posible seguir nosotros solos todos los ejemplos de Nuestro Señor y de los santos, ni todos los consejos evangélicos, con todo, hemos de estimarlos en su justo valor, no despreciar nada de lo que ha llevado a las almas a la perfección, sino seguir tan sólo aquellos consejos y prácticas que se armonizan con nuestra condición y nuestra vocación. Hemos de guardar esmeradamente las obligaciones comunes a todos los cristianos y los deberes propios de nuestro estado, adhiriéndonos de todo corazón a estos medios de santificación como queridos por Dios, redoblando, si fuere necesario, nuestros esfuerzos y el espíritu de fe para no aflojar en su observancia. Mas, si las disposiciones del divino beneplácito nos muestran que Dios no quiere ya de nosotros en la actualidad uno u otro de estos medios, y si tal es el sentir de los encargados de dirigirnos, desprendámonos de ellos, para no querer sino lo que Dios quiere de nosotros al presente, y compensar así la pérdida de esta práctica con un abandono filial al divino beneplácito.

## 7. El abandono en las variedades espirituales de la vida ordinaria

### PRIVACIÓN DE ALGUNOS SOCORROS ESPIRITUALES

Tomamos de San Francisco de Sales la expresión de variedades espirituales y la empleamos para significar todo lo que, no siendo esencial a la vida sobrenatural, se une a ella como el accidente a la sustancia.

En el capítulo precedente hemos recorrido lo que constituye el fundamento de la vida espiritual; su fin esencial,

su esencia y práctica esencial en este mundo, sus medios esenciales. Cualquiera que sea la situación en que Dios nos ponga, el camino por donde nos lleve, será preciso siempre tender a la gloria eterna, vivir de la gracia; y para esto, huir del pecado, practicar las virtudes a ejemplo de nuestro divino Modelo por los medios que nos asigna la voluntad de Dios significada, al menos por aquellos que son obligatorios para cada uno de nosotros. Esta es la parte invariable de la vida espiritual; por lo que ha de hallarse en cada uno de los fieles de cualquier edad que sean, y es la que comunica a todos los hijos de Dios el mismo parecido familiar que los distingue.

Pero, sobre todo este fundamento, vendrán a dibujarse los rasgos particulares que varían mucho de un alma a otra, y hasta en una misma persona en diferentes épocas. Hay inocentes y penitentes, religiosos y seglares, contemplativos y activos, etc. Dios ama la variedad en la unidad; y por lo mismo, multiplicará las vocaciones hasta lo infinito. Bajo una misma Regla, su gracia atraerá con preferencia a la penitencia o a la contemplación, a la obediencia o a la caridad. Por su voluntad de beneplácito dispondrá los acontecimientos de suerte que nos conduzcan según le agrade, en la paz o en la guerra, en la sequedad o en las consolaciones, por las vías comunes o por las místicas. La base de la vida espiritual permanecerá la misma para todas las almas, pero las condiciones accidentales serán muy diversas para imprimir a cada una su fisonomía particular.

Debemos hablar de esta diversidad, mas solamente en cuanto procede del beneplácito divino y da lugar al Santo Abandono. Comenzaremos por la que pueda hallarse en todos los caminos ordinarios o místicos, y a continuación hablaremos de la que es propia de los estados místicos.

Hemos dicho antes que el divino beneplácito puede privarnos por algún tiempo, o para siempre, de algunos medios de santificación, que sin esta circunstancia serian deseables y hasta obligatorios. Son, por ejemplo, personas, recursos, observancias, ejercicios de piedad y los sacramentos.

1º.- Las personas; un director, un superior, un padre, un amigo, cuya ayuda era para nosotros de la mayor importancia

en el orden espiritual y que Dios nos le quita o por la muerte o por la separación.

En verdad que no es permitido apoyarse en un hombre como si fuera la causa primera de nuestra santificación, pero puede ponerse la esperanza en él como agente secundario e instrumento de la Providencia en esta santa empresa, y cuanto más lleno del espíritu de Dios y capaz de hacernos bien, tanto más lícito, y hasta cierto punto necesario, nos será apoyarnos en él. Todas las ayudas que Dios nos da, sean de afección, de edificación o de dirección, es necesario recibirlas con reconocimiento, pero conservándonos dispuestos a bendecir a Dios si nos las quita, como le bendecimos por habérnosla prestado; seguros de que, si bajo el golpe de una prueba aceptada generosamente derramamos algunas lágrimas, el amor de Dios, aunque tan celoso, no nos las reprochará.

Quizá os parezca que sin el auxilio de este apoyo no os podríais sostener. Sin embargo, habéis de saber que este sabio director, este santo superior, este amigo espiritual os ha sido dado mientras os era muy útil y en cierto punto indispensable. Dios empero, ¿ha cesado de amaros? ¿No es todavía vuestro Padre? ¿Cómo podrá olvidar vuestros sagrados intereses? Creed, pues, que no os abandona. Es verdad que el guía, cuya pérdida lamentáis, os ha conducido felizmente hasta aquí; pero, ¿sabéis si sería apto para conduciros por el camino que aún habéis de recorrer? Nuestro Señor pudo decir a sus Apóstoles, sin duda porque le amaban con un afecto sensible: «Os conviene que Yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; y si me voy, os le enviaré». Este amigo, este director, ¿os es más necesario que Nuestro Señor lo era a los Apóstoles? - Diréis quizá: es un castigo a mis infidelidades-. Sea; mas los castigos de un padre vienen a ser para los hijos dóciles un remedio saludable. ¿Queréis desarmar a Dios, mover su corazón, obligarle a colmaros de nuevas gracias?, aceptad su castigo, pedidle su ayuda; y en premio de vuestro confiado abandono a su voluntad, o bien os proveerá del guía que actualmente necesitáis, o El mismo se encargará de vuestra dirección.

Al P. Baltasar Álvarez, habiéndose puesto un día a calcular el mal que le causaba la pérdida de su director, fuele dicho interiormente: «injuria a Dios el que se imagina tener necesidad de un socorro humano del que está privado sin culpa de su parte. El que por medio de un hombre te dirigía, quiere en la actualidad dirigirte por Sí mismo; ¿qué razón tienes para lamentarte? Es por el contrario un señalado beneficio y preludio de grandes favores». San Alfonso añadía: «nuestra santificación no es obra de nuestros padres espirituales, sino de Dios. Cuando el Señor nos los concede, quiere que nos aprovechemos de su ministerio para la dirección de nuestra conciencia, mas cuando nos los quita quiere que, lejos de quedar por ello descontentos, redoblemos nuestra confianza en su bondad y le hablemos de este modo: Señor, Vos me disteis apoyo, y Vos me lo quitáis ahora, hágase siempre vuestra voluntad, pero ahora venid en mi ayuda y enseñadme lo que debo hacer para serviros fielmente». Bien entendida, esta confianza en Dios no dispensa de practicar las diligencias necesarias para hallar otro director, porque «a Dios rogando y con el mazo dando».

Terminemos con el P. Saint-Jure: «En la pérdida de las personas que nos son útiles para nuestro progreso espiritual, se cometen con frecuencia notables faltas, sintiendo demasiado vivamente su separación, no teniendo la suficiente sumisión a los designios de Dios sobre estas personas; testimonio evidente de que había excesivo apego a ellas y que se dependía más del instrumento que de la causa principal. Sea que esos directores vivan, sea que mueran, ha de decir el alma que sinceramente ama a Dios y su propia perfección, que se vayan o que permanezcan; todo, Señor, lo que Vos queráis y como Vos lo queráis; sois Vos quien me ha enviado estos guías, Vos quien me los quita, no los quisiera yo retener. Vuestra amable y amantísima voluntad me es más querida que su presencia; Vos me habéis instruido por ellos cuando quisisteis dármelos y por eso os doy gracias. Ahora que Vos me los quitáis, sabréis muy bien instruirme por otros que vuestra bondad paternal se dignará concederme cuando fuere necesario como os lo suplico; o bien, Vos mismo me instruiréis por lo que será preferible.»

Esta prueba es mucho más dolorosa cuando aquellos que Dios nos había dado como apoyo cesan de sostenemos, y volviéndose contra nosotros, amenazan echar por tierra nuestros más caros proyectos. Esto es lo que sucedió a San Alfonso de Ligorio cuando quiso fundar su Congregación. Debía ésta prestar a la Iglesia inapreciables servicios, y, sin embargo, no bien sus antiguos hermanos se dan cuenta de que van a perderle, dan riendo suelta a «su descontento, sus sarcasmos, sus mordaces ironías contra el traidor, el desertor, el ingrato que los abandona». Hasta se trató de arrojarlo de la Propaganda; levantan contra él la opinión pública, y sus mejores amigos le vuelven la espalda. Sus directores, a pesar de aprobarle, no quieren ocuparse ya de él, y la ternura de su padre le obliga a sostener un formidable asalto. Sus primeros discípulos, negándose a entrar en sus miras, fomentan el cisma, y le dejan casi solo. En una palabra, a excepción de su Obispo y de su nuevo director, fáltanle todos los apoyos, casi todos se vuelven contra él. En medio de este desencadenamiento de lenguas, estas discusiones, estas separaciones, Alfonso hace orar a las almas santas, y, para conocer con seguridad la voluntad divina, se dirige a los más sabios consejeros, implora cerca de Dios la luz por medio de continuas oraciones y mortificaciones espantosas. Con el corazón herido, póstrase a los pies de Jesús Agonizante y con El exclama: «Dios mío, ¡hágase tu voluntad! »Persuadido de que Dios no necesita ni de él ni de su obra, pero que le ordena proseguirla, se esfuerza por conseguir su objeto, aunque sea a costa de verse solo, y asegura que Dios no ha permitido todas esas divisiones sino para mayor bien. Los acontecimientos que siguieron a estas separaciones, prueban que Dios las permitió, no sólo para depurar por medio de la tribulación a San Alfonso, sino a otras muchas almas entregadas a su gloria, para emplearlas después en las obras de su gracia. «Todas estas cañas se convierten bajo su mano en árboles cargados de frutos excelentes.» La Beata María Magdalena Postel pasó por la misma prueba en una circunstancia análoga.

2º.- Los recursos de que disponemos para la realización del bien, nos los puede Dios quitar según su beneplácito. Así,

puede privarnos de la fortuna, de la salud, de las comodidades, de los talentos y de la ciencia; rebajarnos si le agrada, aniquilarnos, por decirlo así, por algún tiempo o de un modo definitivo. Tratando del abandono en los bienes y males temporales, hemos hablado de todas estas cosas y queremos mencionarlas aquí, en cuanto son los instrumentos del bien espiritual; y para no repetir, diremos tan sólo que Dios no exige ya de nosotros las obras pasadas, pues nos quita los medios de realizarlas. Al presente sólo nos pide la paciencia y la resignación, hasta desea nuestro abandono completo; gracias a esta santa indiferencia y a esta amorosa sumisión, le daremos más gloria y aprovecharemos más en nuestra penuria que en el tiempo de la abundancia.

Vamos a proponer, como lo hace San Francisco de Sales, el ejemplo del Santo Job. Este gran servidor de Dios no se dejó vencer por ninguna aflicción. En tanto que duró su primera prosperidad, usó de ella para derramar el bien a manos llenas, y como él mismo dice: «Era pie para el cojo, ojo para el ciego, proveedor del hambriento y refugio de todos los afligidos.» Contempladle ahora reducido a la más extrema pobreza, privado por completo de sus hijos y de su fortuna. No se queja de que Dios le haya herido en sus más caras afecciones, le haya privado de continuar tantas buenas obras tan interesantes y tan necesarias a la vez; se resigna, y se abandona. En este solo acto de paciencia y de sumisión muestra más virtud, hácese más agradable a Dios, que por las innumerables obras de caridad que hacía en el tiempo de la prosperidad. «Porque es preciso tener un amor más fuerte y generoso para este solo acto que para todos los otros juntos.» Nosotros también, «dejémonos despojar por nuestro Soberano Maestro de los medios de realizar nuestros deseos por buenos que sean, cuando a El le agrade privarnos de ellos, sin quejamos ni lamentarnos jamás como si nos hiciera un gran agravio». En efecto, la paciencia y el abandono compensarán abundantemente el bien que ya no podemos hacer. Esta santa indiferencia por la salud, por los talentos y la fortuna, esta amorosa unión de nuestra voluntad a la de Dios, ¿no es la muerte a sí mismo y la perfección de la vida espiritual? ¿Hay medio más poderoso para atraer la gracia sobre nosotros,

sobre los nuestros y sobre nuestras obras?

3º.- Algunas observaciones regulares, algunas prácticas personales pueden llegar a sernos imposibles, por un tiempo más o menos largo, a causa de la enfermedad, de la obediencia o de otras causas semejantes. Además hay prácticas que nos hubieran sin duda complacido, y otras que nunca hemos podido abrazar, de donde pueden muy bien originarse, cierto que sin fundamento, turbaciones y disgustos. Una misma persona no conseguirá imitar todas las virtudes de que Nuestro Señor y los santos nos han dado ejemplo; y por eso, será preciso resignarse al ejercicio de aquellas que nos corresponden en el orden de la Providencia. Nunca, por consiguiente, podremos quejamos de la parte que Ella nos haya asignado, pues es muy dilatado el camino que se nos presenta. Si con perseverante fidelidad nos aplicamos a cumplir los deberes que nos incumben cómo cristianos, los que son propios de nuestra situación y las obligaciones diarias, no sólo en conjunto, sino hasta los últimos detalles, tenemos materia más que suficiente para hacernos grandes santos.

Es cierto que nuestra vocación nos priva de algunos medios de santificación que Dios propone a otros; mas, lo que perdemos por una parte, será fielmente compensado por otra. De esta manera, sí la pobreza no me permite la limosna corporal, haré la espiritual, y a falta de dinero, daré mis oraciones y sacrificios. La vida contemplativa me prohíbe el apostolado de las obras exteriores; pues yo lo ejercitaré por los trabajos de la vida interior, y en lugar de correr por el mundo tras los pecadores, cerca de Dios será donde trataré su causa. La vida activa no me deja sino una parte muy exigua de las dulzuras y santas ocupaciones de la vida contemplativa; me santificaré, sin embargo, dignificando mis trabajos por la obediencia y abnegación, por una intención pura y el pensamiento habitual de Dios. Si por nuestra parte utilizamos del mejor modo posible los medios que nos ofrece nuestra vocación, bastará para conducirnos a la perfección más encumbrada. ¿No ha habido santos en todas las Ordenes religiosas y en todas las clases sociales? Es cierto que algunas situaciones son más favorables en sí; mas para cada

uno de nosotros, sólo es buena aquella en que Dios nos quiere poner.

¿La enfermedad me impide ayunar, guardar la abstinencia, tomar parte en el Oficio Divino?, no importa. Puedo cantar las alabanzas divinas en mi corazón, imponer una severa abstinencia a mi juicio y a mi voluntad, hacer ayunar a mis ojos, a mi lengua, a mi corazón, a todos mis sentidos por una mortificación más exacta. Lo que hubiera ganado cumpliendo mis deberes en la salud, lo compensaré cumpliendo fielmente los que me impone mi enfermedad, como la paciencia, el desprendimiento, la obediencia y el Santo Abandono.

Una obediencia o cualquiera otra causa semejante que me priva de ciertas regularidades comunes, de algunas prácticas privadas, es una pérdida que puedo siempre reparar, cumpliendo por de pronto con gran resolución los deberes de mi nueva situación; después, «aplicándome a redoblar, no mis deseos ni mis ejercicios, sino la perfección de hacerlos, esforzándome así para ganar más con un solo acto (como, sin duda, lo puedo conseguir), que con cien otros que pudiera realizar por mi propia elección y gusto».

Después de todo, el único medio para crecer en virtud, ¿no es dejar nuestra voluntad para seguir la de Dios? Desde el momento que somos celosos por nuestras obligaciones de cristianos, por las observancias regulares y nuestras prácticas privadas, y no abandonamos ni unas ni otras sino por el divino beneplácito y no por falta nuestra, ¿por qué inquietamos? Dios es el que lo hace todo; y para compensar la pérdida hay mil medios, de los que el principal es precisamente nuestro celo en renunciar nuestra voluntad para seguir la suya, hasta en las cosas que nos parecen más justas y más santas.

4º.- Nuestra vida está consagrada a la contemplación por los ejercicios de piedad que son como el alimento de nuestra alma, y he aquí que una obediencia, un aumento de trabajo, la enfermedad sobre todo, vienen a romper la cadena de nuestras prácticas piadosas. Ya no podéis oír Misa ni siquiera el domingo, y estáis privado del alimento sagrado de la Comunión, y pronto quizá, vuestro estado de debilidad os hará incapaz de orar. No os quejéis; que Nuestro Señor os quiere hacer participar de su mismo alimento, que quizá no conocéis.

«Mi alimento, os dirá, es hacer la voluntad de mi Padre a fin de consumar la obra que me ha confiado». Pues bien, esta obra que pretende consumar en nosotros y con nosotros, es nuestra perfección; y para ello es preciso que muramos a nuestra voluntad propia hasta en lo tocante a la piedad, de modo que sola la voluntad de Dios reine en nosotros. Preguntándose un día el P. Baltasar Álvarez, a causa de un impedimento, si debía celebrar los santos Misterios, dióle interiormente Dios esta respuesta: «Esta acción tan santa os puede ser o muy útil o muy dañosa, según que Yo la apruebe o no la apruebe.» En otras circunstancias, díjole Dios: mi gloria no se encuentra ni en esta ni en aquella obra, sino en el cumplimiento de mi voluntad; ahora bien, «¿quién puede saber mejor que Yo lo más conducente para mi gloría?»

Es indudable que debemos tener el mayor celo por nuestros ejercicios de piedad, especialmente por la Misa y Sagrada Comunión y jamás abandonarlos ni por el disgusto, ni por la sequedad, ni por consideración alguna de este género; pero aun en esto, es necesario que nuestra piedad se regule según la adorable voluntad de Dios, de otra suerte llega a ser desordenada. «Hay almas -dice San Francisco de Sales- que después de haber cercenado todo el amor que profesaban a las cosas dañosas, no dejan de conservar amores peligrosos y superfluos, aficionándose demasiado a las cosas que Dios quiere que amen.» De ahí que nuestros ejercicios de piedad (que, sin embargo, tanto debemos estimar), pueden ser amados desordenadamente, cuando se les prefiere a la obediencia y al bien común, o se les estima en calidad de último fin, ya que no son sino medios para nuestra filial pretensión, que es el amor divino.

Otro motivo por el que Dios impone privaciones a nuestra piedad, es el mérito del sufrimiento. Una religiosa no había podido durante tres días visitar a Nuestro Señor en el sagrado Tabernáculo, oír Misa, ni comulgar, y exclamaba: «Dios mío, estos tres días me los devolveréis en la eternidad, apareciéndoos ante mi vista más hermoso, más grande, a fin de indemnizarme. Para reemplazar al pan eucarístico, me habéis dado el pan del sufrimiento... Más se da a Dios en el sufrimiento que en la oración.» Además es necesaria la Cruz.

Cierto día, decía Nuestro Señor a la misma religiosa: «Cuando quiero conducir a un alma a la cumbre de la perfección, le doy la Cruz y la Eucaristía; ambos se completan. La Cruz hace amar y desear la Eucaristía, y la Eucaristía hace aceptar la Cruz al principio, amarla después y, por fin, desearla. La Cruz purifica el alma, la dispone, la prepara para el divino banquete; y la Eucaristía la alimenta, fortifica, la ayuda a llevar su Cruz, la sostiene en el camino del Calvario. ¡Cuán preciosos dones son la Cruz y la Eucaristía! Son los dones de los verdaderos amigos de Dios.»

San Alfonso nos ofrece un ejemplo edificante tanto de fidelidad generosa a nuestros ejercicios de piedad, como de resignación no menos perfecta al beneplácito divino. La enfermedad habíale confinado en su pobre celda, y sus transportes extáticos ante el Santísimo Sacramento llegaron a ser tan frecuentes que llamaban la atención general... Finalmente, Villani hubo de prohibirle en absoluto que bajase a la iglesia. Obedeció el Santo; pero, ¡cuánto le costó no poder ir a orar a los pies de Jesús, su único amor en este mundo! ... Con frecuencia, olvidándose de la prohibición, se arrastraba hasta la escalera atraído por una fuerza irresistible. Trataba en vano de bajar y se retiraba deshecho en lágrimas a su celda; o bien se le representaba la prohibición de Villani, y todo confuso decía: «Es verdad, Jesús mío; es mejor alejarse de Vos por obedecer, que permanecer a vuestros pies desobedeciendo.» Sufría aún más al no poder celebrar el Santo Sacrificio, y recordando las alegrías celestiales que tantas veces había gustado allí, prorrumpía en sollozos. Consolábase entonces ofreciendo al Señor este acto de resignación: «Oh Jesús, Vos no queréis que celebre la Misa, fiat, que se haga vuestra adorable voluntad.

## 8. Los fracasos y las faltas

### Artículo 1º.- Fracasos en las obras de celo

Hablemos ante todo «de ciertos bienes morales o espirituales, como el ejercicio de una función de celo, la dirección de una obra de caridad», todas nuestras empresas exteriores para la gloria de Dios.

Es posible que la Providencia no nos los exija; y en tal caso, dice el P. Dosda, «el verdadero amor de Dios nos obliga o nos aconseja sacrificar estos bienes secundarios al bien supremo, que es la voluntad de Dios. En este punto, personas, por demás excelentes, encuentran a veces un escollo peligroso; es decir, que confunden el amor de Dios con el amor del bien, siendo dos cosas muy distintas. Hay circunstancias en que es preciso abandonar el bien que Dios no nos exige, para unirse a Dios solo y para entregarse por completo a la divina Providencia».

Cuando en estas obras nos emplea, es necesario no buscar en ellas sino a Dios y con estas miras sobrenaturales.

«Buscar el bien, continúa el mismo autor, no es la verdadera caridad cuando se quiere el bien con mala intención, ni aun cuando se quiere el bien por el bien. La divina caridad quiere sin duda el bien, pero lo quiere por Dios. ¡Cuántos desalientos, cuántas envidias, cuántas pequeñeces en los hombres menos amigos de nuestro Señor que del bien! Sus esfuerzos por el bien no tienen con frecuencia resultado, y se desconciertan por ello. Ven a otros que comparten sus trabajos y los envidian y les consume hasta el punto de que, para salir airosos de sus empresas, no temen desacreditar o contrariar a otros obreros de la misma grande obra, la de la Redención. Amanse a sí mismos y prefieren el bien humano al bien divino; aparentan ir a Jesucristo, y no hacen sino un hábil, y con frecuencia inconsciente, rodeo para volver a sí mismos, ignorando la diferencia que media entre un hombre de bien y un hombre de Dios. ¡Cuántas obras brillantes en apariencia, son estériles en realidad, porque el amor propio más bien que el amor divino, había precedido a su formación y a su dirección!»

No contentos con vigilar sobre la pureza de intención en todas nuestras empresas, nos es preciso adherirnos fuertemente al deber, es decir, a la voluntad sola de Dios, y hacernos indiferentes por virtud al éxito o al fracaso. En efecto, por una parte, creemos prudentemente que Dios exige de nosotros por el momento estas obras, y por otra, jamás conocemos sus ulteriores intenciones; «con frecuencia, y a fin de ejercitamos en esta santa indiferencia (en las cosas de su

servicio), nos inspira proyectos muy elevados en los que, sin embargo, no quiere que haya éxito». Parece esto un juego de la Providencia, mas es un juego muy lucrativo, en que se gana perdiendo, pues Dios tiene ahí reservados a la vez el beneficio de piadosos deseos de un trabajo concienzudo y de la prueba bien aceptada. Por el contrario, el éxito quizá nos hubiera hecho perder la humildad, el desasimiento y aun otras virtudes. Esto supuesto, «lejos de abandonar los asuntos a merced de los acontecimientos, es preciso no olvidar nada de cuanto se requiere para conducir a feliz éxito las empresas que Dios pone en nuestras manos; a condición, sin embargo, de que, si el desenlace es contrario, lo recibamos pacífica y tranquilamente, porque nos está mandado tener un gran cuidado de las cosas que miran a la gloria de Dios y que nos han sido encomendadas, mas no estamos obligados ni encargados del resultado, ya que éste no está a nuestro alcance. De aquí que nos es preciso ya comenzar y proseguir la obra mientras se pueda, osada, animosa y constantemente; y del mismo modo es necesario conformarse dulce y tranquilamente con el resultado, tal como Dios sea servido de disponérnoslo».

Nuestro Padre San Bernardo había predicado la segunda Cruzada sólo por orden del Papa, confirmando su palabra con innumerables milagros, y muchos otros prodigios atestiguaron más tarde que el Santo realmente había ejecutado la voluntad divina. Y con todo, la expedición fue muy desgraciada: levantóse contra el santo predicador una tempestad de recriminaciones que no pudieron menos de afectarle. El venerable Juan de Casamari le escribió para consolarle: «Si los cruzados se hubieran conducido como verdaderos cristianos, el Señor hubiera estado con ellos. Se han precipitado en el vicio, y a su malicia ha respondido su clemencia; pues no ha descargado sobre ellos tantas aflicciones, sino para purificarlos y conducirlos al cielo. Muchos han muerto confesando que se sentían felices en dejar la vida, por temor de que volviendo a su país, volviesen también al pecado. En cuanto a Vos, el Señor os ha concedido la gracia de la palabra y de las obras en este asunto, porque conocía todo el fruto que de él había de sacar.» Si, pues, la

empresa había fracasado ante los hombres, había tenido éxito según los designios de Dios; no se libró con ella la Iglesia de Oriente, pero poblóse la Iglesia del Cielo. El Santo en medio de su dolor, adoraba los designios de Dios, daba buena acogida a la humillación y decía: «Si es necesario que se murmure, prefiero sea contra mí, que no contra Dios, y de esta manera feliz me consideraré en servirle de escudo. Con gusto recibo las aceradas flechas de los maldicientes y los dardos emponzoñados de los blasfemos, con tal que no lleguen hasta El; y hasta mi gloria vendo porque se respete la suya.»

Citemos también a San Francisco de Sales en los siguientes ejemplos: «San Luis, por inspiración divina pasa el mar para conquistar la Tierra Santa; el suceso le fue contrario, y él reverencia y acata dulcemente la voluntad divina: yo estimo más la dulzura de esta conformidad que la magnanimidad del proyecto. San Francisco va a Egipto para convertir allí los infieles o morir mártir entre ellos, pues tal fue la voluntad de Dios; y con todo, vuelve sin conseguir ni lo uno ni lo otro en virtud de esa misma voluntad. Voluntad de Dios fue igualmente que San Antonio de Padua desease el martirio y no lo obtuviese. San Ignacio de Loyola, habiendo con tantos trabajos levantado la Compañía de Jesús, de la que veía tantos hermosos frutos y los preveía para el porvenir, tuvo, sin embargo, el valor de prometer que, si la veía desaparecer, lo cual sería el mayor disgusto que podría recibir, después de media hora se habría ya resuelto y conformado a la voluntad de Dios.» Otros muchos pudieran citarse y del mismo San Francisco de Sales. Cuando su Instituto de la Visitación estuvo a punto de ser aniquilado en su mismo nacimiento a causa de una gran enfermedad de Santa Juana de Chantal, que había sido su primera piedra, dijo: «¡Está bien! Dios se contentará con el sacrificio de nuestra voluntad, como lo hizo con Abraham. El Señor nos había dado grandes esperanzas, y el Señor nos las quita, ¡bendito sea su santo nombre!» «Yo me figuro siempre a nuestra Congregación, escribía San Alfonso, como un barco en alta mar combatido por vientos contrarios. Si Dios quiere sepultarlo en medio de todo esto en el fondo de los abismos, digo ahora, y repetiré siempre: ¡Bendito sea su santo nombre!»

Y el piadoso Obispo de Ginebra añade: «¡Qué dichosas son tales almas, osadas y fuertes en las empresas que Dios las inspira, dóciles y dispuestas a abandonarlas cuando así El lo dispone! Estas son señales de una indiferencia muy perfecta, cesar de hacer un bien cuando ello agrada a Dios, y volverse en la mitad del camino cuando la voluntad de Dios, que es nuestra guía, así lo ordena.» ¡Cuánto glorifica a Dios y a nosotros enriquece abandono semejante! Por el contrario, ¡qué poco sobrenatural se muestra quien se deja entonces dominar por la inquietud, el disgusto, el desaliento! «Jonás mostró gran sinrazón de entristecerse porque, después de haber anunciado el castigo del cielo, Dios no cumplía su profecía sobre Nínive. Hizo la voluntad de Dios anunciando la destrucción de Nínive, pero mezcló su propio interés y voluntad propia con la de Dios; por eso, cuando vio que Dios no ejecutaba su predicción según el rigor de las palabras que había usado al anunciar el castigo, quejóse y murmuró indignadamente. Mas si hubiera tenido por único motivo de sus acciones el beneplácito de la voluntad divina, hubiérase mostrado tan contento de verla cumplida en el perdón de la pena que había merecido Nínive, como en verla satisfecha en el castigo de la culpa que aquella ciudad había cometido.

»Nosotros queremos que aquello que emprendemos y tratamos tenga feliz resultado, pero no es razonable que Dios haga todas las cosas a nuestro gusto.»

Si acontece que el fracaso ha sido motivado por culpa nuestra, por ejemplo, una falta de celo o de prudencia, ¿podremos, aun en este caso, decir que es necesario conformarse con la voluntad de Dios? Ciertamente, puesto que reprueba la falta, mas quiere el castigo. «Dios no fue causa de que David pecase; mas le infligió la pena debida por su pecado. No fue causa del pecado de Saúl; pero sí de que, en castigo, no consiguiese la victoria. Cuando, por consiguiente, sucede que los designios santos no obtienen resultado en castigo de nuestras faltas, es necesario igualmente detestar la falta por un sincero arrepentimiento y aceptar la pena que por ello sentimos, porque así como el pecado es contra la voluntad de Dios, así la pena es conforme a su voluntad.»

En una palabra, todas nuestras empresas para gloria de Dios reclaman su acción y la nuestra. «A nosotros toca plantar y regar, pero sepamos que es Dios quien da el crecimiento.» Debemos, pues, hacer lo que de nosotros depende y poner el éxito en manos de la Providencia.

**Artículo 2º.- Fracaso en nuestra propia santificación**

Otro tanto hemos de decir de nuestra propia santificación.- El progreso en las virtudes y la corrección de nuestros defectos reclaman a la vez la acción divina y nuestra cooperación. La gracia está prometida a la oración y a la fidelidad, si bien el Señor continúa juez y dueño de sus dones, no menos que del tiempo y otras circunstancias.

Nada nos es tan querido como nuestra santificación; pero mucho más aún la estima de Nuestro Padre Celestial. En cuanto de nosotros depende, tengamos grandes deseos, elevemos bien alto nuestras aspiraciones. ¿Cómo no contar con Nuestro Señor que nos ha dado su vida en la Cruz y que se ofrece cada día sobre nuestros altares, y que nos ha elegido para una vocación llena de promesas? Si nuestra buena voluntad se apoya, no en nosotros, sino en El, nada hemos de temer sino la carencia de deseos ardientes o el dejar muchas gracias improductivas. Deseemos, pues; oremos, trabajemos con constancia y método, y si es necesario aún, reanimemos nuestro ardor, y jamás dejemos languidecer esta santa vigilancia, pero pongamos en manos de nuestro Padre Celestial el éxito, mejor dicho, la medida, el tiempo, la forma y demás circunstancias de este buen resultado, de suerte que desaparezca la inquietud, el apresuramiento y todo proceder defectuoso en la consecución de nuestro fin.

En lo concerniente al progreso de nuestras virtudes, «hagamos cuanto está de nuestra parte -dice San Francisco de Sales- a fin de salir airosos en nuestra santa empresa, que después de que hayamos plantado y regado..., la abundancia del fruto y de la cosecha hemos de esperarla de la divina Providencia. Y si no sentimos el progreso y aprovechamiento de nuestras almas en la vida piadosa tal como querríamos, no

nos turbemos por ello; antes permanezcamos en paz haciendo que la tranquilidad reine siempre en nuestros corazones. El labrador no está jamás reprendido de que no haya conseguido una buena recolección, pero sí de que no haya debidamente trabajado y sembrado sus tierras. No nos inquietemos, pues, de vernos siempre novicios en el ejercicio de las virtudes, porque en el convento de la vida devota todos se estiman siempre novicios, y toda la vida está allí destinada a la probación, no habiendo otra señal de ser no solamente novicio, sino digno también de expulsión y reprobación, que pensar en tenerse por profeso..., y la obligación de servir a Dios y hacer progresos en su amor dura siempre hasta la muerte».

Nuestro piadoso Doctor previene a Santa Juana de Chantal contra «ciertos deseos que tiranizan el corazón. Querrían ellos que nada se opusiese a sus designios, que no tuviéramos oscuridad alguna, sino que todo brillara con luz meridiana; no querrían sino dulzura en nuestros ejercicios, sin disgustos, sin resistencia, sin divagaciones, no se contentan con que no consintamos, sino que querrían que ni siquiera las sintiésemos», etc. Y este prudente director desea a su santa hija «un ánimo varonil y en manera ninguna quisquilloso, que no se preocupe ni de lo dulce ni de lo amargo, ni de la luz ni de las tinieblas, que camine decididamente en el amor esencial, fuerte y sincero de nuestro Dios y deje correr acá y allá estos fantasmas de tentaciones».

Por otra parte, este fracaso será más aparente que real y hasta habrá en eso un progreso constante, aunque inadvertido quizá, siempre que nosotros hagamos lo que de nosotros depende, es decir, que nos mantengamos en el deseo de adelantar y este deseo se afirme mediante serios esfuerzos. Nuestro Padre San Bernardo nos da de ello consoladora seguridad diciendo: que «el infatigable deseo de avanzar y el esfuerzo continuo hacia la perfección se consideran como la perfección misma». Téngase muy en cuenta que el Santo habla aquí del esfuerzo y no del sentimiento. Con tal que la voluntad se mantenga firme en su deber, las repugnancias nada significan; también el gran Apóstol experimentaba la oposición del hombre viejo, pero pasaba por encima de ella. El

sentimiento no es el criterio más justo; pues, siendo las virtudes de orden espiritual, puede uno poseerlas sin sentirlas, y es por sus frutos por lo que hemos de juzgarlas. Una persona está inundada de consuelos y se desborda en efusiones de ternura, pero le falta generosidad y no sabe aceptar las pruebas, lo que indica que tiene amor de niño. Otra se encuentra árida como el desierto, pero se mantiene firme en su deber, contenta de tener una cruz que llevar, sonriente cuando se le reprende o contraría, ¿no es su amor cien veces más fuerte y más verdadero? Santa Juana de Chantal lloraba a lágrima viva creyendo no tener ya ni fe, ni esperanza, ni caridad, y San Francisco de Sales la consolaba diciendo: «Es una verdadera insensibilidad, que no os priva sino de la fruición de todas las virtudes; sin embargo, las tenéis en muy buen estado, pero es Dios quien no quiere que disfrutéis de ella.»

Notemos, por último, que con la gracia y la buena voluntad es necesario también el tiempo. Así como es necesario para el pleno desarrollo de nuestro cuerpo y de nuestras facultades, para la cultura intelectual o para el aprendizaje de las artes, así lo es también para la adquisición de las grandes virtudes. ¡Dichosos los Santos que, trabajando con gran ahínco, sin tregua ni reposo, acumulan enorme suma de virtudes y de méritos! ¡Dichosos seremos también nosotros, pero en menor escala, si no habiendo podido trabajar tanto, hemos podido llegar a producir tan sólo la cuarta parte o la mitad, con tal que no nos hayamos alejado demasiado de nuestros modelos! Un pensamiento debe estimular constantemente nuestra actividad espiritual y es que el salario se dará en proporción al trabajo, y que el Divino Maestro examina a la vez la cantidad y la calidad.

En lo concerniente a nuestras pasiones y a nuestros defectos hemos de conservar la misma actitud de combate sin tregua, y de apacible abandono.

«Estas rebeliones -dice San Francisco de Sales- del apetito sensitivo, tanto en la ira como en la concupiscencia, han sido dejadas en nosotros para nuestro ejercicio, a fin de que practiquemos la fortaleza espiritual resistiéndolas. Es el filisteo contra el cual los verdaderos israelitas han de combatir sin

cesar, sin que jamás puedan derribarle por completo; podrán, si, debilitarle, mas no acabarán con él. Vive constantemente en nosotros y con nosotros muere, y es en verdad execrable, por cuanto que ha nacido del pecado y tiende continuamente a él... Con todo, no nos turbemos por esto; porque nuestra perfección consiste en combatirlas, y mal las pudiéramos combatir sin tenerlas, ni vencerlas sin encontrarlas. Nuestra victoria no se cifra, pues, en no sentirlas, sino en no consentirías. Además, es conveniente que para ejercitar nuestra humildad, seamos algunas veces heridos en esta batalla espiritual; y, sin embargo, no somos considerados como vencidos, sino cuando hemos perdido o la vida o el valor.»

Preciso es, pues, resolvemos a combatir con paciencia y perseverancia, mas en calma y en paz. Y así, una vez que hayamos hecho lo que está de nuestra parte, entonces habremos cumplido todo nuestro deber, quedando todo lo demás a merced de la divina Providencia. Pero ante la persistencia y la obstinación de estas luchas que se renuevan cada día sin terminarse jamás, «la pobre alma se turba, se aflige, se inquieta y piensa que hace bien en entristecerse, como si fuera el amor de Dios quien la excita a la tristeza. Sin embargo, Teótimo, no es el amor divino el que produce esta turbación, pues no se apesadumbra o desazona sino por el pecado; es nuestro amor propio que desearía estuviésemos libres del trabajo que los asaltos de nuestras pasiones nos causan; la molestia de resistir es la que nos inquieta», a menos que sea la humillación de experimentar la vergüenza de vernos tentados.

Mas, a pesar de todo, dirá alguno, si yo conozco que mis faltas multiplicadas han sido impedimento a mi progreso en las virtudes, y que ese retraso en la corrección de mis defectos proviene de mi negligencia, ¿cómo no inquietarme por ello? Imploremos de Dios el perdón, detestemos la ofensa y aceptemos humildemente la pena y la humillación que de ahí nos viene; y sin perder el tiempo, el valor y la paz en estériles lamentaciones, trabajemos con diligencia en realizar mayores progresos en lo porvenir. Pero permanezcamos tranquilos, pues la turbación es nuevo mal y no remedio, y el desaliento

sería el peor de los castigos. Por otra parte, nuestras mismas faltas, con tal de que nos levantemos y volvamos a emprender el camino evitando los escrúpulos y la inquietud, no detienen la marcha hacia adelante, sino que al contrario, nos enseñan, según expresión de San Gregorio, «esta perfección poco común que consiste en reconocer que uno no es perfecto». Son el velo bajo el cual oculta Dios a las almas sus virtudes para impedir la yana complacencia, y a veces tómase de ellas ocasión para renovarse en una humilde vigilancia y hacer a la oración más suplicante; son, en fin, una lección que nos instruye, un aguijón que nos hace apresurar el paso y hasta sirven de provecho a quien sabe utilizarlas.

**Artículo 3º.- El fracaso en el trato con las almas**

De igual modo, al ejercitar el celo para con las almas, hemos de hacer lo que de nosotros dependa con fervor prudente y sostenido, pero en apacible abandono. Dios, en efecto, pide el deber, pero no exige el éxito.

Ante todo es necesario amar a las almas en Dios. A medida que aumenta en nuestros corazones el fuego del santo amor, debe producir la llama del celo, y de un celo verdaderamente católico, tan vasto como el mundo.

Algunas almas nos serán especialmente queridas, sea porque están a nuestro cargo, sea por otros títulos particulares. A la luz de la eternidad es como convendrá considerarlas a todas; el Soberano Juez nos pedirá cuenta de ellas, el infierno las acecha y el cielo no se abrirá quizá a muchas sino por nosotros; por tanto, hemos de hacer donación total y completa de las almas a Dios y de Dios a las almas. El Padre ha sacrificado a su unigénito Hijo, objeto único de sus complacencias, para que el mundo no perezca y tenga vida eterna. Nuestro Señor se inmola sobre la Cruz, se ofrece a cada instante sobre nuestros altares, alimenta las almas con su propia sustancia, les da la Iglesia, el Sacerdocio, los Sacramentos y les prodiga las gracias interiores y exteriores. Por medio de su Espíritu Santo ilumina y atrae, estrecha y rodea, conquista y sostiene y persigue, y hace volver y perdona; en una palabra, nos ama a pesar de

nuestras miserias y casi sin medida. ¡Bello ejemplo que ha movido profundamente a los santos y que confundirá nuestra tibieza! Por grande que sea nuestro celo, ¿podrá compararse con el de Dios?

A la manera de Dios es como se precisa amar a las almas, conformándonos con su conducta y con el orden de su Providencia, habiéndonos Dios hecho libres, jamás hará violencia a nuestra voluntad, pero da a todos con abundancia, a unos más a otros menos, en la medida y tiempo y en la forma que a El le place. También nosotros daremos a todos, en especial a aquellos que deben sernos más amados; la oración, el ejemplo y el sacrificio; pondremos cuidado particular en la oración pública, si nos hallamos honrados con este sublime apostolado, y si por cualquier otro título nos son confiadas las almas, cuidaremos de ellas con un celo proporcionado al amor que Dios las tiene, al precio que tienen ante sus ojos. Cumpliremos nuestro deber y orando con incansable fervor conservaremos la paz, por el debido respeto a los derechos de Dios y al orden de su Providencia; puesto que es dueño de sus dones y ha juzgado conveniente otorgar a las almas libre albedrío.

No faltarán decepciones. Dios mismo, por mas que posea la llave de los corazones, no penetra por la fuerza, se detiene a la puerta y llama. Mas he aquí el misterio de la gracia y de la correspondencia: el uno se apresura, el otro rehúsa abrir; muchos no ponen atención, y con harta frecuencia Dios queda fuera. Nuestro dulce Salvador, el bienhechor y el amigo por excelencia, ha venido a sus dominios y los suyos no le han recibido, sino que los mal intencionados tratan de sorprenderle en sus palabras y discursos; la multitud se retira, Judas le traiciona, los demás Apóstoles huyen y, cuando cae bajo los golpes de sus enemigos, su Iglesia no es sino frágil arbolillo combatido por la tempestad. Los discípulos no han de ser más que su Maestro: a pesar de los prodigios que obran, los Apóstoles terminan por dejarse matar, dejando un rebaño, débil aún, en medio de lobos; si algunos santos han conseguido los éxitos más brillantes, otros, y no de los menores, han fracasado en apariencia y hasta el fin. Para no citar sino a San Alfonso, diremos que sus primeros discípulos

le abandonan y, en lo sucesivo, ¡cuántos otros que se marchan o han de ser eliminados! Dos de ellos llegan al extremo de confabularse para desacreditarle ante el Soberano Pontífice y hacer que le expulsase de la Orden. Todos estos contratiempos eran necesarios para elevar al fundador a la cumbre de la santidad, y establecer su fundación sobre la roca firme del Calvario. Mas, como los designios de Dios no se manifiestan sino con lentitud, no es pequeña prueba para un sacerdote celoso ver en peligro las almas, o para un Superior dejar en una mediocridad a aquellas a las que se proponía conducir a la santidad.

Por dolorosa que sea la falta de éxito, es preciso ver en ella una permisión de Dios, recibirla con un tranquilo abandono, y hacerla servir para nuestro progreso espiritual. Es una de las ocasiones más propicias para abismarnos en la humildad, desprendernos de la vanagloria y de las consolaciones humanas, depurar nuestras intenciones y buscar sólo a Dios en el trato con las almas. Con el Profeta Rey bendeciremos a la Providencia por habemos humillado, pues con harta frecuencia el éxito ciega, infla y embriaga; hace olvidar que las conversiones vienen de Dios y que son quizá debidas no a nosotros, sino a un alma desconocida que ruega y se inmola en secreto. La falta de éxito reduce al justo sentimiento de la realidad, nos recuerda que somos pobres instrumentos, nos invita a entrar en nosotros mismos; y si fuere necesario, a corregir nuestros deseos, rectificar nuestros métodos, renovar nuestro celo e insistir en la oración. Porque si nuestra negligencia y nuestras faltas han contribuido al mal, es preciso no sólo borrarlas por la penitencia, sino reparar sus consecuencias en la medida posible, redoblar el celo, la oración, el sacrificio.

No debe, sin embargo, esta humilde resignación entibiar nuestro ardor. Cuando las almas no corresponden a nuestros cuidados, «lloremos -dice San Francisco de Sales-, suspiremos, oremos por ellas con el dulce Jesús, que después de haber derramado lágrimas abundantes durante toda su vida por los pecadores, murió por fin con los ojos anublados por el llanto y el cuerpo empapado todo en sangre». Condenado, vendido, abandonado, hubiera podido conservar

su vida y dejarnos en la obstinación, pero nos amó hasta el fin, mostrando así que la verdadera caridad no se desanima, segura como está de que ha de triunfar al fin de la más obstinada resistencia; lo espera todo, porque espera en Dios que todo lo puede. Si la misericordia se estrella ante Judas, ha, sin embargo, santificado a la Magdalena, a San Pedro, a San Agustín, a todos los santos penitentes. La humildad, que nos revela nuestras miserias y nuestras faltas, nos muestra con evidencia las dificultades de la virtud y nos inspira profunda compasión hacia las almas aún débiles. «¿Qué sabemos -añade el dulce Obispo de Ginebra- si el pecador hará penitencia y conseguirá la salvación? En tanto conservemos la esperanza (y mientras hay vida, hay esperanza), jamás hemos de rechazarle, sino más bien orar por él, y le ayudaremos en cuanto su desdicha lo permita.»

Después de todo, si las almas defraudan nuestras esperanzas, como nosotros nada hayamos escatimado, para su bien, no hemos de responder de su pérdida, pues hemos cumplido con el deber, hemos glorificado a Dios y regocijado su misericordioso corazón en lo que a nosotros se refiere. En estas condiciones, el sentimiento de nuestra insuficiencia o de nuestras responsabilidades nada tienen que inquietarnos. Asimismo lo asegura Nuestro Padre San Bernardo en su carta al beato Balduino, su discípulo: Se os pedirá -le dice- «lo que tenéis y no lo que no tenéis. Estad preparados para responder, pero sólo del talento que os ha sido confiado, y en cuanto a lo demás estad tranquilo. Dad mucho, si mucho habéis recibido, y poco, si poco es lo que tenéis... Dad todo, porque se os pedirá todo hasta el último óbolo; pero por supuesto, lo que tenéis y no lo que no tenéis».

«Mas, en último recurso, después que hayamos llorado sobre los obstinados y hayamos cumplido para con ellos los deberes de la caridad, a fin de conseguir, si fuera posible, apartarlos de la perdición, debemos imitar a Nuestro Señor y a los Apóstoles; es decir, desviar de ellos nuestro espíritu y volverle a otros objetos, a otras preocupaciones más útiles para la gloria de Dios. Porque mal podremos entretenemos en llorar demasiado a unos, sin que se pierda el tiempo propio y necesario para la salvación de los otros. Por lo demás, es

preciso adorar, amar y alabar para siempre la justicia vengadora y punitiva de nuestro Dios como amamos su misericordia, pues tanto una como otra son hijas de su bondad. Pues así como por su gracia quiere hacernos buenos, como bonísimo, o mejor dicho, como infinitamente bueno que El es, así por su justicia quiere castigar el pecado, porque le odia; pero le odia porque, siendo soberanamente bueno, detesta el sumo mal que es la iniquidad. Y nota, Teótimo, como conclusión, que siempre, o punitivo o remunerador, su beneplácito es adorable, amable y digno de bendición eterna.

»Así el justo que canta las alabanzas eternas de la misericordia por aquellos que serán salvos, gozará igualmente cuando vea la justicia..., y los ángeles custodios, habiendo ejercido su caridad para con los hombres, cuya guarda y custodia han tenido, quedarán en paz viéndolos obstinados y aun condenados. Necesario es, pues, reverenciar la divina voluntad, y besar con igual acatamiento y amor la diestra de su misericordia que la siniestra de su justicia.»

Otras pruebas se hallarán en la dirección de las almas. Cada una tiene al menos la misión providencial de hacernos practicar el desasimiento de los hombres y de las cosas, un celo absolutamente puro y el Santo Abandono. Por vía de ejemplo, digamos que hay personas que nos proporcionan cumplida satisfacción y Dios, sin embargo, nos las quita de un modo inesperado; entonces, lejos de murmurar, besemos la mano que nos hiere. ¿No es misión nuestra el conducir las almas a Dios...?; ya hemos tenido el dulce consuelo de verla realizada. Para El las formamos, y a El le pertenecen más que a nosotros. Si El, pues, estima conveniente privarnos de la alegría que su presencia nos inspira y de nuestras caras esperanzas, ¿no es justo que la voluntad de Dios se anteponga a la nuestra, su infinita sabiduría a nuestras miras tan limitadas, y nuestros intereses eternos a los de la tierra?

### Artículo 4º.- Nuestras propias faltas

Hablemos ahora de nuestras propias faltas.

Ante todo, pongamos el mayor cuidado en huir del pecado; pero mantengámonos en apacible resignación a las

disposiciones de la Providencia. En efecto, dice San Francisco de Sales, «Dios odia infinitamente el pecado y, sin embargo, lo permite sapientísimamente, con el fin de dejar a la criatura racional obrar según la condición de su naturaleza y hacer más dignos de alabanza a los buenos, cuando pudiendo violar la ley, no la violan. Adoremos, pues, y bendigamos esta santa permisión; mas ya que la Providencia que permite el pecado, le aborrece infinitamente, detestémosle con Ella y odiémosle, deseando con todas nuestras fuerzas que el pecado permitido (en este sentido) no se cometa jamás, y como consecuencia de este deseo, empleemos todos los medios que nos sea posible para impedir el nacimiento, el progreso y el reinado del pecado. Imitemos a Nuestro Señor que no cesa de exhortar, prometer, amenazar, prohibir, mandar e inspirar cerca de nosotros para apartar nuestra voluntad del pecado, en tanto que lo puede hacer sin privarnos de nuestra libertad.» Si perseveramos constantemente en la oración, la vigilancia y el combate, serán más raras nuestras faltas a medida que avancemos, menos voluntarias y mejor reparadas, y nuestra alma se consolidará en una prudencia cada vez mayor. Sin embargo, salvo una especialísima gracia, como la concedida a la Santísima Virgen, es imposible en esta vida evitar todo pecado venial, pues hasta los santos mismos recurrieron a la confesión.

Pero si aconteciera que cometiésemos algún pecado. «hagamos cuanto de nosotros depende, a fin de borrarlo. Aseguró Nuestro Señor a Carpus: que, si preciso fuere, sufriría de nuevo la muerte para librar a una sola alma del pecado». Con todo, «sea nuestro arrepentimiento fuerte, sereno, constante, tranquilo, pero no inquieto, turbulento, ni desalentado».

«Si me elevo a Dios -decía Santa Teresa del Niño Jesús- por la confianza y el amor, no es por haber sido preservada de pecado mortal. No tengo dificultad en declararlo, que aunque pesaran sobre mi conciencia todos los pecados y todos los crímenes que se pueden cometer, nada perdería de mi confianza. Iría con el corazón transido de dolor a echarme en brazos de mi Salvador, pues sé muy bien que ama al hijo pródigo, ha escuchado sus palabras a Santa Magdalena, a la

mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podrá intimidarme, porque sé a qué atenerme en lo que se refiere a su amor y a su misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se abismaría en un abrir y cerrar de ojos como gota de agua arrojada en ardientes brasas.»

No imitemos, pues, a las personas para quienes un arrepentimiento tranquilo es una paradoja. ¿No ha de haber un término medio entre la indiferencia a la que tanto teme su espíritu de fe, y el despecho, el abatimiento en que los arroja su impaciencia? Jamás sabríamos precavernos lo bastante contra la turbación que nuestros pecados nos causan, lo cual, lejos de ser un remedio, es un nuevo mal. Mas, por nocivas que las faltas sean en sí mismas, lo son más aún en sus consecuencias cuando producen la inquietud, el desaliento y a veces la desesperación. Por el contrario, la paz en el arrepentimiento es muy deseable. «Santa Catalina de Sena cometía algunas faltas, y afligiéndose por este motivo ante el Señor, hízola entender que su arrepentimiento sencillo, pronto y vivo y lleno de confianza, le complacía más de lo que había sido ofendido por las faltas. Todos los santos han tenido faltas, y a veces los mayores las han tenido considerables, como David y San Pedro, y jamás quizá hubieran llegado a santidad tan encumbrada si no hubieran cometido faltas y faltas muy grandes. Todo concurre al bien de los elegidos -dice San Pablo-; hasta sus pecados -comenta San Agustín-.»

Existe, en efecto, el arte de utilizar nuestras f altas, y consiste el gran secreto en soportar con sincera humildad, no la falta misma, ni la injuria hecha a Dios, sino la humillación interior, la confusión impuesta a nuestro amor propio; de suerte que nos abismemos en la humildad confiada y tranquila. ¿No es el orgullo la principal causa de nuestros desfallecimientos? Poderoso medio para evitar sus efectos, será aceptar la vergüenza, confesando que se la tiene merecida. Con sobrada facilidad eludimos las otras humillaciones, persuadiéndonos de que son injustas, ¿pero cómo no sentir la dura lección de nuestras faltas, siendo así que ellas ponen de manifiesto tanto nuestra nativa depravación como nuestra debilidad en el combate? La humillación bien recibida produce la humildad, y la humildad a

su vez, recordándonos sin cesar ya sea el tiempo que hemos de recuperar, ya las faltas cuyo perdón necesitamos implorar, alimenta la compunción de corazón, estimula la actividad espiritual y nos torna misericordiosos para con los demás.

El P. de Caussade hace a este propósito muy atinadas reflexiones: «Dios permite nuestras pequeñas infidelidades, a fin de convencernos más íntimamente de nuestra debilidad, y para hacer morir poco a poco en nosotros esta desdichada estima de nosotros mismos, que nos impediría adquirir la verdadera humildad de corazón. Ya lo sabemos; nada hay más agradable a Dios que este absoluto desprecio de sí, acompañado de una entera confianza puesta solamente en El. Grande es, pues, la gracia que este Dios de bondad nos hace cuando nos constriñe a beber, las más de las veces a pesar de nuestra repugnancia, este cáliz temido por nuestro amor propio y nuestra naturaleza caída. De no hacerlo así, jamás curaríamos de una presunción secreta y de una orgullosa confianza en nosotros mismos. Nunca llegaremos a comprender, cual conviene, que todo el mal viene de nosotros, y todo bien sólo de Dios; y para hacernos habitual este doble sentimiento, se precisa un millón de experiencias personales, y tanto más, cuanto que estos vicios ocultos en nuestra alma son mayores y más arraigados. Son, pues, para nosotros muy saludables estas caídas, en cuanto que sirven para conservarnos siempre pequeños y humillados delante de Dios, siempre desconfiados de nosotros mismos, siempre anonadados a nuestros propios ojos. Nada más fácil, en efecto, que servirnos de cada una de nuestras faltas para adquirir un nuevo grado de humildad, y de este modo ahondar más en nosotros el fundamento de la verdadera santidad. ¿Por qué no admirar y bendecir la infinita bondad de Dios, que así sabe sacar nuestro mayor bien hasta de nuestras faltas? Basta para esto no amarlas, humillarse dulcemente y levantarse con infatigable constancia después de cada una de ellas, y después trabajar en corregirse.»

En cuanto a las consecuencias penales del pecado, si Dios permite que no las podamos evitar, hemos de recibirlas con humilde aquiescencia al divino beneplácito. Consecuencias del pecado son, por ejemplo, la confusión en presencia de

nuestros hermanos, alguna herida causada a nuestra reputación, un quebrantamiento en la salud. Puede acontecer que nuestra negligencia, nuestras indiscreciones, maledicencias, arrebatos, en fin, nuestro mal carácter, nos procuren disgustos, humillaciones, mortificaciones, perjuicios en nuestros intereses. Nuestras faltas nos dejarán tras sí una turbación, preocupación de espíritu, penosas inquietudes. Dios no ha querido el pecado, pero quiere sus consecuencias; nos hace sufrir para curarnos, y nos hiere aquí abajo, a fin de no verse precisado a castigarnos en el otro mundo. ¡Señor!, hemos de exclamar entonces, bien merecido lo tengo; Vos lo habéis permitido, Vos lo habéis querido así, hágase vuestra voluntad, que yo la adoro y a ella me someto. Todo esto lo realizamos sin turbación, sin disgusto, sin inquietud, sin desaliento, recordando que Dios, aunque odia el pecado, sabe hacer de él instrumento muy útil para conservarnos en la abyección y en el desprecio de nosotros mismos.

Con esta misma filial tranquilidad aceptaremos las consecuencias penales de nuestras imprudencias. En opinión del P. dc Caussade, «apenas hay prueba más mortificante para el amor propio; y por lo mismo, no existe quizá otra más santificadora que ésa. No es tan difícil ni con mucho aceptar las humillaciones que vienen de fuera y que en manera alguna hemos provocado. Nos resignamos también más fácilmente a la confusión causada por faltas más graves en sí mismas con tal que se mantengan ocultas; mas una sencilla imprudencia que lleva consigo consecuencias desagradables, patentes a la vista de todos, he aquí sin género de duda la más humillante de las humillaciones, y ved ahí, por consiguiente, una excelente ocasión para herir de muerte al amor propio, y que jamás habremos de desperdiciar. Tómase entonces el corazón con ambas manos y se le obliga, a pesar de su resistencia, a hacer un acto de perfecta resignación, siendo éste el momento más favorable para decir y repetir el fiat de un perfecto abandono; más aún, es preciso esforzarse por llegar hasta la acción de gracias y añadir al fiat el Gloria Patri. Una sola prueba así aceptada hace progresar a un alma más que numerosos actos de virtud».

San Francisco de Sales «jamás se impacientaba contra sí

mismo, ni contra sus propias imperfecciones, y el disgusto que experimentaba por sus faltas era tranquilo, reposado y firme; pues juzgaba que nos castigamos mucho más a nosotros mismos con el arrepentimiento tranquilo y constante, que con el agrio, inquieto y colérico; y tanto más, cuanto que estos arrepentimientos de la impetuosidad no obedecen a la gravedad de nuestras faltas, sino a nuestras inclinaciones. En cuanto a mí -decía-, si hubiera dado una caída lamentable, no reprendería a mi corazón de esta forma: ¿no eres un miserable y digno de abominación, tú que, después de tantas resoluciones, aún te dejas arrastrar de la vanidad? Muere de vergüenza, y no levantes ya los ojos al cielo, ciego, desconsiderado, traidor y desleal a tu Dios. Más bien le corregiría razonablemente y por vía de compasión: Vamos, pobre corazón mío; arriba, pues otra vez hemos caído en la fosa que tanto habíamos procurado evitar. ¡Vamos!, levantémonos, abandonémosla para siempre, imploremos la misericordia de Dios y esperemos que ella nos asistirá para ser más firmes en lo sucesivo, y volvamos al camino de la humildad. Animo, pues; velemos sobre nosotros mismos, que Dios nos ayudará. Y como efecto de esta reprensión querría tomar una sólida y firme resolución de no volver a caer, tomando para ello los medios convenientes».

Por su parte, el P. de Caussade aconseja dirigir sin cesar a Dios esta oración interior: «Señor, dignaos preservarme de todo pecado, y de un modo especial en tal materia. Mas, en cuanto a la pena que debe curar mi amor propio, a la humillación, a la santa abyección que hiere mi orgullo y que debe abatirlo, la acepto por el tiempo que os plazca, y os la agradezco como una gracia especial. Haced, Señor, que estos amargos remedios produzcan su efecto, que curen mi amor propio y me ayuden a adquirir la santa humildad, que es el sólido fundamento de la vida interior y de toda perfección.»

A pesar de la oración y de los esfuerzos, se cometerán nuevas faltas, cuyo único remedio estriba en humillarnos siempre más profundamente, volver a Dios con la misma confianza y reanudar el combate sin desanimarnos jamás. «Si de una vez aprendemos a humillamos sinceramente por nuestras menores faltas, levantarnos sin demora mediante la

confianza en Dios, con paz y dulzura, será esto seguro remedio para lo pasado, un socorro poderoso para el presente, un eficaz preservativo para el porvenir. Mas el abandono bien comprendido ha de librarnos de esta impaciencia que hace deseemos llegar de un salto a la cumbre de la montaña, de la santidad y que sólo consigue alejarnos de ella. El único camino es el de la humildad; y la impaciencia es una de las formas del orgullo. Trabajemos con todas nuestras fuerzas en la corrección de nuestros defectos, mas resignémonos a no conseguirlo en un solo día. Pidamos a Dios con las más vivas instancias y confianza más filial, esta gracia decisiva que nos arrancará por completo de nosotros mismos para hacernos vivir únicamente en El y dejémosle con filial abandono el cuidado de determinar el día y la hora en que tal gracia ha de sernos otorgada.»

### 9. Las pruebas interiores en general

Hemos considerado ya los bienes y los males temporales, la esencia de la vida espiritual y sus modalidades extrínsecas. Réstanos estudiar las penas de la vida interior; primero en general, y después algunas en particular, como las tentaciones, las arideces, las oscuridades, etc. Allí en donde el abandono será moneda corriente, pues, estas pruebas son inevitables y muy frecuentes; según San Alfonso, constituyen «la más amarga de todas las penas posibles».

«No hay día -dice San Francisco de Sales- que se parezca enteramente a otro; y así los hay nebulosos, de lluvia, secos y de viento. Otro tanto sucede en el hombre: su vida se desliza como el agua, flotando y ondulando en una continua diversidad de movimientos que, ya le levantan a la esperanza, ya le abaten por el temor, ya le tuercen a la derecha por los consuelos, ya a la izquierda por la aflicción; de suerte que nunca se halla en un mismo estado... Quisiéramos no hallar ninguna dificultad, ninguna contradicción, ninguna pena, sino más bien consolaciones sin arideces, reposo sin trabajo, paz sin turbación, pero, ¿no es esto una locura? Pretendemos un imposible, pues solución tan completa sólo se halla en el paraíso o en el infierno; en el paraíso: el bien, el reposo, la consolación sin mezcla alguna de mal, de turbación ni de

aflicción; en el infierno reina el mal, la desesperación, la turbación y la inquietud sin mezcla alguna de bien, de esperanza, de tranquilidad ni de paz. Mas en esta vida perecedera nunca se halla el bien sin su correspondiente mal, ni reposo sin trabajo, consolación sin aflicción.»

La vida interior no puede sustraerse a esta ley general, debiendo, por tanto, hallarse en ella, y en grande, las vicisitudes y las pruebas, de las que nuestra miseria puede ser la causa inmediata, o bien la malicia del demonio; pero Dios es siempre su primera causa. Cuando se originan de nuestro propio fondo, se explican por la ignorancia del espíritu, la sensibilidad del corazón, el desarreglo de la imaginación, la perversidad de nuestras inclinaciones, etc. Mas, ¿no obedece a un designio de Dios que hayamos nacido hijos de Adán, y a su voluntad que hayamos de soportar estas enfermedades para nuestra santificación? ¿Puede el demonio mismo cosa alguna contra nosotros sin la permisión de Dios? Cuando Saúl era asediado de tentaciones de envidia y de aversión contra David, los libros santos nos dicen que «el espíritu maligno, venido del Señor, le agitaba». Pero, si este espíritu viene de Dios, ¿cómo puede ser malo? Y si es malo, ¿cómo puede venir de Dios? Es malo, por la depravada voluntad que tiene de afligir a los hombres para perderlos; es del Señor, porque Dios le ha permitido que nos aflija, atendiendo a los designios que tiene de salvarnos.

Con mucha frecuencia es el mismo Señor quien obra y diversifica su acción en relación con la fuerza y necesidades de las almas y los designios que sobre ellas tiene. He aquí cómo el venerable Luis de Blosio resume en maravillosos rasgos «la conducta admirable del Celestial Esposo para con un alma que le está unida». Al principio, cuando los nudos del contrato apenas están formados, El la visita, la fortifica, la ilumina, cautiva su corazón haciéndola encontrar tan sólo la alegría en su servicio, la atrae por la dulzura de sus atractivos, y de continuo muéstrasele lleno de encantos por retenerla en su presencia; en una palabra, no le hace gustar sino las delicias y dulzuras en consideración a su debilidad. Mas, con el tiempo, la retira la leche de la consolación, dándola el alimento sólido de las aflicciones; ábrela los ojos, y la hace

conocer cuánto habrá de sufrir en adelante. Y ved ahí el cielo y la tierra y el infierno conjurados todos contra ella. Enemigos por fuera, y tentaciones por dentro; fuera, tribulaciones y tinieblas, y en el interior del alma sequedades y desolaciones: todo lo cual contribuye a su martirio. Aquí el Esposo se sustrae a sus miradas, y si algún tiempo después reaparece, es para volverla a dejar. Ya la abandona en las sombras y horrores de la muerte, ya la llama a la luz y a la vida para hacerla gustar la verdad de este oráculo: «El es quien conduce al sepulcro y saca de él.»

¿Por qué esta conducta de la Providencia? Es porque en nosotros hay dos pueblos. «El amor divino y el amor propio están en nuestro corazón como Jacob y Esaú en el seno de Rebeca; y como entre ellos hay marcada antipatía chocan de continuo entre sí. "Dos naciones hay en tu seno -dijo el Señor a Rebeca-: los dos pueblos que de ti saldrán estarán divididos, y el uno dominará al otro; el mayor servirá al menor". Del mismo modo, el alma que tiene dos amores dentro de su corazón, tiene, por consiguiente, dos grandes pueblos o muchedumbres de movimientos, afectos y pasiones; y así como los dos hijos de Rebeca le ocasionaban grandes convulsiones por el encuentro y lucha de sus movimientos, así los dos amores de nuestra alma causan grandes trabajos a nuestro corazón; pero aquí es preciso también que el mayor sirva al menor, es decir, que el amor sensual sirva al amor de Dios.»

El amor propio se manifiesta por el horror al sufrimiento, por el interés de los goces, y sobre todo por el orgullo, de donde nace esta guerra intestina de que se lamentaba el Apóstol; guerra siempre ruda y tenaz, pero más violenta en determinadas personas, sobre ciertas materias y en determinadas edades, en determinados tiempos y en determinadas ocasiones. Aun en los espirituales aprovechados queda un fondo de amor propio oculto, un orgullo refinado y casi imperceptible, de donde se origina una infinidad de imperfecciones de que apenas tiene conciencia, vanas complacencias en sí mismo, vanos temores, vanos deseos, manifestaciones de confianza en el valor personal, sospechas y burlas contra el prójimo, todo un caos de

miserias, debilidades y pequeñas faltas. ¿Cuál será el remedio? Indudablemente que la mortificación cristiana, a la que hemos de entregarnos de lleno, y proseguir y perseverar en ella sin tregua ni descanso. Pero unas veces nos faltará la luz, otras decaerá el ánimo; mas nunca podremos cantar victoria definitiva sobre ese enemigo casi imperceptible y que forma parte de nosotros mismos, si Dios por la acción de su Providencia no nos alarga la mano poderosa de su gracia.

De dos maneras nos la puede alargar: mediante las dulzuras, o los santos rigores. Cuando un alma comienza a entregarse a El, cólmala de consuelos sensibles para atraerla, para alejarla de los placeres terrenales; y así engolosinada, despégase ella poco a poco de las criaturas y se une a Dios, si bien de manera defectuosa, pues es vicio general de las almas todavía imperfectas buscar su satisfacción casi en todo cuanto hacen. Y precisamente las dulzuras constituyen el plato más delicado tanto para el orgullo como para la gula espiritual. Por medio de miras imperceptibles de complacencia, se apropia los dones de Dios, y uno se siente satisfecho en tal o cual estado; y en lugar de bendecir a la infinita misericordia, se atribuye a sí el mérito de lo que hace, por lo menos en el interior de su corazón. Conveniente será, pues, dar el golpe de gracia al amor propio, que Dios nos someta a los recios golpes de las pruebas interiores, que aunque dolorosas serán decisivas.

Por este medio, Dios nos humilla y nos instruye. Celoso de conservar su gloria y de asegurarla contra estos secretos latrocinios del corazón, nos oculta la mayor parte de sus gracias y favores. Sólo dos excepciones hemos de poner en esta regla: primero, los principiantes que tienen necesidad de ser atraídos y ganados por medio de estos dones sensibles y conocidos; y segundo, los grandes santos, que a fuerza de haber sido purificados del amor propio con mil pruebas interiores, pueden reconocer en sí las gracias de Dios sin la menor mirada de propia complacencia. En general, también oculta a las almas los favores de que las coima, de modo que no vean ni su humildad, ni su paciencia, ni sus progresos, ni su amor a Dios. De ahí que algunas veces no puedan menos de llorar por la presunta ausencia de estas virtudes y su falta

de generosidad en el sufrimiento. Al propio tiempo les descubre este profundo abismo de nativa corrupción que llevamos en nosotros mismos, y que hasta entonces no habían podido ni querido sondear; y muéstraselo despacio, no mediante luces gloriosas, sino a fuerza de dolorosas experiencias. Nada más a propósito para destruir nuestro amor propio que este cuadro tan aflictivo y humillante. Sentir a cada instante su debilidad, y verse al borde del precipicio, ¿no es la prueba más fuerte para llevarnos a la desconfianza de nosotros mismos y a la confianza en sólo Dios? Si nos es provechoso ser abatidos en presencia de los demás, no menos lo es vernos anonadados a nuestros propios ojos, y esto será lo que poco a poco hará morir nuestro orgullo: esta es la razón por la que Dios permite tantas humillaciones interiores. Es una lección de evidencia deslumbradora, por lo que la prolonga hasta que quede bien aprendida y no pueda, por decirlo así, ser jamás olvidada. Sólo resta saber aprovecharse de ella, para establecerse en la verdadera humildad dulce y tranquila, que arroja fuera de sí la falsa humildad malhumorada y despechada. El enojo y el despecho en la humillación son otros tantos actos de orgullo, como en los dolores son otros tantos actos de impaciencia.

Por medio de estas pruebas, Dios nos acaba de despegar. El amor propio es una hidra con muchas cabezas y que es preciso cortar una a una. Al principio se trabajó en cercenar el apego al mundo, a los bienes de la tierra, a los placeres de los sentidos, a la salud, etc. Y para ofrecernos su mano poderosa, Dios ha derramado la amargura en las alegrías de acá abajo, nos ha herido en las personas y en las cosas que nos eran más queridas, ha entregado a nuestro cuerpo a toda clase de enfermedades. Dóciles a su acción, hemos reportado ya notables ventajas; mas el amor propio, vencido en este terreno, nos espera en otro más delicado: aficiónase a la parte sensible de la piedad, y este apego es tanto más de temer, cuanto es menos grosero y más legítimo en apariencia. Y, sin embargo, el amor perfecto no puede soportar que nuestro corazón ande dividido por el afecto a los consuelos con el amor de Dios. ¿Qué sucederá? Si se trata de almas menos privilegiadas para las que Dios no tiene una ternura tan

celosa, las dejará disfrutar de estas santas dulzuras, y se dará por contento con el sacrificio de los placeres de los sentidos que ellas le han hecho. Tal es la vida ordinaria de las personas devotas, cuya piedad está mezclada con ciertas tendencias a buscarse a sí mismas. A la verdad, Dios no aprueba esos defectos, pero como no les concede tantas gracias, no espera de ellas tan elevada perfección. Muy distintas son las exigencias, como distintos son también los designios, tratándose de almas escogidas. El celo de su amor iguala al de la ternura que les manifiesta. Deseoso de entregarse todo a ellas, quiere también poseer su corazón sin participación ajena; y así, no se contenta con las cruces y penas exteriores que las desprendan de las criaturas, sino que se propone desasirías de sí mismas, y matar en ellas las últimas raíces de este amor propio que se adhiere al sentimiento de devoción, que en él se apoya, de él se nutre, y en él se complace. Para llevar a término esta segunda muerte, retira Dios todo consuelo, todo gusto, todo apoyo interior, y prueba al alma por las arideces, las repugnancias, las insensibilidades y otras penas, de suerte que ella se encuentra en un estado de anonadamiento.

No siempre la acción de Dios alcanza ese grado de intensidad, sino que lo aumenta o disminuye según los designios de amor, y conforme a la fuerza y a la generosidad de las almas. Si no juzga conveniente tratarlas con este santo rigor, las hace al menos pasar por alternativas de consuelos y desolación, de paz y de combate, de luz y de oscuridad. Y merced a estas continuas vicisitudes, las vuelve flexibles y dóciles a todas sus mociones; pues, a fuerza de cambiar de situación interior, se acaba por no tener ninguna y se halla dispuesto a tomar todas las formas, obedeciendo a este Espíritu divino que sopla donde quiere y como quiere.

Finalmente, por medio de estas pruebas, dice el venerable Luis de Blosio, «Dios purifica a las almas, las humilla, las instruye, las hace dóciles a su voluntad, cercena todo cuanto tenían de rudo, deforme y repugnante, y las embellece con todos los atavíos que puedan hacerlas agradables a sus ojos. Y cuando las halla fieles, llenas de paciencia y buena voluntad; cuando el dilatado ejercicio de las tribulaciones las

ha conducido, con la ayuda de su gracia, hasta aquel elevado grado de perfección, que consiste en sufrir con tranquilidad y con alegría todo género de tentaciones y de penas, entonces las une consigo del modo más perfecto, les confía sus secretos y sus misterios, y se comunica plenamente a ellas».

Estos son los días del puro amor, puesto que en ellos servimos a Dios por El mismo, y a nuestras propias expensas. ¡Cuán difícil es amarle de verdad en la alegría, sin que se mezcle algo de amor propio y de yana complacencia! Mas en el tiempo de las cruces y de las privaciones interiores santamente aceptadas, no hemos de temer ya que el amor propio se mezcle en nuestras relaciones con Dios, puesto que nada hay en ellas que no tienda a crucificar el amor propio. ¡Qué a propósito es esta seguridad para consuelo del que comprende el precio del amor puro! He aquí la razón por qué tantos santos preferían las privaciones y las penas a los consuelos y alegrías, por qué amaban tan apasionadamente las unas y tenían verdadera pena en gozar de las otras.

Es el tiempo de la rica cosecha para el cielo, porque ahora es cuando el alma se eleva a las obras santas, puras y desinteresadas. «En el estado de consuelos -dice San Alfonso-, no es menester gran virtud para renunciar a los placeres sensuales, ni para soportar las afrentas y las adversidades; un alma así favorecida lo sufre todo, pero muchas veces su paciencia proviene más de las dulzuras que experimenta, que de la fuerza de su amor a Dios.» Por el contrario, es efecto de no mediana virtud saber soportar sus miserias, sus debilidades, su temperamento, sus defectos y todas las penas de que Dios se sirve para corregirnos. Después de estas purificaciones y estos desasimientos interiores, se facilita la elevación al perfecto abandono, a la confianza filial sólo en Dios; es decir, que las virtudes más perfectas llegan a sernos como naturales. Por este motivo, ¡cuántas riquezas no han procurado a los santos estas miserias y estas pruebas, sirviendo de materia a sus combates interiores, a sus victorias y al triunfo de la gracia! Por lo demás, sólo después de haber sido despojado de esta manera y por completo de sí mismo, es cuando uno puede llegar a no pensar sino en Dios, a no gustar sino de Dios, a no apoyarse y

complacerse sino en Dios; y ésta es la vida nueva en Jesucristo, la formación del hombre nuevo y destrucción del viejo. Apresurémonos, pues, a morir como el gusano de seda, para llegar a ser la mariposa que se remonte al cielo, en vez de arrastrarse sobre la tierra.

Mas el amor propio tiene una vida muy resistente, y no muere sino después de larga agonía. El alma aún imperfecta, es la madera verde que suda y gime, que se retuerce y se agita antes de abrasarse. Es la estatua bajo el cincel del escultor, la piedra que se talla a golpe de martillo; así las tentaciones, las arideces, las otras penas nos hacen sentir dolorosamente sus penetrantes golpes, pero es que sin esto permaneceríamos bloque informe, y no tomaríamos la semejanza de Jesús, paciente, humillado y crucificado. Al perfecto amor no se llega sino por múltiples desprendimientos, y cuanto más nos propongamos adelantar en los caminos de la oración, en la unión de amor y la verdadera santidad, más necesario nos será estar desasidos y libres. Buscaríamos tanto los consuelos de Dios como al Dios de los consuelos, si no aprendiéramos a servirle en los más terribles abandonos. En una palabra, siendo las penas interiores el camino de la perfección, Dios nos privará de sus dulzuras sólo porque nos ama, sin que por eso hayamos desmerecido. Quizá sintamos en el claustro menos dulzuras que en el mundo, pues Dios nos purifica más enérgicamente, a fin de unirnos a El con mayor perfección.

El cáliz, a no dudarlo, es amargo, pero mucho más lo sería el infierno, y Dios obra con nosotros misericordiosísimamente sustituyendo los rigores del otro mundo con este purgatorio mitigado. Además, puesto que de gana o por fuerza es necesario beber el cáliz de la salud, hagamos de la necesidad virtud, que es el modo de dulcificar su amargura. Se nos hará todo más dulce, conforme la prueba nos vaya purificando y desprendiendo, de suerte que apenas sentiremos el dolor, sino por permisión de Dios, y en los momentos de pruebas excepcionalmente graves. Porque la viveza del dolor proviene en gran parte de la fuerte oposición del amor propio que no quiere ni morir ni abdicar. El amor divino se limitaría casi a no producir sino impresiones dulces y encantadoras, si no hallara

en el corazón obstáculo alguno que le resistiera. De cualquier modo, ¿querríamos gozar del cielo en la tierra y caminar siempre sobre rosas, en tanto que nuestro adorado Maestro lleva su cruz y desmaya en la agonía? Bien merece el Paraíso todos los sacrificios. El hombre espiritual no tiene el monopolio de las pruebas, pues van las suyas embalsamadas en amor y esperanza, y todo bien considerado, menos le cuesta a él correr hacia la santidad, que al tibio languidecer bajo el peso de sus pasiones inmortificadas.

Siendo esto así, evitemos con cuidado estorbar los favores divinos; mas si Dios tuviera a bien quitarnos estos días claros en que experimentamos gustos sensibles en la oración, en la comunión, en que nuestra unión con el Amado sólo nos proporciona encantos y delicias, no echemos de menos las dulzuras, porque Dios nos las quita sin culpa nuestra; han desempeñado su misión y no ofrecen ya la misma utilidad. ¡Qué preciosos son bajo otro aspecto el martirio y la agonía de los días presentes! Si se supiera aceptar, estimar y amar esta feliz abyección interior, se la querría sentir siempre y permanecer siempre en ella, porque en ella el alma se hallaría más cerca de Dios.

Muchos santos, impulsados por particular inspiración, decían a Dios en sus sufrimientos: Más, Señor, más. Según el P. Caussade, es por lo regular presunción e ilusión pretender seguir estos ejemplos, y juzga que somos demasiado pequeños y demasiado débiles para llegar hasta ahí, a menos de una certeza moral de que Dios quiere esto de nosotros. Nunca deseó ni pidió penas y contradicciones para sí mismo, y a una de sus Filoteas prohíbe solicitar más ni menos de las que ya tiene: porque Dios sabe mejor que nosotros la justa medida de todo lo que necesitamos, y las pruebas que nos envía son suficientes, sin necesidad de desearías o procurarías uno mismo. Esperarlas y prepararse a ellas es el mejor medio de disponer de más valor y ánimo para recibirlas con fruto cuando las envíe.

Por lo demás, preciso nos será armarnos de paciencia y de humildad. Si no tenemos una naturaleza afortunada, y si Dios nos envía más pruebas a fin de reducirla, la violencia y la resistencia del combate no acarrean mal alguno al alma que

lucha con la resolución de no desanimarse jamás. Lo rudo de los ataques hará crecer la fatiga y el peligro, pero, con la ayuda de Dios, dará lugar a más victorias, santidad, méritos y recompensas.

Mientras que el Médico celestial nos prodiga las lancetadas y las píldoras amargas, mirémonos, no en el engañoso espejo del amor propio, sino en el espejo fiel de la verdad, pero sin perder de vista nuestras miserias. Entonces nos humillaremos sin esfuerzo bajo la poderosa mano de Dios, y lejos de recriminar su justicia y su amor, reconoceremos que aún nos perdona, y que es muy misericordioso hasta en sus rigores.

Establezcámonos sobre todo en la santa indiferencia. «Que el navío se incline al levante o poniente, al mediodía o septentrión, sea cual fuere el viento que le empuje, nunca su aguja dejará de mirar a su hermosa estrella norte y del polo. De igual modo, aunque todo se revuelva de arriba abajo en derredor de nosotros, y aun en nuestro interior, esto es, que nuestra alma esté triste o alegre, entre dulzuras o amarguras, o en tranquilidad o en guerra, en claridad o en tinieblas, en tentaciones, gusto o disgustos, en sequedad o en ternura, que el sol la abrase o el rocío la refresque, siempre la cumbre del corazón y del espíritu, esto es, nuestra voluntad superior que es nuestra brújula, ha de mirar sin cesar y se ha de dirigir perpetuamente al amor de Dios.» La parte inferior de nuestra alma quizá se halle en la inquietud y agitación, mas la voluntad ha de permanecer tranquila en medio de la borrasca, vuelta hacia Dios y no buscando otra cosa que a El, sin que nada pueda jamás separarnos de su amor: ni la tribulación, ni la angustia, ni el dolor presente, ni el temor a los males futuros. Amar a Dios y hacer su santísima voluntad, ¿no es lo esencial y nuestro mismo fin? Todo lo demás no es sino el medio de conseguirlo, lo mismo los consuelos que las aflicciones, la paz como el combate, la luz como las tinieblas. ¿Qué camino será el mejor para nosotros? Lo ignoramos; Dios lo sabe y nos ama; dejémosle, pues, disponer de nosotros como vea que nos conviene, que nuestra suerte mejor está en sus manos que no en las nuestras. Por otra parte, no nos dejará la elección, sino que dispone como dueño y soberano; por tanto, prestémonos de buena gana a su acción: El es

quien nos pone en la prueba, El nos sostendrá. Los santos preferían el dolor, pues más se aprovecha padeciendo que obrando; el santo abandono es el camino más seguro y más directo.

El P. Baltasar Álvarez hacía a Dios esta admirable oración: «Dignaos disponer de mí según vuestra voluntad, que esto es todo lo que deseo y no os pediré ni otra fe, ni otros medios, ni más favores, ni menos padecimientos. Deseo permanecer tal como me habéis hecho, y ser tratado como lo he merecido. Me contentaré con los consuelos que me diereis, y no me quejaré de las desolaciones que me enviareis. Ejecutad, Señor, vuestros designios sobre mi con toda libertad, que tan sólo así puede hallar mi alma el reposo que tanto desea.

Cuando las penas vengan a caer sobre nosotros duras y persistentes, abandonémonos sin reservas a Aquel de quien nos creemos quizá abandonados, y digámosle con ánimo resuelto: «Vos lo queréis, Dios mío, también lo quiero yo y por todo el tiempo que quisiereis.» Nada mejor podemos hacer entonces, en el coro, en la oración, en la Misa, en la Sagrada Comunión, que repetir dulcemente y sin esfuerzo nuestro fiat -hágase-; repetir con frecuencia durante el día, según lo encomienda San Francisco de Sales: «Sí, Padre celestial, si y siempre si», y conservarnos en esta disposición habitual de completo abandono. Ved ahí una corta y sencilla práctica, y no sería necesario más para adquirir esa perfección que frecuentemente vamos a buscar muy lejos. El simple fiat en todas nuestras penas interiores y exteriores, bastará para conducirnos a una elevada santidad.

Sin duda podemos pedir a Dios que aligere nuestras pruebas, o nos las quite, pero no estamos a ello obligados; lo más conveniente para su gloria y para nuestro bien sería que El se dignare aumentar nuestra paciencia. San Alfonso nos enseña a decir: «¡Heme aquí, Señor! Si queréis que permanezca en la desolación y en la aflicción toda mi vida, dadme gracia, haced que os ame, y disponed de mí como os plazca.» Evitemos por lo menos la inquietud y el apresuramiento, que denotaría un deseo desarreglado. Suframos en paz sin ir a mendigar las consolaciones en las criaturas. Para no condolernos de nosotros mismos, hablemos

de nuestras penas lo menos posible, evitando aun ocupar demasiado en ellas nuestro espíritu, pero pidamos consejo y esfuerzo a un hombre de Dios; sobre todo, refugiémonos en la oración, a fin de implorar la fortaleza y aceptar la cruz, fijos amorosamente los ojos en nuestro Amado Jesús, que nos amó y se entregó por nosotros. Nunca como en estas circunstancias necesitamos perseverar en la oración, llamar al Señor en nuestra ayuda y apoyarnos sólo en El.

### 10. Las tentaciones

«Para un alma que ame a Jesucristo -dice San Alfonso-, no hay mayores penas que las tentaciones, pues todos los otros males le facilitan la unión más íntima con Dios, recibiéndolos con resignación; empero, las tentaciones le exponen a separarse de Jesucristo, siendo por lo mismo mucho más amargas que cualquier otro tormento.»

No todas las tentaciones vienen del demonio: «Cada cual es tentado por su concupiscencia que le arrastra y seduce», y este fuego maldito es atizado por el escándalo de los perversos y de los imperfectos. La mayor parte de los hombres se exponen personalmente al peligro, o se precipitan en él unos a otros. El demonio no ha de hacer sino cruzarse de brazos, contemplándoles realizar su obra; mas al contrario, no cesa de agitarse alrededor de las almas que no le son adictas. Así, un padre del desierto vio al diablo sentado tranquilamente sobre la puerta de la ciudad de Alejandría, mientras que las legiones infernales acometían impetuosamente a los santos de la soledad.

«El demonio nos ataca de diferentes maneras -dice el venerable Luis de Blosio-. Ora viene secretamente y al parecer sin hacer nada, o aun bajo el exterior de piedad, a fin de hacernos caer más fácilmente en sus lazos; ora de una manera brutal se abalanza sobre nosotros, para hacernos sucumbir a los violentos y numerosos golpes que descarga sobre nuestra persona; en ocasiones, se desliza de un modo insensible a manera de serpiente, intentando arrastrarnos a faltas mayores por el desprecio de las más pequeñas y pisoteando ciertos remordimientos y ciertas dudas, para formarnos una conciencia falsa y endurecida. A tiempos, sin

guardar estas consideraciones, preséntase bajo todas las formas y con todos los horrores, y propone los mayores crímenes. Unas veces emplea los consuelos espirituales o las penas interiores con la mira de engreírnos o de abatirnos; otras, sírvese de la prosperidad o de la adversidad temporal para inclinarnos a la pereza o precipitarnos en la desesperación... ¿Qué diremos de los asaltos que os darán los malignos espíritus? Semejantes a reiteradas olas de mar embravecido, sacudirán con violencia vuestro corazón y os creeréis a cada instante a punto de padecer triste naufragio. Quizá llegue la tentación a ser tan horrible que los pensamientos sugeridos por ella os parezca que sólo pueden tener cabida en el espíritu de un réprobo. Os parecerá que todo el infierno se ha conjurado contra vosotros, y que Dios, irritado, os entregó a Satanás. Con frecuencia, ni siquiera podréis abrir la boca ni para orar, ni para cantar las alabanzas del Señor; y estos ataques tan aflictivos en sí mismos, lo serán aún mucho más por su duración y frecuentes repeticiones. No se satisfará el demonio con un ataque ni con muchos; sumergidos y vueltos a sumergir en este horno, pasaréis días tristes, rodeados de penas más o menos terribles, pero siempre crueles.» San Francisco de Sales cita a este propósito dos ejemplos memorables, y después añade esta alentadora observación: «Estos grandes asaltos y tentaciones tan fuertes jamás son permitidos por Dios, sino en ciertas almas que quiere elevar a su amor puro y sublime.» Por lo demás, con tal que se vigile y se ore, El está en la barca con nosotros; parece dormir, pero la tempestad no se levantará sino con su licencia, y se apaciguará a una palabra de su boca.

A veces al principio, otras durante el curso o hacia el fin de la vida espiritual es cuando la tentación se deja sentir con mayor crueldad. En determinados casos puede hasta llegar a tener una influencia decisiva; por ejemplo, cuando ataca nuestra fe o nuestra vocación, puede suceder que pasemos por pruebas especiales y poco ordinarias, como las tentaciones de blasfemia, de odio a Dios o dudas persistentes contra la fe. El carácter de las personas que nos rodean, el empleo que se nos ha confiado, circunstancias transitorias

pueden ser ocasión de tentaciones. Estas pueden tener su principio y raíz en el temperamento, en el carácter, en el lado flaco de nuestra alma, en nuestros defectos dominantes; y como todo hombre se compone de cuerpo y alma, y es a la vez ángel y bestia, habrá de combatir sobre todo el orgullo y la impureza, y de no haber una gracia especial, éstos son los dos enemigos por excelencia.

Los santos mismos han conocido estas dolorosas pruebas y luchas. Y para no hablar sino de las tentaciones contra la virtud angelical, algunos han sido preservados de ellas, como Santa Teresa, Santa Rosa de Lima y Santa Teresita del Niño Jesús. Otros, sólo de pasada han tenido esta humillación: durante nueve días Santa Magdalena de Pazzis, Santa Margarita María durante algunas horas. Muchos, después de brillante victoria, fueron preservados de ella en lo sucesivo, como nuestro Padre San Benito y Santo Tomás de Aquino. Gran parte de ellos han soportado sus dolorosas acometidas durante largos años y aun toda la vida. El Apóstol de las Gentes, Santa Francisca Romana, Santa Catalina de Sena, San Benito Labre y cuántos otros! fueron cruelmente abofeteados por el Ángel de Satanás. Estas tentaciones persistieron siete años en San Alonso Rodríguez, diecisiete en Santa Maria Egipciaca, veinticinco en el venerable César de Busto, San Alfonso de Ligorio, verdadero ángel de inocencia, padeció estos ataques de una manera espantosa a la edad de ochenta y ocho años, por espacio de más de un año entero. Mueve a compasión Ángela de Foligno cuando hace el relato de sus pruebas. Es el gran combate para todas las almas, salvo una gracia particular. Mas hay sin duda otras tentaciones en que casi no nos fijamos, aunque de ellas está llena la vida de los santos.

En cuanto a nosotros, ¿cuándo seremos principalmente probados? ¿Al principio, al medio o al fin de nuestra carrera? ¿Acaso siempre? ¿En qué materia sobre todo? ¿Con qué grado de intensidad o de duración? Es el secreto de Dios, y en parte también el nuestro. El infierno es una jauría de perros rabiosos que anhelan despedazarnos, pero todas estas malditas bestias están encadenadas; Dios es quien las maneja a su antojo, y contra sus disposiciones son la impotencia

misma. Quítales toda la libertad de tentar, o se la concede más o menos restringida, según El lo juzga conveniente, como armas que pueden usar contra aquellos que El permite sean probados, en la materia y por el tiempo que halla ser a propósito. Elegir la tentación, el tiempo, la violencia y la duración, todo está en manos de Dios, nuestro Padre, nuestro Salvador, nuestro Santificador; esto es lo que debe inspirarnos confianza. Podemos nosotros mismos, con el auxilio de la gracia, prevenir muchas tentaciones, rechazar los más rudos asaltos del enemigo; y si sucumbimos, será por nuestro libre consentimiento, pues el demonio puede ladrar, amenazarnos, solicitarnos, pero no muerde sino al que lo quiere. Mas, por desgracia, tenemos en nuestro libre albedrío la tremenda posibilidad de ceder, a pesar de la gracia; y de no pedirla, hasta de ir en busca de la tentación; todo lo cual nos ha de mantener en una continua desconfianza. El peligro, pues, en definitiva, está en nosotros, y a nosotros es a quien sobre todo hemos de temer.

En todo esto hay una mezcla de divino beneplácito y de su voluntad significada, exigiendo ésta que cada cual «vele y ore para no caer en la tentación», es decir, para prevenir la tentación en cuanto de nosotros dependa, o para obtener la gracia de no sucumbir. Que ésta se presenta a pesar de la vigilancia y de la oración, la voluntad de Dios significada pide entonces que combatamos como valientes soldados de Jesucristo. Todos conocen perfectamente los medios que han de emplearse, pero, según San Alfonso, «el más eficaz y el más necesario de todos los remedios, el remedio de los remedios, es invocar el auxilio de Dios y continuar orando mientras dure la tentación. Con frecuencia vincula el Señor la victoria, no a la primera oración, sino a la segunda, a la tercera, o a la cuarta. En una palabra, es necesario persuadirse que todo nuestro bien depende de la oración; de la oración depende el cambio de vida; de la oración depende la victoria sobre las tentaciones; de la oración depende la gracia del amor divino, de la perfección, de la perseverancia y de la salvación eterna. Lo prueba la experiencia: que el que recurre a Dios en la tentación, triunfa, y el que no recurre a Dios peca, sobre todo en las tentaciones de incontinencia».

Mas, a pesar de la vigilancia, de la oración, de la lucha, es preciso resolverse a combatir, pues tal es el beneplácito divino. «Quiero que sepáis -dice nuestro Padre San Bernardo- que nadie puede vivir sin tentación. Se va una, esperad otra con seguridad; ¿qué digo con seguridad?, mejor diría con temor. Pedid veros libres de ella, mas no os prometáis completo reposo y libertad perfecta en este cuerpo de muerte. Considerad, sin embargo, con qué bondad nos trata Dios, pues nos deja a veces ciertas tentaciones, a fin de preservarnos de otras más peligrosas; nos libra prontamente de unas, para que por otras seamos ejercitados y que sabe han de sernos provechosas.»

Debemos poner en Dios nuestra confianza, pues cualquiera que sea la causa de las tentaciones, «¿No es siempre El quien las permite para nuestro bien? ¿Y por qué no adorar todo lo que en sus santos designios permite, a excepción del pecado, que detesta y nosotros hemos de detestar con El?» Por lo demás, nos dice el venerable Luis de Blosio, «considerad que las tentaciones son en los designios de Dios pruebas destinadas a hacer resaltar en todo su brillo vuestro amor por El, lecciones que os enseñarán a compadeceros de los que como vos serán blanco de los tiros del enemigo, medios de expiar nuestros pecados y prevenir nuestras faltas, disposiciones para más abundantes gracias contra el orgullo, pues os harán sentir que sin su gracia nada podéis».

¡Qué lección de humildad! «Cuando un alma -dice San Alfonso- es favorecida de Dios mediante las consolaciones interiores, fácilmente se cree capaz de vencer todos los ataques de sus enemigos y de salir airosa en cualquier empresa que interese a la gloria de Dios; mas, cuando es rudamente combatida, y se ve ya al borde del precipicio y a punto de caer, siente su miseria y su impotencia para resistir, si Dios no viene en su ayuda.» Luces particulares sobre la humildad pudieran proporcionarle yana complacencia, pero la tentación le muestra hasta la saciedad su miseria con toda su desnudez. Se embriagaría quizá con los dones y favores celestiales, mas la tentación la impide elevarse, o la sumerge en el fondo de la nada. Los santos mismos hubiéranse perdido

por el orgullo, pero la tentación fue el contrapeso providencial; y así, Dios los hundió en un abismo de humillación para elevarlos a las cumbres de la santidad. Así, el Apóstol, vuelto del tercer cielo, había de ser abofeteado por Satanás; Santa Catalina de Sena, después de sus íntimas comunicaciones con Nuestro Señor, San José de Cupertino después de sus maravillosos éxtasis, sintieron cruelmente el aguijón de la carne; San Alfonso, ese maestro incomparable, ha de ser atormentado con escrúpulos más que el último de sus discípulos.

«Es necesario -dice nuestro Padre San Bernardo- que haya tentaciones, porque nadie puede ser legítimamente coronado sin haber combatido, y para combatir es forzoso tener enemigos. Por el contrario, cuantos más actos de resistencia, más coronas.» De no ser así, nos dormiríamos sobre los laureles; pero en el campo de batalla no hay más remedio que vencer o morir, y para no perecer, se vela, se ora, se obedece, se humilla, se mortifica, se hace cien veces más que fuera de peligro. El demonio nos persigue por odio y nos fuerza, por decirlo así, a caminar, convirtiéndose de este modo, a pesar de su malicia, en factor importantísimo para nuestro progreso espiritual. He aquí, concluye San Alfonso, por qué permite Dios con frecuencia que las almas que le son más queridas, sean las más probadas por la tentación, con lo que adquieren más méritos en la tierra y mayor gloria en el cielo. Al verse embestidas por tantos enemigos, despréndense de la vida presente, desean con ansia la muerte, a fin de volar hacia Dios y no estar expuestas a perderle. Cuando alguien, pues, se vea en medio de tentaciones (con tal que cumpla con su deber), en vez de abrigar temores de no estar en gracia de Dios, debe confiar más en que es amado.

Sería, pues, un error turbarse por el sólo hecho de que la tentación es frecuente y violenta; y no se obraría con menor desacierto, temiéndola con exceso. «Pues -dice Santa Teresa- si este Señor es poderoso, como veo que lo es y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de ésta no hay que dudar, pues es de fe, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatir con todo el infierno? Tomaba

una cruz en la mano y parecía verdaderamente darme Dios ánimos, que yo me vi otra en breve tiempo, que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

»Es sin duda, que me parecía que me habían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy: porque aunque algunas veces los veía, como diré después, no les he habido más casi miedo, antes me parecía que ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza, no saben estos enemigos de hecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tiente y atormente. Pluguiese a su Majestad, temiésemos a quien hemos de temer y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues es ello así». El piadoso Obispo de Ginebra hablaba de idéntica manera a Santa Juana de Chantal: «Se han renovado vuestras tentaciones contra la fe, os acosan por todas partes; pero pensáis demasiado en ellas, las teméis mucho, os precavéis en demasía de ellas. Estimáis la fe y no quisierais que os viniera un solo pensamiento contrario, y paréceos que todo la perjudica. No, en ninguna manera; no toméis el susurro de las hojas por el choque de las armas. Nuestro enemigo es un consumado alborotador, pero no os asuste la noticia, que bien ha gritado en derredor de los santos y armado gran algazara, y a pesar de todo ¡ahí los tenéis colocados en el lugar que perdió el miserable! No nos espanten sus baladronadas, pues como sabe que no puede causarnos daño alguno, pretende siquiera infundirnos miedo, y con el miedo inquietarnos, y con la inquietud fatigarnos, y con la fatiga hacernos sucumbir. No temamos sino a Dios, pero que este temor sea amoroso. Tengamos bien cerradas las puertas, cuidemos de no dejar derrumbar las murallas de nuestras resoluciones, y vivamos en paz.»

Que la tentación es horrible, que os impresiona, que os sentís inclinado al mal; no importa, la impresión no es más que un sentimiento, y os humilla, pero no os hace culpable. Sentir no es consentir. Todo cuanto sucede en la parte inferior del alma: imaginaciones, recuerdos, impresiones, movimientos desarreglados, todo está en nosotros, pero no es vuestro, y por su naturaleza es indeliberado e involuntario, y lo que constituye el pecado es solamente el consentimiento. La inclinación es una enfermedad de la naturaleza, no un desorden de la voluntad. El placer pecaminoso solicita al mal y constituye el peligro, mas no es imputable sino en cuanto la voluntad lo busca o acepta. Por fuertes que sean las sugestiones del demonio, sean cualesquiera los fantasmas que bullan en vuestra imaginación, si esto sucede a pesar vuestro, lejos de manchar vuestra alma, la vuelven más pura y agradable a Dios. Una amarga pena se apodera de vosotros en las tentaciones de impureza, de odio, de aversión, u otras semejantes: el temor de haber sucumbido os atormenta y agita, pero ese mismo temor es señal evidente de que conserváis en alto grado el temor de Dios, el horror al pecado, la voluntad de resistir. Es moralmente imposible que un alma así dispuesta cambie en un momento, y preste al pecado mortal pleno y absoluto consentimiento sin que lo advierta con toda claridad. Todo lo más que puede suceder es que, dada la fuerza o frecuencia de la tentación, haya habido alguna negligencia, un momento de sorpresa, por ejemplo, un deseo comenzado de vengarse, movimientos de complacencia semivoluntarios, mas no consentimientos plenos, enteros, deliberados, que en esta situación de alma no son posibles, o por lo menos sería muy fácil de conocer la transición entre un horror invencible al pecado mortal y su aceptación plena y entera.

Sin embargo, no debemos desear las tentaciones, a pesar de las preciosas ventajas que de ellas se puedan reportar, pues constituyen una excitación actual al mal y un peligro para vuestra alma. Conviene, por el contrario, pedir a Dios que nos preserve de ellas, en particular de aquellas a las que sucumbiríamos sin remedio. Como dejamos dicho, hemos de resignarnos a sufrir la tentación, si tal es el beneplácito divino,

mas a condición de hacer todo cuanto su voluntad significada disponga, para prevenirla o para triunfar de ella. Entonces, sin perder un momento el ánimo, es preciso poner nuestra confianza en Dios, abandonarnos a su dulce providencia y no temer nada; oraremos, combatiremos y, siendo El quien nos expone al combate, no nos dejará solos ni permitirá que sucumbamos.

No impide ciertamente el Santo Abandonó el deseo moderado de quedar libre de esta peligrosa prueba, pero sí desecha la inquietud y el exceso de este deseo. «En cuanto a vuestras inveteradas tentaciones, decía a Santa Juana de Chantal su sapientísimo Director, no tengáis tanto empeño en veros libre de ellas, ni os amedrentéis por sus ataques, de los que, Dios mediante, os veréis pronto libre; así se lo suplicaré yo, pero os lo aseguro que resignándome siempre a su divino beneplácito, mas con una resignación dulce y alegre. Deseáis con toda vuestra alma que Dios os deje en paz por este lado, sin embargo, por lo que a mí toca, deseo que Dios esté tranquilo por todos lados, que ninguno de nuestros deseos sea contrario a los suyos. No quiero que deseéis con deseo voluntario esta paz inútil y quizá perjudicial; lo que quiero es que no os atormentéis con estos deseos ni con otro cualquiera. Nuestro Señor nos dará la paz cuando nos sometamos dulcemente a vivir en guerra. Mantened firme vuestro corazón: Nuestro Señor os ayudará, y nosotros por nuestra parte lo amaremos de todo corazón.»

### 11. Los consuelos y las arideces

Tan pronto prodiga Dios las consolaciones sensibles o las dulzuras espirituales, como las da con medida, o bien retira la dulzura, produciendo en el alma un gran vacío. El sentimiento permanece frío; la imaginación, veleidosa; la inteligencia, inactiva, y el fastidio y el disgusto invaden con frecuencia las profundidades de la voluntad. Hasta los santos han conocido estas dolorosas variedades, y nuestro Padre San Bernardo expresa su dolor en estos términos: «¿Cómo es que mi corazón se ha secado como una tierra sin agua? Está tan endurecido que me es imposible excitar las lágrimas de compunción; los salmos me son insípidos, la lectura ha

perdido sus atractivos, la oración carece de encantos, y en vano busco mis meditaciones acostumbradas. ¿En dónde están ahora aquella embriaguez del alma, la serenidad del corazón, la paz y gozo en el Espíritu Santo?»

«Experimento tal sequedad, tan gran desolación de espíritu -añade San Alfonso- que no encuentro a Dios ni en la oración, ni en la sagrada Comunión. La Pasión de Nuestro Señor, la divina Eucaristía, nada me impresiona; he llegado a ser insensible a la devoción, y me parece que soy un alma sin amor, sin esperanza, sin fe, en una palabra, abandonada de Dios.» Esta pena es terrible cuando se prolonga indefinidamente; se calma y da lugar a la paz a medida que el alma se desprende de la satisfacción y se adhiera a sólo el beneplácito divino.

¿Cómo se han de recibir las consolaciones y las arideces? Punto es éste en que muchas almas yerran el camino; y, para no caer en este error, tengamos los ojos fijos en nuestro fin. Tendemos a la perfección de la vida espiritual, que se caracteriza por la perfección de la caridad, y el amor se prueba por las obras. Es perfecto, cuando adquiere tal fuerza e imperio que pueda establecernos en un mismo querer y no querer con Dios; por consiguiente, en una voluntad pronta y generosa para cumplir todas sus voluntades significadas y abandonarnos a todas las disposiciones de la Providencia. Esto denota un amor sincero, activo, enérgico, que se da a Dios sin reserva y se entrega por completo a la gracia. He aquí, según San Francisco de Sales y San Alfonso, «la verdadera devoción, el verdadero amor de Dios. Es éste el único fin que nos hemos de proponer en nuestras oraciones, comuniones, mortificaciones y demás prácticas piadosas».

Mas, si «la verdadera devoción consiste en estar firmemente resuelto a no hacer y a no querer sino lo que Dios quiere», ni las consolaciones son la devoción, ni las arideces la indevoción; pues esta voluntad firme y resuelta puede permanecer profundamente arraigada a pesar de la sequedad, y no pasar de superficial ni tener consistencia alguna en medio de las dulzuras: y esto la experiencia nos lo enseña.

No son tampoco las consolaciones y arideces un criterio seguro, comoquiera que la devoción reside esencialmente en

la voluntad y no en el sentimiento; por sus obras, pues, y no por las emociones hemos de apreciarla, así como por sus frutos juzgamos al árbol. Las emociones son semejantes a la flor, y constituyen un soberbio atavío de promesas, mas ¡cuántas esperanzas quedarán frustradas! ¡Cuántas ilusiones se deslizan en la devoción sensible!

Las consolaciones y las arideces, bien santificadas, son un camino que conduce al fin; pero, sin embargo, no son el único, ni el principal. En la voluntad de Dios significada es donde hemos de encontrar nuestros medios fundamentales, regulares, de todos los días, como anteriormente dejamos indicado. Las consolaciones y las arideces son medios accidentales y variables que Dios nos proporciona según su beneplácito, y son de eficacia real, a veces decisiva, sin que por esto hayan de hacer olvidar los medios esenciales. De todo esto se sigue que no conviene dar a las consolaciones y arideces exagerada importancia; el fin y los medios esenciales son los que deben merecer nuestra principal atención, quedando en segundo término las consolaciones y las arideces.

Otra consideración que no conviene perder de vista, es que las consolaciones y las arideces constituyen poderoso apoyo cuando se las sabe santificar, y peligroso escollo cuando en ellas se conduce mal el alma, fuera de que además fácilmente se introduce en ellas el abuso.

La devoción sensible, y más que todo las dulzuras espirituales, son gracias preciosísimas que nos inspiran horror y disgusto por los goces de la tierra, los cuales constituyen el cebo del vicio; nos comunican también el deseo y la fuerza de caminar, de correr, de volar por el sendero de la oración y de la virtud. La tristeza oprime el corazón, la alegría lo dilata, y esta dilatación del corazón nos ayuda poderosamente a mortificar nuestra carne, a reprimir nuestras pasiones, a negar nuestra voluntad, a soportar las pruebas, haciendo brotar al mismo tiempo corrientes de generosidad y sentimientos imperiosos de ascender. En la abundancia de las divinas dulzuras, las mortificaciones son más bien consolaciones; el obedecer es un gozo, y apenas oída la primera campanada está uno ya levantado. No se deja pasar ninguna práctica de

virtud, y todo se hace en paz y tranquilidad. «Nada da que sufrir -dice San Alfonso-, antes bien, injurias, trabajos, reveses, persecuciones, todo se convierte en motivo de alegría, porque todo llega a ser ocasión de ofrecer a Dios sacrificios sobre sacrificios, y de contraer con su Majestad divina una unión más íntima cada vez.» Según San Francisco de Sales, las consolaciones «excitan el gusto del alma, confortan el espíritu, y añaden a la prontitud de la devoción un santo gozo y alegría que hermosea nuestras acciones y las hace agradables aun exteriormente. Bajo cualquier aspecto que se considere, vale más el menor consuelo de devoción que las más excelentes diversiones del mundo». Es esto el sol de la vida. - Ciertamente la inclinación, la facilidad, la destreza en el servicio de Dios, son envidiables cuanto provienen de estar el alma desprendida de todo y ejercitada ya de largo tiempo en la virtud, pues en esto consiste la virtud adquirida; no obstante, no hay que desdeñar la facilidad que añaden los favores celestiales, aunque provengan de las consolaciones sensibles.

No permita Dios que digamos con Molinos: «Todo lo que experimentamos de sensible en nuestra vida espiritual es abominable, horrible, inmundo.» Es una de sus proposiciones condenadas. «Los hombre espirituales -dice Suárez- no han de desperdiciar la devoción que se experimenta en el apetito sensitivo, por ser propia no de solos principiantes, sino que además puede originarse de una muy elevada y muy perfecta contemplación, y aun ayuda y dispone a gozar de la contemplación de manera más fácil y constante.» Nuestras facultades sensibles están muy bien reguladas, y su participación es utilísima cuando nos lleva a Dios; trabajan entonces de concierto todas nuestras potencias, superiores e inferiores, y se prestan mutuo apoyo, y nuestra oración es más completa puesto que todo en nosotros ora.

He aquí el lado bueno de las consolaciones; veamos el reverso de la medalla. Puede acontecer que el alma se aficione a ellas disfrutándolas con una especie de gula espiritual, o que de esto tome ocasión para complacerse en sí misma y despreciar los demás, sobre todo si tales consolaciones provienen de la naturaleza o del demonio.

Cuando es Dios su autor, nos llevan indudablemente a la obediencia, a la humildad, al espíritu de sacrificio, a todas las virtudes. Aun en este caso, la naturaleza y el demonio tratarán de mezclar su acción con la de Dios, lo que tampoco es razón suficiente para rechazar las consolaciones. Con todo, no olvidemos que el abuso y la ilusión son siempre posibles.

En cuanto a las arideces, notemos ante todo con San Alfonso, que pueden ser voluntarias o involuntarias. Son voluntarias en su causa, cuando se deja disipar el espíritu, apegarse el corazón y a la voluntad seguir sus caprichos; y siendo éste el motivo de que se cometan infinidad de faltas, no ponemos por nuestra parte empeño en corregimos. No debemos considerar esto como simple aridez de sentimientos, sino la tibieza misma de la voluntad. «Es tal este estado, que si el alma no se hace violencia para salir de él, irá de mal en peor, y ¡quiera Dios que con el tiempo no caiga en mayores miserias! Este género de aridez se parece a la tisis, que no mata de un golpe, pero que conduce infaliblemente a la muerte.» En cuanto de nosotros depende hemos de poner remedio a esta sequedad, y si persiste, aceptarla como misericordioso castigo. «La aridez involuntaria es la de un alma que se esfuerza en caminar por los senderos de la perfección, que se pone en guardia contra los pecados deliberados y practica la oración», y permanece fiel a todos sus deberes. De ésta es de la que nos proponemos hablar.

Las arideces espirituales y las desolaciones sensibles son excelente purgatorio donde el alma cancela sus deudas, más aún, son el crisol en que se purifica. Es indudable que en la abundancia de los favores divinos se desprende de la tierra y se une a Dios; con todo, de mil maneras y casi inconscientemente búscase a sí misma: hace depender su paz de lo que hay de más inestable, como las emociones de la sensibilidad, se adhiere a las consolaciones, créese rica en virtudes; hállase, pues, demasiado llena de sí misma para empaparse de Dios. Su estado es muy del agrado de la naturaleza que siempre desea ver, conocer y sentir, pero es mucho menos a propósito para satisfacer las exigencias del amor santo, que se olvida de sí mismo para poner su contento en lo que agrada a Dios. El alma permanecerá siempre débil,

sujeta a no pocos defectos, imperfectamente desligada de los lazos del amor propio, si Dios por su bondad no se apresurase a someterla a un tratamiento riguroso y persistente.

El primer mal que hay que curar es la gula, que se lanza con avidez sobre las consolaciones: sensualidad refinada que en ellas encuentra su más delicioso alimento. Dios entonces toma la resolución de poner al enfermo a dieta, y si es preciso, a un régimen riguroso, de suerte que la sensualidad se debilite y se extinga por falta de alimento, y aprenda el alma con el tiempo a pasar sin la alegría, a buscar puramente a Dios, a hacer al espíritu menos dependiente de la sensibilidad.

Otro mal aún más sutil y más peligroso es el orgullo espiritual. Cuando Dios colma a un alma de sus consolaciones, fácilmente se cree mucho más adelantada de lo que en realidad está; invádenla la yana complacencia y la presunción, desprecia a los demás, y los juzga con severidad. Entonces Dios la sumerge y la vuelve a sumergir hasta la saciedad en la aridez, en las tinieblas y en otras penas semejantes. En opinión de nuestro Padre San Bernardo, «el orgullo, sea que ya excita, sea que aún no se haya manifestado, es siempre la causa de la sustracción de la gracia». Dios se propone prevenirlo o reprimirlo para curarnos de sus heridas. A fuerza de sentir su impotencia y su miseria, el alma acaba por comprender que nada puede sin Dios y vale muy poca cosa aun después de recibir tantas gracias; se empequeñecerá ante la Majestad tres veces santa, y orará con mayor humildad. No tendrá dificultad en pedir consejo, y llegará a ser sencilla y dócil, a la vez que el sentimiento de su miseria le hará compasiva para con los demás. Prolongándose, esta dura prueba la humillará, la anonadará a sus propios ojos, de suerte que se librará de toda yana complacencia y presunción, desconfiando de sí misma y confiando en sólo Dios, vacía, por decirlo así, de orgullo y llena de humildad.

Desembarazada de esta suerte de la soberbia y de la sensualidad, que son los azotes de la vida espiritual, ábrese el alma a la gracia y se entrega de lleno a la benéfica acción de lo alto, dispuesta por tanto a realizar positivos adelantos en las virtudes sólidas, puras y perfectas. Y si Dios se digna otorgarle

sus más valiosos dones, ella está preparada; pues, en opinión de nuestro Padre San Bernardo, las grandes pruebas son el preludio de grandes gracias, ya que las unas no vienen sin que las acompañen las otras.

Mas aun en esto se tropieza con algún inconveniente. Las arideces espirituales y las desolaciones sensibles dejan, sin duda, subsistir en el servicio de Dios esa voluntad generosa, que constituye la esencia de la devoción y hasta la inclinación, la facilidad, la destreza que denotan la virtud adquirida. Con todo, por el hecho mismo de aminorar la abundancia de piadosos pensamientos y santas afecciones, las arideces hacen desaparecer el suplemento de la fuerza de alegría que aportaban las consolaciones, dejando en su lugar las penas y la dificultad. No son una tentación propiamente dicha, pues directamente no impelen al mal, mas el diablo abusa de ellas con intención de sembrar la cizaña entre el alma y Dios. Ya no envía el Señor ni luces ni devoción, ¿acaso estará indiferente, irritado, implacable?, sin embargo, nosotros obramos lo mejor que podemos. Entonces el temor y la desconfianza acumulan nubarrones y amenazan hacer estallar la tempestad. - Tampoco la naturaleza halla compensación, y, cansada de sufrir largo tiempo y sin entrever el término, se lanza a buscar en las criaturas lo que no halla en Dios.

Así, pues, las consolaciones y las arideces están destinadas por Dios a desempeñar en el alma una muy benéfica misión. Tienen también sus escollos, pero la acción de las unas completa y corrige la acción de las obras; las consolaciones inflaman el amor propio; si las dulzuras elevan, la impotencia rebaja; si la desolación desalienta, la consolación conforta. Dios se ha reservado el derecho de conceder unas u otras, lo mismo que el de hacerlas cesar. Hace que alternen, y las combina como mejor convengan a nuestros intereses, con no menos sabiduría que firmeza. De ordinario comienza por las consolaciones a fin de ganar los corazones y sostener la debilidad. Cuando el alma se ha robustecido y es capaz de soportar un tratamiento más enérgico, le envía ante todo el dolor, ¡nos es tan necesario el morir a nosotros mismos! En sentir de San Alfonso, «todos los santos han padecido estas sequedades, estos desamparos

espirituales; y lo que es más todavía, de ordinario han estado en las arideces y no en las consolaciones sensibles. Estos favores pasajeros no los concede Dios sino raras veces, y sólo quizá a las almas demasiado débiles, para impedir que se detengan en el camino de la virtud; en cuanto a las delicias que han de constituir el premio de nuestra fidelidad, es en el Paraíso donde nos aguardan... Si estáis desolados, consolaos pensando que tenéis con vos al divino Consolador. ¿Os lamentáis de una aridez de dos años?; cuarenta la hubo de sufrir Santa Juana de Chantal, y Santa María Magdalena de Pazzis tuvo cinco años de penas y de tentaciones continuas sin el menor alivio». San Francisco de Asís sufrió durante dos años tan grandes desamparos, que parecía abandonado de Dios; pero una vez que hubo sufrido humildemente esta furiosa tempestad, el Señor le devolvió en un momento su dichosa tranquilidad. De donde concluye San Francisco de Sales que «los más privilegiados servidores de Dios están sujetos a estas sacudidas, y que los que no lo son tanto, no han de maravillarse si padecen algunas». No tiene Dios un modo uniforme para conducir a los santos, pero tomados en general, parece que al consumarse su santidad es cuando les somete a las más rudas pruebas; cuanto más los ama, más los prueba y purifica, ya que para llegar a imponerles las mayores purificaciones, Dios espera que lleguen a ser capaces de soportar estos santos rigores.

Resumamos lo que acabamos de decir, y saquemos la conclusión práctica. El fin que nos hemos de proponer, es este perfecto amor que nos une estrechamente a Dios por un mismo querer y no querer. Esta es la devoción sustancial. Pongamos un santo ardor en conseguirlo por los medios que de nosotros dependen, y que la voluntad de Dios significada nos indica. Las consolaciones, aun las divinas, no constituyen la devoción, y las arideces involuntarias no son la indevoción. Las unas y las otras son medios providenciales; guardémonos de convertirlas en obstáculos. ¿Qué camino nos será el más riguroso y provechoso, el de las consolaciones o el de las arideces? Lo ignoramos; y por otra parte, Dios se ha reservado la decisión. En todo caso, el partido más acertado es suprimir las causas voluntarias de la sequedad, hacernos

indiferentes por virtud y abandonarnos a su Providencia.

Esta doctrina tiene a su favor la multitud de santos que han hecho de ella la regla de su conducta. Citaremos tan sólo a nuestros dos doctores favoritos y ante todo a San Francisco de Sales: «Os acontecerá, dice, no experimentar consolaciones en vuestros ejercicios, indudablemente por permisión de Dios, por lo que conviene permanecer en una total indiferencia entre las consolaciones y la desolación. Esta renuncia de sí mismo implica el abandono al divino beneplácito en todas las tentaciones, arideces, sequedades, aversiones, repugnancias, en las que se ve el beneplácito de Dios, cuando no suceden por culpa nuestra y no hay en ellas pecado.» Repetidas veces nos aconseja el Santo entregamos plena y perfectamente al cuidado de la Providencia, como un niño se abandona en los brazos de su madre, o como el Niño Jesús en los de su Madre dulcísima; y añade: «Si os dan consolaciones, recibidlas agradecidos; si no las tenéis, no las deseéis, sino tratad de tener preparado vuestro corazón para recibir las diversas disposiciones de la Providencia y, en cuanto sea posible, con igualdad de ánimo... Es necesario una firme determinación de no abandonar jamás la oración cualquiera que sea la dificultad que en ella podamos encontrar y de no ir a este ejercicio preocupados con el deseo de ser allí consolados y satisfechos, pues esto no sería tener nuestra voluntad unida a la de Nuestro Señor que desea que, al ponernos en la oración, estemos resueltos a sufrir la molestia de continuas distracciones, sequedades, disgustos, permaneciendo tan contentos como si hubiéramos tenido abundantes consolaciones y no menos tranquilidad. Con tal que ajustemos siempre nuestra voluntad a la de su divina Majestad, permaneciendo en sencilla expectación y preparados a recibir las disposiciones de su beneplácito con amor, sea en la oración, sea en los demás acontecimientos. El hará que todas las cosas nos sean provechosas y agradables a sus ojos.»

En este sentido decía el Santo Doctor: «Yo deseo pocas cosas, y lo que deseo las deseo muy poco; apenas tengo deseos, pero si volviera a nacer, no tendría ninguno. Si Dios viniera a mí -por las consolaciones-, iría también a El; pero si

no quisiera llegarse a mí, me mantendría alejado y no iría a El.» Y de hecho, «ejercitaba esta perfecta indiferencia en las sequedades y en las consolaciones, en las dulzuras y en las arideces, en las acciones y en los padecimientos». He aquí el testimonio de Santa Juana de Chantal: «El decía que la verdadera manera de servir a Dios era seguirle sin arrimos de consolación, de sentimiento, de luz, sino sólo con el de la fe desnuda y sencilla; por esto amaba tanto los olvidos, los abandonos y las desolaciones interiores. Díjome en cierta ocasión que no se preocupaba de si estaba en consolación o en desolación: cuando Nuestro Señor le concedía mercedes, recibíalas con toda sencillez, y si no se las concedía, no pensaba en ellas. Es cierto, sin embargo, que, de ordinario, disfrutaba de grandes dulzuras interiores, como lo daba a entender su semblante.»

El ideal de nuestro Santo en la materia que nos ocupa era, pues, el de permanecer como una estatua que no quiere ni avanzar hacia las consolaciones, ni alejarse de las sequedades, sino que permanece inmóvil en tranquila espera, dispuesta a dejarse mover a gusto de su Maestro. A la verdad, no exigía de Santa Juana de Chantal «que no amara ni deseara las consolaciones, sino que no aficionara a ellas su corazón. Un simple deseo no es contrario a la resignación, sino que es una palpitación del corazón, un batir de alas, una agitación de la voluntad». Ella puede «quejarse a Dios amorosamente y con calma, y Nuestro Señor por su parte se complace en que le contemos los males que nos envía, como hacen los niños pequeños cuando su madre los ha azotado». Mas debe conservar esa libertad de espíritu, que no se adhiere ni a los consuelos ni aun a los ejercicios espirituales, y que recibe las aflicciones con toda la calma que permite la debilidad de la carne. De esta manera, «llegado el momento en que habrá de apurar el cáliz y dar, por decirlo así, el golpe decisivo del consentimiento, el alma conservará el equilibrio necesario para decir a Dios: no mí voluntad, sino la vuestra».

Aún va algo más lejos el piadoso Doctor. «Deseáis, sí, tener una cruz, mas queréis elegirla; y eso no puede ser. Yo deseo que vuestra cruz y la mía sean en todo cruces de Jesucristo. Que nos envíe tantas sequedades como le plazca,

con tal que le amemos. Jamás se le sirve bien, sino cuando se le sirve como El quiere; y quiere que le sirváis sin gusto, sin deleite, con repugnancias y convulsiones de espíritu. A vos no os satisface este servicio, pero a El sí; no es de vuestro agrado, pero lo es del suyo. Imaginad que jamás os veréis libres de vuestras congojas; entonces diríais a Dios: soy vuestro, y si mis miserias os agradan, acrecentad su número y duración. Confío en Nuestro Señor que diríais esto y no pensaríais más en ellas, por lo menos no os agitaríais. Pues haced ahora lo propio. Familiarizaos con vuestro trabajo como si siempre hubierais de permanecer juntos, y ya veréis cómo no pensando en vuestra libertad, Dios pensará en ella; y cuando vos ya no os inquietéis, acudirá entonces con presteza.»

En una palabra, el piadoso Doctor se inclina con preferencia al sufrimiento, y en algunos lugares parece que hasta lo pide, no sólo para su santa hija, sino también para él; mas, en general, predica a todos una extrema indiferencia en las variedades espirituales. Hubiera querido, por lo que a él se refería, no tener deseo alguno para uniformarse más y más con la adorable voluntad de Dios, que era su regla predilecta. Tenía sin duda, como él mismo dice, deseos ardientes de la salvación de las almas y de su propio progreso en la virtud, por ser ésta la voluntad de Dios significada, y aunque estas cosas las amaba, conformábase, sin embargo, plenamente con la voluntad de Dios, pero sin alterar el orden ni medida divinos.

Idéntica nota ofrece la doctrina de San Alfonso. Hela aquí en resumen:

1º.- Cuando Dios nos consuela con visitas llenas de amor y nos hace sentir la presencia de su gracia, no conviene rechazar estos favores, como algunos falsos místicos lo han pretendido, pues son más preciosos que las riquezas y los honores del mundo. Es preciso recibirlos con fervientes acciones de gracias, sin que nos pongamos a saborear su dulzura con una especie de gula espiritual, ni creer que Dios nos favorece porque es nuestra conducta mejor que la de los otros. Este orgullo y esta sensualidad desagradarían a Dios, y le obligarían a apartarse de nosotros y a dejarnos en nuestra

miseria. Humillémonos poniendo ante nuestra vista los pecados de la vida pasada. Consideremos que estos favores son puro efecto de la bondad de Dios, que los concede para disponemos a realizar los sacrificios que El exige, y quizá para sobrellevar con paciencia las pruebas que nos va a enviar. En la consolación preparémonos para la desolación:

«Ofrezcámonos, pues, entonces, a soportar todas las penas interiores y exteriores que nos aguardan, enfermedades, persecuciones, desolaciones espirituales, diciendo: «Heme aquí, Señor, haced de mí y de cuanto me pertenece lo que os plazca: dadme la gracia de amar y de cumplir perfectamente vuestra santísima voluntad, no os pido otra cosa.»

2º.- En la desolación espiritual es preciso resignarse. «No pretendo yo que dejemos de experimentar alguna pena al vernos privados de la presencia sensible de nuestro Dios, pues es imposible no quejarse ni resentirse de pena tan amarga, cuando el mismo Salvador se lamentó en la cruz.» Mas es necesario imitar su amorosa resignación y la de los santos. «Estos, por lo regular, han vivido en las arideces y no en las consolaciones sensibles; lo que toda su vida han procurado, no ha sido el fervor sensible en el gozo, sino el fervor espiritual en las penas.» ¿Os encontráis en la aridez?, sed constantes y no descuidéis de ningún modo vuestros ejercicios ordinarios, especialmente la oración mental. No imitéis a las almas poco sobrenaturales que, renunciando a su piadosa empresa, mitigan sus austeridades, cesan de refrenar sus sentidos y pierden los frutos de sus anteriores trabajos. ¿Os parece que las arideces son el castigo de vuestras faltas?, aceptad humildemente este castigo misericordioso y nada omitáis de lo que pueda hacer desaparecer las causas de este triste estado, como son, por ejemplo, una afición natural, vuestro escaso recogimiento, vuestro prurito de verlo todo. Reconoced que habéis merecido no gustar ya alegría alguna. Practicad sobre todo la resignación y confiad más que nunca en la voluntad de Dios, pues entonces, mejor que en cualquier circunstancia, trátase de haceros amable a vuestro divino Esposo. Animo, pues, para continuar buscándole. Quizá no se os presente con sus dulzuras: ¿qué importa, con tal de

que os conceda la fuerza de amarle aun en este caso, y de hacer todo lo que El quiere? «Un amor fuerte agrada a Dios más que un amor tierno.» Sometámonos con humildad a la voluntad divina «y la desolación nos será más ventajosa que la consolación». He aquí la magnífica oración que el Santo nos enseña:

«¡Jesús mío, mi esperanza, mi amor, el único amor de mi alma! No merezco que me deis consolaciones y dulzuras; reservadlas para las almas inocentes que os han amado siempre. En cuanto a mí que siempre os he ofendido, me reconozco indigno de ellas, no os las pido. Ved lo que únicamente deseo: haced que os ame, haced que cumpla vuestra voluntad en todo el curso de mi vida, y después disponed de mí como os plazca. ¡Desdichado de mí! Otras tinieblas, otros temores, otros olvidos hubiera de padecer para expiar las ofensas que os he inferido; he merecido el infierno, en donde, separado de Vos y rechazado para siempre, debiera llorar eternamente sin poder amaros. ¡ Oh, Jesús mío! Alejad de mí esta pena, a todo lo demás me someto... Dadme la fuerza de vencer las tentaciones, de vencerme a mí mismo. Quiero ser todo vuestro: os doy mi cuerpo, mi alma, mi voluntad, mi libertad, que ya no quiero vivir para mí, sino para Vos sólo. Afligidme como os plazca, privadme de todo, con tal que me otorguéis vuestra gracia y vuestro amor.»

Pero, ¿no os será permitido al menos desear y hasta pedir con instancia las consolaciones divinas, o el fin de las desolaciones?

Lo podemos, a causa del fuerte apoyo que nos procuran los favores divinos y a causa de la postración que las continuas desolaciones pudieran dejarnos. El Espíritu Santo en los Salmos, la Iglesia en su Liturgia ponen en nuestros labios oraciones de este género, cuya legitimidad ningún autor católico ha puesto en tela de juicio. Todos, empero, nos encomiendan hacerlo tan sólo con intención pura, con corazón desprendido y voluntad sumisa. Mas, si están de acuerdo sobre el principio, no así en cuanto a la práctica. Álvarez Paz, Luis de Granada y otros, aconsejan con interés hacer esta petición. En cambio, San Francisco de Sales, aunque permite a su Filotea «invocar a Dios para que haga cesar el cierzo

infructuoso que seca nuestra alma, y que nos devuelva el viento benéfico de las consolaciones», nos invita por otra parte a «una extrema indiferencia con respecto a las consolaciones o desolaciones». San Alfonso se expresa en idénticos términos: «¿Queremos decir con esto que os hará Dios sentir de nuevo la dulzura de su presencia? Guardaos de pedirla, y pedid más bien la fuerza necesaria para manteneros fiel.» En esta divergencia de opiniones, cada cual es libre de seguir lo que le plazca.

No estamos obligados a pedir las consolaciones o la cesación de las desolaciones. Sentimos vernos precisados a contradecir a algunos que al pronunciarse en esta cuestión por la afirmativa, condenan a San Francisco de Sales y a San Alfonso, estos dos grandes Doctores de la piedad que no han conocido este precepto, y que han enseñado y practicado todo lo contrario; condenan asimismo a esa multitud de santos que han basado su conducta en una absoluta indiferencia en esta materia. ¿Cuál sería, pues, el origen de esta obligación? Las consolaciones, ya lo hemos dicho, no son ni la esencia de la devoción, ni el único medio de llegar a ella, ni siquiera un medio necesario. Las desolaciones no constituyen la indevoción, y lejos de ser un obstáculo insuperable, constituyen un remedio del que tenemos sobrada necesidad. Parecen olvidar estos autores que, si es preciso alimentar el amor divino, también es necesario que el amor propio sea mortificado.

Se objeta que las desolaciones son una dolencia cuya curación no se conseguirá sino a fuerza de pedirla. En nuestra opinión, el verdadero mal, el fondo mismo de todos los males es el orgullo y la sensualidad, y las desolaciones constituyen su misericordioso castigo, el remedio providencial. Aquí, como en tantas ocasiones, Dios cura un mal de culpa con un mal de pena. ¿Por qué habríamos de estar obligados a estrecharle, a importunarle para que cambie de tratamiento? Más valdría orar por que El torne más sumisa nuestra voluntad y el remedio produzca su efecto.

Se objeta también que se falta a la confianza no haciendo esta petición; y es todo lo contrario. Con seguridad que, si se piensa tener necesidad de consolaciones y se las solicita con

la simplicidad de un niño, esta confianza honra a Dios, con tal de que vaya unida a la sumisión. Pero es mucho más necesario para ponerse enteramente en manos de Dios, conservarse en una expectación tranquila y resignarse de antemano a todo lo que le plazca. Es al mismo tiempo una prudencia superior, una generosidad más perfecta, todo lo cual necesariamente ha de conmover profundamente el corazón de nuestro Padre Celestial.

### 12. Las tinieblas, la insensibilidad, etc.

Parécenos haber dicho lo bastante respecto a las penas interiores, pero comoquiera que vienen a constituir la más pesada de las pruebas, nunca se estará sobradamente armado para aguantar el choque. Aun a riesgo de repetirnos, vamos a considerar con brevedad sus formas más dolorosas: las tinieblas del espíritu, la insensibilidad del corazón, la impotencia de la voluntad, y como consecuencia, la pobreza espiritual.

Provienen a veces estas penas del agotamiento físico, y el remedio será entonces proporcionar al cuerpo algo más de vigor. También pueden tener por causa la tibieza de la voluntad y el hábito del pecado. Estos dos azotes tienen el triste secreto de robar progresivamente la luz, la delicadeza, la fuerza y la abundancia, y de conducir a la ceguera, al endurecimiento, al entorpecimiento y a la miseria. Mas en este caso, es la voluntad lo que se ha desviado: sin energía ya para cumplir el deber, ha dejado a la negligencia mezclarse en todo, lo mismo en las oraciones que en el trabajo interior y que en las obligaciones diarias, todo lo ha estragado la pereza. ¡Que el tibio y el pecador sacudan sin dilación este entorpecimiento de muerte y se apresuren a volver al fervor! : es todo lo que hemos de decirles. - Empero, las penas de que hablamos pueden ser involuntarias. El alma continúa siendo realmente generosa, y como no se siente movida por la devoción sensible, parécele hallarse sin fuerzas y sin vida, y no experimenta la impresión de hallar a Dios y gozar de su dulce presencia en la medida de sus deseos. Con todo, le busca lo mejor que puede, hace lo que está de su parte en la oración y fuera de ella, cueste lo que cueste y sin dejarse

arredrar por la fatiga. Evidentemente el resultado no parece glorioso, por más que la voluntad no se separa un punto del deber. A estas almas generosas es a quienes nos dirigimos para decirles: «¡Paz a los hombres de buena voluntad! » Dios sólo es la causa de vuestro dolor; poneos por completo en sus manos y soportad con confianza su operación dolorosa, pero llena de vida.

**Artículo 1º.- Las tinieblas del espíritu**

Somos «hijos de la luz», y debemos amar la luz. Nunca poseeremos con sobrada abundancia la ciencia de los santos, nunca nuestra fe será suficientemente clara, sino que, por el contrario, quedará siempre oscura aquí abajo, sin llegar a ser clara visión. Sin embargo, la sombra disminuye, la luz aumenta con el estudio y la meditación, y mejor aún, a medida que el alma se hace más pura y se une más a Dios. Asimismo en nuestra conducta preferimos con razón el camino de la luz, por cuyo medio se ve con claridad el deber. ¡Es tan dulce y tan animosa la seguridad de que se hace la voluntad de Dios!

Mas el Señor no quiere que siempre tengamos esta consolación. «Hoy -dice el venerable Luis de Blosio- el Sol de justicia extiende sus rayos sobre nuestra alma, disipa sus tinieblas, calma sus tempestades, os comunica una dichosa tranquilidad; pero si este astro brillante quiere ocultar su luz, ¿quién le forzará a esparcirla? Pues no dudéis que se oculta algunas veces, y preparaos para estos momentos de oscuridad en que, desapareciendo estas divinas claridades, quedaréis sumergidos en las tinieblas, en la turbación y en la agitación.»

La sequedad obstinada llega a ser una verdadera noche, a medida que los pensamientos vienen a ser más claros y los afectos más áridos. Dios cuenta con otros muchos medios para producir las tinieblas y hacerlas tan densas como le agrade, sea que se trate de nuestra vida interior o de la conducta del prójimo. Aterrada, desconcertada, el alma se preguntará si quizá Dios se habrá retirado descontento. Le parecerá que son inútiles sus trabajos, y que no adelanta ni en la virtud ni en la oración, y hasta es posible que el tentador

abuse de esta dolorosa prueba para dar sus más terribles asaltos. Y «como por una parte -dice San Alfonso- las sugestiones del demonio son violentas, y la concupiscencia está excitada, y por otra, el alma en medio de esta oscuridad, sea cualquiera la resistencia de la voluntad, no sabe con todo discernir suficientemente si resiste como debe, o si consiente en las tentaciones, teme más y más haber perdido a Dios y hallarse por justo castigo de sus infidelidades en estos combates, abandonada por completo de El». Si pruebas de este género se repiten y se prolongan, pueden llegar a concebir crueles inquietudes aun respecto a su eterna salvación.

Alma de buena voluntad, ¿por qué tales temores? Dios ve el fondo de los corazones, ¿y va a ignorar que deseáis ser toda suya, y que vuestro único deseo es agradarle? ¿Ha cesado El de ser la bondad misma? En el fondo de sus amorosos rigores, ¿no veis su apasionada ternura santamente celosa de poseeros por completo? Sea que castigue vuestras infidelidades o que acumule pruebas, siempre es su corazón quien dirige a su mano. Tiene, empero, para con vos ese amor sabio y fuerte que prefiere la eternidad al tiempo, el cielo a la tierra; se propone haceros andar lo más posible por los caminos de la santidad. Son, pues, sus rigores la prueba de su amor, así como también la señal de su confianza. Cuando erais débil aún, os atraía por medio de las caricias y tomaba mil precauciones, pero entre tantas dulzuras y miramientos no hubierais muerto vos mismo. Ahora que habéis cobrado fuerzas, deja de echar mano de ellos; «os priva de sus consolaciones, a fin de elevaros sobre la grosería de los sentidos y uniros a Sí de modo más excelente, más íntimo y más sólido mediante la fe pura y el puro espíritu. Para que esta purificación sea completa, es necesario que las privaciones se unan a los sufrimientos, al menos interiores, a las tentaciones, a las angustias, a las impotencias que a veces llegan hasta una especie de agonía. Todo esto sirve maravillosamente para librar al alma de su amor propio».

Después de esta advertencia general, examinaremos brevemente las principales pruebas de este género.

Desde luego, ofrécese la incertidumbre sobre el valor de

nuestras oraciones, que nos parecen insignificantes. Busquemos los medios de conservarnos atentos a Dios y hagamos cuanto esté de nuestra parte, pues El sabrá entender lo que hemos sabido decirle, y aceptará con agrado nuestra buena voluntad, y con ella se dará por satisfecho; que si es verdad que exige los esfuerzos, no pide, sin embargo, el éxito. La oración hecha en estas condiciones será sin consolación, mas no sin fruto: puesto que es poderosa para mantenernos fieles a todos nuestros deberes, ilumina y alimenta más de lo que cabe pensar. Por lo demás, «la experiencia me ha enseñado -dice el P. de Caussade- que todas las personas de buena voluntad que se lamentan de esta suerte, saben orar mejor que las otras, porque su oración es más sencilla y más humilde».

Existe además la incertidumbre sobre el valor de nuestros actos de virtud. Mas «una cosa es-dice San Alfonso- hacer un buen acto: como rechazar la tentación, esperar en Dios, amarle, querer lo que El quiere, y otra conocer que se hace efectivamente este acto bueno. Este segundo punto, o sea, el conocimiento que tenemos de haber hecho algún bien, nos produce un gozo, pero el mérito del acto radica en el primero, es decir, en la ejecución de la buena obra. Conténtase, pues, Dios con el primero, y priva al alma del segundo, para quitarle toda satisfacción que nada añade al valor del acto, y El prefiere nuestro mérito a nuestra satisfacción». A Santa Juana de Chantal, que sufría terriblemente con esta pena, consolábala San Francisco de Sales en estos términos: « El punto culminante de la santa religión es contentarse con actos desnudos, secos e insensibles, ejercitados por la sola voluntad superior. Hemos de adorar la amable Providencia y arrojarnos en sus brazos y en su regazo amoroso. Señor, si tal es vuestro beneplácito que yo no tenga gusto alguno por la práctica de las virtudes que vuestra gracia me ha otorgado, me someto a ello plenamente, aunque sea contra los sentimientos de mi voluntad; no quiero satisfacción de mi fe, ni de mi esperanza ni de mi caridad, sino poder decir en verdad, aunque sin gusto y sin sentimiento, que moriría antes que abandonar mi fe, mi esperanza y mi caridad.»

Otra incertidumbre versa sobre la victoria en las

tentaciones, la cual es más penosa que el mismo combate, aunque éste hubiese sido tan tenaz y persistente que rayase en la obsesión. Que las almas de buena voluntad cobren ánimo y se tranquilicen: en los sentidos y en la imaginación pueden pasar multitud de cosas que no son actos voluntarios, en los que, por consiguiente, no hay pecado. Se habrá resistido como se debía, mas las tinieblas en que el alma se halla impiden ver con claridad lo que ha sucedido. La voluntad, sin embargo, no ha cambiado, y pronto lo sabrá por experiencia: ofrécese la ocasión de ofender a Dios por un simple pecado venial deliberado y huirá de él cuidadosamente, y preferiría mil muertes antes que cometerlo. Debe bastarnos haber velado, orado, luchado generosamente, sin que haya necesidad de estar completamente seguros de haber cumplido con el deber; y a veces, aun nos será provechoso no tener esta seguridad, pues en ello ganará no poco la humildad. Este fondo de corrupción que llevamos dentro de nosotros mismos, que sin la gracia de Dios nos conduciría a los desórdenes más espantosos, quiere el Señor hacérnosle sentir por experiencias mil veces repetidas. La evidencia de la victoria aminoraría la humillación, hasta pudiera poner en peligro la humildad, y Dios, dejándonos en la incertidumbre, refuerza la humillación y protege la humildad. Dura es la prueba, pero nos ofrece la incomparable ventaja de establecer sólidamente una virtud que es la base de la perfección.

En estas circunstancias puede haber una incertidumbre sobre el estado de nuestra alma: ¿Habremos quizá sucumbido? ¿Estamos aún en gracia de Dios? No os empeñéis con un ardor inquieto en aseguraros de ello, nos dice San Alfonso. «¿Queréis tener la seguridad de que Dios os ama? Mas, en este momento, Dios no quiere dároslo a conocer; quiere que no penséis sino en humillaros, en confiar en su bondad, en someterse a su santa voluntad. Por lo demás, es una máxima recibida como incontestable por todos los maestros de la vida espiritual, que cuando una persona timorata está dudosa de haber perdido la gracia, es cierto que no la ha perdido, pues nadie pierde a Dios sin saberlo con certeza. Otra prueba de que os encontráis en gracia de Dios es, según San Francisco de Sales, esa resolución que al

menos en el fondo de vuestro corazón tenéis de amar a Dios y de no ocasionarle con propósito deliberado el más leve disgusto. Abandonaos, pues, en los brazos de la divina misericordia; protestad que no deseáis sino a Dios y su beneplácito, y desechad todo temor. ¡Cuánto agradan al Señor los actos de confianza y de resignación hechos en medio de estas densas tinieblas!»

La más dolorosa de todas estas incertidumbres es la que se refiere a nuestro porvenir eterno. Si no es por revelación divina, nadie sabe con certeza absoluta si actualmente es digno de amor o de odio, y mucho menos todavía, si ha de perseverar o ha de tener un fin desgraciado. Dios es quien quiere esta incertidumbre, sin la que correríamos el peligro de adormecernos en la pereza o exponernos con loca temeridad. Por su mediación nos conserva Dios en humilde desconfianza de nosotros mismos y en celo siempre vigilante; afirma además su soberano dominio sobre nosotros recordándonos nuestra absoluta dependencia, nos hace sentir la incesante necesidad de orar, de velar, de mortificarnos, de multiplicar nuestras obras santas, y da mayor lustre y valor a nuestra fe, a nuestra confianza, a nuestro abandono. Adoremos esta admirable disposición y, lejos de dejarnos arrastrar por un temor desconfiado y de perder el ánimo, cultivemos con solicitud este temor amoroso que estimula la actividad y pone en guardia contra sus peligros. La manera más cierta de asegurar el porvenir es santificar el momento presente. El autor de la Imitación nos muestra a un hombre preocupado de su eternidad, hasta el extremo de ser presa de la inquietud y de la agitación. «Con frecuencia fluctuaba entre el temor y la esperanza. Un día, abrumado de tristeza, se dirige a una iglesia, y orando ante el altar y revolviendo en sí mismo los pensamientos que le acongojaban dijo: ¡Oh, si supiera que había de perseverar! Al momento oyó en su interior esta respuesta de Dios: ¿Qué harías si lo supieses...? Haz ahora lo que entonces querrías hacer y estarás seguro. - Consolado y lleno de valor, abandonóse en seguida al divino beneplácito y desapareció su ansiedad, y no quiso en adelante indagar con curiosidad lo que le había de suceder, sino más bien cuál era por el momento la voluntad de Dios y su beneplácito, para

emprender todo género de buenas obras y llevarlas a buen término.»

Este obró como cuerdo. Por nuestra parte, no pensemos sino en obrar con confianza, en cumplir asiduamente nuestros deberes, en vivir así en humildad, en la abnegación, en la obediencia y en el santo amor. Y Dios, que es la bondad personificada, el dulce Salvador que ha dado la vida por sus enemigos, el buen Pastor que corre tras la oveja rebelde y obstinada, jamás permitirá que un alma de buena voluntad termine miserablemente una vida santa. Por lo demás, no cesemos de implorar la gracia de la perseverancia final, y pidámosla por mediación de nuestra Madre del Cielo, que un alma devota de María no puede perderse eternamente.

Puede haber también otras muchas especies de oscuridades, y por más que se tomen todas las precauciones para hacer la luz en rededor suyo, siempre se padecerá la falta de claridad, sea en la vida interior, sea en el modo de conducir al prójimo, y por una permisión divina surgirán las tinieblas de todas partes. Sea cual fuere su naturaleza y por espesas que se las suponga, nos dejan la razón y la fe: tanto al Pastor como al simple fiel les quedará la Iglesia, el Evangelio, los buenos libros y la dirección; y al religioso le quedan sus Superiores y su Regla. ¿No es esto bastante para orientarnos con seguridad hacia el puerto de la eterna felicidad? La prueba, pues, no nos priva sino de las luces especiales, radiantes y deliciosas que por cierto nos proporcionan un precioso suplemento de fuerza, del que, sin embargo, es fácil abusar. En todo caso no son necesarias y si Dios nos las quita sin culpa nuestra, El sabrá hacer que hallemos mediante el abandono y los esfuerzos una superabundante compensación. Dejemos, por tanto, que Dios nos conduzca a su placer, y aun entre las desolaciones y tinieblas confiémonos a este Padre infinitamente bueno y sabio y no tengamos otro cuidado sino el de cumplir sus voluntades.

De este modo se conducía Santa Teresa del Niño Jesús: «Doy gracias a mi Jesús, escribía, por hacerme caminar entre tinieblas, pues encuentro ahí una paz profunda. Gustosa consiento en permanecer toda mi vida religiosa en este oscuro

subterráneo en que me ha hecho entrar, y solamente deseo que mis tinieblas obtengan la luz para los pecadores. Soy feliz así, muy feliz de no tener ninguna consolación.»

**Artículo 2º.- La insensibilidad del corazón, los disgustos, etc.**

Lo repetimos de nuevo, que aquí no se trata de un alma esclava de sus pasiones o debilitada por la tibieza voluntaria, sino de aquella que desea resueltamente ser toda para Dios.

«Es triste tener que cumplir los más religiosos deberes con un corazón frío y un espíritu disipado, el ir a ellos siempre sin interés alguno y tener que arrastrar su corazón como por fuerza, el hallarse insensible y con estúpida indiferencia en presencia de Dios, meditar sin afecto, confesarse sin dolor, comulgar sin gusto y aun con menos satisfacción que comiendo el pan material, sufrir por fuera sin estar consolado por dentro, llevar pesadas cruces sin sentir esa unción secreta que las dulcifica.» He aquí nuestra prueba admirablemente descrita por el P. de Lombez, mas, ¿qué pensar de ella?

«Este estado, continúa diciendo, es harto mortificante, pero sin embargo, está ordenado con mucha sabiduría por la Providencia de un Dios que conoce perfectamente sus derechos y nuestras necesidades. Sois justo, Señor, y todas vuestras determinaciones son dictadas por la misma equidad; mas vuestra misericordia siempre va mezclada en vuestros consejos... (Alma de buena voluntad), Dios te retira sus consolaciones ora para castigar tus faltas, ora para aumentar tus méritos. Si es para castigar tus faltas, ¿por qué no vuelves tu disgusto contra ti misma? Si es para aumentar tus méritos, ¿por qué te quejas de El? Si te trata como mereces, ¿qué mal te hace? Si quiere acrecentar tus méritos, ¡cuán reconocida no le debes estar! ¿Temes que te haga expiar con sobrada facilidad tus pecados en este mundo, o que mediante ligeros padecimientos te haga demasiado feliz en el otro? Por más que reflexiones, esos que tú llamas rigores, deben necesariamente tener una de estas dos causas: Dios no aborrece su obra, y no llama al hombre a su servicio para hacerle desdichado.»

Con tal que nuestra voluntad se mantenga firme y generosa, evitemos la inquietud. Pongámonos en manos de Dios como un enfermo en las del médico, pues en estas circunstancias es cuando se entregará de lleno a curarnos y salvarnos. El amor propio querría que nuestra contrición se tradujese en torrentes de lágrimas, nuestro amor a Dios en dulces efusiones de ternura; querría conocer, ver y sentir cada uno de nuestros actos de virtud para asegurarse de ellos, para solazarse o complacerse en ellos. Tan miserables somos durante la vida, que todo don conocido corre riesgo de convertirse en veneno por este sutil amor propio. He aquí lo que obliga en cierta manera a Dios a ocultarnos las gracias que nos concede: nos conserva la sustancia de ellas, nos quita lo que brilla y nos halaga. Si entendiéramos bien nuestros intereses, miraríamos esta conducta de Dios como preciado favor, y nunca besaríamos su mano con más confianza, que cuando parece que la deja caer con todo su peso sobre nosotros. En efecto, cuando la naturaleza padece esas interiores crucifixiones y se desespera de no hallar remedio alguno en ellas, el amor propio es quien se encuentra reducido a la agonía y se ve a punto de expirar. ¡Muera, pues, este miserable amor desarreglado! ¡ Sea crucificado este enemigo doméstico de nuestras pobres almas, este enemigo de Dios y de todo bien!

Pero, diréis, ¿y esta espantosa indiferencia para con Dios? - Es tan sólo aparente, y en la parte inferior, puesto que la voluntad permanece fiel a todos sus deberes. La parte superior busca a Dios, y El no la pide más. He aquí una prueba evidente; estáis desolada en todos vuestros ejercicios por sentir que no amáis a Dios como lo deseáis, y no sabéis más que lamentaros amargamente: Dios mío, luego no os amo. ¡Qué violento y profundo debe ser el deseo interior de permanecer fiel por completo, pues el temor solo de no amarle os aflige hasta este extremo! Es señal cierta de que en medio de vuestras frialdades, de vuestras insensibilidades, de vuestra aparente indiferencia, Dios ha encendido en vuestro corazón el fuego de un amor grande que cada vez se hace interiormente más intenso, más profundamente ardoroso con los mismos temores de no amarle. Son, pues, vuestras

angustias las que precisamente debieran tranquilizaros. Hay, sin embargo, otra prueba aún mejor: es que nuestros actos, para que sean agradables a Dios, en manera alguna necesitan emociones. Por su naturaleza son espirituales, y se elaboran en la parte superior del alma. Cuando la parte inferior preste su concurso, o permanezca inerte, e incluso trabaje en contra, todo esto será siempre secundario. Lo esencial es que la contrición cambie la voluntad, y no que haga correr las lágrimas, que el santo amor una fuertemente nuestro querer al de Dios, y no que se traduzca en efusiones de ternura. Otro tanto ha de decirse de las virtudes. Para obtener este resultado, no es necesaria la sensibilidad; ésta viene a ser perjudicial tan pronto como se convierta en pábulo del amor propio. Tal es el obstáculo que Dios se propone destruir con esta insensibilidad del corazón. Dolorosa es esta operación, mas eminentemente saludable, y en lugar de quejamos amargamente de ella, besemos con reconocimiento la mano de Dios que nos hace sufrir para curarnos.

La insensibilidad del corazón es una abrumadora pena, al menos para el alma que aún no ha llegado al perfecto abandono; pero la prueba toma más incremento, cuando a la privación del piadoso sentimiento vienen a añadirse los disgustos, las repugnancias, las rebeliones interiores, que sobreexcitan a la naturaleza ante los grandes sacrificios, o cuando la copa está ya llena. Nada culpable hay en estas repugnancias y las rebeliones, con tal que se las sufra con paciencia y la voluntad no se deje arrastrar; sólo falta entonces la impresión sensible de la sumisión, puesto que nuestra voluntad permanece unida a la de Dios y fiel a todos sus deberes. Recuérdese la agonía de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, y se comprenderá que la amargura del corazón y la violencia de las angustias no son incompatibles con una sumisión perfecta. Las rebeliones no están sino en la parte inferior, mientras que en la superior continúa reinando la sumisión.

Guardémonos bien de creer que estas pruebas constituyen un obstáculo, sino que por el contrario, dice el P. de Caussade, tales son las luchas íntimas de que habla San Pablo, y después de él todos los Maestros de la vida espiritual;

tal el combate por el que el verdadero justo se sustrae al dominio de los sentidos; tales las gloriosas victorias que nos procuran en este mundo la paz y la sumisión relativa de la parte inferior, y en el cielo la posesión de Dios. Apréndese en estas tempestades a desprenderse de todo, a hacer frecuentes y penosos sacrificios, a vencerse en no pocas cosas, a practicar singularmente la paciencia, la humildad, el abandono. Todo esto se ejecuta en la parte más interior del espíritu casi sin nosotros conocerlo, a pesar de las apariencias, hasta el punto de que muchas veces tenemos la sumisión creyendo no tenerla. Lejos de ser una señal de alejamiento de Dios, estos disgustos constituyen una gracia mucho mayor de lo que pudiéramos pensar; pues, dejándonos penetrados de nuestra debilidad y perversidad, nos disponen a esperarlo todo de la divina Bondad.

Nada hagamos en este estado contra las órdenes de Dios, ni nos lamentemos desesperadamente, sino que más bien pronunciemos con humildad nuestro fiat; ved ahí la perfecta sumisión que nace del amor y del más puro amor. ¡Ah, si en ocasiones semejantes supiéramos permanecer en respetuoso silencio de fe, de adoración, de humildad, de abandono y de sacrificio, entonces encontraríamos el gran secreto que santifica y hasta endulza las amarguras! Es preciso ejercitarse y formarse poco a poco, guardarse mucho de la turbación si se ha faltado, pero en seguida volver a este filial abandono con humildad apacible y tranquila. Entonces podemos contar con los auxilios de la gracia. Cuando Dios nos envía grandes cruces y nos ve deseosos de soportarlas bien, no deja nunca de sostenemos invisiblemente, de suerte que la magnitud de la prueba corra parejas con la magnitud de la fuerza y de la paz, y aun a veces sea superada. Por lo demás, no conviene abandonar la oración, ni suprimir nuestros actos interiores por áridos, pobres y miserables que puedan parecer; que si no tienen sabor para nosotros, lo tendrán muy mucho para Aquel que ve vuestra buena voluntad. ¡ Felices las almas que a ejemplo de Santa Teresa del Niño Jesús, tiene por ideal consolar a su buen Maestro y no exigir que El les consuele siempre!

**Artículo 3º.- Las impotencias de la voluntad**

¿Proviene quizá esta dificultad del agotamiento físico? El remedio sería dar al cuerpo un poco de vigor.

Las almas menos adelantadas, los tibios y los pecadores, son molestados en su acción por sus grandes y pequeñas pasiones: que practiquen la penitencia y la mortificación interior y poco a poco se verán libres de sus lazos.

Un alma que es toda de Dios, sin haber pasado aún el camino ordinario, puede ser probada por una profunda aridez de sentimientos, por esas tinieblas y esta insensibilidad de que hemos hablado, y esto basta para que experimente cierta impotencia en la práctica de las virtudes, y sobre todo en la oración.

En esta alma, la impotencia para practicar las virtudes no es sino relativa, es más aparente que real. Es ante todo una impotencia para practicarlas con sentimiento; y por aquello de que no siente ni el amor, ni la contrición, ni las otras virtudes, se figura que no las tiene y que no hace nada. Pero es una ilusión: una cosa es, según queda dicho, producir actos buenos, y otra sentir su impresión. Dios pide las obras, mas no exige el sentimiento. Es más: si permaneces fiel a todos los deberes sin el apoyo de los consuelos y dulzuras, la buena voluntad es más agradable a Dios y más meritoria para nosotros, porque ha sido necesario más espíritu de sacrificio. Quizá exista aún alguna otra causa de ilusión: se habían formado grandes proyectos, soñado con virtudes heroicas, acariciado un ideal más o menos quimérico. Al no conseguir dicho objeto, se desvanecen vanas esperanzas y nos despojamos un poco de nuestro orgullo. Lejos de contristamos por ello, habíamos de bendecir a Dios que nos conserva en la humildad y nos llama a la realidad. A pesar de todas las decepciones de este género, una cosa seguirá siendo enteramente posible, y es lo que forma la esencia de la santificación, es decir, la guarda de las leyes de Dios y de la Iglesia, y nuestras obligaciones. Un religioso observará siempre sus votos, amará su Regla, obedecerá a sus Superiores, vivirá en paz con sus hermanos, gobernará sus pasiones, ofrecerá a Dios sus actos, soportará con paciencia sus penas, y de esta manera atesorará un caudal inapreciable

de virtudes y méritos. ¿Qué más se necesita? Este es el verdadero camino de la perfección, camino enteramente seguro y que nos ofrece horizontes dilatados.

La impotencia puede manifestarse sobre todo con respecto a los actos interiores y a la oración, y aun aquí no es sino relativa. «Siéntese el alma -dice San Alfonso- como incapaz de elevarse a Dios y de producir acto alguno de caridad, de contrición, de resignación. Pero, ¿qué importa? Basta hacer un ensayo, aunque sólo sea con la parte superior de la voluntad. Entonces, por más que estos actos estén para vos desprovistos de fervor y de gusto y hasta parezcan impracticables, Dios los acepta y los tiene por agradables. Sin embargo, aun en medio de esta oscuridad, una cosa es todavía posible: anonadarnos delante de Dios, confesar nuestra miseria arrojándonos en el seno de su misericordia. Y después, no olvidemos que es preciso orar en cualquier estado en que nos encontremos; en las tinieblas y en la luz es preciso clamar a Dios: Señor, conducidme por el camino que os plazca, y haced que cumpla vuestra voluntad, pues no quiero otra cosa.»

Si apenas acertamos a expresar nuestros deseos, palabras y sentimientos, podemos al menos mantenernos con espíritu de fe en la presencia de Dios con un real deseo de recibir su gracia según nuestras necesidades, lo que constituye una verdadera oración, porque Dios ve la preparación de nuestro corazón, y entiende lo que nosotros no sabemos decirle. En una palabra, nuestra impotencia se refiere tan sólo a lo que Dios no quiere de nosotros en este momento, y por tanto, no nos sería conveniente salir airosos como fuera nuestro deseo.

Quizá el buen Maestro quiere tan sólo probarnos para que arraiguemos más hondo en la humildad, en el desasimiento, en el santo abandono. Para esto, suprimirá las consolaciones sensibles y las dulzuras espirituales, reemplazándolas con la oscuridad, con la insensibilidad, y aun con el hastío. Nos convendrá mantenernos constantes en nuestro deber, no descuidar la oración, sino soportar animosamente la prueba, atenuándola, si es posible, por medio de un libro y otras piadosas prácticas que la experiencia sugiera. Quizá Dios se proponga hacernos pasar de estas vías comunes a las

místicas. Al intento nos hará suprimir poco a poco los actos discursivos, metódicos, complicados y variados, para encaminarnos hacia una oración de simple mirada con actos más breves y menos variados, o en un amoroso silencio. Esta operación divina es una preciosísima gracia y, muy lejos de contrariaría, prestémonos a ella con docilidad llena de confianza. Mas convendrá buscar en algún buen libro, y con preferencia en un director experimentado, las luces y la dirección que son entonces particularmente necesarias.

En todo caso, es una excelente ocasión de progreso espiritual y abandono filial. «No os alarméis -dice el P. de Caussade- lejos estáis de perder el tiempo en la oración; la podréis hacer más sosegada, pero no más meritoria ni más útil, porque la oración de sufrimiento y anonadamiento, si bien es la más dolorosa, es también la que más purifica el alma y la que nos hace morir antes a nosotros mismos, para no vivir sino en Dios y para Dios. ¡ Cuánto me agradan esas oraciones en las que os mantenéis en presencia de Dios como un jumento, insensible a todo y oprimido bajo el peso de todo género de tentaciones! ¡Qué cosa más a propósito para humillar, confundir, anonadar vuestra alma delante de Dios! Eso es lo que El se propone, y adonde conducen estas aparentes miserias. Con tal que no sea un obstáculo para cumplir vuestros ejercicios de piedad, habéis de considerar esa estupidez como una prueba a que Dios os somete, y que os es común con casi todos los santos. Sed fiel, que en su aceptación hallaréis un ejercicio muy meritorio de paciencia, de sumisión, de humildad interior, y no puede ser perjudicial sino al amor propio que muere poco a poco, y se aniquila por este medio más eficazmente que con todas las mortificaciones exteriores... Jamás se llega a la entera desconfianza de sí mismos y a una perfecta confianza en Dios, sino después de haber pasado por estos diversos estados de completa insensibilidad y absoluta impotencia. ¡Dichosos estados que producen tan maravillosos efectos...! No hay sacrificio, por otra parte, que Dios acepte con mayor complacencia que esta entera donación de un corazón destrozado y anonadado; es en verdad el holocausto de agradable olor. Las oraciones más dulces y más fervientes, las más rigurosas mortificaciones

voluntarias nada tienen de comparable, ni que se le acerquen.»

San Francisco de Sales escribía en idéntico sentido a Santa Juana de Chantal: «¿De qué os quejáis, mujer? No, no conviene ser mujer, hay que tener corazón de hombre; y con tal que conservemos el alma firme en la voluntad de vivir y morir en el servicio de Dios, no nos maravillemos de las tinieblas, ni de las impotencias, ni de los obstáculos. Allá arriba ya no los habrá, y aquí es necesario sufrirlos... Quiere Dios que nuestra miseria sea el trono de su misericordia, y nuestras impotencias el asiento de su omnipotencia.»

El piadoso doctor invita después a su santa dirigida a permanecer humilde y tranquila, dulce y confiada en medio de la impotencia y la oscuridad. Quiere que no se impaciente, que no se turbe, sino que permanezca en sus tinieblas y que abrace la cruz con ánimo, franca y firmemente.

### Artículo 4º.- La pobreza espiritual

¿Qué puede salir de las tinieblas, de la insensibilidad, de la impotencia, sino la pobreza espiritual? Así razona el que se halla sumergido en la prueba, pero se engaña. Desde el momento que la parte superior del alma se adhiera a la voluntad divina y permanezca fiel al deber, las tinieblas, la insensibilidad, la impotencia no pasan de la parte inferior, y por consiguiente, la pobreza sólo será aparente. En realidad, esta dura prueba es el manantial de una inmensa riqueza sólidamente fundada sobre la obediencia y la humildad, muy bien preservada de los estragos del amor propio.

Mas en esto hay quizá una mala inteligencia: Dios nos gobierna a su manera, y nosotros habíamos formado otro concepto en este punto; de donde se origina nuestra turbación, y para disiparla importa conocer mejor las miras de Dios y entrar de lleno en ellas.

Muy ajenos estamos a poner trabas a las almas generosas; únicamente querríamos impedirles hacer grandes jornadas fuera del camino. Por lo general, nuestras aspiraciones son harto vulgares, y, dado que inutilizamos tantas gracias, quedaremos muy distanciados de la sublimidad de la gloria a

que Dios nos destinaba. Es, pues, necesario dirigir muy alto nuestros deseos de espiritual adelantamiento, debiéndolos apoyar en Dios sólo, y regularse según su beneplácito de tal suerte que queramos nuestra perfección como Dios la quiere y solamente como El la quiere. El deseo así formado, aunque lleno de un santo ardor, permanece siempre tranquilo y sumiso, porque tiene su principio en la gracia y su regla en la voluntad divina. Otro deseo hay de perfección que no procede enteramente de Dios, pues se inspira más o menos en nuestro egoísmo, se guía en parte por la voluntad propia y se dará por consiguiente a conocer en la inquietud, la turbación, el apresuramiento. Cuanto nos merece confianza el primero de estos deseos, tanto hemos de vigilar al otro, en tal forma, que tendamos ardorosamente a la perfección y a la vez estemos en guardia contra las inspiraciones del amor propio.

Por fortuna, Dios viene en nuestra ayuda por medio de estas penas de que hablamos. Por mediación de ellas nos ofrece un doble socorro tan necesario como precioso, secunda nuestros deseos de progresar, sosteniéndonos poderosamente con su gracia invisible, y presérvanos de los ataques del amor propio, dejándonos sentir la fuerte impresión de nuestra pobreza. Hemos, pues, de bendecirle no sólo porque le pone bajo la salvaguardia de la humildad, sino porque también aumenta nuestro caudal espiritual. Daremos algunos detalles, a fin de aclarar esta tan consoladora verdad.

¿Se trata de nuestros pecados y de nuestras imperfecciones? Diremos a Dios desde el fondo de nuestro corazón: detesto mis faltas y mis miserias y haré cuanto pueda con vuestra gracia para corregirme. El acude en nuestro auxilio, pero de tal suerte, que nos asegure la victoria, manteniéndonos, sin embargo, en el desprecio de nosotros mismos. Tal vez se apoderaría de nosotros la yana complacencia si hallásemos en nosotros mismos la energía y el valor. Nos concederá la gracia de vencer en pequeña escala, es decir, bajo la impresión de nuestra debilidad, y por tanto, con modestia. Lejos de enorgullecerse, estará uno convencido de no ser sino la nada más despreciable, y este descontento de sí producirá la complacencia de Dios. Por otra parte, cuando se llega a no buscar otra satisfacción que la de

agradar a Dios, nada nos podrá turbar.

«Mientras estemos en esta vida -dice el P. de Caussade-, no podemos menos de encontrarnos con muchas imperfecciones y miserias. ¿Deseáis un remedio eficaz para curarlas...?, detestad desde luego los pecados que son la fuente de todas ellas, amad o aceptad por lo menos sus consecuencias, es decir, la abyección y el desprecio que de ellas resulta, y todo sin turbaros, sin disgusto, ni inquietud, ni desánimo. Tened presente que Dios, sin querer el pecado, hace de él instrumento muy útil para conservarnos en la humildad... Y este conocimiento más claro cada vez de su nada, es el que aumenta la humildad en los santos, mas esta humildad según Dios es siempre alegre y tranquila. Estáis vivamente penetrados de vuestras faltas y de vuestros defectos; esto sólo sucede a medida que Dios se acerca a nosotros, y que nosotros andamos en la luz. Brillando con mayor intensidad, esta divina luz nos hace distinguir mejor dentro de nosotros un abismo de miseria y de corrupción, y ese conocimiento es una de las señales más inequívocas de progreso en los caminos de Dios.» Tal conocimiento nos turba quizá mostrándonos muy a las claras nuestra pobreza, siendo así que por esto mismo debiera de consolarnos y llevarnos al agradecimiento.

¿Se trata del adelantamiento en las virtudes? Hablemos así a Dios: No deseo sino agradaros; deseo el don de oración, el espíritu de mortificación, todas las virtudes, y os las pido con instancia, y me propongo trabajar sin descanso en su adquisición. Sin embargo, vuestra adorable voluntad será constantemente la regla de mis deseos, aun de los más legítimos y santos. Anhelo mi santificación en cuanto Vos lo deseáis de mí, pero solamente en la medida, forma y tiempo que os convenga. Infinitamente sabio y bueno. Dios no puede desechar los deseos de progresar que El mismo nos ha inspirado, sino que los acoge; mas para sustraer a los peligros del orgullo nuestros progresos, la paciencia, la humildad, el amor, el abandono y demás frutos de la gracia, sabe ocultarlos tan bien, que a las veces no podemos menos de llorar la presunta ausencia de toda la virtud. Todo esto se lo habíamos de agradecer, tanto más cuanto que no hay un solo don tan

excelente que, después de haber sido medio de adelantamiento, no pueda convertirse en tropiezo y obstáculo a causa de las miradas de complacencia y del apego que mancillan al alma. Ahí estriba el que Dios se vea precisado a quitarnos lo que nos había dado, pero no lo hace sino para devolvérnoslo centuplicado, una vez que se haya purificado de esta maligna apropiación que de sus dones hacíamos sin darnos cuenta de ello. Por este motivo, aunque trabajando con una piadosa avaricia en enriquecernos de virtudes, debiéramos decir al Señor: Consiento en ser privado, en cuanto sea de vuestro agrado, de saber si me habéis concedido esas gracias o ese progreso, porque soy tan miserable, que todo bien conocido se me convierte en ponzoña, y estas malditas complacencias del amor propio vienen a manchar la pureza de mis obras casi sin yo saberlo y contra mi voluntad. Así, Dios mío, soy yo mismo quien os liga las manos y os obliga a ocultarme, por vuestra bondad, las gracias que vuestra misericordia os mueve a concederme.

¿Se trata de los medios de santificación? Pongámonos en las manos de Dios: El sabrá elegir para las almas fieles, no los más gloriosos ni los más conformes a sus deseos, sino los más a propósito para asegurar su adelantamiento y la humildad. ¿Qué más habríamos de desear? ¿En qué consiste, pues, el servicio de Dios, sino en abstenemos del mal, en guardar los mandamientos, en trabajar a medida de nuestras fuerzas conforme a la voluntad de Dios? Y si esto hacéis, «¿por qué desear con un ardor inmoderado las luces del espíritu, los sentimientos, los gustos interiores, la facilidad en el recogimiento, en la oración o cualquier otro don de Dios, si a El no le place concedéroslo? ¿No será esto pretender perfeccionaros a vuestro gusto y no al suyo, seguir vuestra voluntad y no la voluntad divina, mirar más por vuestra satisfacción que al agrado de Dios, en una palabra, querer servirle conforme a vuestro capricho, y no según su beneplácito? - ¿Habré, pues, de resignarme a permanecer toda mi vida víctima de pobreza, de mis debilidades, de mis miserias? - Sí por cierto, si así es del agrado de Dios». No es esto sino una pobreza aparente, pues en el fondo, «riqueza será, y por cierto inmensa, ser precisamente lo que Dios

quiere»; es una sublime perfección aceptar de buen grado todo lo que Dios hace. ¿Podéis ignorar acaso que constituye una virtud heroica el saber soportar paciente y constantemente las propias miserias, las debilidades, la pobreza interior, las tinieblas, las insensibilidades, las divagaciones, las locuras, las extravagancias de espíritu y de imaginación -obrando siempre lo mejor que se pueda-? Esto es lo que ha hecho decir a San Francisco de Sales que los aspirantes a la perfección tienen tanta necesidad de paciencia y de dulzura para consigo mismos como para con los demás. Tengamos, pues, paciencia con nosotros mismos, en nuestras propias miserias, en nuestras imperfecciones y en nuestros defectos, como Dios quiere que soportemos al prójimo en parecidas circunstancias.

Así es que este sentimiento de nuestra pobreza no ha de inquietarnos en cuanto al presente, desde el momento en que realmente tenemos buena voluntad: «Camináis con seguridad -dice San Juan de la Cruz-; dejaos conducir y estad contentos. Jamás habéis sido mejores que ahora, porque nunca habéis sido tan humildes ni tan sumisos. Jamás os habéis tenido a vosotros mismos y a las cosas del mundo en tan poca estima. Jamás os habéis creído tan malos y peores que ahora. Jamás habéis hallado a Dios tan bueno, ni le habéis servido con más desinterés, ni con más pureza de intención. Jamás habéis renunciado mejor que ahora a las imperfecciones de vuestra voluntad y de vuestro interés personal, que quizá en otros tiempos buscabais.»

En cuanto al porvenir, sólo os incumbe esforzaros por amar la santa abyección, el desprecio y horror de vos mismo, que nacen de este vivo sentimiento de vuestra pobreza. Cuando a esto llegareis, habréis dado un nuevo paso, aun más decisivo, en vuestro espiritual adelantamiento. Esta aparente pobreza, bien entendida, humildemente soportada, es uno de los más preciosos tesoros que un alma puede poseer acá abajo, puesto que este sentimiento la conduce a una profunda humildad. Por este medio Dios le impide complacerse y confiar en si misma, dormirse en una perezosa tranquilidad. Le obliga a obrar su salvación con temor y temblor, y, por consiguiente, se apoya en Dios sólo, desconfía de si misma, vigila, ora, se

mortifica, estimula su actividad espiritual, multiplica sus santas obras a fin de procurarse con mayor seguridad la dicha de los elegidos.

## 13. Paz, temores y escrúpulos

### Artículo 1º.- La paz

La paz del alma es un bien soberanamente deseable, no tan sólo por la dulzura que consigo lleva, sino más aún por la fuerza que nos comunica y por las condiciones ventajosas en que nos coloca. Es casi indispensable al que desea vivir vida interior; y el Señor por otra parte se hace llamar en nuestros Libros Santos, «El Dios de la Paz». Nuestro dulce Salvador apenas nacido, hace cantar por boca de sus ángeles: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Cuantas veces se presenta a sus discípulos después de resucitado, les dirige este afectuoso saludo: «La paz sea con vosotros». Otro tanto hacen sus Apóstoles al principio de sus Epístolas, y el Espíritu Santo a su vez nos invita a «buscar la paz y seguirla».

Hay, empero, paz verdadera y paz falsa. La verdadera paz es la tranquilidad del orden. Para conseguirla es, pues, preciso poner orden en nuestros pensamientos, en nuestros afectos, deseos, en nuestras acciones y en nuestros sufrimientos; es decir, conviene que nuestra voluntad esté siempre sometida a la de Dios por la obediencia y la resignación, de otra suerte, habrá el desorden, y, «resistiendo a Dios, no se tendrá la paz», por lo menos la paz verdadera.

La falsa paz es la tranquilidad en la tibieza o el pecado. El Señor lo ha dicho: «No tienen paz -verdadera- los impíos» Es gracia inestimable la que Dios hace a los pecadores atormentándoles por los remordimientos hasta que despierten de su letargo; pues si permanecen tranquilos en el pecado, sería para ellos el peor de los infortunios. Con la debida proporción, otro tanto se ha de decir del alma tibia, que no puede gustar de la paz verdadera y profunda; su voluntad no es enteramente buena, un tropel de pasiones la zarandean en opuestos sentidos. Si acaso llega a tranquilizarse en su triste estado, es una señal que debe alarmamos, pues proviene de

que el espíritu se ciega, el corazón se endurece y se adormece la conciencia.

La verdadera paz es, pues, «para los hombres de buena voluntad», y ha de tener diferentes grados como la misma buena voluntad. La mayor parte de los cristianos que observan la ley divina y se someten a la Providencia, hácenlo sólo imperfectamente, y más bien por el temor de perderse o por el deseo de salvarse; los tales, esclavos son o mercenarios, no hijos ni amigos de Dios. No hay que esperar, pues, que encuentren la paz completa prometida a los que aman la ley de Dios. Más aún dice el P. Grou: «La paz de las almas devotas, pero no abandonadas por completo a Dios, es muy endeble y vacilante, y vese a menudo turbada por los escrúpulos de conciencia, ya por el terror de los juicios de Dios, o también por los diversos accidentes de la vida. ¿Cuándo, pues, arraigará en un alma la paz íntima y sólida, y, por así decirlo, inalterable? Tan pronto como se entregue totalmente a Dios.»

No bien ha tomado tal resolución, cuando la pacificación comienza, se desenvuelve y se afianza a medida que el alma se desprende de todas las cosas, y se adhiere a la voluntad sola de Dios. Sufría, porque el amor divino la atraía hacia el deber, y el amor propio hacia los placeres de los sentidos o las satisfacciones del espíritu; era la lucha entre la gracia y la naturaleza. Ahora que desprecia su propia voluntad y no busca sino la de Dios, el desorden ha cesado, el orden queda establecido. Desde este momento, la inquietud, la turbación, la agitación se calman y dan lugar a la tranquilidad, y aun al verdadero bienestar. Y cuando el alma hubiere llegado a aquella completa libertad de espíritu que San Francisco de Sales recomendaba a Santa Juana de Chantal, y no se aficione ni al bien, ni a las consolaciones, ni a los ejercicios espirituales, sino sólo a la voluntad de Dios para que El reine en nosotros, la paz del alma será, por decirlo así, inalterable.

Es la primera recompensa de nuestros trabajos, es fuerza que nos sostiene en la prueba, es señal de adelantamiento. Cuando ella llega a ser más íntima, firme, inaccesible a todo lo que suele turbarnos, más claro aparece que hemos hecho sólidos progresos en la virtud, desprendiéndonos de todas las

cosas, uniéndonos más estrechamente a la voluntad de Dios; de suerte, que la plenitud de la paz y la de la perfección caminan a la par y son inseparables, salvo una especial permisión de la Providencia. Este efecto prodúcese por la fuerza misma de las cosas, y subsistirá por consiguiente aun en medio de las pruebas.

Pero además, cuando a Dios le agrada y como El lo quiere, derrama en el alma paz sobreabundante y más saboreada, paz que hasta entonces no se había gustado, paz que la llena de un bienestar inefable y que inspira un profundo desprecio por las cosas de acá abajo. - Por el contrario, aun cuando el alma se mantenga completamente fiel puede Dios, si tal es su beneplácito, quitarle esta sobreabundancia del bienestar interior, retirarle la impresión de la paz que de ordinario acompaña a la virtud, dejándole tan sólo una paz árida, sin sentimiento alguno. Libre es también, si así lo quiere, para dar poder a nuestro enemigo que tratará de lanzarnos en la inquietud, la turbación y la agitación. ¿Qué haremos entonces? Adherirnos más y más a la voluntad de Dios, y abandonarnos confiadamente en los brazos de nuestro Padre que está en los cielos; pues nada hace, nada permite, sino para el mayor bien de nuestra alma, y mientras nosotros permanezcamos unidos por la fe, la confianza y el amor a esa voluntad divina, nada hay en el mundo capaz de dañarnos.

Habrá, pues, dos especies de paz: la una sensible, dulce y agradable, que no depende de nosotros, ni es por otra parte necesaria, y hasta ofrece secreto pábulo al amor propio. Hay otra casi insensible que reside en lo más intimo del alma, en la parte delicada del espíritu. Por lo regular es árida y sin gusto, pudiéndose tener aun en medio de las más dolorosas tribulaciones. Esta paz puramente espiritual está menos sujeta a las pretensiones del amor propio, y deja el campo más libre a la acción de la gracia. En ella es donde Dios habita como en su propio ambiente, a fin de obrar en lo íntimo del corazón cosas maravillosas, pero muy secretas y casi insensibles, que apenas se conocen sino por los efectos; es decir, cuando, bajo la bienhechora influencia de esta paz, siéntese el alma con fuerzas para permanecer firme en medio de las persistentes arideces, en las tentaciones, violentas sacudidas y las

aflicciones más imprevistas. Si halláis en vos mismo esta paz árida, esta tranquilidad a pesar de las pruebas, motivo tenéis para bendecir a Dios; es suficiente para conservaros en el deber, y basta ella sola para nuestro adelantamiento espiritual; conservadla, pues, como un don precioso. A medida que vaya creciendo poco a poco, terminará por constituir un día vuestro más dulce encanto; mas es preciso que le hayan precedido los combates y las victorias.

Si Dios permite que el demonio y la naturaleza nos molesten con sus tentaciones, que la prueba y las dificultades surjan de todas partes, obremos lo mejor que podamos y sin perder la paz. Los pensamientos y sentimientos que turban, que debilitan y descorazonan a un alma generosa, no vienen de Dios, sino que es el demonio que se propone robarnos la calma y la fuerza de que necesitamos para vencer. No caigamos en el defecto de considerar la adversidad, ni aun la rebelión de las pasiones, como signo del alejamiento de Dios. Mientras nuestra voluntad le permanezca fiel, El está cerca de nosotros y amorosamente ocupado en curarnos y hacernos mejores; a la vez que nos despega y nos humilla, nos sostiene con su fuerza invisible, y nos ayudará hasta el fin si nosotros queremos orar y luchar. Quien hubiere comprendido bien las ventajas de estos sufrimientos y de estos combates, lejos de afligirse por ellos, no cesaría de dar gracias. «No es posible gustar las consolaciones de los hijos de Dios, sino después de haber sufrido sus rudas pruebas. La paz sólo se alcanza por medio de la guerra, y no se disfruta sino después de la victoria.»

Necesitamos, pues, vencemos. En medio de las tentaciones, según la comparación de Santa Teresa, las pasiones sobreexcitadas son como animales inmundos, reptiles venenosos que se agitan en las entradas del castillo. No nos detengamos a mirarlos, huyamos sin demora, y subamos a la parte superior, al santuario interno donde Dios reside; allí derramemos nuestro corazón en protestas de amor y de fidelidad, en oraciones suplicantes y reiteradas. Esta prudente huida dará casi siempre por resultado el hacernos olvidar los reptiles, y siempre nos atraerá la gracia y nos asegurará la victoria.

Además, en todas las pruebas, como tentaciones, enfermedades, sequedades, contrariedades, humillaciones, desprecios, persecuciones, etc., el gran medio de conservar la paz es una humilde y amorosa sumisión al beneplácito divino... «¡Cuánto desearía -dice el P. de Caussade- que tuvierais más confianza en Dios, más abandono en su sabia y divina Providencia! Es ella la que dirige hasta los más insignificantes acontecimientos de esta vida, ornándolos en bien de los que se confían por completo a ella, y que se abandonan sin reserva a sus paternales cuidados. ¡Dios mío, cuánta paz interior producen esta confianza y completo abandono! ¡Y cómo libran de un sin fin de cuidados, siempre inquietos y desagradables! Sin embargo, como no se llega a esto de un golpe, sino poco a poco y mediante progresos casi insensibles, es preciso aspirar a este filial abandono, pedirlo a Dios, y ponerlo en práctica. No nos faltan las ocasiones, sepamos aprovecharlas y digamos siempre: ¡ Sí, Dios mío, Vos lo queréis, Vos lo permitís así; pues está bien, yo también lo quiero por amor vuestro; pero ayudadme y sostenedme en mi debilidad. Todo esto sea suavemente y sin esfuerzo, y de lo intimo del espíritu a pesar de las rebeldías y repugnancias interiores, de las que no ha de hacerse caso alguno, si no es para soportarlas con paciencia y entregarnos al sacrificio.» Esforcémonos por llegar hasta «amar nuestras cruces, puesto que es Dios quien nos las ha fabricado, y las fabrica aún cada día. Dejémosle hacer: El sólo conoce lo que a cada uno conviene. Si permanecemos de esta suerte firmes, sumisos y humillados bajo el peso de las cruces de Dios, en ellas hallaremos por fin, si lo juzga oportuno, el reposo de nuestras almas. Cuando por nuestra docilidad nos hubiéramos hecho acreedores a que Dios nos haga sentir la unción enteramente divina que tiene la cruz desde que Jesucristo ha muerto en ella por nosotros, entonces disfrutaremos de esta paz inalterable».

En resumidas cuentas, si es del agrado de Dios que, aun llenando con exactitud nuestro deber y a pesar de la más humilde sumisión, no encontremos sino una árida y entretejida multitud de pruebas, nos será conveniente abandonarnos a su beneplácito en esto como en todo lo demás, porque El nos

ama y sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. Sólo una cosa hemos de temer: preferir nuestra voluntad a la de Dios. «Para evitar este peligro, es necesario querer exclusivamente, en todas las cosas, en todos los instantes y en todo lugar lo que Dios quiere porque este es el camino más seguro, y, hasta me atrevo a decirlo, el único para la perfección. Cualquier otro se presta a la ilusión, al orgullo y al amor propio.»

**Artículo 2º.- Temores diversos**

Recordemos, ante todo, que el derecho a la paz se mide por la buena voluntad, y que, para gozar una paz profunda, ha de estar la voluntad plenamente sometida a la de Dios. Aun en este caso no estamos por completo al abrigo de posibles peligros; por eso es preciso preservarse por medio de la oración y la vigilancia.

Hablamos aquí con las almas generosas y prudentes que se verán asaltadas de no pocos temores, amenazándolas turbar su paz, por otra parte tan legítima. A fin de tranquilizarlas, comenzaremos por decirles con el P. Grou: « 1º Dios no turba jamás a un alma que desea sinceramente ir a El. La amonesta, y tal vez la reprenda con severidad, pero nunca la turba; por su parte el alma reconoce la falta, se arrepiente de ella, la repara, y todo lo hace con paz y tranquilidad de espíritu. Si se agita y desazona, esa turbación ha de provenir siempre o del demonio, o del amor propio, y así debe, pues, hacer cuanto esté de su parte para desecharla.»

«2º Todo pensamiento, todo temor vago, general, sin objeto fijo y determinado, no procede de Dios ni de la conciencia, sino de la imaginación. Se teme no haberlo dicho todo en la confesión, se teme haberse explicado mal, se teme no haber llevado a la comunión las disposiciones requeridas, y otros temores vagos por el estilo con que el alma se fatiga y atormenta: todo esto no procede de Dios. Cuando El hace al alma alguna reprensión, tiene ésta siempre algún objeto preciso, claro y determinado. Hase, pues, de despreciar esta especie de temores y pasar resueltamente sobre ellos.» Muy distinto sería el caso, si nuestra conciencia nos reprende de

manera clara y formal.

En el P. de Caussade, se halla una dirección muy útil acerca de multitud de temores, pero, no pudiendo exponerlos todos, entresacamos los principales.

Existe, por ejemplo, el temor de los hombres. «Aunque ellos pueden decir y hacer, no hacen sino lo que Dios quiere y permite, y nada hay que no le sirva para cumplimiento de sus misteriosos designios. Impongamos, pues, silencio a nuestros temores, y entreguémonos por completo a su divina Providencia, pues dispone de resortes secretos, pero infalibles, y no es menos poderoso para conducir a sus fines por los medios en apariencia los más contrarios, que para refrigerar a sus siervos en medio de hornos encendidos, o hacerlos caminar sobre las aguas. Esta protección tan paternal de la Providencia la experimentamos tanto más sensiblemente, cuanto nos entregamos a Ella con más filial abandono.»

Existe también el temor del demonio y de los lazos que de continuo nos tiende dentro y fuera de nosotros. Mas Dios está con el alma que vela y ora; y ¿no es El infinitamente más fuerte que todo el infierno? Por otra parte, este temor bien dirigido es precisamente una de las gracias que nos preserva de las asechanzas. «Cuando a este humilde temor se une una gran confianza en Dios, se sale siempre victorioso, salvo quizá en ciertos lances de poca importancia, en que Dios permite pequeñas caídas para nuestro mayor bien. Sirven, en efecto, estas caídas para conservarnos siempre pequeños y humillados en presencia de Dios, siempre desconfiados de nosotros mismos, siempre anonadados a nuestros propios ojos. Pecados de consideración no cometeremos mientras estuviéramos preocupados con este temor de desagradar a Dios; este solo temor nos ha de tranquilizar, porque es un don de la misma mano que nos sostiene invisiblemente. Por el contrario, cuando cesamos de temer es cuando tenemos motivo de temer: el estado del alma se hace sospechoso cuando no abriga temor alguno, ni siquiera aquel que se llama casto y amoroso, es decir, dulce, apacible, sin inquietud ni turbación, a causa del amor y de la confianza que siempre le acompañan.»

«Para un alma que ama a Dios, nada hay más doloroso que el temor de ofenderle, nada más terrible que tener el espíritu lleno de malos pensamientos y sentir su corazón arrastrado, en cierto modo a su pesar, por la violencia de las tentaciones. Mas, ¿no habéis meditado jamás sobre los textos de las Sagradas Escrituras, en que el divino Espíritu nos da a entender la necesidad de las tentaciones, y los preciosos frutos que ellas producen en las almas que no se dejan abatir? ¿No sabéis que son comparadas al horno donde la arcilla adquiere su consistencia y el oro su brillo; que nos son presentadas como motivo de alegría, señal de amistad con Dios, y enseñanza indispensable para adquirir la ciencia de Dios? Si recordarais estas verdades consoladoras, ¿cómo pudierais dejaros abatir de la tristeza? Cierto que las tentaciones nunca vienen de Dios, mas, ¿no es El quien siempre las permite para nuestro bien? ¿Y no es preciso adorar sus santas permisiones en todo, a excepción del pecado que detesta, y que nosotros hemos de detestar con El? Guardaos, pues, bien de dejaros turbar e inquietar por las tentaciones: esta turbación se ha de temer más que las mismas tentaciones . »

Es cierto que hemos de desconfiar de nuestra debilidad, y tomar todas las precauciones prescritas para evitar las tentaciones, pero sería una ilusión temerla con exceso. «Avergonzaos de vuestra cobardía, y al encontraros frente a una contradicción o humillación, decías que ha llegado el momento de probar a Dios la sinceridad de vuestro amor.

Confiad en su bondad y en el poder de su gracia: esta confianza os asegurará la victoria. Y aun cuando os aconteciere caer en algunas faltas, será fácil reparar el daño que os causaren; este daño es por otra parte casi insignificante, si se le compara con los grandes bienes que adquiriréis, sea por los esfuerzos que hacéis en el combate, sea por el mérito que resulta de la victoria, sea aun por la humillación que os causan estas ligeras derrotas. Por lo demás, la desconfianza que os hace huir de las tentaciones deseadas por Dios, os proporciona otras más peligrosas de las que no desconfiáis, porque, por ejemplo, ¿qué tentación más evidente y más baja que el desanimaros, y decir que

jamás tendréis éxito en la vida interior?»

Es cierto también que hemos de tener un inmenso horror al pecado y la más exquisita vigilancia para huir de él; empero, no se ha de confundir la tentación con el pecado. Aun los asaltos más persistentes, la rebelión de las pasiones, las repugnancias y las inclinaciones violentas, las imaginaciones, las impresiones, todo esto puede muy bien no tener lugar sino en la parte inferior del alma sin consentimiento alguno libre de la parte superior, y por ende sin culpa alguna, y hasta puede ser muy meritorio. Cuando la tentación no es fuerte se conoce muy bien que, lejos de consentir, se la rechaza. No sucede lo mismo «cuando Dios permite que la tentación llegue a ser violenta, pues, a causa de las violentas agitaciones involuntarias en la parte inferior, la superior, experimenta no pequeña dificultad en discernir sus propios movimientos, y se queda con grandes temores y perplejidades de haber consentido. No es necesario más para envolver a las almas buenas en las penas y espantosos remordimientos, que Dios permite para probar su fidelidad. En esto, más aún que en todo lo demás, deben seguir ciegamente el parecer de los que las dirigen. Un confesor, que juzga con serenidad y sin turbación, discierne mejor la verdad. Conoce la disposición habitual de esas almas, la delicadeza de su conciencia, su generosidad manifiesta; por este motivo, la aguda pena que experimentan después de la tentación, su excesivo temor de haber consentido, son para el confesor una prueba evidente de que no han prestado el menor consentimiento pleno y deliberado, pues no se pasa tan pronto de un supremo horror al mal a su entera aceptación, y más sin advertirlo; y, por otra parte, sabemos por experiencia que las personas que sucumben no tienen ni estos temores. Cuanto mayores sean unas y otras, más cierta es la garantía que resulta en favor de la persona tentada». El temor de estar enemistado con Dios es una pena extremadamente dura para las almas amantes. Sucede, empero, que Dios quiere conservarlas en ella a fin de purificarías, crucificándolas y consolándolas momentáneamente por la seguridad que las da su director; a la tentación siguiente volverán a caer en las mismas perplejidades por todo el tiempo que Dios tenga a bien

probarlas en el crisol de la aflicción. En esta dolorosa incertidumbre deben repetir el mismo fiat que en las otras pruebas, de las cuales quizá ésta es la más útil.

### Artículo 3º.-Temor de Dios justo y sano

Cometemos faltas demasiado manifiestas, y en consecuencia, Dios mismo imprime en nuestras almas un vivísimo sentimiento de nuestros pecados, de nuestras miserias, de su infinita santidad, de sus justos juicios. El alma entonces, como dejamos dicho, temblando a los pies de un Dios tres veces santo, se pregunta con dolorosa ansiedad lo que ha de ser de ella, si será posible su salvación. Cuando se prolonga y repite con frecuencia, esta visita penetrante es a la vez una gracia preciosa y un duro purgatorio. El medio de dulcificar la prueba y aprovecharse de esa luz, es conformarnos con toda confianza y generosidad con las miras de Dios, pues El se propone producir así tres efectos de la gracia, todos ellos igualmente deseables: una pureza perfecta, una profundísima humildad, y un heroico abandono.

En primer lugar, se propone completar nuestra purificación por las angustias y ansiedad del amor. Desde hace algún tiempo el alma va recordando con amargura sus pecados, los borra, los expía, se cura de sus heridas. Ya no hay faltas habituales, las menores negligencias son combatidas, y el alma ha conseguido por fin un grado notable de pureza. Y con todo, el Dios santo y celoso la sumerge y la vuelve a sumergir en el baño del amor de arrepentimiento, para que allí se lave y se cure más y más; ¡tal es la pureza que exige para entrar en la intimidad del divino Maestro! Por lo demás, aun después de haberse desprendido por completo del pecado, quedan tendencias defectuosas que no se veían, como el buscarse a sí misma hasta en las cosas más santas, la aversión al sacrificio, el hambre de los goces delicados, el miedo a las humillaciones, la complacencia en sus méritos, la confianza en sí solo, etc. Tristes residuos del amor propio, mal tanto más funesto, cuanto que es más hábil en ocultarse y hasta en hacerse amar. ¿Quién nos lo dará a conocer y nos librará de su influencia? Nuestras prácticas diarias de oración y

penitencia han dado principio a la obra; y a fin de llevarla a feliz término, Dios, que nos ama con amor más fuerte y sapientísimo, nos va a privar de sus dulzuras, va a sometemos a un régimen de sufrimientos y de humillaciones interiores, escogidas y dosificadas con impecable sabiduría. Empleará con profusión las tinieblas del espíritu, la insensibilidad del corazón, las impotencias de la voluntad, y hasta, si fuere necesario, las más humillantes tentaciones. En fin, si es de su agrado, proyectará los rayos de una luz penetrante sobre nuestras faltas y su justicia, sobre nuestras miserias y su santidad. El alma comienza por fin a conocerse y a conocer a Dios; y lo que esta visión le revela con claridad es: en nosotros, un abismo de corrupción, y en Dios, un abismo de pureza. ¿Quién podrá explicar la sorpresa de esta pobre alma, la vergüenza y horror que siente al verse tan despreciable, la necesidad que experimenta de arrojarse temblando y transida de dolor a los pies de Dios tres veces santo, con qué franqueza reconoce sus faltas, con qué sumisión acepta el castigo y cuán reconocida se muestra hacia el buen Maestro que se digna, a pesar de todo, soportarla, honrarla con celosa ternura? Siente como por instinto que Dios no ha dejado de amarla: por enojado que parezca, tan sólo persigue sus miserias y trata de desembarazarla de ellas, a fin de que sea perfectamente bella y toda para El; no hace sufrir sino para curar, sus mismos rigores sólo provienen de su ardiente amor, y nos revelan sus santos celos. Es, pues, este trabajo de la Providencia un purgatorio anticipado, doloroso, pero muy saludable, en donde nuestros pecados, nuestras imperfecciones y nuestros defectos son consumidos poco a poco como la paja en la hoguera.

Quiere también Dios elevarnos a la más alta humildad. ¡Sublime y rara virtud e infinitamente deseable! Asegúranos nuestro Padre San Benito que ella nos elevará pronto a aquel amor que arroja fuera el temor, a aquel feliz estado en que todas las virtudes se nos hacen familiares y las practica como naturalmente en el gozo del Espíritu Santo. Mas hay doce grados que subir, y algunos de ellos muy difíciles. ¿Será posible llegar a ellos sin un especial socorro de Dios? Nos los

ofrece en estas penas de espíritu, especialmente en estas luces penetrantes. Cuando nos hace sentir la sequedad y falta de éxito, cuando nos entrega a las tinieblas, a la insensibilidad, a la impotencia; cuando nos hace blanco de las más rudas tentaciones, cuando imprime en nosotros el más vivo sentimiento de su justicia y de nuestras faltas, de su santidad y de nuestra corrupción, llega a ser muy fácil recibir en silencio las contrariedades y las humillaciones, conservar la alegría en cualquier abatimiento, considerarse como pobre obrero, no preferirse a nadie, ponerse de una vez en el último lugar y sin compararse con nadie. Las más bellas meditaciones sobre la humildad y todos los favores divinos no hubieran podido quizá dar el golpe de gracia a nuestro orgullo, nos hubieran dejado quizá demasiado satisfechos de nosotros mismos; mas las pruebas y las luces de que hablamos, nos inspiran como naturalmente el temor, el desprecio, el horror de nuestra miseria. He aquí por qué los santos en la cumbre de la misma perfección reputábanse el oprobio de los hombres, basura de la tierra, instrumentos a propósito para echar a perder la obra de Dios, pecadores capaces de atraer los castigos del cielo. Con frecuencia el buen Maestro los elevaba y colmaba de favores; mas, si veía serles necesario, los rebajaba y anonadaba a sus propios ojos y aun a la faz del mundo. Cuando se ha pasado repetidas veces por estas duras humillaciones, y se ha contemplado hasta la saciedad este abismo de miserias que somos nosotros, no se complacerá uno en sí mismo, ni pondrá su confianza en las luces o en sus obras. El alma se hace más pequeña como por instinto, bajo la mirada de Dios; siente la necesidad de no apoyarse sino en su infinita bondad, de arrojarse a ciegas en ese abismo que sobrepuja al abismo de nuestras miserias. Es este el triunfo de la humildad, y por consecuencia inesperada, es también el triunfo de la verdadera confianza, de aquella que no se funda en nosotros, y que se apoya plenamente en Dios sólo.

Dios, en efecto, se propone conducirnos a esta confianza del todo pura, y por decirlo así, heroica. Nada más fácil que ponerse en manos de Dios, cuando nos colina de favores y prodiga las pruebas de su ternura, pero se precisa un verdadero esfuerzo para realizarlo en el estado de que

hablamos, tan miserable en apariencia y poco a propósito para inspirar confianza. Se necesita entonces una superabundancia de fe, de confianza y de amor, para decir a Dios a pesar de nuestros gritos de alarma: Vuestra justicia y vuestra santidad me espantan; pero conozco la infinita bondad de vuestro corazón, vuestra paciencia incansable, vuestra misericordia por mí tantas veces experimentada, y como mi alma y sus destinos eternos es lo que más amo en este mundo, a vos sólo los confío, porque en vuestras manos estarán mil veces más seguros que en las mías, pues nada temo tanto como mi debilidad. ¡ Cuánto ha de mover a Dios esta confianza filial! Jamás abandono alguno le proporcionó mayor honor ni mayor gozo; jamás, por otra parte, estuvo más justificado. ¿No han de permanecer inconmovibles los verdaderos fundamentos de nuestra esperanza en medio de estas tempestades? Todos estriban en sólo Dios; son su bondad, su poder, sus promesas, los méritos de nuestro Señor. La santidad de nuestras obras no constituye el motivo de nuestra confianza, sino solamente la condición requerida; y esta condición jamás tuvo más exacto cumplimiento. Porque estas terribles pruebas, estas miradas penetrantes han purificado nuestra alma y la han hecho crecer en humildad en la medida en que se ha prestado a la acción divina. En realidad de verdad, la falta de confianza y el desaliento que inspira, son el gran obstáculo a los designios de Dios, y hasta constituye el único peligro, mas un peligro formidable, pues pudiera precipitarnos en el abismo de la desesperación, o al menos conducirnos a la pusilanimidad. La confianza y el abandono, por el contrario, ciegan esta fuente emponzoñada del temor, de la turbación, de la inquietud y del abatimiento; y por lo mismo que unen santamente al beneplácito divino, nos conservan la paz del alma, la calma del espíritu; dulcifican la prueba y la hacen producir una exuberante cosecha de las más bellas virtudes.

Sean cualesquiera la amargura y la duración de estas penas, de tal suerte hemos de obrar, que nos purifiquen más y más y nos sumerjan en la humildad; para conseguirlo, velaremos con particular cuidado a fin de conservarnos constantes en la confianza y en el abandono, cuando el Señor derrame en nosotros estos piadosos sentimientos, o cuando

nos deje, ayudados de su gracia, el cuidado de producirlos y conservarlos. Ya que su adorable voluntad ha de ser la regla y medida de nuestros deseos aun los más santos, trataremos de estar siempre contentos con lo que El quiere o permite. Basta que El esté satisfecho; y lo estará desde el momento en que estemos plenamente sometidos a El. No es necesario que estemos contentos de nosotros mismos, o mejor, «la señal más cierta de nuestro adelantamiento es la convicción de nuestra miseria, y seremos tanto más ricos cuanto nos creamos más pobres y estemos interiormente más humillados, más desconfiados de nosotros mismos, más dispuestos a no confiar sino en Dios». Lejos de desconcertarnos por estas pruebas, una vez que permanezcamos sumisos, confiados, generosos, bendeciremos a Dios, porque «constituyen una especial gracia, más preciosa y segura que la consolación a la que han seguido. No resistáis, dejaos abatir, humillar, anonadar. Nada hay más a propósito para purificar vuestra alma, y no sabríais llevar a la sagrada Comunión una disposición más en armonía con el estado de anonadamiento a que Jesucristo se ha reducido en este misterio. El, por su parte, no podrá rechazaros cuando os acerquéis humillados y anonadados en el abismo profundo de vuestra miseria: así hablaba el P. de Caussade, y añade en otra parte: «No he visto jamás un alma favorecida con estas visitas penetrantes y humillantes, para quien no se hayan trocado en gracias singulares de Dios, y que no haya encontrado en ellas el verdadero conocimiento de sí misma, esta solidez de la humildad de corazón que es la base de toda perfección... Tembláis vos por vuestro estado, y yo bendigo por ello a Dios en vuestro nombre, y sólo os deseo un cambio, y es: que a vuestro anonadamiento se junten la paz, la sumisión, la confianza y el abandono. Después de esto, nada temeré por vos.»

### Artículo 4º.-El escrúpulo

El escrúpulo no es la delicadeza de conciencia, es tan sólo su falsificación. Una conciencia delicada y bien formada no confunde la imperfección con el pecado, ni el pecado venial

con el mortal; juzga con sano juicio de todas las cosas, y es tanto lo que ama a Dios, que en nada quiere desagradarle; tiene tanto celo por la perfección, que quiere evitar hasta la menor falta: está, pues, formada de luz, de amor y de generosidad. El escrúpulo, por el contrario, se funda en la ignorancia, el error, o una desviación de juicio, es el fruto de un espíritu turbado, y exagera las obligaciones y las faltas, viéndolas donde no las hay. Por el contrario, le sucede con harta frecuencia desconocer las que realmente existen, pudiendo darse el caso de ser escrupuloso en determinada materia hasta lo ridículo, y ancho de conciencia en otra hasta la desedificación.

El escrúpulo es el azote de la paz interior. El alma atacada de este mal es esclava de un dueño intratable, y no habrá paz para ella. «Sus más ligeras faltas -dice el P. Ambrosio de Lombez- serán crímenes, sus mejores acciones estarán mal hechas, sus deberes no serán cumplidos; y, después que el alma hubiere revuelto mil y mil veces todo esto, este tirano del reposo no estará más satisfecho que la primera.» La perseguirá sin descanso en sus oraciones, por el miedo a los malos pensamientos; en sus comuniones, por las arideces inseparables de estos violentos combates; en la confesión, por el temor de haberse acusado mal o de no haber tenido contrición; en todos sus ejercicios espirituales, por el recelo de haberlos practicado mal; en las conversaciones, por el temor de hablar del prójimo, y en la soledad, por hallarse allí sola sin consejo y sin apoyo, sola con sus ideas, sola con su tirano. «Los escrupulosos temen a Dios, mas este temor constituye su suplicio; le aman, y este amor no les da algún consuelo; le sirven, pero es a la manera de esclavos; están como aplastados bajo el peso de su yugo, cuando éste es alivio y reposo para los demás hijos.» En una palabra, son justos con frecuencia, envidiables por su virtud, siempre dignos de lástima por sus sufrimientos.

El escrúpulo es uno de los peores azotes de la virtud espiritual, pero en diversos grados. Por de pronto impide la oración. Hay quien tiene la manía de volver sobre sí mismo; examina, vuelve a examinar, examina otra vez, y durante este tiempo ni adora ni da gracias, y ¿ha pensado siquiera en

hacer un acto de contrición, en pedir la gracia de corregirse? Está sobradamente ocupado de sí para tener tiempo de hablar con Dios; y así no ora, o si lo hace es de una manera defectuosa, porque el escrúpulo causa una agitación que impide el silencio interior y la atención en la oración; sumergiendo al alma en la tristeza y el temor, ahoga la confianza y el amor, y conduciría hasta huir de Dios, e impide al menos las expansiones cordiales y efusivas y las alegrías de la intimidad. Llegará a hacer penosas y quizá insoportables la confesión, la sagrada Comunión y la oración, que constituyen la fuerza y las delicias de las almas piadosas. Además de la oración, la vida interior exige la vigilancia sobre sí mismo y la continua aplicación a reprimir los movimientos de la naturaleza, a secundar los de la gracia. Para este doble trabajo tan duro y tan delicado, el escrúpulo nos coloca en mala situación, porque agita y deprime. El espíritu turbado no acierta a ver con claridad, porque, demasiado preocupado de ciertos deberes, es capaz de dejarse absorber de tal suerte por ellos que olvida los demás. La voluntad fatigada con tantas luchas podrá aflojar, perder el ánimo y aun desistir de su empeño, para ir a buscar con harta sinrazón el reposo y la tranquilidad en las cosas criadas. Si el escrúpulo no paraliza al menos la obra, de ordinario la retardará y siempre la dañará. ¿Puede ser perfecta la fe que cierra los ojos a las misericordias de Dios y no quiere ver sino su justicia, al mismo tiempo que la desnaturaliza? ¿Será perfecta la esperanza que, a pesar de la buena y más sincera voluntad, osa apenas esperar el cielo y la gracia, tiembla siempre de espanto y jamás confía? ¿Puede ser perfecta la caridad que, a pesar de amar a Dios, teme comparecer en su presencia, no tiene una palabra amorosa, y no acierta sino a temer al Señor infinitamente bueno? ¿Está bien ordenada la contrición que turba la inteligencia, abate el ánimo y trastorna al alma de buena voluntad? ¿Es una verdadera virtud esa humildad que destruye la confianza y degenera en pusilanimidad?

No, de ninguna manera; el escrúpulo no es la prueba de un amor ardiente, de una conciencia delicada. ¿Será entonces sutil amor propio, un egoísmo espiritual demasiado ocupado de sí mismo y no lo bastante de Dios? ¿Diremos que es una

voluntad buena y sincera, pero extraviada? Lo que de cierto podemos afirmar es que constituye una verdadera enfermedad que amenaza' a la vida espiritual en su existencia, y que perjudica terriblemente su ejercicio. Así, en tanto que los demás marchan, corren, vuelan por los senderos de la perfección con el corazón dilatado por la confianza y el alma rebosando paz, el pobre escrupuloso con no menos generosidad, pero mal regulada, se fatiga en vano, apenas avanza, quizá retrocede y sufre, porque «consume un tiempo precioso atormentándose por todos sus deberes, pesando átomos, haciendo monstruos de las más pequeñas bagatelas»; hace gemir a sus confesores, contrista al Espíritu Santo, arruina su salud, fatiga la cabeza. No osa emprender cosa alguna, y apenas sabría ser útil a los otros; podría hasta dañarlos comunicándoles su mal, o haciendo la piedad enfadosa y ridícula. El escrúpulo, si se le da pábulo, es en mayor o menor escala un verdadero azote de la vida espiritual.

Sin duda alguna es la voluntad de Dios significada que nosotros le persigamos a causa de sus desastrosos efectos. Todos los teólogos y los maestros de la vida espiritual están unánimes en este punto, y señalan detalladamente el procedimiento que ha de seguirse. Bástenos decir aquí que, para vencer este terrible enemigo, es necesario orar mucho, apartar las causas voluntarias, y sobre todo practicar la obediencia ciega. El escrupuloso puede ser instruido, experimentado, juicioso para todo lo demás, pero en lo concerniente a sus escrúpulos es un enfermo cuyo espíritu divaga, y obraría como un demente siguiendo su propio juicio. Obedecer con la docilidad de un niño a su confesor que diagnostica el mal y prescribe los remedios, es para él la más alta sabiduría y la única esperanza de curación, que es obra harto difícil. Por lo mismo, es imprescindible orar con instancia para implorar la gracia de no adherirse a sus ideas, sino de obedecer aun contra sus propios sentimientos; tiene la conciencia falseada, y la enderezará conformándola con la de su confesor.

Es también el beneplácito de Dios que soportemos con paciencia la pena del escrúpulo por el tiempo que a El le agradare. Podemos siempre combatir este mal, y a veces

conseguiremos hacerlo desaparecer, otras atenuarlo solamente, y se dará el caso de que, por permisión divina, persista a pesar de nuestros esfuerzos. Hay, en efecto, muy diversas causas de las que unas dependen de nuestra voluntad, otras no están sujetas a su dominio.

¿Es acaso origen de este mal el exceso de trabajo y austeridades, la lectura de libros demasiado rígidos, el trato frecuente con personas escrupulosas, la costumbre de no ver a Dios sino como juez terrible, y no como Padre infinitamente bueno? ¿ Proviene por ventura de la ignorancia que exagera las obligaciones, que confunde la tentación con el pecado, la impresión con el consentimiento? En estos y otros semejantes casos está en nuestra mano el suprimir las causas y, removido el principio, llegaremos más fácilmente a hacer desaparecer el mal.

Mas la causa es con frecuencia un temperamento melancólico, un natural tímido y suspicaz, la debilidad de la cabeza, o cierto estado particular de salud; cosas todas que más dependen del divino beneplácito que de nuestra voluntad. En este caso suelen durar largo tiempo los escrúpulos, y hasta se manifiestan en las ocupaciones de índole no religiosa.

No pocas veces será el demonio la causa del mal. Se aprovecha de nuestras imprudencias, explota nuestras predisposiciones, agita los sentidos y la imaginación para excitar los escrúpulos o aumentarlos. Si encuentra un alma algún tanto ancha de conciencia la excita a que lo sea más aún; pero si la ve algún tanto tímida, busca cómo hacerla temerosa hasta el exceso, llenarla de turbación y angustia, con la esperanza de que ha de abandonar a Dios, la oración y los Sacramentos. El fin que persigue es hacer insoportable la virtud, conducir a la tibieza, al desaliento, a la desesperación.

Dios jamás será directamente el autor de los escrúpulos. Estos sólo pueden originarse de la naturaleza caída o del demonio, puesto que se apoyan en el error, y constituyen una enfermedad del alma. Mas Dios los permite, y a veces quiere hasta servirse de ellos como de un medio transitorio de santificación; y en este caso, los regula y los dirige en su infinita sabiduría, de suerte que consigamos el buen efecto de vida espiritual que de ahí esperaba; llena el alma del temor al

pecado a fin de que arroje por completo de sí las faltas pasadas, y en lo sucesivo las evite con doblado celo. La humilla de tal suerte que no se atreva ya a fiarse de su propio juicio y se someta enteramente a su padre espiritual. Si se trata de un alma adelantada, con este procedimiento la acaba de purificar, despegar, aniquilar para disponerla a mayores gracias. Así es como los santos han pasado por esta prueba, unos al tiempo de su conversión, como San Ignacio de Loyola; otros, como San Alfonso, en la época de su más encumbrada santidad.

Puede, pues, haber muchas causas inmediatas de los escrúpulos, y no hay más que una causa suprema, sin que la naturaleza y el demonio nada podrían. Aun cuando nosotros mismos fuésemos los autores de nuestra desdicha, requiérese por lo menos la voluntad permisiva de Dios, y por lo mismo, es preciso ver en esto, como en todo, la mano de la Providencia; y no es porque Ella quiera el desorden de los escrúpulos, mas puede, sin embargo, querer que llevemos esa cruz. Su voluntad significada nos invita en este caso a luchar contra el mal, y su beneplácito a soportar la prueba. Nos convendrá, pues, por todo el tiempo que dure, combatir con frecuencia, y ¡ojalá que sepamos hacerlo con un abandono lleno de confianza!

«Para terminar -dice San Alfonso- repito: obedeced; y, por favor, no continuéis mirando a Dios como un cruel tirano. Es indudable que aborrece el pecado, mas no puede aborrecer a un alma que detesta y llora sinceramente sus faltas.» «Tú me buscas -decía el Señor a Santa Margarita de Cortona- pero Yo, tenlo bien entendido, te busco a ti, más que tú a mi; y tus temores son los que te impiden avanzar en el amor divino.» Atormentada por los escrúpulos, aunque siempre sumisa, Santa Catalina de Bolonia temía acercarse a la sagrada mesa, pero bastaba una señal de su confesor para que sobreponiéndose a sus temores, fuese a comulgar. Para animarla a obedecer siempre, apareciósela un día Nuestro Señor y la dijo: «regocíjate, hija mía, que muy agradable me es tu obediencia». Aparecióse también a la Beata Estefanía de Soncino, dominica, y la dijo: «en vista de que has puesto tu voluntad en manos de tu confesor como en las mías propias,

pídeme lo que quieras que te lo concederé». -«Señor, respondió ella, sólo os quiero a Vos.» Al principio de su conversión San Ignacio de Loyola fue asaltado de dudas e inquietudes sin poder hallar un momento de reposo. Mas, como hombre de fe, lleno de confianza en la palabra del divino Maestro: el que a vosotros os escucha a mí me escucha, exclamó un día: «Señor, mostradme el camino que debo seguir, que aunque no hubiera de tener sino a un perro por guía, os prometo obedecer con toda fidelidad.» Y de hecho, supo obedecer con tanta perfección, que se vio libre de sus escrúpulos y hasta llegó a ser un excelente maestro de la vida espiritual... Una vez más os diré que obedezcáis en todo a vuestro confesor, y que tengáis confianza en la obediencia.

«He aquí -decía San Felipe de Neri- el medio más seguro para escapar de los lazos del enemigo, así como no hay nada tampoco más dañoso que pretender conducirse según su propio parecer.» En todas vuestras oraciones pedid, pues, la gracia, la inestimable gracia de obedecer, y estad seguros que obedeciendo os salvaréis ciertamente, y ciertamente os santificaréis.

## 14. El abandono en las variedades espirituales de la vía mística

### Artículo 1º.- Vía ordinaria o vía mística

No hablarnos por el momento sino de la oración. y solamente con relación al santo abandono.

¿Cuál es el fin de la oración? Por ella nos proponemos rendir a Dios nuestro homenaje; mas también hemos de buscar en ella la reforma de nuestras costumbres y el acrecentamiento de todas las virtudes, en especial de la caridad divina, con el fin de crecer en la vida de la gracia, y por consiguiente en la vida de la gloria. La oración nos encamina a este fin, mediante los actos que en ella se hacen, las gracias que se obtienen y las santas disposiciones en que nos deja. Y la mejor para nosotros será siempre aquella que de una manera afectiva y con más acierto nos conduzca a todo esto.

El venerable P. Luis de la Puente decía, pues, con mucha

razón: « El punto capital -en los caminos de la oración-, es que las almas enderecen sus meditaciones a la reforma de sus costumbres, y que estén bien persuadidas de que las luces espirituales son de muy escaso valor sin la práctica. Es, pues, necesario que se aprovechen de las gracias de la oración y de las luces que en ella reciben, para hacer cada día nuevos progresos en la virtud, para llegar a ser más serviciales, más obedientes, más dulces, más pacientes, más desprendidas de sí mismas, más amigas de los empleos bajos, más indiferentes en la estima y afecto de las criaturas, más cuidadosas de quebrantar su voluntad y de moderar la impetuosidad de sus deseos.» En otra parte, añade el mismo autor con el P. Baltasar Álvarez: « En fin principal de una buena oración y el mejor fruto que de ella resulta consiste en dar a Dios todo lo que nos pide, conformarnos en todo con las disposiciones de su Providencia relativas a nosotros, teniendo por un bien que nos quite la salud, el honor, los bienes y las comodidades temporales, que nos prive de sus favores o nos retire su presencia, dejándonos en las tinieblas y en los hielos del invierno; que nos entregue como presa a las tentaciones, a los temores, a las desolaciones de todo género. Nada más razonable: porque, ¿qué pretende Dios haciéndonos andar por estos duros caminos, sino conseguir por ello mayor gloria y procurar nuestro adelantamiento en la virtud? No hay duda, con tal que seamos fieles y perseverantes y no vayamos a mendigar cerca de las criaturas las consolaciones que El nos niega, y no retrocedamos ante la cruz que nos presenta.»

Rendir a Dios nuestros homenajes es el objeto primario de la oración, pero otro, que nunca debemos perder de vista, es nuestro progreso espiritual: esto es lo que ante todo debemos procurar y pedir con las más vivas instancias y de manera absoluta. Sea cualquiera la forma de nuestra oración, ahí es adonde ha de ir a desembocar: si efectivamente consigue este efecto, importa poco que sea de las más comunes; y si eso no se consigue, ¿de qué nos serviría, aun cuando fuese de las más místicas? «Estas enseñanzas -añade el Venerable P. La Puente- son tanto más necesarias -y deben recordarse- cuanto que muchas almas, aplicadas de lleno a soñar en caminos espirituales, descuidan su reforma y su

adelantamiento, lo que es un verdadero engaño, y de donde se sigue que, después de muchos años de oración, han avanzado poco más que al principio de su carrera. Quizá no hay ilusión más funesta para sí misma y para los demás.»

Dos caminos hay para llegar al fin: el camino ordinario, en que la oración no es manifiestamente pasiva, y el camino místico, en el que domina la contemplación infusa oscura, con las purificaciones pasivas. Las visiones, las revelaciones, las palabras sobrenaturales pueden o no hallarse en este segundo camino.

¿Bastará el camino ordinario para conducimos a la santidad propiamente dicha? Bossuet declara que «sin las oraciones extraordinarias, se puede llegar a ser un gran santo»; mas se limita a afirmarlo. Según San Francisco de Sales, «muchos santos hay en el cielo que jamás tuvieron éxtasis ni raptos de contemplación, porque ¡cuántos mártires y grandes santos vemos en la historia que nunca tuvieron en la oración otro privilegio que el de la devoción y fervor!». Nadie lo dudará respecto de los mártires; en cuanto a los otros santos, el piadoso doctor sólo habla de éxtasis, pasando en silencio los grados de oración que le preceden. En los procesos de canonización, según hace notar Benedicto XIV, la Iglesia empéñase siempre en comprobar la heroicidad de las virtudes y milagros, pero «hay muchos nombres perfectos que han sido canonizados, sin que se haya tratado si tuvieron la contemplación infusa». ¿Obedece esto a que no se considera al estado místico necesario para la santidad? ¿No se funda más bien este proceder en que es imposible a veces determinar, fuera de tiempo, la existencia y grado de esta contemplación? La cuestión queda incierta en teoría, y de hecho, según el P. Poulain, un estudio histórico conduciría a esta conclusión: que «casi todos los santos canonizados» han tenido la unión mística, y en general intensa; se acostumbra a decir que no la disfrutaron, y tal afirmación es errónea respecto de algunos, y no está suficientemente probada con relación a los demás, faltando los documentos en determinados casos.

¿Basta el camino ordinario por lo menos para conducir a una elevada perfección? En general se admite. Santa Teresa,

como nadie ignora, coima de los más brillantes elogios las oraciones místicas, e invita a desearías vivamente. No obstante, para consolar a aquellas de sus hijas que no serían elevadas a tal estado, aunque hiciesen cuanto era de su parte, les dice: «Es de suma importancia comprender que Dios no nos conduce a todos por un mismo camino, y que con frecuencia el que es más pequeño a sus propios ojos, es el más elevado en presencia del Señor. Así, por más que todas las religiosas de este monasterio se ejerciten en la oración, no se sigue que todas hayan de ser contemplativas; esto es imposible... - La que no lo es, no dejará de ser muy perfecta, a condición que cumpla fielmente lo que acabo de indicar; podrá aun sobrepujar a las otras en mérito, pues habrá de trabajar más a sus propias expensas. El divino Maestro tratándola como a un alma fuerte, unirá a la felicidad que la reserva en la otra vida todas las consolaciones que no ha disfrutado en ésta... Santa Marta fue una santa, aunque no se dice que fue contemplativa; si lo hubiera sido al modo de su hermana, abismada en una amorosa contemplación, no hubiera hallado nadie para preparar el alimento de Nuestro Señor. Puesto que es indudable que, sea por la oración mental o vocal, servimos siempre a este divino huésped, ¿qué nos importa llenar nuestras obligaciones con El más bien de una manera que de otra?»

San Francisco de Sales usa idéntico lenguaje: «Hay personas muy perfectas, a las que nuestro Señor jamás concedió semejantes dulzuras ni estas quietudes; todo lo ejecutan con la parte superior de su alma y hacen morir su propia voluntad en la de Dios, gracias a notables esfuerzos y haciendo un llamamiento heroico a la razón; y esta muerte es en ellas la muerte de cruz, la cual es mucho más excelente y generosa que la otra.» De aquí concluye Bossuet, que «es un error hacer consistir el mérito y la perfección en el estado activo o pasivo. A Dios pertenece juzgar el mérito de las almas a quienes favorece con su gracia según las disposiciones que les inspira, y según los grados de amor divino -y otras virtudes- de sólo El conocidas». Concluyamos con el P. Álvarez de Paz: «Todos los perfectos no son elevados a contemplación perfecta, porque Dios todopoderoso tiene otros

caminos para hacer perfectos y santos. En unos obra de un modo admirable por medio de las aflicciones, las enfermedades, las tentaciones y las persecuciones. Forma a otros mediante los trabajos de la vida y por el ministerio de las almas, ejercitado con las más puras intenciones. Conduce a otros a una eminente santidad, por medio de la oración ordinaria y de la mortificación en todas las cosas. Acontece a veces que uno, favorecido con grandes dones de contemplación, hállase inferior en caridad perfecta a otro que no los ha recibido.»

El camino místico no es, por consiguiente, el único que puede conducir a una elevada perfección, pero es preciso convenir en que lleva a ella más aprisa y más fácilmente. En los Caminos de la Oración mental, «hemos puesto de manifiesto los poderosos resultados de las purificaciones pasivas, en las que Dios mismo, queriendo purificar al alma y simplificaría, obra con exquisita sabiduría que conoce el mal y el remedio, aplicando su mano poderosa, que continúa su obra a pesar de nuestras cobardías y debilidades». Hemos dicho que las oraciones místicas, sobre todo las más elevadas, están dotadas de una incomparable fuerza para iluminar el espíritu, mover el corazón, arrastrar la voluntad, y transformar nuestra vida. La contemplación infusa no es ciertamente ni la perfección ni el medio necesario para llegar a ella; sin embargo, es un maravilloso instrumento de santificación, «la escuela de las heroicas virtudes, el camino más corto y el vehículo más rápido para la perfección, una perla preciosa entre todas; tesoro tan deseable, que un sabio mercader no titubea en vender todos sus bienes por adquirirla».

Suélese poner fácilmente como objeción los peligros de estos caminos más elevados y menos comunes; pero, «si la contemplación mística ofrece peligros que no es conveniente exagerar, la oración ordinaria tiene los suyos, que no son menos reales, y que tampoco se han de olvidar; y ya que el temor de los peligros no impide que las almas se entreguen a la meditación atraídas por sus ventajas, no hay razón suficiente para sospechar de la contemplación. Las oraciones místicas son una mina de oro, explotémosla; es cierto que

ofrecen peligros, mas velemos por nuestra seguridad, sigamos con docilidad la inspiración divina, evitando con el mayor cuidado las emboscadas del enemigo. Por otra parte, la experiencia no tardará en mostrarnos que estas oraciones convienen a las almas generosas dispuestas a sufrirlo todo para unirse a Dios, y no a aquellas que están ávidas de gozar y de elevarse. El contemplativo participará con mayor frecuencia de la crucifixión del Calvario que de las alegrías del Tabor, y si tiene necesidad de ser probado y humillado, la tiene más aún de ser confortado.»

Otra objeción es el peligro de las lecturas místicas. ¿Será el único? ¿No habrá que temer mucho más la ignorancia, las prevenciones, una especie de idea preconcebida, que cerrarían la puerta al Espíritu Santo? Suponemos, entiéndase bien, que el libro es de santa doctrina y que responde a las necesidades del alma. Y aquí aprovechamos gustosos la ocasión para decir que en los caminos de la oración es particularmente necesario un sabio director, al cual incumbe la elección de las lecturas. Entonces, este peligro provendría no del libro, sino de la misma alma, demasiado ansiosa de gozar y de elevarse. En estas disposiciones todo será peligroso para ella, no sólo las lecturas místicas, sino los libros ascéticos, las consolaciones de la oración ordinaria, y hasta la sagrada Comunión. Es esta lamentable disposición la que se habrá de condenar.

La contemplación mística depende ante todo del beneplácito divino. «No está Dios obligado -dice Santa Teresa- a distribuirnos en este mundo esas gracias sin las que nos podemos salvar. Distribuye sus favores cuando le place: Dueño de sus bienes, los puede así comunicar sin ofensa de nadie.» «Perfectos hay -dice Álvarez de Paz- a quienes Dios rehúsa este don, a causa de su temperamento poco acomodado para la contemplación... a otros para humillarlos, por el riesgo que corren de estimarse a sí mismos y enorgullecerse con estos brillantes favores; a otros en fin, para realizar disposiciones secretas de su Providencia, que no nos es dado conocer.» Empero, no se ha de exagerar el alcance de esta observación, porque, en sentir de Santa Teresa, «nada desea Dios tanto como hallar a quien dar, y sus dones no

aminoran sus riquezas». Por el contrario, cuando más da más se enriquece; ¿acaso no es éste para El el medio más excelente de hacerse conocer, amar y servir?

Sucede con los dones místicos lo que con cualquier otra gracia; Dios la concede liberalmente, pero «como El quiere y conforme a la disposición y cooperación de cada uno». A nadie debe gracia tan inestimable, por bien preparado que se halle. De ordinario, espera que el alma esté suficientemente purificada y rica ya de virtudes, sin ser aun del todo perfecta. Cuando ella se abre por completo mediante una generosa preparación y una fiel correspondencia, la luz y el amor se precipitan en ella a grandes oleadas, entrando con menor abundancia si el alma se abre sólo a medias. Por consiguiente, siendo en todo la contemplación una gracia, depende en gran parte del celo que se despliegue para disponerse y corresponder a ella: Más adelante diremos que Dios mismo acaba de disponer al alma cuando a El le place por medio de las purificaciones pasivas. La preparación de que aquí hablamos proviene de nuestra iniciativa, mediante el socorro ordinario de la gracia. Consiste, según dejamos dicho en otra parte: 1º En suprimir los obstáculos, reforzando la cuádruple pureza de conciencia, dc espíritu, de corazón y de voluntad tan necesaria para toda oración; En disponer positivamente el alma, haciendo de ella un santuario silencioso y recogido, embalsamado con todas las virtudes. Le es necesaria la fe viva, la confianza y el amor; y esto no lo alcanza sin una medida proporcionada de renunciamiento, de obediencia y de humildad. Y naturalmente, más adelantado debe uno hallarse en estas virtudes para la contemplación que para la oración ordinaria.

Es la doctrina que nuestro Padre San Bernardo no cesa dc inculcarnos. Citemos tan sólo el pasaje en que explica estas palabras del Cantar de los Cantares: «Lectulus noster floridus.» «Vos también deseáis, quizá, dice, este reposo de la contemplación, y hacéis bien; sólo que no habéis de olvidar las flores que adornan el lecho del Esposo. El ejercicio de las virtudes ha de preceder al santo reposo, como la flor debe preceder al fruto». Abnegad vuestra propia voluntad, porque si vuestra alma está cubierta de la cicuta y de las ortigas de la

desobediencia, ¿podrá darse todo a vos Aquel que amó la obediencia hasta el punto de morir antes que dejar de obedecer? Yo no puedo comprender a algunos de entre nosotros: nos han turbado por su singularidad, irritado por su impaciencia, despreciado por su obstinación: molestan sin cesar a sus hermanos y hieren la concordia, mas aún tienen «la desvergüenza» de invitar con incesantes ruegos al Dios de toda pureza a tomar reposo en su alma manchada. «Vuestro lecho no es florido, huele mal. Comenzad por purificar vuestra conciencia de toda levadura de ira y de disputa, de murmuración y de envidia. Apresuraos a arrojar de vuestro corazón todo cuanto conozcáis contrario a la paz con vuestros hermanos, a la obediencia para con vuestros superiores. Rodeaos en seguida de flores de todo género de buenas acciones, de buenos deseos, perfumados con los suaves olores de las virtudes. Pensad, practicad todo lo que es verdadero, todo lo que es casto, todo lo que es justo, santo, amable, de buen nombre, todo lo que es virtud y disciplina. Entonces podréis llamar al Esposo con confianza, y decirle con toda verdad: "Nuestro lecho es florido, pues sólo respira piedad, paz, mansedumbre, justicia, obediencia, santa alegría y humildad". Así, pues, los aún novicios en la vida espiritual han "de besar los pies al Salvador", regarlos con las lágrimas de su arrepentimiento. Los que trabajan penosamente en la adquisición de las virtudes "besen las manos del buen Maestro"», y llámenle humildemente en su ayuda; es preciso que aun adoren temblando, que se hagan del todo pequeñas, y el Maestro infinitamente sabio tendrá cuidado de humillarías antes de elevarías, y de humillarías aun después de haberlas elevado. «Porque es necesario que, quien aspira a tan valiosos favores, tenga de sí bajos sentimientos... Cuando veáis que os humilla, es prueba de la proximidad de la gracia... si sabéis sufrirlo todo en silencio y con alegría por Dios.»

La contemplación mística, en opinión de Santa Teresa, es un convite general al que Nuestro Señor nos invita a todos. Les es, pues, ofrecido y como prometido a las almas de buena voluntad; lo dará a las que se preparen a él por un completo desasimiento, una perfecta humildad, y la práctica de las otras

virtudes, y a los que, lejos de detenerse en el camino, marchan con ardor siempre nuevo hacia el feliz término de sus deseos. La Santa exige sobre todo «humildad, humildad, puesto que por ésta se deja vencer el Señor y cede a todos nuestros deseos». Sin duda, esta oración es sobrenatural, y Dios, dueño siempre de sus bienes, no nos conduce a todos por un mismo camino. Sin embargo, « sea el alma humilde y despegada de todo, pero que lo sea de verdad, y no de pura imaginación que con frecuencia engaña, y el divino Maestro le concederá, sin duda, no sólo esta gracia, sino muchas otras también que sobrepasan sus deseos». San Juan de la Cruz tiene idéntico modo de pensar.

De hecho, por poco que se hojeen los Exordios de Císter, nuestro Menelogio y los Sermones de nuestro Padre San Bernardo, se llega pronto al convencimiento de que la mística ha tenido magnífico desarrollo en nuestra Orden durante muchos años y siglos. Otro tanto sucedió entre los hijos del Pobre de Asís, en el Carmelo, en la Visitación, y en todas las familias religiosas, mientras han conservado el fervor primitivo, especialmente entre las contemplativas y de vida claustral. Santa Teresa afirma que apenas había en sus casas una religiosa que marchase por los caminos de la meditación; las otras, son todas elevadas a la contemplación perfecta. Declara Santa Juana de Chantal que «el atractivo casi general de las Hijas de la Visitación es por una secillísima presencia de Dios y un entero abandono»; lo que no es ya de la oración ordinaria, y lo cual no es de extrañar, dado que el medio ambiente era ideal. Mas declara Scaramelli después de treinta años de misión, «que ha encontrado por todas partes algunas almas a las que Dios conducía por estos caminos místicos a una elevada santidad». En nuestros días, como en los siglos pasados, la experiencia demuestra que Dios se ha reservado no pocas almas a las que favorece con sus más preciosos dones; las hay hasta en el mundo, y en las comunidades religiosas. Esto no lo alcanzará la mayoría de las almas; la muchedumbre quedará siempre en el valle, un buen número subirá las primeras pendientes, y sólo una parte escogida ganará las cumbres. La oración mística será, pues, muy rara en sus grados superiores, pero en sus primeros escalones lo

es mucho menos de lo que comúnmente se cree. Tanto más, cuanto que muchas almas son contemplativas sin saberlo su confesor, y hasta sin sospecharlo ellas mismas: «Son éstos, según expresión de Bossuet, los juegos maravillosos de la divina Sabiduría que oculta a las almas lo que les da, y que les hace buscar la contemplación que ya poseen.»

Debiera, empero, el estado místico ser harto más frecuente. Son numerosas las almas que Dios querría conducir allí y se quedan en mitad del camino. Algunos podrían decir con el enfermo del Evangelio: «Hominem non habeo»; no tengo quien me introduzca en la piscina, y hasta encuentro quienes me impiden entrar en ella. Otras están retenidas por la fatiga, la agitación, los escrúpulos; pero la mayor parte no aprecian esta perla preciosa en su valor, no han hecho lo necesario para conseguirla, no han cultivado suficientemente la abnegación, la obediencia, la humildad. Esta es la causa principal de que no haya más contemplativos. Con razón decía Santa Catalina de Bolonia: «Si hoy se hallase una Magdalena que amase a Dios con más ardor que la del Evangelio, Dios también le correspondería con más amor y le concedería dones más excelentes; si existiera un Francisco que abrazase por El más sufrimientos que San Francisco de Asís, le colmaría de más numerosos y preciados favores; si hubiese una Clara que por su santidad fuese más agradable a Dios que Santa Clara, la enriquecería de gracias más preciosas.»

De esta exposición dimanan las conclusiones siguientes:

No estamos obligados a desear el estado místico, y Dios tampoco lo está a dárnoslo, porque no constituye la perfección, ni el único camino para llegar a ella.

Tenemos legítimo derecho a desearlo y pedirlo hasta con instancias, por la sobreabundancia de luz y de amor, por el aumento de fuerza que nos proporciona. Es muy bueno tenerlo a la vista, aunque sólo fuese como un ideal lejano, pues sería poderoso estimulante de nuestra actividad espiritual.

Hemos de disponemos a él, porque, en definitiva, la preparación que de nosotros depende, no es otra cosa sino el fiel cumplimiento de los deberes diarios y la práctica de la

mortificación cristiana; y esto se impone a toda alma cuidadosa de su adelantamiento espiritual.

No ha de ser nuestro deseo afanoso ni quimérico, ya que cada cosa ha de venir a su tiempo; es necesario arrostrar los duros combates de la vía purgativa y los prolongados trabajos de la vía iluminativa, antes de gustar el reposo de la vía unitiva. Seria una deplorable ilusión descuidar la lucha y el progreso, acariciando la idea de llegar a la contemplación sin ejecutar con celo y sin demora lo que constituye su preparación necesaria.

Por legítimo que sea nuestro deseo, ha de regularse por la humildad y el abandono. Un alma humilde se juzga indigna de tan encumbrado favor, no se sentirá herida de estar privada de él durante largo tiempo, ni de estarlo para siempre. Con el abandono se hace indiferente por virtud, hasta para una cosa tan deseable cual es la contemplación; no la pretende sino en cuanto Dios la quiere para nosotros, y así se conserva en el orden y la paz, y en caso de falta de éxito se evita la tristeza y el desaliento.

Deseemos el progreso en la oración, puesto que es un poderoso medio. Deseemos aún con mayor ahínco el progreso en la virtud, puesto que es el fin. Pongamos nuestra solicitud y esfuerzo en hermosear nuestra morada interior, en adornarla con todas las virtudes, en vivir allí con Dios en el silencio y la vida de oración; y, aun suponiendo que nos las rehusase para santificarnos por otro camino, siempre nos quedará como premio de nuestros esfuerzos un rico acrecentamiento de gracia y de gloria. ¿No es esto lo esencial?

### Artículo 2º.- Las variedades de la contemplación mística

Supongamos ahora que Dios nos abre el camino de la contemplación. Esta tiene una gran variedad de senderos, y Dios se reserva elegimos el nuestro.

La contemplación será siempre una oración de simple mirada amorosa a Dios y a las cosas de Dios. Su esencia toda entera se cifra en estas dos palabras: mirar y amar. Hay, sin

embargo, en ella una época de transición, durante la cual, ora se medita, ora se contempla. Existe también la contemplación activa y la pasiva: en la primera diríase que el alma ha dejado el discurso y simplificado sus afectos por su libre elección; en la segunda se da cuenta con evidencia de que la luz y el amor no provienen de sus esfuerzos, sino que los recibe, y es Dios quien los derrama. Los distribuye empero el Señor como quiere: dará más luz que amor, y la oración será querúbica; infundirá más amor que luz, y la oración será seráfica. Destinará a unos cuantos a contemplar sus divinos atributos, o la adorable Trinidad; a la mayor parte a contemplar la santa Humanidad, Jesús Niño, la Pasión, el Sagrado Corazón de Jesús, el Santísimo Sacramento, etc. Dios es el Dueño, y a El le pertenece señalar a cada alma su misión y su servicio. A veces la acción mística producirá un silencio admirativo y lleno de amor, a veces palabras de ternura o impetuosos transportes. Tan pronto derramará la luz a torrentes como con medida, y aun gota a gota, conforme a las disposiciones del alma, y según se proponga Dios abrasaría o purificarla. En una palabra, por múltiples razones la contemplación revestirá formas diversas y cambios frecuentes, que exigirán de nuestra parte una abnegación de todos los días y un filial abandono.

Detengámonos a contemplar más de cerca una de las más duras variaciones, o sea, que la contemplación sea a veces sabrosa, y que ordinariamente sea árida o sin gran consolación.

Para mejor inteligencia de esta doctrina, notemos con el P. le Gaudier, «que hay actos esenciales a la contemplación, a saber: en la inteligencia, una simple mirada cesando todo discurso; en la voluntad, el amor de amistad, el más excelente de todos, fuente, forma y fin de la contemplación. Mas hay en ella otros actos que, por decirlo así, la completan, como la admiración, la devoción unida a una inefable delectación». Indudablemente, estos últimos actos perfeccionan la oración mística, aportando a ella cierto esplendor de belleza, una más suave dulzura, y hasta un suplemento de fuerza. Pero aun prescindiendo de todo esto, la contemplación conserva sus elementos esenciales, y como Dios nos gobierna con tanta sabiduría como amor, sírvese así de la contemplación

sabrosa, como de la contemplación árida y purificadora, según el efecto de gracia que quiere producir en nosotros.

¿Propónese despegar al alma de la tierra y atraerla fuertemente a sí? Derramará entonces la luz y el amor a torrentes, y el alma, sumergida en Dios, cuya presencia y acción siente deliciosamente, inflamada de los santos ardores de la unión de amor, un Dios tan grande y tan santo para con su vil criatura, quédase en silencio y contempla con profunda mirada, en que se dibujan el asombro, la alegría, el amor que la cautivan; goza de Dios en una unión rebosante de paz y de dulzura cual otro San Juan descansando sobre el pecho de su adorable Maestro. Ama con todo su corazón sin manifestar su amor, pues es el silencio el que habla más alto todavía, y su alma se revela toda entera por el fuego de sus ojos, por sus lágrimas, su actitud, las disposiciones de su corazón, la inmovilidad, consecuencia de su recogimiento. O bien, si el movimiento de la gracia la atrae, expansiónase en amorosos coloquios, en efusiones de ternura sin violencia ni arrebatos, y en la más deliciosa intimidad. A veces el amor y la alegría llegan a tal exceso, que el alma no puede contenerlos; loca entonces de amor y de dicha, en una santa embriaguez de Dios, estalla en piadosos transportes, se abandona a los entusiasmos de su ternura, a la impetuosidad de su corazón; se desborda en verdaderas olas de ardorosos sentimientos, de palabras delirantes, de santas locuras, pero siempre trata de ocultar el secreto del Rey a cualquier mirada indiscreta. Porque Dios no se baja una sola vez y como de paso a nuestra pequeñez y nos eleva a sus divinas privanzas, sino que repetidas veces y largo tiempo toma a esta alma en sus brazos, la acaricia sentada sobre sus rodillas, la estrecha contra su corazón como al hijo de su amor.

¿Tiene necesidad esta alma de muchos argumentos para convencerse de que ama y es aún más amada, y de que Dios es infinitamente bueno y quiere para ella todo lo bueno? ¿No ha comprendido la ternura de esos abrazos? Ahora conoce por una dulce experiencia el corazón de su Padre tan tierno, de su Esposo adorado, y a El se confía sin dificultad y sin esfuerzo; le abandona todo cuanto tiene de más querido: su vida, su muerte y su eternidad; le suplica se apodere de su

corazón y de su voluntad para que los guarde y los gobierne para siempre. ¡Qué no haría ella entonces! Es el tiempo del sol resplandeciente y de las ricas mieses. Cuide el alma de seguir con docilidad la acción de Dios en la oración, de pagarle en justo retorno con el acrecentamiento de su fidelidad, de no rehusarle nada de cuanto le pida, pues éste es para ella el momento de vencerse con menos dificultad y con más energía; el sacrificio se la hace fácil y hasta hay en él un verdadero encanto. No olvide buscar más al Dios de las consolaciones que las consolaciones de Dios, y de hundirse en el sentimiento de su miseria a medida que Dios la eleva por su misericordia. En el tiempo de la prosperidad prepárese para la adversidad, porque no siempre la contemplación producirá esta viva admiración que suspende el espíritu en el estupor, ni el fuego de amor que hace que la voluntad salga de si misma, ni tampoco el gozo que invade el alma y los sentidos. Rara vez alcanzará la acción mística este máximum de intensidad, siendo lo más ordinario que se mantenga mediana o débil; y entonces la oración se desenvolverá en un estado que ni es la consolación ni la sequedad, o quizá también en una monótona y desoladora aridez.

¿Por qué estas incesantes variaciones? Porque aún no está el alma enteramente purificada, ni bastante desprendida de los sentidos. Necesita despegarse más por completo de todas las cosas, y que por ende llegue a estar menos sujeta a sus operaciones sensibles, lo cual llegará a conseguir por la práctica de la mortificación cristiana, pero es necesario que Dios ponga en ello su mano poderosa. Hácelo por medio de los ardores de la consolación sabrosa, y aun esto no es suficiente. Bajo el torrente de luz y de amor, ¿seríanos posible descubrir nuestra miseria y nuestra pobreza? Quizá el orgullo y la necesidad de regocijarse encontrarán allí su más delicioso bocado, y el hombre viejo no acabaría de morir. Mas Dios va a reducirla por la dieta, y hasta si es necesario por el hambre. Retírala a esta alma tan querida sus acostumbradas meditaciones, la abundancia de pensamientos, la variedad de afectos, la dulzura de las divinas caricias; y dale en cambio algún tanto de contemplación, pero una contemplación árida y purificadora, en la que derrama la luz y el amor gota a gota

con desesperante parsimonia. Derrama lo suficiente para que el alma se vuelva a Dios, le busque y sólo cerca de El halle reposo, pero no lo bastante para que pueda hallarle en un delicioso sentimiento. Es una verdadera contemplación mística, mas se realiza en una búsqueda ansiosa, una dolorosa necesidad, un hambre insaciable. De cuando en cuando, déjase Dios entrever, y el alma gusta al momento los santos ardores y los goces de la contemplación sabrosa. Bien pronto, y quizá por largo tiempo, la vuelve a poner en esta monótona y desoladora noche de los sentidos, en que la sumerge hasta la saciedad; y, a fin de que acabe de morir a sí misma, la reserva la noche del espíritu, mucho más penosa todavía.

¿Podrá el alma quejarse? No por cierto. Es una gracia austera y crucificadora, y ¡cuán necesaria, a juzgar por la conducta ordinaria de la Providencia! Esfuércese el alma por comprender las miras de Dios y conformarse a ellas con generosidad y confianza, pues este desdén no es sino aparente. Abandonada en el vacío del espíritu, en la sequedad del corazón, y con frecuencia en la tentación, obligada a palpar con sus propias manos su impotencia y su miseria, tórnase pequeña a sus propios ojos, y concluirá por hacerse humilde y sumisa ante Dios y ante los hombres. Privada de continuo de las dulzuras a las que habíase aficionado con exceso, aprende a pasarse sin ellas, para servir al buen Maestro con desinterés: el amor divino se eleva sobre el amor propio y las virtudes aumentan, produciéndose de esta misma aridez un aumento de fuerza, de mérito y de esplendor, porque, cuando Dios oculta su amor y no muestra sino sus rigores, es cuando se cree, se espera, se ama, se obedece y se abandona. Hay, pues, en esto una mina de oro que explotar para la purificación del alma y el progreso de las virtudes, con tal de que se persevere animoso en la oración y no se deje uno desconcertar por la prueba.

En una palabra, la contemplación árida y la contemplación sabrosa tiene cada cual su misión providencial, y procuran al alma fiel preciosas ventajas: la una tiene por fin directo hacemos morir a nosotros mismos, y la otra hacernos vivir en Dios; una posee maravillosa virtud para extinguir el amor

divino. Sin embargo, la falta de esfuerzo puede ser para la primera un obstáculo, y para la segunda la falta de humildad y de abnegación. ¿Cuál nos es más necesaria? ¿Haremos buen o mal uso de una y otra? Es cierto que somos libres de tener un deseo y de manifestárselo filialmente a Dios; mas, expuestos como estamos a engañarnos en cosa de tanta monta y que depende del beneplácito divino, ¿no es más prudente poner la elección en manos de Dios, y estar dispuestos a cumplir nuestro deber, aceptando de antemano su decisión, sea cual fuere?

Los santos mismos no han andado todos por los mismos caminos de oración, pero todos sí han practicado este abandono filial, y seguido dócilmente la acción de la gracia.

Escuchemos a Santa Juana de Chantal hablando de su bienaventurado Padre: «Díjome una vez que él no tenía cuenta de si se hallaba en la consolación o en la desolación; y que, cuando el Señor le daba buenos sentimientos, recibíalos con sencillez, pero que no pensaba en ellos si no se los daba. Mas es cierto que de ordinario disfrutaba de grandes dulzuras interiores, como su semblante lo manifestaba. Ha tiempo que me dijo que no tenía gustos sensibles en la oración, y que todo lo que obraba Dios en él hacíalo por claridades y sentimientos insensibles que difundía en la parte intelectual de su alma, sin que la inferior tomara parte en ello. Recibíalo sencillamente con profundísima humildad y reverenda, pues su divisa era permanecer muy humilde, pequeño y abatido en presencia de su Dios, y lleno de singular reverencia y confianza como un hijo de amor. « Santa Juana de Chantal tenía una oración pasiva de sencilla entrega a Dios, de total abandono, y consistía en un "fiat voluntas tua" sin interrupción. En ella permanecía en simple vista de su Dios y de su nada, abandonada por completo al divino beneplácito, y sin cuidarse lo más mínimo de hacer actos de entendimiento ni de voluntad», como actos metódicos, discursivos o sensibles. «Era el Señor quien se cuidaba de despertar en su alma los sentimientos que necesitaba, y allí la iluminaba perfectamente para todo, y mil veces mejor que ella lo hubiera podido hacer por sus propios discursos e imaginaciones.» Sin embargo, sufría en ese estado tan sencillo y pasivo, a causa de su

natural ardiente y por la novedad del camino, convirtiéndosele todo en dificultad y motivo de inquietud. Mas su bienaventurado Padre la tranquilizaba enseñándola: «que la quietud en que la voluntad obra impulsada por una simple aquiescencia al divino beneplácito, es una quietud sobremanera excelente, por lo mismo que está exenta de toda especie de interés». Y porque la Santa siguiese sin temor el movimiento de la gracia, «contentándose con no tener otra satisfacción que la de carecer de toda alegría por amor y por agradar a Dios, anímala con la tan conocida parábola: Si un escultor hubiese colocado en la galería de un príncipe una estatua, que estuviese dotada de entendimiento, y supiese hablar y discurrir, y se la preguntara: Dime, hermosa estatua, ¿por qué estás en este lugar?, respondería: porque mi dueño me ha colocado aquí. Y si se replicase: Pero, ¿qué haces ahí sin hacer nada?, diría: porque mi dueño quiere que me esté aquí inmóvil. Y si de nuevo se la instase diciendo: pero, ¿de qué te sirve estar de ese modo?, y además, ¿de qué provecho sirves? ¡Oh, Dios mío!, respondería; no estoy aquí para mi servicio, sino para servir y obedecer a la voluntad de mi dueño. - Mas tú no le ves. - No, respondería ella, pero él sí me ve y gusta de que esté donde él me ha puesto. - Y ¿no te gustaría tener movimiento para acercarte más a él? - No, a pesar de que me lo mandase. - Entonces no deseas nada. - No, porque yo estoy donde mi dueño me ha colocado, y su voluntad es el único contentamiento de mi ser. - ¡Qué buena oración, hija mía, es conservarse en la voluntad de Dios y en su beneplácito!» Con todo, «en este estado pasivo, Santa Juana de Chantal no dejaba de obrar en ciertos momentos, en que Dios retiraba su operación o la excitaba a ello; mas sus actos eran siempre cortos, humildes y amorosos». Esta dirección era prudentísima, y muy provechosa esta ocupación, «ya que después de uno o dos años en esta oración pasiva, viose inmediatamente a la Madre Chantal con luces para ella hasta entonces desconocidas, con sentimientos de una profundidad admirable acerca de Dios de ella misma, de las criaturas; con un ardor de celo, un abandono en la divina voluntad, con un desprecio de las cosas de acá abajo, con no sé qué sed de humillaciones que a todos maravillaba».

Dijo un día Nuestro Señor a Santa Margarita María: «Sabe, hija mía, que la oración de sumisión y de sacrificio me es más agradable que la contemplación.» Y esta digna hija de Santa Juana de Chantal «acostumbraba a decir que las penas interiores recibidas con amor, eran a modo de un fuego que va consumiendo insensiblemente al alma y a todo cuanto en ella desagrada al divino Esposo. Las almas que tienen experiencia de ello declaran que en esas penas hicieron grades progresos sin darse cuenta; de suerte que si fuese libre la elección de la consolación o del sufrimiento, el alma fiel no había de titubear, sino abrazarse con la cruz de nuestro divino Maestro, aun cuando no nos proporcionara otra ventaja que hacemos conformes a nuestro Esposo crucificado».

Santa Teresa del Niño Jesús hablando de su retiro para la profesión dice: «En lugar de gozar de consuelo, la aridez más completa fue mi patrimonio, Jesús dormía como de ordinario en mi pequeña navecilla... Por lo visto, no va a despertarse hasta el gran retiro de la eternidad; mas esto, lejos de causarme pena, me causaba sumo placer. Debía yo atribuir mi sequedad a mi poco fervor y fidelidad, debía sentirme desolada por dormir con harta frecuencia durante mis oraciones y acciones de gracias. Pues bien, no por eso me entregué al desaliento, pues pensé más bien que los niños tanto complacen a sus padres cuando duermen como cuando están despiertos.»

Es su confianza y humildad infantil la que le daba tanta tranquilidad. Empleaba, sin embargo, con toda fidelidad los medios para hacer bien su oración, que llegó a ser continua. Después refiere la prueba terrible por la que la hizo Dios pasar: « ¡Debía yo pareceros inundada de consolaciones, una niña para la cual el velo de la fe se hubiera casi rasgado! Sin embargo, no es un velo, sino un muro que se eleva hasta los cielos y cubre el firmamento estrellado. Cuando canto la dicha del cielo, no experimento en ello gozo alguno, sino que simplemente canto lo que deseo creer... No me ha enviado el Señor esta pesada cruz sino en el momento en que podía llevarla; en otra época estoy persuadida de que me hubiera hundido en el desaliento. Ahora sólo me produce una cosa: quitarme todo sentimiento de satisfacción natural en mi

aspiración a la patria celeste.»

Lo que acabamos de decir se aplica a la contemplación oscura y general. Hay otra que es distinta y particular, y tiene su ejercicio especialmente en las visiones, revelaciones, palabras interiores, etc. En ella sobre todo, es donde se ha de practicar la santa indiferencia llegando hasta desear que Dios nos conduzca por otro camino.

Semejantes favores no suponen la santidad: Balaam profetizó, Saúl profetizó, Judas profetizó y hasta hizo milagros. Niños hubo que tuvieron visiones, por ejemplo en la Saleta, en Lourdes, en Pontmain, y por el contrario muchos santos no parece hayan sido favorecidos con gracias semejantes. En nuestros tiempos las ha prodigado a Gemma Galgani y a muchos otros, mientras que Santa Teresa del Niño Jesús, Sor Isabel de la Trinidad, Sor Celina de la Presentación no han recibido ninguna o casi ninguna. No son, pues, estas gracias la santidad, ni señal de santidad, por lo que con razón afirma Santa Teresa que, «por recibir muchas mercedes de éstas, no se merece más gloria... en lo que es más merecer, no nos lo quita el Señor, pues está en nuestras manos; y así hay muchas personas santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes, y otras que las reciben que no lo son»

No constituyen, por consiguiente, el medio necesario para llegar a la perfección. Sin embargo, Santa Teresa, que fue colmada de ellas, hace el más entusiasta elogio de su bienhechora eficacia. «Estos dones, dice, hay que tenerlos en grande estima. Apenas he tenido visiones que no me hayan dejado más virtud, y una sola palabra de estas que acostumbro a oír, una visión, un recogimiento que apenas sí dura un Avemaría, pone mi alma en una paz perfecta, devuelve hasta la salud a mi cuerpo, llena de luz mi entendimiento y me restituye la fuerza y los deseos que tengo de ordinario. Acuérdome de lo que era, sé que iba por un camino de perdición, y veo que en poco tiempo de tal modo me han trocado estos divinos favores, que apenas reconózcome a mí misma.»

Haríase, pues, mal en rechazar todas las gracias de este género intencionadamente y por sistema; y en la suposición

de que el Espíritu Santo quisiera conducirnos por este camino a la santidad, sería cerrarle el camino.

Mas si hay favores que son buenos y excelentes porque vienen de Dios, hay fenómenos análogos que serían nocivos, pues pudieran ser una artimaña del demonio o un juego de la imaginación. En ésta, más que en ninguna otra materia, son fáciles las ilusiones, y aun los mismos santos no han sabido preservarse de ellas; como aconteció a Santa Catalina de Bolonia, la cual, en los comienzos de su vida religiosa, se dejó engañar durante cinco años por una aparición del demonio en figura de Jesús crucificado, o de la Santísima Virgen; -hay que confesar, sin embargo, que ella había dado lugar a semejantes sucesos por su presunción-. Adviértenos Santa Teresa que, cuando se tiene la osadía de desear favores de esta naturaleza, «se vive ya engañado, o en inminente peligro de serlo, porque el menor resquicio abierto basta al demonio para tendernos mil lazos, y porque un deseo violento arrastra consigo a la imaginación, figurándose ver y oír lo que ni se ve ni se oye». Por el contrario, «con tal que un alma no quiera dejarse engañar y ande en humildad y sencillez, no creo, dice la Santa, que esta alma pueda ser engañada». En este caso más que en ningún otro conviene orar, reflexionar, consultar y seguir todas las leyes de una severa prudencia.

¿Quién ignora la insistencia con que San Juan de la Cruz previene a sus lectores a desconfiar de sus visiones, revelaciones y palabras interiores, a resistirías, a desprenderse de ellas? Santa Teresa, por su parte, expresa un sentimiento más moderado: « Siempre hay motivo para temer en semejantes cosas, hasta asegurarse que proceden del espíritu de Dios; por esto digo que en los principios, siempre es lo más acertado combatirlas. Si es Dios quien obra, esta humildad del alma en rechazar sus favores, no hará sino disponerla para mejor recibirlos, y aumentarán a medida que ella los ponga a prueba. Conviene, empero, guardarse de molestar e inquietar demasiado a estas personas». Hablando de las apariciones de Nuestro Señor, añade:

«Jamás le pidáis ni jamás deseéis que os conduzca por tal camino, que es bueno, sin duda, y debéis respetarlo mucho y tenerlo en gran estimación, pero conviene no desearlo ni

pedirlo.» Completa la Santa su pensamiento invitando al alma al santo abandono: «Se ignora, dice, si hallarán pérdidas allí donde se creía hallar ventajas. Existe una extraña temeridad en querer elegirse por sí mismo un camino sin saber si es el más seguro, en lugar de abandonarse a la conducta de Nuestro Señor que nos conoce mejor que nos podamos conocer a nosotros mismos, para que nos lleve por la senda que nos conviene y que su santa voluntad se haga así en todas las cosas.» Prudente reserva, pues, y filial abandono; esta conclusión de Santa Teresa será la nuestra, pues no hay otra mejor que se armonice con el precepto del Espíritu Santo. «No desprecies la profecía; examinad todas las cosas y conservad lo que es bueno».

No hay que olvidar por lo demás, que lo esencial no es que nuestra oración sea activa o pasiva, que nuestra contemplación sea sabrosa o árida, oscura o clara, sino que nuestra oración nos produzca abundancia de frutos de abnegación, humildad y obediencia, y que nos haga crecer en todas las virtudes especialmente en el amor, en la confianza y en el santo abandono. Precisamente estas vicisitudes de que ahora nos ocupamos son muy propias para tornar al alma flexible y dócil en las manos de Dios, sin perder por eso el tesoro de la humildad.

**Artículo 3º.- Progreso en la contemplación y progresos en la virtud**

Se abrigaba la esperanza de adelantar, de adelantar más, de adelantar siempre en los caminos místicos, pero pasan los meses, pasan los años y nos encontramos casi en el principio, si es que no tenemos la impresión de haber retrocedido. La prueba es fuerte, y estamos tentados de desaliento y aun tal vez de mirar atrás, pero será ciertamente sin motivo fundado.

El deseo de avanzar en los caminos místicos es enteramente legítimo en sí, y tenemos derecho a manifestarlo en una oración confiada y filial. ¿No estamos en lo cierto al pensar que nuestras comunicaciones con Dios nos traerán, elevándose, un aumento de luz y de fuerza, que estrecharán la unión de amor y perfeccionarán el ejercicio de las virtudes?

Pero semejante deseo necesita templarse por un fiel abandono. Quiere Dios ser siempre dueño de los dones que se propone comunicarnos; resérvase el tiempo y la medida en que nos los ha de conceder, a fin de conservarnos en la dependencia y la humildad. Una vez que haya comenzado a colmarnos de favores, no sabemos si quiere concedernos mayores, conservarnos los concedidos o retirárnoslos. Hay dones místicos que se conceden por determinado tiempo, después Dios los quita sin que se hayan desmerecido. Otro tanto pudiera hacer con las gracias de oración; se puede con todo esperar que nos las continuará dando, y que irán en aumento si somos fieles. Dios empero, que continúa siendo el dueño, nos deja en la ignorancia de sus intenciones, o más bien nos las oculta con cuidado. ¿Qué hacer en tal caso? Debiéramos no abandonar jamás la quietud y la noche de los sentidos, considerándonos felices por la parte que nos ha correspondido: es en verdad hermosa y envidiable si la comparamos a la de tantos otros. No cesemos de alabar a Dios que se ha dignado prevenimos con las bendiciones de su dulzura, y no tengamos otra preocupación que la de hacer fructificar la preciosa semilla que ha depositado en nosotros. El reconocimiento y la fidelidad no pueden menos de regocijar a este buen Padre y abrirle la mano, en tanto que la ingratitud y la negligencia lastimarían su corazón delicado y le inducirían quizá a arrepentirse de sus dones.

El deseo de que hablamos ha de ser paciente, y es preciso saber esperar el momento de la gracia. Según todos los autores, los grados de contemplación pasiva son etapas, períodos, edades espirituales; por lo regular es necesario hacer una larga estancia en cada una de ellas, antes de pasar a la siguiente. Dios así lo ha querido para que estos diversos estados de oración tuviesen tiempo de producir su efecto. Seamos mucho más cuidadosos de aprovechamos plenamente del grado presente, que de subir pronto al inmediato. Por otra parte, ¿no es el adelantamiento espiritual el fruto que ante todo se espera de estas gracias, y el medio más seguro, si Dios fuere servido, de preparar nuevas ascensiones?

Este deseo ha de ser, sobre todo, humilde y vigilante. Si no

subimos más aprisa y más alto, proviene esto casi siempre de falta de celo para disponernos y corresponder. Tal es el sentir de Santa Teresa: «Hay, dice, numerosas almas que llegan a este estado -al de la quietud, y habla de sus monasterios muy fervorosos y santamente gobernados-; mas añade la Santa: son muy contadas las que pasan adelante, y no sé yo quién tiene la culpa de ello. Con toda seguridad que no depende de Dios, porque en lo que a El toca, después de haber concedido un tal preciado favor, no cesa, a mi parecer, de otorgar otros nuevos, a menos que nuestra infidelidad no detenga su curso.. Grande es mi dolor cuando entre tantas almas que, a lo que entiendo, llegan hasta ese grado y debieran pasar a otro, veo un tan corto número que lo hagan, que hasta vergüenza me da decirlo.»

San Francisco de Sales adopta el parecer de Santa Teresa, y añade: «Vigilemos, pues, Teótimo sobre el adelantamiento en el amor que debemos a Dios, porque el amor que nos profesa no nos ha de faltar jamás.»

Esta doctrina es por demás confortante, mas nos muestra muy a las claras nuestra responsabilidad. Lejos, pues, de enorgullecerse por haber llegado a la quietud, debe, por el contrario, preguntarse con temor por qué no pasa adelante. Y si parece que apenas avanza, una humilde mirada sobre sí mismo es siempre provechosa.

Si hemos detenido por culpa nuestra el curso de las gracias, quitemos sin demora la causa del mal; si la conciencia en nada nos reprende, adoremos con humilde confianza la santa voluntad de Dios, redoblemos nuestro celo para santificar la prueba, y preparar el alma a nuevas gracias mientras llega la hora de que la Providencia obre en nosotros. Cuando uno es fiel a esta práctica, podrá parecer estacionario el grado de oración, pero en realidad la fe resplandecerá con nuevo brillo, crecerán todas las virtudes, los progresos serán más notables en el amor, la confianza y el abandono. ¿Qué más falta? ¿No es este progreso el único esencial y necesario? He aquí el bien que esperábamos en nuestros progresos en los caminos místicos. Si no conseguimos este fin, ¿de qué nos servirá tener una oración más elevada, aunque fuera llena de luces, de ardores y de transportes? Por

el contrario, si llegamos a él, ¿qué importa sea por un camino más ordinario, aun cuando fuese por medio de la privación prolongada de estas luces, de estos ardores y de este júbilo?

No lo olvidemos jamás: el progreso real y verdadero, el que constituye el blanco de la gracia y de nuestros esfuerzos, el que ha de desearse de modo absoluto, es el progreso en todas las virtudes, particularmente en la caridad que es su reina. Tal vez no será del todo inútil aclarar más nuestro pensamiento. El amor tiene su asiento en la voluntad, y con frecuencia actúa sobre las facultades inferiores, llegando así a hacerse como visible y palpable, dando a veces lugar a verdaderos transportes. Cuanto es más sensible, más nos impresiona y más deseable nos parece; entonces es completo y su fuerza se acrecienta, pues en él concentran nuestras facultades todas sus energías. A pesar de esto, no son estas brillantes luces, ni esta embriaguez piadosa, no es esta especie de efervescencia lo que principalmente ha de desearse; porque puede suceder, y de hecho sucede, que semejante amor sea más sensible que espiritual, y que en definitiva tenga menos valor que brillantez. Al contrario, puede ser el amor espiritual sin acción alguna sobre las facultades sensibles, pasando en tal caso poco menos que inadvertido por más que pueda ser vivísimo y lleno de fuerza. El amor se ha de juzgar por sus frutos y no por sus flores: las obras son la prueba, y ellas dan la verdadera medida. El amor sólido y profundo es el que une fuertemente nuestra voluntad a la de Dios; es perfecto cuando nos lleva a un mismo querer y no querer con Dios, lo cual supone un desasimiento de todas las cosas y la muerte a sí mismo.

Tal es el fin que hemos de perseguir. El progreso en la contemplación no es sino uno de los caminos para llegar a él, pero no es necesario, y él sólo tampoco bastaría.

«Algunas religiosas dice San Alfonso- han leído los autores místicos, y helas llenas de ardor por esta unión extraordinaria que los maestros llaman pasiva. Mejor querría yo que deseasen la unión activa, es decir, la perfecta conformidad con la voluntad de Dios», en la que, decía Santa Teresa, «consiste la verdadera unión del alma con Dios». Por esta razón, añade ella dirigiéndose a las almas favorecidas con sólo la unión

activa: «Tal vez tengan más mérito, pues les es necesario el trabajo personal, y Dios las trata como a almas fuertes... Nadie duda que, sin la contemplación infusa y con la sola gracia ordinaria, se puede mediante sucesivos esfuerzos destruir la propia voluntad y transformarla toda en Dios; desde luego que únicamente hemos de desear y únicamente hemos de pedir que Dios haga en nosotros su voluntad. He aquí, pues, según San Alfonso la transformación por amor, la perfecta conformidad de nuestra voluntad con la de Dios; hay empero dos caminos, el activo y el pasivo. Es inútil observar que se ha de pedir la perfecta conformidad, el Santo Abandono, y él tan sólo de un modo absoluto, puesto que es el único fin. En cuanto a la elección de caminos y medios, pertenece a Dios hacerlo a su gusto. Sin embargo, nos está muy permitido desear las oraciones místicas y pedir su progreso, si tal es el beneplácito divino; la enseñanza tradicional es categórica sobre el particular, y San Alfonso que se separa algún tanto en este punto, conviene por lo menos en que si se tiene el germen de estas gracias, se puede desear su desenvolvimiento.

¿Quién no conoce la estima y el amor de Santa Teresa por las oraciones místicas? Cuanto éstas son más elevadas y frecuentes, tanto pondera su poderosa eficacia para darnos de ellas grandiosa idea, haciéndonoslas desear como bienes inestimables, e incitándonos a adquirirlas, si a Dios pluguiese, sin reparar en el precio. En ninguna parte excluye la santa de este deseo y de este empeño de adquisición la unión plena, la unión extática, ni el mismo desposorio espiritual; y en confirmación pueden citarse numerosos pasajes de sus escritos. A pesar de los magníficos elogios que otorga a la oración de unión, prefiere, sin embargo, la unión de voluntad, como se prefiere el término al camino, el fruto a la flor. Es «esta unión de voluntad la que deseó toda su vida y siempre pidió a Nuestro Señor». «La oración de unión es el camino abreviado», el medio más rápido y más poderoso para conducirnos a él. Pero no pasa de ser uno de los caminos y no el término. «Lo repito, añade ella, nuestro verdadero tesoro es una humildad profunda, una gran mortificación y una obediencia que, viendo al mismo Dios en el Superior, se

somete a todo lo que manda... Ahí está la señal más cierta del progreso espiritual, y no en las delicias de la oración, en los raptos, en las visiones y otros favores de este género que Dios hace a las almas cuando le place.»

En idéntico sentido decía San Felipe de Neri: «La obediencia, la paciencia y humildad son de más valor para las religiosas que los éxtasis.»

Santa Teresa y San Felipe y San Alfonso conocían por una larga experiencia personal el precio inestimable de la unión plena y del éxtasis. Lejos de ellos, por consiguiente, la culpable ingratitud que desconoce los dones de Dios y la aberración no menos culpable que los desprecia, que aparta de ellos a las almas y pretende dar una lección al Espíritu Santo. Intentaban tan sólo poner en guardia contra posibles ilusiones, y la más funesta sería con seguridad la de tomar estos favores por la santidad misma. Es verdad que son gracias muy preciosas por cuanto vienen de Dios, mas resta el sacar de ellas el mejor partido, en orden a conseguir que la conducta se eleve y se coloque al nivel de la oración.

Por este motivo San Francisco de Sales pudo decir con razón que, si un alma tiene raptos en la oración y no tiene éxtasis en su vida, es decir, si no se eleva por encima de las mundanas concupiscencias de la voluntad e inclinaciones naturales, por la abnegación, la sencillez, la humildad, y sobre todo por una continua caridad, «todos estos raptos son en gran manera dudosos y peligrosos. Son a propósito para atraer la admiración de los hombres, mas no para santificarse; no son otra cosa que entretenimientos y engaños del maligno espíritu. ¡Dichosos los que viven una vida sobrehumana, extática, elevados sobre sí mismos, por más que no sean arrebatados sobre sí mismos en la oración! Muchos santos hay en el cielo que jamás gozaron de raptos o éxtasis de contemplación... Mas nunca ha habido santo que no haya tenido el éxtasis o rapto de la vida y de la operación, levantándose sobre si mismos y sobre sus inclinaciones naturales».

De aquí podrá juzgarse lo que valen las fórmulas: a tal oración, tal perfección; o bien, a tal perfección, tal oración. Tienen un fondo de verdad, porque de ordinario, la oración se

eleva a medida que se eleva la vida espiritual y el progreso en la oración es a su vez causa de nuevos progresos en la virtud. Dase, empero, a estas fórmulas un sentido excesivamente absoluto y muy exagerado, si se supone que las ascensiones de la oración corren parejas siempre y rigurosamente con las ascensiones de la vida espiritual. Esto no es verdad, por lo menos en lo que concierne a la oración mística. Esta es siempre una gracia que Dios no la debe jamás a nadie, ni siquiera al alma más fiel. La da a quien quiere y en la medida que le agrada, y es un magnífico instrumento de trabajo; falta que se sepa hacer uso de él. En la suposición de que varias almas ofrezcan un mismo grado de preparación y de correspondencia, puede Dios no dar estas gracias místicas a unas y dárselas a otras, si tal fuere de su agrado. En tal caso, no hay fundamento para juzgar por sólo esto del grado de su perfección, comparándolas entre sí. San José de Cupertino abundaba en éxtasis, ¿y es por eso mayor que San Francisco de Sales o San Vicente de Paúl, que no fueron tan favorecidos? En nuestros tiempos Dios coima de sus diversos dones místicos a Gemma Galgani, y a muchos otros, mas no los prodiga con tanta profusión a Sor Isabel de la Trinidad, ni a Santa Teresa del Niño Jesús. ¿Queremos con esto decir que las últimas sean menos santas que las primeras? Sólo Dios lo sabe; con todo, nadie ignora que no por eso Santa Teresa del Niño Jesús ha dejado de convertirse en el gran taumaturgo de nuestros días, y que su vida se ofrece como ideal de perfección religiosa.

Todo cuanto llevamos dicho a propósito de la contemplación mística se resume en estas solas palabras con las que terminábamos Los Caminos de la Oración mental; «La mejor oración no es la más sabrosa, sino la más fructuosa: no es la que nos eleva por las vías comunes o místicas, sino la que nos torna humildes, desasidos, obedientes, generosos y fieles a todos nuestros deberes. Cierto que estimamos en mucho la contemplación, a condición, sin embargo, de que una nuestra voluntad con la de Dios, que transforme nuestra vida, o nos haga a lo menos avanzar en las virtudes. No hemos, pues, de desear los progresos en la oración sino para crecer en perfección, y en vez de escudriñar con curiosidad el

grado a que han llegado nuestras comunicaciones con Dios, nos fijaremos más bien en si hemos sacado de ellas todo el provecho posible para morir a nosotros mismos y desarrollar en nuestra alma la vida divina.»

**Artículo 4º.- El «dejar hacer a Dios» en las vías místicas**

«Dejar hacer a Dios», es una expresión muy en boga en la actualidad. Es una parte verdadera, mas no ha de tomarse a la letra, so pena de abrir la puerta al semiquietismo. Al exponer la noción del Santo Abandono, hemos mostrado con profusión de detalle que no excluye ni la previsión ni los esfuerzos personales; no es, pues, un puro «dejar hacer a Dios». Esto que es verdadero en el camino ordinario, lo es no menos en el místico. El uno es activo, y pasivo el otro; la acción divina será, pues, diferente; con todo, la fórmula «dejar hacer a Dios» no responde a todos nuestros deberes, ni en uno, ni en otro.

En la vía ordinaria la acción divina adáptase a nuestros procedimientos naturales, déjanos la libre elección y dirección de nuestras acciones, y se pone, por decirlo así, a nuestro servicio, ¡que tan maravillosa es la condescendencia de nuestro Padre celestial! No hablemos, por de pronto, sino de la oración y tomemos como ejemplo la meditación. Como se trata de ejecutar una obra sobrenatural, es de toda necesidad que la gracia nos prevenga y ayude; ella ha de presidir todas nuestras acciones, y ninguna se hará sin su intervención. Déjanos, empero, determinar libremente el tiempo, el lugar, la manera y materia de nuestra oración; asimismo nos permite conducirla a nuestro gusto, es decir, que podemos según nos plazca, elegir nuestras consideraciones y nuestros afectos, asignarles su lugar, la extensión, la variedad que queramos, fijar nuestras resoluciones conforme a nuestras preferencias. Dios trabaja en nosotros y con nosotros, mas se acomoda a nuestro modo humano de obrar, y permanece oculto. Es verdad que dispondrá de nosotros según su beneplácito, y como consecuencia estaremos en la sequedad o en la consolación, en la calma o en el combate, en la paz o en las penas interiores. Aquí tiene lugar el «dejar hacer a Dios»,

quedando empero un campo dilatado a nuestra libre actividad.

Muy otras son las condiciones al tratarse de las vías místicas. Tomemos como ejemplo la quietud. Dios, al obrar mediante los dones del Espíritu Santo, no se oculta tanto, y por lo regular hace sentir su presencia y su acción. Interviene conforme a su beneplácito, en el coro, en la lectura, en el trabajo, en el tiempo y lugar que juzga oportuno, y no siempre cuando nosotros le esperamos. No se acomoda ya a nuestros procedimientos naturales, y en cierto modo nos impone los suyos. Toma, cuando le place, la iniciativa y dirección de nuestra oración; liga la imaginación, la memoria y el entendimiento para impedir las dilatadas consideraciones, los afectos metódicos y discursivos, variados y complicados, para llevarlos poco a poco a una sencilla atención amorosa. Produce El mismo la luz y el amor, y los derrama a torrentes, como con medida, o gota a gota; los refuerza y los disminuye a su arbitrio. Propone a su consideración sus divinos atributos, la Pasión, la infancia de Nuestro Señor u otra materia que a El le place. Provoca en nosotros un silencio admirativo, transportes amorosos, suaves coloquios, o bien nos reduce a la penosa aridez de un desierto sin fin. No está en nuestro poder hacerle reforzar o modificar su acción, retenerle o hacerle volver contra su voluntad cuando El se quiere retirar. Es el dueño y bien a las claras lo demuestra, mas su intervención será siempre la obra de su amor misericordioso y de su exquisita sabiduría.

A pesar de esto nos deja, en general, la facilidad de hacer nuestras lecturas piadosas, y aun de hallar abundantes consideraciones para servicio de nuestros hermanos. Si se exceptúa la impotencia para meditar que puede llegar a ser total, la influencia mística no liga aquí enteramente las potencias. Podemos siempre recibirla o rechazarla, aceptar el asunto de la oración que ella nos ofrece o tomar otro, atenernos a los actos que nos brinda, o añadir a ellos cuanto queramos, como afectos, peticiones, etcétera. En una palabra, es la quietud una mezcla de pasivo y de activo, o, como dice Santa Teresa, «lo natural se encuentra allí mezclado a lo sobrenatural»; y por lo mismo tendrán cabida simultáneamente el «dejar hacer a Dios» y nuestra actividad

personal.

La pasividad será mucho más acentuada en la unión plena y el éxtasis. En la primera no hay apenas trabajo alguno, y ninguno en el segundo, cuando están en su punto culminante. Mas cuando se ha llegado a esta edad de la vida espiritual, la oración está muy lejos de lograr siempre este máximum de intensidad; por otra parte, crece y disminuye durante un mismo ejercicio, y permanecerá, pues, la mayor parte del tiempo en la simple quietud o en las purificaciones pasivas. En suma, es muy raro que la contemplación sea completamente pasiva, y en consecuencia, siempre habrá lugar para el «dejar hacer a Dios», y muy comúnmente para nuestra actividad personal con su más y su menos. Siendo empero la acción divina la principal, es preciso que la nuestra le esté subordinada, que se armonice y refunda en ella.

Este «dejar hacer a Dios», inútil creo decirlo, no es el estado pasivo de un campo que recibe con la misma indiferencia el rocío del cielo o los rayos del sol. Es la actitud de un alma inteligente y libre que, apreciando el beneplácito divino, se presenta toda entera para recibirlo y no perder nada de él. No se limita a dar su consentimiento, a no oponer resistencia, a no hacer nada que sea un obstáculo; presenta su espíritu, su corazón, su voluntad para entregarse toda a la gracia. En consecuencia, por todo el tiempo que se haga sentir la influencia mística, vela el alma para rechazar las distracciones y, si está en su mano, las ocupaciones incompatibles con la oración; evita el buscar y aun aceptar largas consideraciones, afectos variados y complicados: cosas todas más a propósito para ahogar esta pequeña llama que para avivarla. Recibe, sin embargo, la acción divina con reverencia y sumisión, con reconocimiento y confianza, y a ella se adapta de la manera que puede. La acepta tal como le es ofrecida, débil o fuerte, silenciosa o suplicante sin buscar otra materia. Si en lo que recibe cree encontrar ocupación suficiente, limitase a contemplar a Dios en un silencio amoroso, o a excitar piadosos afectos, en conformidad con el movimiento de la gracia. Si esta ocupación es escasa, trata de reforzarla con algunos piadosos afectos, conforme a la acción divina. En una palabra, pónese con una amorosa reverencia a

disposición de la gracia. Cuando ha dejado de hacerse sentir la influencia mística, el alma se entrega a la oración por determinación propia conforme a sus deseos, por los procedimientos que le han dado mejor resultado. Suple entonces lo que no pudo hacer en la oración pasiva, y se aplica a las piadosas lecturas, y produce los afectos y peticiones que convienen. Insistía mucho sobre este punto San Francisco de Sales en la dirección que daba a Santa Juana de Chantal y a sus hijas. Después de la oración, aplicase el alma a hacerle producir todos sus frutos y a mantenerse, mediante la mortificación interior, en el fervor y la pureza que la dispongan a nuevas gracias, si a Dios place concedérselas.

Cuando la sumerge una y otra vez hasta la saciedad en las purificaciones pasivas, parécela a esta pobre alma hallarse abandonada del cielo, pero nada está perdido sino para el hombre viejo. El alma está en manos de Dios, ¿a qué fin resistir? El es todopoderoso y el mejor medio de abreviar la prueba es someterse sin queja y sin recriminaciones ni inquietudes. Lejos de mantenernos puramente pasivos, confiemos en Dios, nuestro mejor Amigo, nuestro Padre infinitamente sabio y bueno; démosle, mientras quiera, nuestras manos y nuestros pies y dejémosle crucificarnos a su placer. No huyamos de El cuando la oración se nos vuelve enojosa, sino que vayamos a ella como de costumbre y cumplamos con ánimo nuestro deber. No pongamos causa alguna voluntaria de sequedad, y tengamos delante de Dios una actitud humilde, arrepentida, sumisa y llena de confianza, de suerte que este doloroso estado produzca realmente en nosotros cuanto puede producir en humildad, renuncia y santo abandono, y de este modo habremos hecho negocio de gran ganancia.

Tal es la conducta que Santa Juana de Chantal observaba y hacia seguir a sus hijas. «En estado pasivo no dejaba de obrar en los momentos en que Dios le retiraba su operación o la excitaba a ello; sus actos, empero, eran siempre cortos, humildes y amorosos.» «Si, hija mía, decía ella, cuando Dios lo quiere y me lo manifiesta por el movimiento de la gracia, hago algunos actos interiores, o pronuncio algunas palabras

exteriores, sobre todo cuando he de rechazar las tentaciones. Dios no permite sea tan temeraria que presuma no tener jamás necesidad de hacer acto alguno, y creo que los que dicen que nunca los hacen no lo entienden. Creo que también nuestra hermana Ana María Rosset los hace sin darse cuenta; por lo menos yo se los hago hacer exteriores.» Cuidaba, pues, la santa, añade su historiador, «de no hacer nada sino por impulso de la gracia, a la cual vivía por completo sumisa y obediente, ora la invitase Dios a obrar, ora la dejase como abandonada a sí misma, retirándola su operación». Pasaba así de un estado a otro, alternativamente activo o pasivo, a gusto de Dios: notable vicisitud en la vida de esta gran santa, y que tendía, dice Bossuet, «a hacerla difícil bajo la mano de Dios y a hacer que no cesase de acomodarse al estado en que la ponía, de donde resultaban las virtudes, las sumisiones y resignaciones admirables que se destacan en su vida». «Este extraordinario estado que la Santa sólo al principio había experimentado en la oración, no tardó en saborearlo en la Santa Misa, la Comunión, durante el oficio divino, y con frecuencia durante todo el curso del día. No era ello a veces sino un relámpago durante el cual permanecía en silencio cerrados los ojos, unida a Dios por una simple mirada. Otras veces se prolongaba este estado horas enteras, mas sin hacerle perder su libertad de espíritu, ni su libertad de acción.»

Esta última reflexión nos lleva a decir que del mismo modo que pueden las almas ser movidas por influjo divino en la oración, pueden serlo también en la acción. Hemos hablado largamente de la oración, porque, a nuestro juicio, allí es sobre todo donde se ejerce la influencia mística, y lo que hemos dicho hará conocer mejor lo que será esta influencia y cómo hemos de corresponder a ella, cuando se deja sentir en otra parte.

En el camino ordinario, la gracia permanece secreta, hasta para el mismo que la recibe. Déjanos la iniciativa, la elección en las cosas libres, la deliberación, la determinación, la ejecución. En realidad, no hay duda que todo procede del Espíritu Santo, no siendo posible nada sobrenatural sin que El nos sugiera el pensamiento y nos ayude a quererlo y a ejecutarlo. Pero El se oculta y se adapta a nuestros

procedimientos naturales, de suerte que todo parece venir de nuestros esfuerzos. La fe es la que nos enseña que nuestra voluntad tuvo que ser ayudada con una gracia secreta y sostenida en determinados momentos por los dones del Espíritu Santo.

Por el contrario, tanto en la acción mística como en la oración mística también, déjase sentir la acción de Dios y llega a ser, por decirlo así, manifiesta. Aquí ya no se limita a seguir nuestros procedimientos humanos; hállase el alma de repente iluminada y puesta en movimiento, como por un instinto divino, una inspiración particular, una moción especial. Por repentina, por dulce e imperiosa que sea la acción divina, no suprime el ejercicio del libre albedrío, se la consiente con toda el alma, y con gusto se reúnen todas las energías para corresponder a ella. Por eso pudo decir Bossuet: «Tanto más obramos cuanto somos más empujados, más movidos, más animados del Espíritu Santo; este acto por el cual nos entregamos a la acción que El ejecuta en nosotros, nos pone, para así expresarnos, por completo en acción para Dios.»

Mas bajo otro punto de vista somos tanto menos activos cuanto nuestro estado es más pasivo, y se siente sin poder dudarlo que un poder superior ha tomado la iniciativa, ha hecho la elección del acto, reemplazando la deliberación por un instinto divino y compelido en seguida a la ejecución. Cuando un alma es frecuentemente favorecida con estas influencias místicas, suele decirse que está bajo la dirección del Espíritu Santo.

¿Puede estarlo siempre y en todas las cosas? San Juan de la Cruz lo juzga así de la Santísima Virgen, y casi exclusivamente de Ella: «Elevada -dice- desde el principio a este altísimo estado -en que es Dios mismo quien dirige las potencias hacia los actos conformes al querer divino-, no tuvo jamás la gloriosa Madre de Dios en el espíritu el recuerdo de criatura alguna capaz de distraerla de Dios y dirigirla en su modo de obrar. Todos sus movimientos fueron siempre producidos por el Espíritu Santo... Por más que sea difícil hallar un alma enteramente conducida por el Señor y enriquecida con la perpetua unión, durante la cual las potencias están divinamente ocupadas, sin embargo, hállanse

con bastante frecuencia algunas que son movidas por El en sus acciones y no se mueven por sí mismas.» Bossuet es del mismo parecer cuando dice: «Estos estados imaginarios de nuestros falsos místicos, en que las almas son siempre divinamente movidas por las extraordinarias impresiones de que hablamos, no son conocidos ni del Padre Juan de la Cruz, ni de la Madre Santa Teresa. Por mi parte añado que ni los Ángeles, ni las Catalinas de Sena y de Génova, los Ávilas, los Alcántaras, ni otras almas de la más pura y alta contemplación, jamás han creído ser siempre pasivos, sino a intervalos; y con frecuencia dejados a si mismos han obrado de la manera ordinaria. Otro tanto se manifestaba en la Madre Chantal, una de las personas más experimentadas en esta vía.» ¿Hay o hubo algún corto número de almas escogidas movidas por Dios de esta manera a cada instante? Bossuet «deja la resolución al juicio de Dios y, sin reconocer la existencia de estados semejantes, tan sólo dice que, en la práctica, nada hay tan peligroso ni tan sujeto a ilusión como guiar las almas cual si éstas hubiesen llegado a ellos, y que en todo caso la perfección del cristianismo no consiste en estas prevenciones.»

A propósito de estos estados pasivos señala Bossuet dos extremos opuestos: el de los quietistas, que hacen a esta pasividad perpetua, muy común y necesaria al menos para la perfección, y el que consiste en tomar por ilusiones sospechosas todos «estos estados en los que almas escogidas reciben pasivamente impresiones divinas tan altas y tan desconocidas, que apenas podemos darnos cuenta de su admirable simplicidad».

En consecuencia, por todo el tiempo que sintamos en nosotros la acción de Dios, la hemos de seguir con docilidad llena de confianza; cuando aquélla cesa es preciso tornar a los medios ordinarios de huir del pecado, de practicar la virtud, de cumplir los deberes diarios. Y, como el camino nos está ya claramente indicado y la gracia jamás falta a la oración y fidelidad, no hay para qué esperar que Dios nos declare de nuevo su voluntad o nos impela a la acción por una moción especial. O mejor aún, «no es permitido que un cristiano, dice Bossuet- bajo pretexto de oración pasiva u otra extraordinaria,

espere en la dirección de la vida, así en lo que mira a lo espiritual como a lo temporal, que nos determine a cada acción por vía e inspiración particular; al contrario, induce a tentar a Dios, a la ilusión y a la negligencia».

Mas, en estas materias tan delicadas, hay que temer las ilusiones. Se ha de someter nuestra vida mística a un examen serio, según las reglas del discernimiento de los espíritus. Si de ellas resulta una más perfecta observancia de nuestros votos y nuestras Reglas, obediencia a nuestros superiores, vivir en paz con nuestros hermanos, combatir las tentaciones, santificar las pruebas, no se puede sospechar ni de su origen ni del uso que de ellas se hace. Aun en este caso, es necesario imitar a Santa Teresa: «Lo que con mayor ahínco deseó siempre fue adquirir las virtudes; y esto mismo es lo que más dejó encomendado a sus religiosas, acostumbrando decirles que el alma más humilde y más mortificada sería también la más espiritual.»

Como es tan difícil ser buen juez en propia causa, será de todo punto necesario recurrir a un director experimentado. Por otra parte, ha establecido la Providencia que los hombres sean gobernados por otros hombres. Nuestro Señor aparecióse a Saulo y le envió a Ananías. Santa Teresa, Santa Juana de Chantal, Santa Margarita María tenían el espíritu muy esclarecido y el juicio muy recto y no dejaban, sin embargo, de recurrir a su director, o según el caso, a sus superiores. Hablando Santa Teresa de sí misma, dice «que jamás reguló su conducta por lo que se le había inspirado en la oración, y cuando sus confesores la decían que obrase de otra manera, los obedecía sin la menor repugnancia y les daba cuenta de cuanto le sucedía... Decíala nuestro Señor entonces que hacia bien en obedecer, y que El manifestaría la verdad». Con todo, mostróse irritado contra los que la impedían hacer oración. De igual modo decía Nuestro Señor a Santa Margarita María: «En adelante acomodaré mis gracias al espíritu de la Regla, a la voluntad de tu Superiora, y a tu debilidad, y ten por sospechoso todo lo que pudiera desviarte de su exacto cumplimiento. Deseo que la prefieras a todo lo demás, aun la voluntad de tus superioras a la mía. Cuando ellas te prohíban lo que yo te hubiera ordenado, déjalas hacer,

que yo sabré hallar todos los medios de hacer triunfar mis designios por caminos opuestos y contrarios... » Mostró en lo sucesivo los terribles golpes que sabe descargar para echar por tierra las oposiciones. Porque quiere «que se prueben los espíritus para ver si son de Dios»; mas, una vez habidas las suficientes pruebas, no admite que se entre en lucha con El.

### 15. Dos ejemplos memorables

Antes de cerrar este estudio sobre el abandono en las penas interiores, citaremos dos ejemplos memorables, propios especialmente para instruirnos y animarnos. Por ellos veremos cómo trata Dios a las almas grandes y el modo como ellas santifican sus pruebas.

«Hacia el fin de 1604 viose Santa Juana de Chantal asediada de horribles tentaciones contra la fe, de dudas acerca de los misterios más adorables, y en particular sobre la divinidad de la Iglesia. Si por un momento disminuían esas tentaciones, era para dar lugar a oscuridades, a impotencias, a grandes sequedades, a una ausencia absoluta de gusto y de sentimiento en la práctica de la virtud. En vano se entregaba a la oración; su espíritu tan vivo en todas las cosas, quedaba en las tinieblas. Se aplicaba a amar a Dios, y le parecía que su corazón era de mármol. El solo nombre de Dios la volvía tibia e indiferente; de todo lo cual resultaban desolaciones imposibles de describir. » Duró tan penoso estado más de cuarenta años, pero en los nueve últimos se redobló su intensidad y se transformó en una «terrible agonía que no cesó sino un mes antes de su muerte. Entonces fue su alma abandonada a tantas y tan crueles penas interiores, que ella misma no se conocía. No osaba ni bajar los ojos a su interior, ni elevarlos a Dios. Su alma se le representaba manchada de pecados, colmada de negra ingratitud, desfigurada y horrible a la vista. Cuando mayores cosas hacía por Dios, cuanto su perfección brillaba más a los ojos del mundo, más desnuda se veía también de todas las virtudes y despojada de todo mérito. A excepción de los pensamientos de impureza, de que nunca fue asaltada, no hubo idea perversa de que su espíritu no estuviera invadido, ni acciones detestables que no se presentasen a su mente. Las dudas acerca de los más

adorables misterios, las blasfemias contra los atributos más misericordiosos de Dios, los juicios más abominables sobre el prójimo se disputaban su imaginación; por lo que al hablar de sus penas gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Durante la noche oíasela suspirar como a un enfermo en agonía, y durante el día se olvidaba de tomar el sustento necesario. Y lo más horrible era que, en medio de estas tentaciones, le parecía que Dios la había abandonado, que no la miraba, que no se cuidaba de ella. Tendíale ella los brazos, mas como se hace en la oscuridad a un amigo desaparecido para siempre. O más bien, Dios estaba para ella más que ausente, era su enemigo, la rechazaba. En vano para calmar su espanto trataba de representársele bajo las imágenes de pastor, de esposo o de amigo; en seguida vedle aparecer como juez irritado, como señor despreciado y que pide venganza. Poco a poco se le convirtieron en una carga todos los ejercicios referentes a Dios. Poníase del todo temblorosa cuando era preciso acudir a la oración, sobre todo a la Comunión, en donde la idea de sus crímenes y la de la santidad de Dios atravesaban su alma cual dos agudas espadas». Era una altísima contemplación, terriblemente purificadora. «Hasta entonces había conservado todas sus luces, siquiera para la dirección de los demás. Mas no fue así en lo sucesivo, pues este ministerio se convirtió para ella en una fuente de espantosas tentaciones. No podía oír hablar de una pena sin que fuese para ella un sufrimiento, ni oír nombrar un pecado sin imaginarse que lo cometía.

«¡Espectáculo digno de eterna meditación! continúa su historiador. -¡Ved a esta mujer fuerte, a esta robusta y poderosa inteligencia, vedla anonadada, abatida, incapaz de dirigirse, obligada a andar a tientas en este camino de la vida espiritual que tan conocido le era para los otros, en el que no veía claro para sí misma! Así es como la reduce Dios a la gran humildad, así es como conserva en ella a esos grandes santos que admiramos en la historia, que resucitan los muertos, que anuncian el porvenir, y acerca de los cuales nos preguntamos a veces temblando, qué hacen para ser humildes. En tanto que se los lleva en triunfo y se les besa los pies, Dios los humilla en el secreto de su alma; les inflige afrentosas

bofetadas, y les hace sufrir en el fondo del corazón una agonía que los vuelve insensibles a todos los honores del mundo.»

Estaba, pues, Santa Juana de Cantal reducida a tal extremo que nada en el mundo era capaz de darle un pequeño alivio, sino el pensamiento de la muerte. «Hace ya cuarenta y un años que las tentaciones me aplastan, decía un día. ¿He de perder por eso el ánimo? No, yo quiero esperar en Dios, aunque El me matara y aniquilara para siempre.» Y añadía estas humildes y magníficas palabras: «Mi alma era un hierro tan enmohecido por los pecados, que ha sido necesario este fuego de la divina justicia para sacarle un poco de brillo.»

«En este estado de desamparo -dice San Alfonso- su regla única de conducta era mirar a su Dios y dejarle obrar. Conservaba siempre sereno el semblante, aparecía dulce en su conversación, y tenía de continuo fija su mirada en Dios, reposando en el seno de su adorable voluntad. San Francisco de Sales, su director, que conocía cuán agradable era esta alma a los ojos de Dios, comparábala a un músico sordo que, cantando primorosamente, no pudiera recibir de ello placer alguno, y a ella misma la escribía de la siguiente manera: "Es necesario manifestar una invencible fidelidad hacia el Señor, sirviéndole puramente por amor a su voluntad, no solamente sin gusto, sino en medio de tristezas y de temores." Más tarde la Madre Chantal dábale este consejo tan prudente y varonil: "No habléis jamás de vuestras penas ni con Dios ni con vos mismo. No hagáis examen alguno de ellas; mirad a Dios, y si podéis hablarle, sea de El mismo." Otras almas necesitarán hablar de esas penas a Dios en la oración, a su ministro en la dirección; pero qué hermoso es "desapropiar las almas de sí mismas, enseñarlas a no mirarse tanto a si mismas y a ver más a Dios; a ocuparse mucho de El, y muy poco de sí mismas; a ahogar así las penas interiores, como se ahoga un incendio cercenando su alimento"».

Y San Alfonso añade: «De esta manera se llega a la santidad. En el edificio espiritual, los santos son las piedras escogidas, que labradas a cincel, es decir, por medio de las tentaciones, temores, tinieblas y otras penas interiores y exteriores, llegan a ser aptos para coronar los muros de la celestial Jerusalén, o para ocupar los más elevados tronos en

el reino del paraíso.»

San Alfonso se expresaba así por experiencia. « Por Dios lo había dejado todo, había crucificado su carne, había afrontado las fatigas de un duro apostolado, había sufrido con paciencia crueles persecuciones, hasta la afrenta de ser arrojado de su Congregación. Mil veces había desgarrado todo esto su corazón; restábale, sin embargo, el tesoro que nadie le podía robar; restábale su Dios, el amigo que había consolado sus dolores, y que con frecuencia habíale atraído a sí con dulces arrobamientos. Con Jesús ya no se encontraba aislado, y la celda se le convertía en paraíso.

»Pero de pronto, este paraíso desapareció, y Dios, el sol de su alma, cesó de derramar en ella su luz. Una noche más espantosa que la de la tumba envolvió al pobre solitario. Velase abandonado de todos, abandonado de Dios y al borde del infierno; y si volvía los ojos a su vida pasada, no encontraba sino pecados. Todos sus trabajos, todas sus buenas obras no eran sino frutos maleados que inspiraban horror a Dios. Su conciencia atormentada desde la mañana a la noche por los escrúpulos, era juguete de todas las ilusiones, como que convertía en pecados graves sus acciones más sencillas y aun las más santas. El, el gran moralista que había dado su dictamen y con tan perfecto discernimiento sobre todos los casos de conciencia, que había dirigido miles de cristianos en los caminos de la perfección, que había confortado a los pecadores hablándoles de las infinitas misericordias de Dios, y que había consolado tantas veces a las almas presas de la inquietud, caminaba ahora a tientas, y como ciego temblaba bordeando abismos, incapaz de dar un paso sin la ayuda de brazo ajeno.

»En este estado de inquietud y desolación, no se atrevía a comulgar. Su amor a Jesucristo arrastrábale hacia el altar, y el temor le impedía abrir su boca para recibir la sagrada hostia», hasta que la palabra de su director o de su superior le hubo tranquilizado. «En lo más recio de estas angustias recurría al consuelo que procura la oración, mas le parecía que entre él y Dios se levantaba un muro infranqueable. Creciendo entonces de continuo la oscuridad, apoderábase de él el sentimiento de que el Corazón de Dios, le estaba cerrado, y el Paraíso

perdido para él. En estos momentos de indecible angustia miraba al Crucifijo arrasados en lágrimas los ojos, dirigíase a la Santísima Virgen y pedía misericordia: "¡No, Jesús mío, no permitáis que yo sea condenado! Señor, no me arrojéis al infierno, porque en el infierno no se os puede amar. Castigadme como lo merezco mas no me arrojéis de vuestra presencia.»

«A los escrúpulos que le hacían la vida insoportable vinieron pronto a unirse, para abrumarle, las más espantosas tentaciones contra todas las verdades. En su espíritu surgían dudas contra todas las verdades del Credo, y como su conciencia oscurecida no distinguía entre el sentimiento y el consentimiento, parecíale que la fe se extinguía en su alma.» Entonces asíase, por decirlo así, a la verdad, y multiplicaba los actos de fe, exclamando con ardor: «Creo, Señor, si, yo creo; quiero vivir y morir hijo de la Iglesia.»

Había el demonio recibido el poder de molestarle, y de él usaba para suscitar tempestades de tentaciones y desolaciones, para darle asaltos furiosos, para inventar pérfidos artificios. Púsolo todo en juego a fin de inspirar al santo un sentimiento de orgullo a causa de sus escritos. «Impotente para excitar el orgullo, emprendió la tarea de despertar en su víctima la concupiscencia de la carne, y perder por la impureza a este ángel de inocencia, que desde la infancia hasta la extrema vejez había conservado sin mancha la vestidura bautismal.» Alfonso experimentó por espacio de más de un año los terribles efectos del poder de Satanás sobre la imaginación y los sentidos. «Tengo ochenta y ocho años, decía un día, y siento en mí el ardor de la juventud.» Tan violentos llegaban a veces a ser los asaltos, que prorrumpía en gemidos, y golpeaba con el pie la tierra exclamando: « ¡Jesús mío, haced que muera antes que ofenderos! ¡Oh Maria, si no venís en mi ayuda, me volveré más criminal que Judas!» Llamaba entonces en su socorro a sus directores y a su superior, pues en este terrible huracán que duró dieciocho meses, «su único aliento era la obediencia». Incapaz de juzgar por sí mismo, aceptaba ciegamente las decisiones de su director o de cualquier otro sacerdote, a pesar de los sentimientos que experimentaba, y

las contrarias razones que le sugería el demonio. «Mi cabeza -decía- no quiere obedecer.» Muchas veces se le oía exclamar: «Señor, haced que sepa vencerme y someterme; no, no quiero contradecir, no quiero seguir mi parecer.» De este modo la obediencia triunfaba de todas las tentaciones.

«Si se pregunta por qué permite el Señor que sus mejores amigos sean sometidos a pruebas tan dolorosas, la cruz nos explica este misterio. Es preciso que los santos, miembros vivos de Jesucristo, terminen en ellos su dolorosa Pasión. Cuando las humillaciones y los sufrimientos los han depurado y transfigurado, Dios los saca del purgatorio en que los tenía encerrados, las tinieblas ceden su puesto a la luz, sobreabunda la alegría allí donde abundaba la aflicción, y pronto vemos con admiración un extático o un taumaturgo en el hombre que parecía abandonado de Dios. Tal sucedió por lo menos a San Alfonso después de esta cruel persecución y prueba, y aun en medio de sus más amargas tribulaciones. Sus éxtasis y sus raptos fueron más frecuentes que nunca.» Dios no conduce a todas las almas por estos mismos caminos; al menos estas penas interiores, generosamente soportadas, traerán siempre un inmenso acrecentamiento cíe vida espiritual.

# 4. Excelencias y frutos del Santo Abandono

## 1. Excelencia del santo abandono

Lo que constituye la excelencia del Santo Abandono, es la incompatible eficacia que posee para remover todos los obstáculos que impiden la acción de la gracia, para hacer practicar con perfección las más excelsas virtudes, y para establecer el reinado absoluto de Dios sobre nuestra voluntad. Evidentemente, la conformidad que viene de la esperanza, y más aún, la resignación que nace del temor, no se elevan a iguales alturas; tienen, sin embargo, su valor. Mas aquí hablamos de la conformidad perfecta, confiada y filial que produce el santo amor.

Es ésta ante todo necesaria, y de un valor incomparable para obviar los obstáculos. Un día después de Maitines, el bienaventurado Susón fue arrebatado en éxtasis y parecióle ver un apuesto joven que descendía del cielo a la tierra y le decía: «Tú has frecuentado durante mucho tiempo las escuelas primarias, en ellas te has ejercitado lo suficiente y ya estás maduro. Ven conmigo, que voy a conducirte a la escuela mayor que existe.-¿Y cuál es esta tan deseable escuela? Es aquella en que se enseña la ciencia de un perfecto abandono de si mismo; es decir, en la que se enseña al hombre a renunciarse de tal suerte que, sean cualesquiera las circunstancias en que el divino beneplácito se manifieste, se

aplique tan sólo a permanecer siempre el mismo y tranquilo, renunciándose en la medida que permita la debilidad humana.» Hacía ya varios años que el bienaventurado se ejercitaba en la virtud como un valeroso asceta; infligía a su cuerpo un martirio cuyo sólo relato nos estremece; llegada era ya la época de los éxtasis, Dios, sin embargo, le llamó a una escuela más elevada, ¿tenía de ello necesidad? Vuelto en sí después de la visión, permanecía silencioso y pensaba en lo que se le acaba de decir: «Examínate interiormente, concluyó, y podrás observar que aún tienes mucho espíritu propio, verás que con todas las mortificaciones que haces, no llegas todavía a soportar la contradicción exterior. Te pareces a una liebre oculta en un matorral, que al ruido de una hoja se espanta. Tú también te espantas de las penas que te sobrevienen, palideces a la vista de tus contradicciones, huyes cuando temes sucumbir, cuando debieras presentarte te escondes, te consideras feliz cuando eres alabado, y cuando te reprenden te entristeces. No hay duda que necesitas ir a una escuela superior.» He aquí, pues, un alma que marchaba decididamente por el camino de la santidad; no obstante, quedaba aún no poco de humano en ella, más de lo que podía suponer. ¡Cuántas otras, que no la igualan en méritos, tendrán como ella necesidad de que un ángel venga a mostrarles el mal y a enseñarles a aplicar el remedio!

Sabemos en principio que el mal consiste en buscarse desordenadamente a sí mismos, y por consiguiente, en el orgullo y la sensualidad que resumen sus tan variadas formas. Mas, en realidad, estamos muy lejos de conocernos, y con frecuencia este mundo de pasiones, de debilidades, de perversas tendencias que bulle en nosotros, permanecería cubierto con un espeso velo y no llamaría nuestra atención, si la Providencia no viniera a abrirnos los ojos en tiempo oportuno por medio de una saludable humillación, o mediante unas pruebas sabiamente apropiadas. Entonces descórrese el velo, y comenzarnos a ver lo que se nos ocultaba hasta este día, y que otros por desgracia habían tal vez tenido con sobrada frecuencia ocasión de comprobar. Mas nos acontece que, una vez conocido el mal, no sabemos remediarlo.

Nos inclinamos a perdonamos, empero la Providencia no

tendrá esta cruel indulgencia. «Hasta ahora dice el ángel al bienaventurado Susón- eres tú quien te azotabas por tus propias manos, cesabas cuando querías, y tenias compasión de ti mismo. Al presente quiero librarte de ti mismo y entregarte, sin que nadie te defienda, en manos de extraños que te azotarán. -No lo harán sino en la medida que yo se lo permita, mas te parecerán despiadados. Asistirás al desmoronamiento de tu reputación, estarás expuesto al desprecio de algunos hombres ciegos, y sufrirás más de esta parte que por las heridas hechas en otro tiempo con tus instrumentos de penitencia.»

En otro tiempo hallábamos compensaciones y la Providencia nos las va a quitar. Veamos lo que aconteció al beato Susón: Tenía consolaciones humanas, y el ángel le dice: «Cuando te entregabas a tus ejercicios de mortificación eras grande, eras admirado, ahora serás abatido, serás aniquilado.» Gozaba sobre todo de las consolaciones divinas, y el ángel añadió: «Hasta ahora sólo has sido un niño mimado, has nadado en la dulzura celestial, como nada el pez en el mar. En adelante quiero retirarte todo esto, quiero que seas privado de ello y que sufras con esta privación, que seas abandonado de Dios y de los hombres.»

No siempre damos los golpes donde debiéramos; mas la Providencia, que ve con más exactitud, ataca al mal en su raíz. El beato Susón tenía un carácter muy afectuoso, y no parecía preocuparse de ello. «Aunque acabas de imponerte una cruel tortura, díjole el ángel, aún te queda por divina permisión un natural tierno y amante; te acontecerá que allí donde pensabas encontrar un amor particular y la fidelidad, sólo hallarás infidelidad, grandes sufrimientos y grandes penas. Serán tan numerosas tus pruebas que los hombres que te aman, por poco que sea, se compadecerán de ti.» Nuestro mal es sobre todo el orgullo. Ahora bien, «para infligirnos algún castigo por ello -dice el Padre Piny- ¿búscanse de ordinario las ocasiones de humillación y de desprecio? ¿No se cree hacer bastante condenándose a dar alguna limosna, o a practicar austeridades que mortifican el cuerpo y no el orgullo del espíritu? Dios, que se propone no tan sólo castigar, sino más aún curar, obra mucho más

sabiamente. Hácenos expiar este pecado por lo que es más contrario a nuestra presunción y a nuestra vanidad, por los desprecios, las humillaciones, las repugnancias, las confusiones, y desde luego por la penitencia más penosa para nuestra naturaleza soberbia, y la más opuesta a nuestras inclinaciones.»

Finalmente, el gran mal es el juicio propio y la voluntad propia; no hay pecado ni imperfección que no venga de esta fuente emponzoñada. ¿Cuántos son los que saben remontarse hasta este principio de todo desorden? Con sobrada frecuencia, ¿no es el juicio propio quien tiene la pretensión de asignar el remedio, y la propia voluntad la que vela sobre su aplicación, cuando por el contrario, es el propio juicio y la voluntad propia lo que debiéramos de sacrificar sin misericordia y por encima de todo? La Providencia vendrá a corregir estos errores o esta debilidad. « ¡Ah!, mostradme, Señor, de antemano mis penas para que las conozca», decía el beato Susón; y Dios le responde: «No, es preferible que no sepas nada.» En efecto, quiere mantenernos en una disposición constante para doblegar nuestro juicio e inmolar nuestra voluntad. Va, pues, a ocultarnos cuidadosamente sus intenciones, y muy frecuentemente irá contra nuestras previsiones y nuestras ideas; se opondrá directamente a nuestros gustos y a nuestras repugnancias. Si queremos prestar un poco de atención, observaremos que nunca Dios obra al azar: como verdadero Salvador, a la manera de médico tan enérgico como sabio y discreto, lleva el fuego y el hierro ora aquí, ora allá, por todas partes donde su ojo práctico vea faltas que expiar, defectos que corregir, un punto débil que fortificar. A pesar de los lamentos de la naturaleza, continuará El haciéndolo con misericordioso rigor por todo el tiempo que juzgue oportuno, para acabar de curarnos y para colmarnos de sus bienes. «La voluntad propia -dice el Padre Piny-, lo que hay de más tierno y querido en el hombre, pónese así en tortura y en el estado más violento, pues se le obliga a sufrir lo que no querría y lo contrario de lo que querría.» Quiere Dios vencerla y disciplinarla, y he aquí la razón de que ciertas almas se hallen «reducidas a ser casi de continuo lo que no hubieran querido ser, ora en las profundas tinieblas durante la

oración en lugar de las luces que eran de su gusto, pero que iban a servir para alimentar su propia voluntad; ora en las tristezas e inoportunos fastidios, en castigo de las alegrías inmoderadas que en otro tiempo habían ellas gustado, o del apego que tenían a estos estados de satisfacción; ora en las incertidumbres, y los escrúpulos originados de la precipitación, a fin de que mueran a sí mismas, aceptando la divina voluntad sobre ellas, a pesar de sus temores e incertidumbres».

El Santo Abandono será, pues, el que acabará de purificar y de despegar nuestra alma. El cumplimiento fiel de los deberes diarios, para los religiosos la exacta observancia de nuestros votos y de nuestras Reglas, con nuestras prácticas libres de virtud, habían causado al hombre viejo derrotas sobre derrotas, heridas sobre heridas. Con todo, aún viviría de no venir el Santo Abandono a darle, por decirlo así, el golpe de gracia y arrojarlo en el sepulcro. Sin duda, que la obediencia antes que todo continúa siendo necesaria, pues si ésta se debilitase, la naturaleza recobraría sus fuerzas y no tardaría en hacer desaparecer al Santo Abandono.

Mas éste viene a unir su acción poderosa a la de la obediencia, además de que responde a nuestras necesidades personales, llevando así nuestra penitencia a su última perfección.

Otro tanto hace con la fe confiada y el amor divino.

Es él quien hace que nuestra fe en la Providencia, nuestra confianza en Dios sean plenamente prácticas universales, haciéndolas pasar de la convicción del espíritu al afecto del corazón, y aplicándolas alternativamente a las más diversas situaciones. Sin él correrían riesgo de quedarse siempre incompletas, porque hay cosas que apenas se aprenden sin haber pasado repetidas veces por la prueba. Jesucristo ha dicho: « ¡Bienaventurados los pobres! ¡Bienaventurados los que padecen! ¡Bienaventurados los que se mortifican! ¡ Bienaventurados los que son perseguidos, calumniados y maldecidos por los hombres!» ¿Tienen esta fe absoluta y práctica las personas que no pueden soportar la pobreza, el sufrimiento y la persecución? «Preciso es declarar, o que no creen en el Evangelio, o que sólo creen a medias. Por el contrario, aquél cree todo cuanto encierra el Evangelio, que

mira como una ventaja y como favor divino en este mundo el ser pobre, estar enfermo, ser despreciado, humillado y perseguido por los hombres». La advertencia es de San Alfonso.

Esta fe confiada y total encuéntrase elevada a su más alto grado, dice el Padre Piny, «por el abandono de todo cuanto somos y de todos nuestros intereses al beneplácito divino. ¿No es tener una fe bien firme en la justicia, en la santidad de Dios, el que nos baste en todo cuanto nos suceda, un simple recuerdo de que tal es su voluntad, para que al momento digamos Amén a todas sus determinaciones? No es posible tener mayor fe en la bondad y el amor de Dios, que el recibir igualmente de su mano las cruces y las alegrías, el mal y el bien; y en la firme persuasión de que es un Dios que hace bien todo lo que hace, bendecir su nombre como otro Job, tanto desde el polvo como desde el trono, así cuando nos colma de honores y consolaciones como cuando nos cubre de llagas y humillaciones. No hay mayor ni más viva fe que la de creer que Dios dirige siempre admirablemente nuestros asuntos, cuando parece destruirnos y aniquilarnos, cuando desbarata nuestros mejores planes, cuando nos expone a la calumnia, cuando oscurece todas nuestras luces en la oración, cuando hace agotarse todas nuestras sensibilidades y nuestros fervores por las arideces y sequedades, destruye nuestra salud por las enfermedades y flaquezas, y nos pone en la impotencia de obrar. Conservar en todos estos estados la más firme confianza, aceptarlos a ciegas, ¿no es ejercitar la fe más viva en el poder soberano y en la infinita bondad de Dios?» Maravillosa fue la fe de Abraham en la terrible prueba que todos sabemos. «No menos admirable es la fe del alma que va por el camino del abandono a El, a fin de aniquilar su propia voluntad.» Destruye nuestro apego a las alegrías por medio de la tristeza, a la estima por las humillaciones y desprecios, a los gustos y a las sensibilidades por las arideces y las sequedades, a las luces en la oración por las oscuridades y las tinieblas; trabaja en destruir la precipitación inmoderada por conseguir la perfección mediante dolorosos fracasos, la excesiva actividad por las impotencias a que nos reduce, la propia voluntad hasta en el negocio de la salvación

por las incertidumbres en que nos coloca acerca del particular. Si hay un camino en que se ejercite una fe viva, una confianza a toda prueba, «es sin duda, el del abandono a la divina voluntad, pues en él se cree lo que parece menos creíble: a saber, que Dios realiza nuestros negocios destruyéndolos, que nos formará aniquilándonos, que nos iluminará cegándonos, que nos unirá a El más íntimamente dejándonos en la angustia; en una palabra, que nos perfeccionará destruyendo nuestras inclinaciones y nuestra voluntad.»

Así, pues, la práctica del Santo Abandono supone una fe viva, una confianza sólida, a las que desenvuelve admirablemente, elevándolas a su más alto grado.

Otro tanto sucede con el amor divino. El santo acrecentamiento, ante todo, mediante un despego perfecto. «Cuando un corazón está lleno de tierra -dice San Alfonso- el amor de Dios no encuentra en él lugar; y cuanto más permanezca pegado a la tierra, menos reinará en él el amor divino, porque Jesucristo quiere poseer todo nuestro corazón y no toleraría ningún otro rival. En fin, el amor de Dios es un amable ladrón que nos despoja de todas las cosas terrenas.» Preciso es, pues, darlo todo para tenerlo todo. Da totum pro toto, dice Tomás de Kempis. Este completo desasimiento tan necesario y tan laborioso, no sólo habíanlo comenzado la humildad, la obediencia y el renunciamiento, sino que lo llevaban bastante adelantado, y por otra parte, no cejarán en su empeño. Sin embargo, según dejamos indicado, tiene necesidad de que el Santo Abandono venga a sumar su acción a la suya, para que el desasimiento llegue a su perfección. El Santo Abandono es quien termina de hacer el vacío en nuestra alma, invadiéndole proporcionalmente el amor divino, y si no encuentra obstáculo, la llena, la gobierna, la transforma, reina en ella como dueño.

El Santo Abandono no sólo prepara los caminos al amor divino, sino que «es él mismo el acto más perfecto de amor de Dios que un alma pueda producir, y vale más que mil ayunos y disciplinas. Porque quien da sus bienes por medio de la limosna, su sangre con los azotes, su alimento con el ayuno, da una parte de lo que tiene; el que da a Dios su voluntad se da a sí mismo y da todo, de suerte que puede decir: Señor,

soy pobre, mas os doy todo cuando puedo; después que os he dado mi voluntad, nada me queda que ofreceros.» Así habla San Alfonso.

Es también el amor más puro y más desinteresado. Numerosas son las almas que de buen grado permanecen con Jesús hasta el partir del pan; muy raras las que le siguen hasta las inmolaciones del Calvario. Fácil es amar a Dios cuando se da entre las dulzuras, los ardores y los transportes. Es más digno olvidarse de sí mismo y darse todo a Dios, hasta el punto de poner su satisfacción en la de Dios, hacer de la voluntad de Dios la suya propia, cuando precisamente aquélla se propone sin la menor duda conducirnos en pos de Jesús crucificado. «Esta es dice el Padre Piny- la manera más noble, más perfecta y más pura de amar. Si se puede medir el amor que nosotros tenemos a Dios por la grandeza de los sacrificios que estamos dispuestos a hacer por El, ¿qué amor puede ser más puro y más grande que el de las almas que abandonan al divino beneplácito no tan sólo sus bienes temporales, su reputación, su salud y su vida, sino hasta el interior de su alma y su eternidad, para no querer en todo esto sino el orden y la voluntad de Dios? ¿No pudiera decirse que su amor está enteramente libre de todo propio interés, puesto que ellas se ponen en este estado de víctimas, consintiendo en que Dios las destruya en cualquier momento, y que haga un sacrificio continuo de la voluntad de ellas a la suya?»

Pudiéramos añadir que un alma, ejercitándose en el Santo Abandono, se forma al propio tiempo de la manera más acabada en todas las virtudes, pues encuentra a cada paso ocasión de practicar tanto la humildad como la obediencia, la paciencia o la pobreza, etc., y que el Santo Abandono eleva unas y otras a su más alta perfección. Pruébalo profusamente el Padre Piny; y para abreviar remitimos al lector a su precioso opúsculo, bastándonos decir con San Francisco de Sales: «El abandono es la virtud de las virtudes; es la flor y nata de la caridad, el perfume de la humildad, el mérito, así parece, de la paciencia, y el fruto de la perseverancia; grande es esta virtud y la única digna de ser practicada por los hijos más queridos de Dios.»

Mas si el abandono perfecciona las virtudes, perfecciona

también la unión del alma con Dios. Esta unión es aquí abajo la unión del espíritu por la fe, la unión del corazón por el amor; es más que nada la unión de la voluntad por la conformidad con la voluntad divina. Es necesario que la obediencia la comience y no deje jamás de continuarla; empero corresponde al Santo Abandono terminarla. En efecto, dice el Padre Piny, ¿puede darse unión más completa con Dios, «que dejarle hacer, aceptando todo lo que El hace, y consintiendo amorosamente en todas las destrucciones que le plazca hacer en nosotros y de nosotros? Es querer todo lo que Dios quiere, no querer sino lo que El quiere», y como El lo quiere: «es tener uniformidad con la voluntad de Dios, es estar transformado en la divina voluntad, es estar unido a todo lo que hay en Dios de más íntimo, quiero decir, su corazón, a su beneplácito, a sus decretos impenetrables, a sus juicios que, aunque ocultos, son siempre equitativos y justos». ¿Qué unión con Dios puede haber más estrecha e inseparable? «En este sendero, ¿qué podría, en efecto, separar al alma de Dios? No será ni la pobreza, ni las persecuciones, ni la vida, ni la muerte, ni los acontecimientos sean cuales fueren, puesto que, no queriendo nada fuera de la voluntad de Dios y aceptándola en todo sin detenerse en consideraciones, halla siempre cuanto desea en todo lo que la sucede, viendo en ello el cumplimiento del divino beneplácito.»

Ved, pues, lo que ante todo hace recomendable al Santo Abandono; nada como él une nuestra voluntad a la de Dios; y como esta divina voluntad es la regla y la medida de todas las perfecciones, hasta el punto que nuestras voluntades no participan de la perfección y de la santidad sino por su conformidad con la de Dios, síguese que se llegará a ser tanto más virtuoso y santo, cuanto mayor fuere la conformidad con esta adorable voluntad. Mejor dicho, santo y perfecto es quien ha llegado a ver en todas las cosas la mano y el beneplácito de Dios, y no tiene jamás otra regla que esa voluntad. Cuando se ha llegado a esto, ¿qué resta por hacer para ser aún más santo y más perfecto? Conformar cada vez mejor nuestra voluntad a la de Dios, y según la enérgica expresión de San Alfonso, «uniformarla» a la de Dios, hasta el punto que «de dos voluntades no hagamos -por decirlo así-, sino una; que no

queramos sino lo que Dios quiere, y permanezca sola su voluntad y no la nuestra. Aquí está la cumbre de la perfección, y a ella debemos aspirar de continuo. La Santísima Virgen no ha sido la más perfecta entre todos los santos, sino por haber estado más perfectamente unida a la voluntad de Dios».

Si queremos, pues, escalar las cumbres de la vida interior, no hay mejor sendero que el del Santo Abandono; ningún otro sabría conducirnos tan pronto ni tan lejos. ¡No permita Dios que consintamos en rebajar la humildad, la obediencia y el renunciamiento! Estas virtudes fundamentales son, junto con la oración, el camino siempre necesario y seguro, fuera del cual se busca en vano la virtud sólida y el abandono de buena ley. Sigámosle con fidelidad hasta nuestro postrer momento. Mas cuando hubiéramos llegado por este camino a la conformidad perfecta, amorosa y filial, entonces habremos dado con el camino de la santidad.

## 2. Frutos del santo abandono

### Artículo 1º.- Intimidad con Dios

El primer fruto del Santo Abandono, fruto tan nutritivo como sabroso, es una deliciosa intimidad con Dios, fundada en una confianza llena de humildad.

¿Qué hay de extraño en esto? ¿No es Dios nuestro Padre celestial y la misma Bondad? Nadie puede comparársele en la tierra ni por la generosidad, ni por la ternura; El es la fuente en que reside infinitamente el amor y donde se deriva en nosotros por participación. Preciso es que Dios Padre ame amorosamente a los hombres, puesto que para salvarnos no ha titubeado en entregar a su Hijo Amado, eterno objeto de sus infinitas complacencias. El Verbo encarnado se ha dignado amarnos más que a su vida; ¿no es El el Salvador, el Amigo, el Esposo de las almas? ¿Hubo jamás un corazón comparable al suyo, un corazón tan abnegado, dulce, misericordioso, paciente, tardo en castigar y pronto en perdonar? Es maravillosamente humilde nuestro gran Hermano mayor, y no quiere estar distanciado de sus pobres hermanos menores de la tierra. En fin, el Espíritu Santificador, ¿no se ocupa de las almas día y noche, viniendo en su ayuda

mil veces por día, con más ardor y solicitud que una madre inclinada sobre la cuna de su hijo? Sí, verdaderamente, «Dios es amor». Cuando está con sus hijos, olvida de intento su grandeza y nuestra pequeñez; no es sino un padre, haciéndose del todo pequeño con los pequeñitos porque los ama.

Nuestro Padre San Bernardo es inagotable cuando describe la dulce intimidad de algunas almas con Dios. «El amado -dice- está presente, apártase el maestro, desaparece el rey, ocúltase la majestad, cede el temor a la fuerza del amor. Así como en otro tiempo Moisés hablaba a Dios como un amigo con su amigo y Dios le respondía, así ahora, fórmase entre el Verbo y el alma una comunicación familiar como la de dos personas que viven bajo el mismo techo. ¿Qué tiene de extraño? Como su amor no tiene sino un mismo origen, es reciproco y mutuas las caricias. Palabras más dulces que la miel escápanse de ambos corazones, uno y otro dirígense miradas de una infinita dulzura, señales de mutua ternura.» Esta condescendencia divina es harto maravillosa; mas, «Dios también ama, y su amor no le viene de otra parte, porque El mismo es la fuente; ama con tanta más fuerza cuanto que no sólo tiene amor, sino que es el amor mismo, y a los que ama, trátalos como amigos, no como a servidores. Ved cómo la majestad misma cede su puesto al amor. Porque es propio del amor no considerar a nadie bajo de si, a nadie sobre sí; grandes y pequeños, pónelos todos al mismo nivel y no hace de ellos sino una misma cosa». «¿Y de dónde le viene al alma este atrevimiento? Siente que ama a Dios y que ella le ama con ardor; desde este momento no puede dudar que sea también intensamente amada. ¿No consiste su única aplicación en buscar de continuo y con todo su corazón los medios de agradar a Dios? Conforme a su celo y a sus esfuerzos juzga, sin duda, que Dios ha de pagarla en la misma moneda, no olvidando la promesa del Señor: Con la medida que midiereis, seréis medidos. Lo diré mejor: sabe que su Amado la aventaja; por lo que en si propia experimenta reconoce lo que pasa en Dios; no duda que sea amada, puesto que ella ama; y la verdad que así es. El amor de Dios al alma es el que produce el amor del alma a Dios.» «Ved,

concluye el santo doctor, ved cómo El os da pruebas inequívocas de su amor si vos le amáis, y de su solicitud si os ve ocupados por completo en El. Seríais temerarios si os atribuyerais cosa alguna en esta materia, anteponiéndoos a El; El os ama más y es el primero en amaros. Conociendo esto el alma, ¿qué extraño es que se gloríe de ver al Dios de la Majestad atento a ella sola como si olvidara el resto de las criaturas, cuando ella misma, olvidando todo otro interés, se conserva única e inviolablemente para El?»

Mas, ¿para quién es esta deliciosa intimidad? Para el alma amante y sumisa. «Yo amo a los que me aman», nos dice la divina Sabiduría. Amemos a Dios y estaremos seguros de ser amados; amemos mucho y tendremos seguridad de ser amados sin medida. ¿No es por ventura verdadero amor el que se da, aquel sobre todo que se manifiesta por una perfecta obediencia y un filial abandono? Nuestro Señor es quien nos lo asegura: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos nuestra morada en él.» «Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre». La obediencia y el abandono nos asemejan, en efecto, a Aquel que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Su Santísima Madre se le parece y le es querida ante todo, no solamente por haberle llevado en sus entrañas, sino más aún porque escuchó mejor que nadie la divina palabra y la puso en práctica. Todos podemos adquirir este parentesco espiritual, este parecido con nuestro divino Hermano; y la semejanza irá acentuándose a medida que se avanza en el amor, la obediencia y el abandono. Llegará por fin el día en que el alma, a costa de múltiples sacrificios - y qué sacrificios! -, no tendrá más que un mismo querer y no querer con Dios. Bajo el peso de la cruz como en las alegrías del Tabor, el alma no ve más que a Dios y su adorable voluntad; reverencia siempre este divino querer, lo aprueba, lo acepta amorosamente; siempre está contenta de Dios, le besa la mano aun cuando la crucifique; y en la misma agonía, le sonríe a través de sus lágrimas. Y entonces, sin duda, Jesús nuestro modelo y nuestro amor, le vuelve sus ojos y su corazón reposa en ella, algo así como los reposaba en su

tierna Madre, porque echaba de ver en Ella las disposiciones perfectamente conformes con las suyas. Dios Padre experimenta un verdadero gozo mirando la imagen viviente de su Hijo; el Espíritu Santo, que es su primer autor, contempla su obra con una dulce satisfacción. Toda la Santísima Trinidad se inclina hacia ella repitiendo, salva la debida proporción: Este es mi hijo amado, el objeto de mis complacencias.

De aquí proceden esas privanzas divinas de que están llenas las vidas de los santos y las biografías piadosas. Si hemos de prestar crédito a los escritos de cierta religiosa, se verán a cada página las más conmovedoras pruebas de bondad divina. Dios Padre no la llama sino «su hijita de la tierra», y le habla con la misma ternura que una madre a su hijo. Nuestro Señor le da el nombre de su «hermanita, su hija, su esposa». «Dios mío, os amo con todo mi corazón», decía la humilde religiosa, y el divino Maestro respondía bondadosamente y hasta con cariño: «También yo te amo». ¿Quién no se sentiría conmovido al leer esas deliciosas visitas que el Niño Jesús le había hecho con todos los encantos del abandono?

A este paternal afecto de parte de Dios corresponde por parte del alma una confianza llena de humildad. «Dios mío, decía esta religiosa, creo en vuestro amor, creo en vuestra ternura, creo en vuestro corazón.» Estas almas conocen, en efecto, a Dios por una fe viva y penetrante; le conocen también por una dulce experiencia. Acostumbradas a verse amadas tan íntimamente y conducidas con tanta solicitud, llega a tanto su atrevimiento, que se entregan de lleno a las efusiones de su ternura, y tienen la osadía de decir a Dios tres veces Santo con entera franqueza cosas tan afectuosas y llenas de confianza que nadie diría tantas a su propia madre. Ciertamente, Dios no se da por ofendido con ello, al contrario, se goza en eso mismo, puesto que su gracia nos excita y nos ayuda a continuar en estos pensamientos; no obstante, para preservar al alma del orgullo y mantenerla en un completo desasimiento la priva de sus caricias, parece olvidarla y no tener para con ella sino la indiferencia. Entonces ella, sin disminuir en nada su confianza, dice con esta religiosa: «El Padre quiere que sea su hijita. En el sufrimiento, en las penas

interiores debo portarme como un niño a quien su madre hiere para curarle. Grita cuando ésta le causa mucho dolor, pero esto no impide que se recline sobre el seno materno, y recibe con sumo placer las caricias de la que momentos antes le hacía llorar. Luego, con un tierno y afectuoso beso de una parte y otra, se secan estas lágrimas. Tal debo hacer yo con el Padre que está en los cielos.»

Pero, ¿qué es de la humildad en este trato tan íntimo y confiado? Tan pronto da el alma libre curso a su ternura como, confusa de su atrevimiento, adora profundamente al Dios de su amor, hácele mil protestas de humildad y amorosa sumisión y se abisma en el sentimiento de su miseria y ruindad. El bondadoso Maestro, por su parte, la invita a ello por su gracia, y si es necesario le coloca en este estado mediante las humillaciones; siempre, aun cuando la levanta, vela por la humildad. «Señor, ¿que es lo que tanto os atrae hacia mí?, decía esta misma alma.» «Es tu inmensa miseria», le respondió Jesús; «y mi amor para ti es tal que tus infidelidades no pueden impedirme el que te colme de mis caricias». Dios sabe elevar y abatir alternativamente, de manera que la confianza y la humildad crezcan juntas y se presten mutuo apoyo. Así es como para Santa Teresa del Niño Jesús fue la humildad una de las fuentes, y no la menor, de la confianza en Dios. Lo hemos hecho ya notar; buscaba su camino para llegar a la santidad y lo encontró en estas palabras de la divina Sabiduría: «Si alguno es pequeñito, venga a Mí». Esto fue un rayo de luz; se hace pequeñita en el sentimiento de su debilidad y de su nada; permanece pequeñita, y su ambición consistirá en ser olvidada y pasar inadvertida. Y pequeñita como un niño, amará como niño, obedecerá como niño, esparcirá flores como un niño, es decir, hará todos los sacrificios pequeños que puede hacer un niño. Mas, en retorno, será amada como un niño, y los brazos de Jesús serán el ascensor que la elevará hacia la perfección. Desgraciadamente tendrá sus faltas, pues los niños caen algunas veces, pero llorando vienen a echarse en brazos de su madre, y son perdonados y consolados. Así lo hará ella. Ha sido pura entre los santos más puros; pero aun cuando hubiera cometido todos los pecados del mundo, imitaría a

Magdalena arrepentida y nada perdería de su confianza. «Sabia a qué atenerse acerca del amor y de la misericordia» de su buen Maestro; y, por otra parte, con una humildad de niño nadie se condena; siempre hallará buena acogida cerca de Aquel que fue «dulce y humilde de corazón», y que decía: «Dejad que los niños se acerquen a Mí, que de ellos y de los que se les asemejan es el reino de los cielos».

**Artículo 2º.- Sencillez y libertad**

Jesús al entrar en el mundo habla así a su Padre: «Heme aquí que vengo para hacer vuestra voluntad.» «¿Pues qué, observa Monseñor Gay, no viene a predicar, a trabajar, a sufrir y a morir y a vencer al infierno, a fundar la Iglesia y salvar al mundo por la cruz? Es verdad que tal es su misión. Mas, si quiere todo esto, es porque tal es la eterna voluntad de su Padre. Sólo esta voluntad le conmueve y le decide. Sin dejar de ver todo lo demás, sin embargo, es a ella sólo a la que mira; de ella habla, de ella sólo quiere depender. Y cuando después hace tantas cosas, cosas tan elevadas, tan inauditas, tan sobrehumanas, no hace jamás, sino esta cosa sencillísima, es decir, la voluntad de su Padre Celestial.» Tal sucede al alma que practica el Santo Abandono. Tiene múltiples deberes que cumplir; mas sea que esté en el coro, en el trabajo, en las lecturas piadosas, que se ocupe de sí misma o de los demás, que disponga a sus anchas del tiempo, o se halle excesivamente ocupada, jamás tiene sino una sola cosa que hacer: su deber, la santa voluntad de Dios. Pasará por la salud y la enfermedad, la sequedad y las consolaciones, la calma y la tentación; en la diversidad de acontecimientos sólo ve una cosa: al Dios de su corazón que los dirige y por ellos le manifiesta su voluntad. Los hombres van, vienen y se agitan; que la aprueben, la critiquen o la olviden, que la alegren o que la hagan sufrir, levanta más alto sus miradas y ve a Dios que los dirige, a Dios que se sirve de ellos para manifestarle lo que de ella espera. No ve, pues, en todo sino a Dios y su adorable voluntad. He aquí lo que da a su vida una maravillosa sencillez, una simplicísima unidad. ¿Hay necesidad de añadir que esta vista constante de Dios produce,

como naturalmente, otro fruto de un precio inestimable; una altísima pureza de intención? Ella procura también la libertad de los hijos de Dios. «Si alguna cosa -dice Bossuet- es capaz de hacer a un corazón libre y dilatado, es el perfecto abandono en Dios y en su santa voluntad.»

Y sólo él es capaz de esto. Pues qué, ¿son libres los pecadores que viven a medida de sus deseos? Son unos desdichados esclavos, y el mundo y sus pasiones son sus tiranos. ¿Son libres los cristianos débiles aún en la práctica de su deber? Las ocasiones los arrastran, el respeto humano los subyuga; desean el bien y mil obstáculos les apartan de él, y detestan el mal y no tienen valor para alejarse. ¿Son libres, al menos, los hombres más adelantados, pero que se forman una devoción a su manera, y buscan las consolaciones sensibles? En el fondo los domina el amor propio; no están menos esclavizados por él que los mundanos lo están por sus pasiones, de donde resulta que son inconstantes y caprichosos, y que la prueba los desconcierta. Un alma es libre y desprendida en la proporción en que las pasiones están amortiguadas, domado el amor propio, pisoteado el orgullo. La mortificación interior comienza y prosigue esta liberación; mas, ya lo hemos visto, sólo el abandono la termina, porque sólo él nos establece plenamente en la indiferencia, sólo él nos enseña a no ver los bienes y los males sino en la voluntad de Dios, sólo él nos une a esta santa voluntad con todo el amor, con toda la confianza de que somos capaces.

Nos hace libres respecto a los bienes y a los males temporales, a la adversidad o a la prosperidad; ya no nos esclaviza ni la avaricia, ni la ambición, ni la voluptuosidad; las humillaciones, los sufrimientos y las privaciones, las cruces de todo género han cesado de espantarnos; sólo a Dios hemos entregado nuestro corazón, y estamos dispuestos a todo por cumplir su adorable voluntad.

Nos hace libres con respecto a los hombres. Deseando tan sólo complacer a Dios por una amorosa y filial sumisión, «ningún respeto humano -dice el P. Grou- nos detiene; los juicios de los hombres, sus críticas, sus burlas, sus desprecios, nada significan para nosotros, o por lo menos no tienen la fuerza de desviarnos del camino recto. En una

palabra, nos vemos elevados por encima del mundo, de sus errores, de sus atractivos y de sus temores. ¿En qué consistirá, pues, la libertad, si esto no es ser libre?»

Hácenos también libres con respecto a Dios mismo. «Quiero decir -añade el mismo autor- que sea cual fuere la conducta que Dios observe para con estas almas, sea que las pruebe o que las consuele, que se acerque a ellas o que parezca alejarse», puede El permitirse todo, nada las turba, nada las desanima. «Su libertad para con Dios consiste en que, queriendo todo lo que Dios quiere, sin inclinarse -voluntariamente- ni de uno ni de otro lado, sin detenerse a considerar sus propios intereses, han consentido de antemano en todo cuanto les acontezca, han confundido su elección con la de Dios, han aceptado libremente todo lo que les viene de su parte.»

Hácenos, en fin, libres con respecto a nosotros mismos, hasta en las cosas de piedad. El Santo Abandono, en efecto, nos establece en una total indiferencia para todo lo que no es el divino beneplácito. Desde este momento, dice San Francisco de Sales, «con tal que se haga la voluntad de Dios, de nada más se cuida el espíritu», y el corazón llega a ser libre. «No se aficiona a las consolaciones, mas recibe las aflicciones con toda la dulzura que la carne puede permitirle. No digo que no ame y desee las consolaciones, sino que no aficiona su corazón a ellas. En manera alguna pone su afecto en los ejercicios espirituales, de suerte que, si por enfermedad u otro accidente se le impiden, no se disgusta por ello. Tampoco digo que no los ame, sino que no se apega a ellos.» Jamás los omite, a menos de no convencerse de que es tal la voluntad de Dios; mas los deja con entera libertad tan pronto como el querer divino se manifiesta por la necesidad, la caridad o la obediencia. De idéntica manera no se irrita contra el importuno que le incomoda, interrumpiéndole, por ejemplo, su meditación, pues no desea sino servir a Dios, y «lo mismo le da hacerlo meditando que soportando al prójimo, y soportar a éste es lo que Dios exige de él en el momento presente». No le impacientan las cosas que van contra sus inclinaciones, pues en manera alguna se deja arrastrar de ellas, sólo desea cumplir la voluntad divina. La práctica del Santo Abandono le

ha procurado, pues, la dichosa «libertad de los hijos amados, es decir, un total desasimiento de su corazón para seguir la voluntad de Dios conocida».

### Artículo 3º.- Constancia y sinceridad de ánimo

La veleidad de espíritu y la inconstancia de la voluntad llenan el mundo para su vergüenza y desolación. San Francisco de Sales hace remontar el mal a esta única fuente: es que la mayor parte se dejan conducir por sus pasiones. No querrían hallar alguna dificultad, ninguna contradicción, ninguna pena; siendo así que, por el contrario, la inconstancia e inestabilidad caracterizan los sucesos de esta vida mortal. De ahí procede que tan pronto estoy alegre porque todo me sucede según mi voluntad, y tan pronto estoy triste porque me ha sobrevenido una contradicción no esperada. Hoy que disfrutáis de consolaciones en la oración os halláis animados y del todo resueltos a servir a Dios, pero mañana tendréis sequedad, os hallaréis lánguidos y abatidos. Al presente queréis una cosa, más tarde desearéis otra distinta. Tal persona os agrada hoy, mañana os costará el soportarla. Soy todo fuego para una obra de celo, ya por el encanto de su novedad, o ya por el buen resultado que obtengo; mas sobrevienen las contradicciones, los fracasos, la monotonía, y al instante pierdo los ánimos. ¿No es esto natural, cuando se deja uno guiar por sus inclinaciones, pasiones y afectos? Si la razón y la fe no las regulan y dominan, ¿qué ha de suceder, «sino una continua vicisitud, inconstancia, variedad, cambio, capricho, que tan pronto nos hará fervientes, como cobardes y perezosos? Estaremos tranquilos una hora, y después inquietos dos días». Mas, añade el amable doctor, «no hagamos como los que lloran cuando les falta la consolación y no cesan de cantar cuando les es devuelta; en lo cual se parecen a los monos que están siempre tristes en tiempo sombrío y no cesan de hacer piruetas cuando hace bueno». Compáralos San Alfonso a la veleta, porque «cambian sin cesar con el viento de las cosas de este mundo; están contentos y alegres en la prosperidad, impacientes y tristes en la adversidad; jamás llegan a la perfección y llevan una vida

desdichada».

Mas, a medida que se avanza en la santa indiferencia y el abandono, despréndese uno de todas las cosas, y sólo a Dios busca en adelante. Pónese toda la confianza en este Padre que está en los Cielos, y se habitúa a rendirle una sumisión pronta y fiel. No se quiere ver las personas y los acontecimientos sino en Dios y en su voluntad tan sabia y santificante, y por el hecho mismo, cesa uno de estar a merced de sus pasiones tan mudables y de ser llevado a merced del viento como una paja al menor soplo de la tempestad. Se llega a ser firme en las ideas, estable en las resoluciones, perseverante en las empresas, siempre el mismo en la calma y en la serenidad. Un hombre de tal índole, dice San Alfonso, «no se engríe por sus éxitos, no se abate por sus desgracias, bien persuadido de que todo viene de Dios. Teniendo a la voluntad de Dios por regla única de sus deseos, no hace sino lo que Dios quiere, y no quiere sino lo que Dios hace... Acepta con perfecta conformidad de voluntad todas las disposiciones de la Providencia, sin considerar si satisfacen o contrarían sus tendencias. Los amigos de San Vicente de Paúl decían de él durante su vida: el Señor Vicente es siempre Vicente, entendiendo por esto que en todas las circunstancias, favorables o adversas, el santo parecía siempre en la misma calma, siempre igual a si mismo; porque, habiéndose abandonado por completo en manos de Dios, vivía sin ningún temor, y no deseaba otra cosa sino el beneplácito del Señor».

«Esta santísima igualdad de ánimo es la que os deseo -decía San Francisco de Sales a sus hijas. No quiero decir igualdad de gustos ni de inclinaciones, sino igualdad de ánimo, pues no hago caso alguno ni deseo que vosotras le hagáis de los alborotos que promueve la parte inferior de nuestra alma. Pero es necesario mantenerse siempre firmes y resueltos en la parte superior de nuestro espíritu, en una continua igualdad, así en las cosas adversas como en las prósperas, en la desolación como en las consolaciones, en las sequedades como en las ternuras. Gimen las palomas de la misma manera que se regocijan: nunca cantan sino la misma tonada. Vedlas posarse sobre la rama llorando la pérdida de

sus pequeñuelos, y vedlas también cuando están enteramente consoladas: no cambian de tono, sino que sus arrullos son lo mismo tanto para manifestar su alegría como su dolor. Job nos ofrece un ejemplo en esta materia, pues cantó en un mismo tono todos los cánticos que compuso. Cuando Dios le multiplicaba sus bienes y le enviaba a pedir de boca cuanto hubiera podido desear en esta vida, ¿qué decía él, sino bendito sea el nombre de Dios? Este era su cántico de amor en toda ocasión. Reducido a una extrema aflicción se expresa en el mismo tono que en su cántico de regocijo. El Señor, dice, me había dado hijos y bienes, y el Señor me los ha quitado, ¡bendito sea su santo nombre! ¡ Sea siempre bendito el nombre del Señor! Ojalá podamos también nosotros tomar en todas las ocasiones, los bienes y los males, las consolaciones y las aflicciones de mano del Señor cantando siempre el dulcísimo cántico: bendito sea el nombre de Dios, con la tonada de una continua igualdad.»

Esta igualdad tan suave y deseable la poseía San Francisco de Sales en toda su plenitud; y Santa Juana de Chantal nos va a enseñar en dónde la había él encontrado: «Su método -dice- consistía en mantenerse muy humilde, muy pequeño, muy abatido delante de Dios, con una singular reverencia y confianza como niño amante. Creo yo que en sus postreros años no quería, no amaba y no veía sino a Dios en todas las cosas; por lo mismo podía observársele absorto en Dios, y declaraba que nada había ya en el mundo que pudiera darle contento sino Dios. De esta tan perfecta unión procedía su general y universal indiferencia que de ordinario se notaba en él. Y en verdad, yo no leo esos capítulos que tratan esa materia en el libro IX del Amor divino, sin que vea con toda claridad que practicaba lo que enseñaba, según las ocasiones. Este documento tan poco conocido, y sin embargo, tan excelente: nada pedir, nada desear y nada rehusar, que practicó con tanta fidelidad hasta el fin de su vida, no podía proceder sino de un alma del todo indiferente y muerta a sí misma. Su igualdad de ánimo era incomparable, porque, ¿quién le ha visto jamás cambiar de actitud en los diversos acontecimientos? No es que dejara él de experimentar vivos sentimientos, sobre todo cuando era Dios ofendido y oprimido

el prójimo. Veíasele en estas ocasiones callarse y reconcentrarse en si mismo con Dios; y allí moraba en silencio, no dejando por esto de trabajar, para remediar con presteza el mal sucedido; pues El era el refugio, la ayuda y el apoyo de todos.» ¡Dichosas las almas que poseen esta constante igualdad! ¡Qué bien se vive con ellas!

**Artículo 4º.- Paz y alegría**

El Santo Abandono no procura tan sólo la preciosa libertad de los hijos de Dios y una suave igualdad de alma, en la instabilidad de las cosas humanas y los diversos sucesos de la vida, sino que proporciona además una paz profunda y la alegría interior, que constituyen aquí abajo la verdadera felicidad.

«Por la perfecta conformidad con la de Dios -dice el P. Saint-Jure- es como se adquiere el más cumplido reposo que es posible disfrutar en el tiempo; es el medio de hacer sobre la tierra un paraíso. Preguntóse a Alfonso el Grande, rey de Aragón y Nápoles, príncipe muy sabio y prudente, cuál era la persona a quien juzgaba más feliz en este mundo; aquélla, respondió este príncipe, que se abandona enteramente a la voluntad de Dios y que recibe todos los acontecimientos prósperos o adversos, como venidos de su mano.» Monseñor Gay añade: «Sométete a Dios, dice Elías a Job, y tendrás paz, pero una paz que la Escritura llama en otra parte inagotable, una paz que es semejante a un río caudaloso. Los pacíficos, es decir, los que poseen tal tesoro de paz que la esparcen en derredor suyo son los hijos de Dios; y los hijos de Dios por excelencia son las almas que se abandonan a El. Este pueblo de mis fieles hijos, este pueblo de mis pequeñuelos, de niños, de abandonados en mis brazos, "se sentará en la hermosura de la paz bajo las tiendas de la confianza, y en un magnífico reposo que tendrá cuanto pudiera desear". David moraba bajo esas tiendas cuando cantaba ese dulce cántico que pudiera bien llamarse el himno del abandono: "El Señor me conduce, nada me faltará; me ha establecido en un lugar de los más abundantes pastos, al borde de un arroyo por el que corre el agua que vivifica. El atrajo mi alma toda hacia si. A causa de

su nombre", que es su Unigénito Hijo Jesús, "ha dirigido mis pasos por el sendero de la justicia". Y ahora, Maestro mío, mi guía, mi madre Providencia, "aun cuando debiera atravesar las sombras de la muerte, no temería mal alguno, porque tú estás conmigo. Tu vara -que me indica el camino-, y aun tu báculo -que me hiere para volverme hacia él cuando me consuela . Sí, el abandono produce la paz, una paz profunda, perfecta, y -por decirlo así-, imperturbable.»

«A la verdad -dice el P. Saint-Jure- las almas que siguen este camino -del Santo Abandono-, disfrutan de una paz inalterable y pasan su vida en una paz que sólo ellas pueden comprender y que no seria posible hallar en otro lugar de la tierra. Refiere Santa Catalina de Sena que Nuestro Señor la enseñaba a construir un retiro en su corazón con la piedra durísima de la Providencia divina y a permanecer allí constantemente encerrada, porque de esta manera tenía la seguridad de ser feliz, de encontrar el verdadero reposo del alma y de estar al abrigo de todas las tribulaciones y de todas las tempestades. Y, en efecto, ¿puede concebirse un estado más feliz que aquel en que el alma es llevada, reposa y se duerme como un niño en brazos de la amorosa y todopoderosa Providencia divina?» ¿Queréis otra imagen bien clara de la felicidad de esta alma? Considerad a Noé durante el diluvio: «Permanecía en paz en el arca con los leones, los tigres y los osos, porque Dios le conducía, mientras que todos los demás, en la más espantosa confusión de cuerpo y de espíritu, eran sumergidos sin piedad en las olas. Así, el alma que se abandona a la Providencia, que le deja el timón de su barca, goza de una paz perfecta en medio de todas las perturbaciones, boga con tranquilidad por el océano de esta vida, en tanto que las "almas indisciplinadas", esclavas, fugitivas y rebeldes a la Providencia, están en agitación continua, y no contando con más piloto que su voluntad ciega e inconstante, después de haber sido por largo tiempo juguete de los vientos y de la tempestad, terminan con un lamentable naufragio.»

En efecto, dice Monseñor Gay, «¿qué cosa os turba?» No hablo de la turbación que agita la superficie; pues por poco sensible que uno sea no podrá verse libre de ella; hablo de la

turbación que llega al fondo del alma y en ella conmueve las virtudes. ¿A quién atribuir la causa de ello? ¿Son por ventura las órdenes que se os dan o los accidentes que os sobrevienen? No, porque esta cruz que a vosotros os quita la paz, se la deja completa a vuestra hermana. ¿De dónde procede esto? Es que la voluntad de vuestra hermana se ha abandonado, la vuestra se guarda y hace resistencia. La turbación viene, pues, únicamente de la voluntad propia y de la oposición que ella hace a Dios. Ella es causa de tales agitaciones e inquietudes, pues el abandono las hace imposibles.

Así es, en efecto, pues las almas abandonadas han conseguido fundir su voluntad con la de Dios; y por consiguiente, nada las sobreviene contra sus deseos, nada hiere sus sentimientos, porque nada les acontece que ellas no lo quieran así. «A mi juicio -dice Salviano nadie en el mundo es más feliz que estas almas. Son humilladas, despreciadas, pero es a su gusto, y ellas lo quieren; son pobres, mas se complacen en su pobreza: por esto siempre están contentas.» «Sea lo que fuere lo que acontezca al justo -dice el Sabio nada podrá contristarle», ni alterar la paz y serenidad de su espíritu, porque ha puesto su confianza en Dios y de antemano acepta todo cuanto plazca al buen Maestro. Sin duda, no es esta la paz del cielo, sino la de aquí abajo, pues Dios no quiere sobre la tierra ni paz perfecta, ni felicidad durable; no podemos evitar la tribulación, y la cruz nos seguirá por todas partes. Mas el Santo Abandono nos enseña la importante ciencia de la vida y el arte de ser felices en este mundo, que consiste en saber sufrir: ¡saber sufrir!, es decir, sufrir como conviene sufrir todo lo que Dios quiere, mientras El lo quiere y como El lo quiere, con espíritu de fe, con amor y confianza. El nos enseña a reposar en los brazos de la cruz, por consiguiente, en los brazos de Jesús y sobre el corazón de Jesús. Allí se encuentra más que la paz, allí se saborea la alegría.

«No es del todo extraño -dice Monseñor Gay- que esta alegría sea sensible, aunque otras veces, y lo más frecuentemente es que sea tan sólo espiritual.» En todo caso, el santo abandono produce la alegría del alma. «Bastaría para

esto que él asegurara la libertad y que proporcionara la paz; porque, ¿de qué proviene el regocijo sino de ser uno libre y estar tranquilo en la libertad? Por el contrario, sin la libertad y la paz, ¿qué alegría se puede gustar ni aun concebir?» ¿Queréis saber un secreto para estar constantemente alegres? Digo un secreto, porque todos desean la alegría, ¡cuán pocos la encuentran! Ahora bien: el mejor secreto para conseguirla y conservarla, un secreto verdaderamente infalible es el Santo Abandono. ¿Cómo así? Las almas que no son devotas del Santo Abandono tienen todavía muy poca fe, confianza y amor, para gustar la alegría en la tribulación; aquéllas empero que han llegado a la perfecta conformidad tienen una fe viva, una esperanza firme, una caridad generosa. Han aprendido a ver en los menores acontecimientos a su Padre Celestial, al Salvador, al Amigo, al Esposo, al Amado, enteramente ocupado en santificarías. Le han dado sin reserva su confianza y su amor. ¿No es El dueño soberano de los acontecimientos? Al combinarlos, ¿podrá olvidar su carácter de Padre y Salvador? Todo será, pues, para bien de su alma, con tal que ellas le permanezcan filialmente sumisas. ¿Cómo no han de estar alegres? En los seis días de la creación, Dios contempla las obras de sus manos; las encuentra perfectas y hasta excelentes, y por eso las mira con una alegre satisfacción. «De igual manera resulta en el alma que a Dios se abandona, no sé qué efusión de esta alegría divina, porque el fondo de su abandono es precisamente la aprobación amorosa que ella da de todo lo que hace y quiere, y la complacencia que ella experimenta en todo cuanto Dios dispone.»

«Esta es la causa de aquella paz y alegría perpetua -dice el P. Rodríguez- con que leemos andaban siempre aquellos antiguos santos: un San Antonio, un Santo Domingo, un San Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, y lo vemos ordinariamente en los siervos de Dios. ¿Por ventura carecían de trabajos aquellos santos? ¿No tenían tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? Si, por cierto, y más dificultosos que por nosotros; porque a los más santos les suele Dios probar y ejercitar mas.

Pues, ¿cómo estaban siempre en un mismo ser, con un mismo semblante, con una serenidad y alegría interior y exterior que siempre parece que era pascua para ellos? La causa de esto era lo que vamos diciendo, porque habían llegado a tener una conformidad entera con la voluntad de Dios y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella: y así todo se les convertía en contento. El trabajo, la tentación y la mortificación, todo se les convertía en gozo, porque entendían que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento.» Eran ingeniosos en hallar mil santas razones para justificar a Dios hasta en sus rigores, y para animarse a una confiada y alegre sumisión.

Escuchemos al santo Cura de Ars: «La cruz es quien ha dado la paz al mundo, es ella quien ha de traerla a nuestros corazones. Todas nuestras miserias vienen de que no la amamos. El temor de las cruces es quien las aumenta. Una cruz llevada sencillamente no es ya un sufrimiento. Nada nos hace tan parecidos a Nuestro Señor como llevar su cruz, y todas las penas son dulces cuando se sufren en unión con El. ¡Yo no comprendo cómo un cristiano puede odiar la cruz, y sacudirla de sus hombros! ¿No es esto lo mismo que huir de Aquel que ha querido ser clavado en ella y en ella morir por nosotros? Las contradicciones nos ponen al pie de la cruz, y la cruz, a la puerta del cielo. Para llegar, es preciso que seamos pisoteados, vilipendiados, despreciados, triturados. ¡Sufrir! ¿Qué importa? Es cuestión de un momento. Si nos fuere dado poder pasar ocho días en el cielo, comprenderíamos, sin duda, el precio de este minuto de sufrimiento, no hallaríamos cruz bastante pesada, ni prueba suficientemente amarga. La cruz es el don que Dios hace a sus amigos. Es necesario pedir el amor de las cruces y entonces éstas se nos tomarán dulces. He hecho la experiencia durante cuatro o cinco años. He sido calumniado, contradecido, atropellado. ¡Vaya si tenía cruces! ¡Casi eran más de las que podía llevar! Púseme a pedir el amor de las cruces, me sentí feliz y me dije: ¡Verdaderamente aquí está la dicha! Jamás se ha de mirar de dónde vienen las cruces, pues vienen de Dios y es siempre Dios quien nos da este medio de probarle nuestro amor. ¡Cuán felices nos consideraremos en el día del juicio por nuestras desdichas,

cuán santamente orgullosos estaremos de nuestras humillaciones y qué ricos seremos por nuestros sacrificios! »

Para Gemma Galgani, un día sin sufrimiento era un día perdido. «Días ha habido, decía lamentándose, en que nada he tenido que ofrecer por la tarde a Jesús. ¡Cuán desgraciada era! » En el curso de una prolongada tribulación que aún duraba, como le preguntase Nuestro Señor si había sufrido con resignación: « ¡Es tan dulce, le respondió ella, sufrir con Vos!»

«Acabo de recitar el Rosario, escribía una religiosa a su director, para dar gracias a Dios por haberme arrojado en el crisol de los sufrimientos. Esta mañana, después de la Comunión, he entonado el Magnificat. Yo no tengo otro consuelo que sufrir con Jesús y por Jesús, si El se digna aceptar mis sufrimientos. Sufrir, sufrir siempre, sufrir más, ésta es mi continua oración.»

Minada por la enfermedad, atormentada por la fiebre, Sor Isabel de la Trinidad escribía en sus últimos días: «Se ha abierto para mí el camino del Calvario, y me considero sumamente feliz al andar por él, como esposa al lado del divino Crucificado. ¡ Si supieras qué días tan divinos estoy disfrutando! Yo me debilito y presiento que el divino Maestro no tardará mucho en venir a buscarme. Gusto y experimento desconocidas alegrías. ¡Cuán suaves y dulces son las alegrías del dolor! Sola, en esta pequeña celdita, con Dios sólo y llevando mi cruz con mi amado Maestro, me creo en cierto modo en el cielo; mi dicha crece en proporción de mi sufrimiento. ¡Si supieras el sabor que se encuentra en el fondo del cáliz preparado por el Padre celestial!»

«Desde que no me busco a mí misma -decía Santa Teresa del Niño Jesús- llevo la vida más feliz que se puede imaginar.»

Y de hecho, el sufrimiento había llegado a ser su cielo sobre la tierra; ella le sonreía como nosotros sonreímos a la dicha. «Cuando sufro mucho -decía- cuando me acontecen cosas penosas, en vez de entristecerme, respondo con una sonrisa. Al principio no siempre lo conseguía, mas ahora he llegado a no poder sufrir, porque todo sufrimiento me es dulce.» «¿Cómo es que estáis tan contenta esta mañana? -Porque he tenido dos pequeñas penas, y nada es capaz de

proporcionarme pequeñas alegrías como las pequeñas pruebas.» - «¿Habéis tenido hoy muchas pruebas? - Sí, pero ¡cómo las amo! Yo amo todo lo que Dios me da. Mi corazón está lleno de la voluntad de Jesús.»

Oigamos ahora a Taulero en su famoso Diálogo del Teólogo y del mendigo. «Un teólogo -éste era el mismo Taulero- suplicó a Dios durante ocho años le hiciera conocer un hombre que le mostrase el camino de la verdad. Cierto día en que ardía en este deseo con mayores ansias que nunca, oyó una voz del cielo que le dijo: Sal fuera y dirígete hacia la iglesia, y encontrarás al hombre que te enseñará el camino de la verdad. Sale, pues, y halla a un mendigo con los pies lastimados, desnudos y cubiertos de lodo, llevando sobre sí tan pobres vestidos que no valían tres óbolos. Saludóle diciendo: Dios os conceda un buen día. Respondióle el mendigo: no recuerdo haber tenido un día malo. - Dios os haga dichoso, continuó el Maestro. - Nunca he sido desgraciado, continuó el pobre-Dios os bendiga, repuso el teólogo: mas explicaos, porque no entiendo lo que decís .-Con mucho gusto lo haré, dijo el pobre. Me habéis deseado un buen día, y os he respondido que no recuerdo haber tenido jamás uno malo. En efecto, cuando el hambre me atormenta, alabo a Dios; si sufro frío, si graniza, si nieva o llueve, lo mismo en buen que en mal tiempo alabo a Dios; cuando padezco necesidad, en los reveses y los desprecios, alabo también a Dios; de donde resulta que no hay día malo para mi. Me habéis deseado además una vida feliz y dichosa, yo os he respondido que nunca he sido desgraciado, y esto es verdad, porque he aprendido a vivir con Dios y estoy persuadido de que todo cuando El hace no puede ser sino muy bueno. De ahí que todo cuanto de Dios recibo, y permite me venga de otra parte, prosperidad o adversidad, dulzura o amargura, lo miro como una verdadera fortuna, y lo acepto de su mano con alegría. Por lo demás, estoy del todo decidido a no aficionarme sino a la voluntad de Dios y tan fundida tengo mi voluntad en la suya, que todo cuanto El quiere, lo quiero yo también. En consecuencia, jamás he sido desgraciado. - Mas, decidme, ¿qué haríais si Dios os quisiere arrojar al fondo del abismo? - ¿Arrojarme al fondo del abismo? Si Dios llegare a

ese extremo, tengo dos brazos para abrazarme a El fuertemente: con el izquierdo, que es la verdadera humildad, tomaría su santísima Humanidad y a ella me abrazaría; con el derecho que es el amor, me asiría a su Divinidad y la tendría estrechamente apretada, de suerte que si El me quisiera precipitar en el infierno, sería preciso que El viniese conmigo, y por mx parte, más querría estar en el infierno con El que en el cielo sin El. Con esto entendió el teólogo que la verdadera resignación unida a una profunda humildad es el camino más corto para ir a Dios. -¿De dónde procedéis? dijo aún el teólogo. - Vengo de Dios. - ¿En dónde lo hallasteis? - Le hallé donde dejé a todas las criaturas. - ¿En dónde tiene El su morada? - En los corazones puros y en los hombres de buena voluntad. - ¿Y quién sois vos? - Yo soy rey. - ¿En dónde está vuestro reino? - Está en mi alma, porque he aprendido a gobernar mis sentidos interiores y exteriores, de suerte que todos los afectos y todas las potencias de mi alma estén sujetos; y este reino vale, sin que nadie pueda dudarlo, más que todos los de la tierra. - ¿De qué modo habéis llegado a esta sublime perfección? - Con el silencio, profundas meditaciones, y la unión con Dios. Yo no he podido hallar reposo en nada que no sea El; y al presente he hallado a mi Dios, y en El disfruto de un perfecto reposo y de una paz inalterable.» «Tal fue la conversación de Taulero con el mendigo, quien por la entera conformidad de su voluntad con la de Dios, era más rico en su pobreza que los monarcas, y más dichoso en sus sufrimientos que aquellos para cuya felicidad aportan su concurso los elementos y la naturaleza entera.»

### Artículo 5º.- Muerte santa y valimiento cerca de Dios

A medida que el alma avanza en el Santo Abandono, progresa también en el desasimiento de todas las cosas para no adherirse sino a Dios sólo; la fe, la confianza y el amor con todas las demás virtudes han tomado en ella vastas proporciones, y la unión de su voluntad con la de Dios se ha ido estrechando de día en día. El alma camina a pasos agigantados por el camino de la perfección. Una santa vida

prepara una muerte santa, y en cierto modo la asegura. La perseverancia final es siempre la gracia de las gracias, el don gratuito por excelencia; mas nada hay comparable al Santo Abandono para mover a nuestro Padre celestial a concedernos esta gracia decisiva. El, que va en busca del pecador, ¿podrá acaso rechazar un alma que sólo vive de amor y filial sumisión? Que ella prosiga por este camino hasta el fin, y vedla salva, pero al modo de los santos. Aun hablando de los cristianos ordinarios, el piadoso Obispo de Ginebra acostumbraba decir: «A Dios con todo su poder le es imposible condenar a un alma que, al salir de su cuerpo, tiene su voluntad sumisa a la voluntad divina. Tal como se halla nuestra voluntad a la hora de nuestra muerte, del mismo modo permanecerá toda la eternidad. Como queda el árbol al ser derribado, así permanece. Por este motivo, cuando asistía a un moribundo hacia los mayores esfuerzos para conseguir que sometiera por completo su voluntad a la de Dios, y apenas le hablaba de otra cosa.»

La muerte nos arrebatará nuestros bienes y nuestra situación, nuestros parientes y hasta nuestro cuerpo. Cuando uno está bien afianzado en el Santo Abandono, ni siquiera llega a sentir esas crueles separaciones que desgarran el alma apegada a las cosas de este mundo. Este abandono nos ha hecho indiferentes por virtud a todo lo que la muerte nos ha de arrebatar por fuerza; venga cuando quiera, que el sacrificio está ya hecho en el corazón y ninguna mella hacen en éste las cosas que ella nos quita, pues no se quiere sino a Dios solo, y precisamente la muerte es la que va a colmar este deseo.

Sin duda, traerá un terrible cortejo de sufrimientos y tentaciones; es el combate decisivo y la prueba dolorosa entre todas. Nada, empero, dispone a este trance supremo como el Santo Abandono, pues él nos ha formado para recibirlo todo de la mano de Dios con amor y confianza, y a cumplir con valentía nuestro deber hasta bajo el peso de la cruz, apoyándonos en el poder y en la bondad de Dios. He aquí la razón por qué Santa Teresa del Niño Jesús haya podido decir con legítima seguridad: «No temo en manera alguna los últimos combates, ni los sufrimientos de la enfermedad por intensos que sean. Dios me ha socorrido siempre: El me ha

ayudado y conducido desde mi tierna infancia... Cuento con El. Podrá el sufrimiento alcanzar su máxima intensidad, mas estoy segura de que El no me abandonará jamás.» Aun para las almas más santas, es una cosa en sumo grado impresionante el paso del tiempo a la eternidad. « ¡ Qué solemne hora ésta en que me hallo! -decía en sus últimos momentos Sor Isabel de la Trinidad-. El más allá es imponente; parecíame haber vivido en él después de largo tiempo y, sin embargo, lo desconozco por completo... Yo experimento un sentimiento indefinible, algo de la justicia, de la santidad de Dios. ¡Me hallo tan pequeña, tan desprovista de méritos! ¡Cuán necesario es exhortar a los agonizantes a la confianza! » « ¡Qué necesario es -decía Santa Teresa del Niño Jesús-, qué necesario es orar por los agonizantes! ¡Si lo entendiéramos bien! » Razón tenía ella para expresarse de esta suerte, pues a pesar de haber llevado una vida tan pura, percibía el sonido de una voz maldita que murmuraba a sus oídos: «¿Tienes seguridad de ser amada de Dios? ¿Ha venido El a decírtelo?» Con esto permaneció durante muchos días en un estado de angustia que no se puede explicar. «¡Padre mío -decía a su confesor Santa Juana de Chantal en su agonía-, os aseguro que los juicios de Dios son espantosos! » Preguntóle aquél si tenía miedo. - «No, respondió ella; mas os aseguro que los juicios de Dios son terribles.» Es el grito de la naturaleza en el último trance, es el pasmo de este momento decisivo, infinitamente solemne; es la angustia de una conciencia delicada, alarmada por su misma humildad. Un alma que vive en el Santo Abandono triunfará de este temor. No descuida medio alguno de completar su preparación, mas ante todo piensa en que va por fin a ver a su Padre, a su Amigo, a su Amado, a Aquel en quien ella ha puesto todas sus complacencias; el Dios de su corazón, al cual no ha cesado de dar su vida gota a gota; gusta recordar con una dulce emoción las innumerables pruebas de su amor, de sus misericordias, de sus inefables ternuras, y siente que ella le ama del fondo de su alma y que a su vez es aún mucho más amada. ¡Cuán feliz se considera pudiendo decir con el Salmista en esta hora tan seria y decisiva: «Vos sois mi Dios, y mi suerte está en vuestras manos!». En una palabra, ella ha vivido de amor y de

confianza, muere en el amor y en la confianza. Después de una vida tan llena de penas interiores, Santa Juana de Chantal y San Alfonso de Ligorio tuvieron la más dulce muerte. Tal vez quiera Dios conservarnos sobre la cruz hasta el fin, mas no es raro ver a las almas que han practicado el abandono morir sin temor alguno, irse a la eternidad tranquilas y alegres, como un niño que entra en el hogar paterno, cual religioso que se dirige a cantar el Oficio. Tal fue el fin de la bienaventurada María Magdalena Postel: «En su muerte no encontramos debilidad alguna, ningún temor. Después de haber estado tan perfectamente sometida a la divina voluntad durante su larga carrera, no podía dejar de estarlo en el día decisivo. Sus horas postreras rebosan en calma, en confianza y en abandono. A la invitación del capellán para que ofrezca el sacrificio de su vida, responde: "Nada me cuesta, ¡hágase en todo la voluntad de Dios!" Maravilladas de su serenidad y sosiego, pregúntanle sus hijas si es feliz. "¡Que si soy feliz!" y su rostro se tomó radiante, parecía transparente como un alma que vuela al cielo, no cesando de unirse a su Amado por actos de fe y amorosas aspiraciones.» En esta hora decisiva nadie se encontrará sobradamente puro ni bastante rico en méritos. Es verdad, mas nada hay de tanta eficacia como el Santo Abandono para hacer del todo fructuosa la suprema prueba. ¡Cuánto se gana soportando con una amorosa paciencia el duro trabajo de la destrucción, recibiendo de la mano de Dios con filial confianza el golpe de la muerte! Esto formará un magnifico haz de méritos añadidos a otros muchos, y éste será el más cargado de buen grano. Es además una ofrenda muy agradable a la justicia divina, y quizá una satisfacción suficiente por nuestros pecados. Según San Alfonso, «aceptar la muerte que Dios nos presenta para conformarnos con su voluntad, es merecer una recompensa parecida a la de los mártires: éstos no son reputados por tales, sino en cuanto han aceptado los tormentos y la muerte para agradar a Dios. El que muere conformándose con la Divina Voluntad tiene una muerte santa, y el que muere en una mayor conformidad tiene una muerte más santa. Asegura el Padre Luis de Blosio que en la muerte, un acto de perfecta conformidad nos preserva no tan sólo del infierno, sino que también del purgatorio».

¿No será, al menos, un motivo de angustia dejar en el destierro, en los peligros, en la necesidad tal vez, todo lo que se ha amado después de Dios: su familia, su Comunidad, seres queridos que habrán puesto su confianza en nosotros? La bienaventurada Maria Magdalena deja en el mayor desamparo una Congregación apenas fundada, «pero ella, que no había sido durante su vida sino el instrumento de la Providencia, muere sin preocupación por su Comunidad; no habiendo contado nunca con ningún brazo humano, en sus últimos momentos tampoco cuenta sino con el Señor». A todos los que se ha amado según Dios, no se deja de amarlos en el cielo; lejos de esto, el afecto se hace más intenso y más puro, y se está mejor situado para velar sobre ellos y para manejar sus verdaderos intereses. ¿No es Dios el Soberano Dueño de su suerte? ¿Y quién será tan poderoso cerca de El como un alma que no ha vivido sino de su amor, en una constante fidelidad para cumplir su voluntad significada, en un perfecto abandono a su beneplácito? El mismo nos ha declarado «que hará la voluntad de los que le temen, y que escuchará sus ruegos». No hay palabra que más anime que ésta: hagamos la voluntad de Dios, y El hará la nuestra; hagamos todo lo que El quiere, que El hará todo lo que nosotros queramos. De ahí es de donde procede el poder de intercesión de las almas que viven en una amorosa y perfecta conformidad: ellas nada niegan a Dios y Dios no les negará nada a ellas. El poder de su oración en la tierra y en el cielo, estará siempre en relación con su grado de amor, de obediencia y de abandono; y si Dios se complace en glorificar algunas almas entre las mejores, no busquemos en otra parte la causa de su elección.

He aquí por qué Santa Teresa del Niño Jesús es el gran taumaturgo de nuestros días. Al fin de su vida parece tener conciencia de su misión, cuyos secretos revela más de una vez: «Yo quiero pasar mi cielo haciendo bien sobre la tierra. Después de mi muerte haré caer una lluvia de rosas. Siento que mi misión va a comenzar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo y de manifestar mi pequeño camino a las almas. «¿Cuál es el pequeño camino que queréis enseñar?» «Es el camino de la infancia espiritual, es el camino de la confianza y del completo abandono.» Escuchemos ahora la

razón que ella pone en primer término. «Yo no he dado a Dios sino amor. El me devolverá amor. El cumplirá todos mis deseos en el cielo, porque yo no he hecho jamás mi voluntad en la tierra.»

Terminemos por un rasgo que se encuentra en todas partes, pero que de un modo especial nos pertenece: pues el héroe es un hermano converso de nuestra Orden, el bienaventurado Aniano de Eberbach, y el narrador es también de los nuestros, el bienaventurado Cesáreo, Prior de Heisterbach. Vivía en el Monasterio de Eberbach un santo hermano que se distinguía sobre todo por la obediencia y simplicidad. Habíale Dios otorgado con tanta largueza el don de milagros, que con sólo tocar su cinturón o sus hábitos los enfermos sanaban de cualquier enfermedad. Maravillado de un favor tan singular, y no advirtiendo en este hermano señal alguna de santidad, preguntóle su Abad un día cómo explicaba que Dios hiciera tantos prodigios por su mediación.-No lo sé, respondió éste, porque ni oro, ni velo, ni trabajo, ni ayuno más que mis hermanos; lo único que puedo decir es que en cualquier acontecimiento, próspero o adverso, adoro la voluntad de Dios. Tengo siempre un gran cuidado de querer en todas las cosas lo que Dios quiere, y El me concede la gracia de conservar mi voluntad enteramente abandonada a la suya. Ni me eleva la prosperidad, ni me abate la adversidad, porque todo lo recibo indiferentemente como de la mano de Dios, y el único fin de mis oraciones es que se cumpla perfectamente su santa voluntad en mí y en todas las criaturas. - Decidme, replicó el Abad, ¿no os turbasteis algo cuando el otro día una mano malvada incendió la granja, y destruyó nuestros medios de subsistencia? - No, padre, muy por el contrario, he dado gracias a Dios, según mi costumbre en semejantes ocasiones, persuadido de que el Señor nada hace o permite que no redunde en su gloria y en mayor bien nuestro. Habida esta respuesta, que muestra tan perfecta conformidad con la voluntad de Dios, ya no se maravilló el Abad de que aquel religioso obrase tantos prodigios.

# Conclusión

Vamos a resumir con brevedad este trabajo, a fin de poner de relieve conclusiones prácticas.

La voluntad divina es la regla suprema de nuestra vida, la norma del bien, de lo mejor, de lo perfecto; cuanto más se conforma con ella, más se santifica el alma.

Existe la voluntad de Dios significada a la que corresponde la obediencia. Para nosotros religiosos, su principal manifestación es la Santa Regla con las órdenes de los Superiores. De parte de Dios es la dirección estable y permanente, y en cuanto a nosotros, el trabajo normal y de todos los días. La obediencia será, pues, el gran medio de santificación.

Existe también el beneplácito divino, al cual corresponde la conformidad de nuestra voluntad. Este se manifiesta por los acontecimientos; preséntasenos como ellos, variable, imprevisto, a veces desconcertante; en el fondo, es un querer de Dios, siempre paternal y sabio. La Regla está hecha para la Comunidad; el beneplácito divino corresponde más a nuestras necesidades personales, y lejos de suplantar a la Regla, añade a la acción de ésta la suya propia, siempre beneficiosa y con frecuencia eficaz, y a veces hasta llega a ser decisiva. El verdadero espiritual se adhiere con amor a toda voluntad de Dios, sea significada o de beneplácito, de suerte que pueda recoger todos los frutos de santidad que aquélla le proporciona.

La conformidad nacida del temor, o la simple resignación,

produce desde luego efectos saludables; nadie hay que no pueda y deba practicarla. La conformidad, fruto de la esperanza, es más elevada en su causa y más fecunda en sus resultados y es accesible a todas las almas piadosas. La conformidad que produce el amor divino es sin comparación la más noble, la más meritoria, la más dichosa; transformada en hábito forma el camino de las almas adelantadas. Es esta conformidad perfecta, amorosa y filial la que hemos estudiado bajo el nombre de abandono.

El Santo Abandono eleva en nosotros a su más alto grado, y con tanta fuerza como suavidad, el desasimiento universal, el amor divino, todas las virtudes. En la cadena más poderosa y más dulce para hacer nuestra voluntad cautiva de la de Dios en una unión del todo cordial, de una humilde confianza y de una afectuosa intimidad. El abandono es por excelencia el secreto para asegurar la libertad del alma, la igualdad del espíritu, la paz y la alegría del corazón. Nos procura un agradable reposo en Dios, y lo que aún vale más, es que El es el artista de nuestras más encumbradas virtudes, el mejor maestro de la santidad. Llevándonos de la mano de concierto con la obediencia, nos guía con seguridad por los caminos de la perfección, nos prepara una muerte feliz y nos eleva a pasos agigantados a las cumbres del Paraíso. Es el verdadero ideal de la vida interior. ¿Qué alma, por poco clarividente que sea, no aspirará a tal estado con todas sus fuerzas? Si se conociera mejor su valor, ¿podría uno ser indiferente en tender a él, acercarse, establecerse firmemente y hacer en él, de continuo, nuevos progresos? Seguramente que sin pagar el precio debido no podremos obtenerlo, mas una vez posesionados de este tesoro, ¿no recompensa con usura nuestro trabajo? ¿Qué hemos de hacer, pues, para conseguirlo?

Ante todo el abandono, según lo hemos visto, exige tres condiciones, y trataremos de hacemos indiferentes por virtud a los bienes y a los males, a la salud y a la enfermedad, a las consolaciones y a las sequedades, a todo lo que no es Dios y su santa voluntad, a fin de que El pueda disponer de nosotros a su agrado sin resistencia de nuestra parte. Y puesto que la naturaleza tiene sus raíces más profundas en el orgullo y la

independencia, consagraremos nuestros más exquisitos cuidados a la obediencia y a la humildad.

Empeño nuestro ha de ser crecer cada día en la fe y confianza en la Providencia. El acaso no es más que una palabra. Dios es quien dirige los grandes acontecimientos del mundo y los menores incidentes de nuestra vida. Se sirve de las causas segundas, pero éstas no obran sino bajo su impulso. Quieran o no, los malos como los buenos no son en sus manos sino simples instrumentos; reservándose El recompensar a los unos y castigar a los otros; quiere, sin embargo, hacer servir sus virtudes y sus defectos para nuestro adelantamiento espiritual, y ni los mismos pecados podrán estorbarle en sus designios; están ya previstos por El y los ha hecho entrar en sus planes. Ahora bien, Aquel que todo lo ha combinado y que es el Soberano Dueño de los hombres y de los acontecimientos, es también nuestro Padre infinitamente sabio y bueno, es nuestro Salvador que ha dado su vida por nosotros, es el Espíritu de amor ocupado por completo en nuestra santificación. Sin duda, se propone su gloria, mas no la cifra sino en hacernos buenos y felices. Buscará, pues, en todo el bien de su Iglesia y de nuestras almas. Piensa sobre todo en nuestra eternidad. Nos ama como Dios, y de la manera que El sabe hacerlo, pura y sinceramente; y si crucifica en nosotros al hombre viejo, es para dar la vida al hijo de Dios; aun cuando castiga con alguna dureza, su amor es quien dirige su mano, su sabiduría regula los golpes. ¡Pero no siempre lo entendemos así y a veces la conducta de la Providencia nos irrita y desconcierta! Pudiera entonces decirnos el buen Maestro como a Santa Gertrudis: «Sería muy de mi agrado que mis amigos me juzgasen menos cruel. Deberían tener la delicadeza de pensar que no uso de severidad sino para su bien, y para su mayor bien. Hágolo por amor; y si esto no fuera necesario para curarlos o para acrecentar su gloria eterna, ni siquiera permitiría que el viento más leve los contrariara.» Jesús, instruyendo a su fiel esposa, «hízola comprender poco a poco que todo cuanto sucede a los justos viene de mano de Dios; que los sufrimientos, las humillaciones son de un precio incomparable y constituyen los más preciados dones de su Providencia; que las

enfermedades espirituales, las tentaciones, las faltas mismas vienen a ser, por medio de su gracia, poderosos instrumentos de santificación. Mostróle Jesús cómo escucha las oraciones de sus amigos, aun en aquellas ocasiones en que se creen olvidados o rechazados; cómo a sus ojos la intención avalora sus actos; cómo -en los fracasos- los buenos deseos pasan y son considerados como obras. Le reveló también la elevada perfección de un abandono completo al divino beneplácito, y la alegría que halla su corazón al ver un alma entregarse ciegamente a los cuidados de su Providencia y de su amor.»

Santa Gertrudis comprendió estas divinas enseñanzas, y tan profundamente las grabó en su corazón, que supo repetir en cualquiera ocasión con nuestro Maestro: «Sí, Padre mío, puesto que tal es vuestro beneplácito.» Si queremos también nosotros entonar continuamente este himno del abandono, debemos penetrarnos de estas verdades saludables, nutrirnos de ellas a satisfacción en la oración y piadosas lecturas, de suerte que poco a poco nos formemos un estado de espíritu conforme al Evangelio. Hasta será conveniente, dado el caso, no cerrar los ojos a esta luz de la fe para no mirar sino el lado desagradable de los acontecimientos. Este aviso es de la más alta importancia, porque la naturaleza orgullosa y sensual no gusta de ser contrariada, humillada, molestada en sus comodidades, privada de gozos y saturada de sufrimientos. Rebélase entonces, entregada por completo al sentimiento de su dolor, murmura contra la prueba y contra los causantes de ella, olvida a Dios que nos la envía, sin pensar en los frutos de santidad que de ahí espera El sacar. De aquí proviene tanta turbación, inquietud y amargura, cuando por el contrario, esta dañosa agitación debiera hacer comprender que nuestra vista se extravía y la voluntad se doblega. ¡ Dichosos aquellos que poseen la sabiduría de ver la mano de nuestro Padre celestial en todos los acontecimientos, agradables o penosos, y no mirarlos sino a la luz de la eternidad!

Si el desprendimiento universal, la fe viva y la confianza en la Providencia nos disponen admirablemente al Santo Abandono, es el amor de Dios quien lo realiza en nosotros. A El solo pertenece fundir nuestra voluntad en la de Dios, y dar a esta unión tan íntima el carácter de amorosa intimidad y de

filial confianza, que señala el Santo Abandono. Mas esta metamorfosis de nuestra voluntad, esta donación total de nosotros mismos, la lleva a cabo como naturalmente el amor divino; es su tendencia y de ello experimenta necesidad, y sólo con esta condición se satisface; con el corazón da también la voluntad, se entrega por completo y sin reservarse nada. Así, al menos, sucede cuando el amor ha tomado incremento. Por consiguiente, la ciencia del abandono no es otra cosa que la ciencia del amor, y para progresar en esta perfecta conformidad, es necesario aplicarse a crecer en el amor, no en este amor en el cual secretamente se mezcla cierto escondido interés con que nos buscamos a nosotros mismos, sino en el amor enteramente puro, que sabiamente se olvida de sí para darse del todo a Dios.

Ricos de fe, de confianza y de amor, nos hallamos en excelentes disposiciones para recibir con respeto y sumisión los acontecimientos todos del divino beneplácito, a medida que se produzcan, o para esperarlos con una dulce tranquilidad de espíritu y en una paz llena de confianza. Haciendo la voluntad de Dios significada, y sin omitir la previsión y los esfuerzos que requiere la prudencia, se desecha fácilmente la turbación y la inquietud, se reposa en los brazos de la Providencia, al modo de un niño en el seno de su madre.

El desprendimiento universal, la fe, la confianza y el amor, no son posibles sino con la gracia, y ésta se precisa muy abundante para obtenerlos en el grado que los exige el Santo Abandono. La oración, pues, se impone. Nos recomienda San Alfonso: «no olvidemos que es necesario orar, sea cualquiera el estado en que nos hallemos», aun en las consolaciones, la calma y prosperidad: mayormente bajo los golpes de la adversidad, en las tentaciones, las tinieblas y las pruebas de todo género. Nos enseña a «clamar a Dios: Señor, conducidme por el camino que os plazca, haced que cumpla vuestra voluntad, no deseo otra cosa». Sin duda, tenemos derecho a pedir que el Señor nos alivie la carga, mas San Alfonso nos indica un camino más generoso: «Esposa bendita de Jesús -dice a su Monja santa- acostumbraos en la oración a ofreceros siempre a Dios; protestad que por su amor estáis

dispuesta a padecer cualquier pena de espíritu o de cuerpo, cualquier desolación, cualquier dolor, enfermedad, deshonra o persecución, pidiéndole siempre os dé fuerzas para hacer en todo su santa voluntad.» Sin embargo, por nuestra parte no aconsejaríamos de ordinario pedir a Dios pruebas; creemos también que en lugar de considerar las cruces de un modo particular, será más prudente aceptar en general las que Dios nos destine, confiándonos a su bondad y discreción. «No olvidéis -continúa San Alfonso este excelente consejo que dan los maestros de espíritu, a saber: cuando sucede alguna grave adversidad, entonces no hay materia más propia para la oración, y por consiguiente para hacer repetidos actos de resignación, como tomar objeto de ella la misma tribulación que ha sobrevenido. Este ha sido el continuo ejercicio de los santos, conformar su voluntad con la de Dios. San Pedro de Alcántara lo practicaba aun durante el sueño. Santa Gertrudis repetía trescientas veces al día: Jesús mío, no se haga mi voluntad sino la vuestra.» San Francisco de Sales recomendaba a Santa Juana de Chantal «que hiciera un ejercicio particular de querer y de amar la voluntad de Dios más enérgicamente, con más ternura y con más amor que a ninguna cosa del mundo; y esto no tan sólo en las circunstancias soportables, sino en las más insoportables. Poned vuestros ojos en la voluntad general de Dios con la que quiere todas las obras de su misericordia y de su justicia en el cielo, en la tierra, bajo la tierra; y con profunda humildad aprobad, alabad y después amad esta santa voluntad enteramente equitativa y bella en extremo. Poned vuestros ojos en la voluntad especial de Dios, con la cual ama a los suyos; considerad la variedad de consolaciones, pero sobre todo de tribulaciones que los buenos sufren, y después con grande humildad aprobad, alabad y amad esta voluntad. Considerad esta voluntad en vuestra persona, en todo cuanto os acontezca y puede aconteceros de bueno y malo, exceptuando el pecado; después aprobad, alabad y amad todo esto, protestando que queréis eternamente honrar, amar, adorar esta soberana voluntad, entregando a merced suya vuestra persona, a todos. los vuestros, y a mí entre ellos. Terminad por último con una ilimitada confianza de que esta

voluntad hará todo bien para nosotros y para nuestra felicidad. Después de haber hecho dos o tres veces en la forma indicada este ejercicio, podréis acortarlo, variarlo y acomodarlo como mejor os parezca, ya que es necesario fijarlo con frecuencia en el corazón a modo de jaculatoria».

La princesa Isabel en su prisión, de la que no había de salir sino para subir al cadalso, repetía con frecuencia y todas las mañanas esta oración: «¿Qué me sucederá hoy, Dios mío? Lo ignoro por completo, pero sé que nada me acontecerá que Vos no lo hayáis previsto, regulado y ordenado desde toda la eternidad. Esto me basta, Dios mío, esto me basta: adoro vuestros inescrutables designios y a ellos me someto con todo mi corazón por amor vuestro. Todo lo quiero, todo lo acepto, de todo os hago un sacrificio, y uno este sacrificio al de Jesucristo mi divino Salvador. En su nombre y por los méritos infinitos de su Pasión os pido la paciencia en mis trabajos, y la perfecta sumisión que os es debida por todo lo que queréis y permitís. Así sea.»

Podemos decir de cuando en cuando con el P. Saint-Jure: «Señor mío y Dios mío, quiero y recibo con agrado todo lo que Vos queréis, y cuando lo quisiereis, como lo quisiereis y para los fines que os propusiereis, en cuanto al frío, al calor, a la lluvia, a la nieve, a las tempestades y a todos los desórdenes de los elementos, lo mismo en cuanto al hambre, a la sed, a la pobreza, a la infamia, a los ultrajes, a los disgustos, a las repugnancias y a todas las demás miserias. Me abandono a Vos con un corazón sumiso, para que dispongáis de mi en esto como en todo lo demás, según vuestro beneplácito. Referente a las enfermedades, Vos sabéis las que habéis resuelto enviarme. Yo las quiero y desde este momento las acepto y las abrazo en espíritu, inmolándome a vuestra divina y adorable voluntad. Esas quiero y no otras, porque son las que Vos queréis, las recibo con una perfecta conformidad en vuestra voluntad como las habéis Vos ordenado, ya en cuanto al tiempo de su venida, ya al de su duración o al de su cualidad. No las quiero ni más crueles ni más suaves, ni más cortas ni más largas, ni más benignas ni más agudas, sino tan sólo como ellas deben serlo según vuestra voluntad.» En todas las cosas, «Señor mío y Dios mío, me abandono y me

entrego por completo a Vos; os entrego mi cuerpo, mi alma, mis bienes, mi honra, mi vida y mi muerte. Adoro todos vuestros designios sobre mí, y con todo mi corazón os suplico que cuanto hayáis resuelto acerca de mi, sea en el tiempo, sea en la eternidad, se cumpla en el más alto grado posible de perfección.»

Es fácil reproducir estos actos en tanto no se deje sentir la prueba, mas lo importante es repetirlos sobre todo cuando la cruz pesa sobre nuestros hombros. «En vez de perder el tiempo -dice el P. de la Colombière- en quejaros de los hombres o de la fortuna, arrojaos sin demora a los pies del Divino Maestro, pidiéndole la gracia de llevarlo todo con paciencia y constancia. Un hombre que ha recibido una herida mortal, si es prudente, no corre tras el que le ha herido, sino que se va derecho al médico que puede curarle. Además, si buscáis al autor de vuestros males, aun en este caso os es preciso ir a Dios, puesto que no hay fuera de El quien pueda realmente causarlos. Id, pues, a Dios; id empero prontamente, id al momento; que sea éste vuestro primer cuidado. Id, por decirlo así, a devolverle el azote con que os ha azotado y de que se ha servido para heriros. Besad mil veces las manos de vuestro Crucifijo, esas manos que os han golpeado, que han llevado a cabo todo el mal que os aflige. Decidle muchas veces estas hermosas palabras que El mismo decía a su Padre en su cruel agonía. Señor, no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Os bendigo con todo mi corazón, os doy gracias de que vuestras órdenes se ejecuten en mi, y aunque pudiera resistir a ellas, no dejaría de someterme. De grado recibo esta calamidad tal cual es y en todas sus circunstancias. No me quejo ni del mal que sufro, ni de las personas que me lo causan, ni de la forma en que me viene, ni del tiempo ni del lugar en que me ha sorprendido. Seguro estoy de que Vos habéis querido todas esas cosas, y preferiría morir antes que oponerme en nada a vuestra santísima voluntad. Si, Dios mío, todo lo que quisiereis en mí y en todos los hombres, ahora y en todo tiempo, en el cielo y en la tierra; hágase vuestra voluntad, pero que se haga en la tierra tal como se cumple en el cielo.»

Si supiéramos ver siempre esta santísima y adorable

voluntad, significada o de beneplácito, aprobaría, adherirnos siempre a ella, cumplirla con generosidad, con amor y fidelidad como los santos y los ángeles lo hacen en el cielo, esta voluntad divina transformaría muy pronto la faz de la tierra; la santidad florecería por todas partes, reinarían la alegría en los corazones, la caridad entre los hombres, la paz en las familias y en las naciones. A pesar de las pruebas, la vida deslizaríase dulce y placentera, embalsamada de confianza y de amor, cargada de virtudes y de méritos. Llegado el momento, abandonaríamos con gusto el destierro por la patria y, lejos de temer a Dios como juez, nos apresuraríamos a ir a nuestro Padre. Vendría, pues, a ser la tierra la antesala del cielo, y el Paraíso seria para nosotros admirablemente rico de gloria y felicidad. ¡Cuánto han de bendecir al Señor los que han aprendido a amarle y a seguirle con amor y confianza por cualquiera parte que los conduzca! ¡Cuán miserablemente se engañan los esclavos de su propia voluntad, que no tienen suficiente confianza en Dios, su Padre, su Salvador, el Amigo verdadero, para permitirle santificarlos y hacerlos felices! Nosotros, al menos, amemos a nuestro dulce Maestro, tan sabio y tan bueno; hagamos con ánimo esforzado todo lo que El quiere; aceptemos con confianza todo cuanto El dispone: éste es el camino de elevadas virtudes, el secreto de la dicha para el tiempo y para la eternidad.

# Índice General